

# EL SIGNO DE LOS TRES

Dupin, Holmes, Peirce

Umberto Eco y Thomas A. Sebeok (Eds.)



Editorial Lumen

UMBERTO ECO  
THOMAS A. SEBEOK

EL SIGNO  
DE LOS TRES

EDITORIAL LUMEN

Título original  
*The Sign of Three*

Traducción  
*E. Busquets*

Publicado por Editorial Lumen, S.A.,  
Ramón Miquel i Planas, 10 - 08034 Barcelona.

Reservados los derechos de edición  
en lengua castellana para todo el mundo.

Primera edición: 1989

© 1983 by Indiana University Press  
Depósito Legal: B 23148-1989 ISBN: 84-264-1184-3  
Printed in Spain

## CONTENIDO

	Prefacio	
	<i>Umberto Eco y A. Sebeok</i>	9
	Abreviaturas en el texto	
	<i>Thomas A. Sebeok</i>	15
I	One, Two, Three... Uberty (A modo de introducción)	19
	<i>Thomas A. Sebeok</i>	
II	«Ya conoce usted mi método»: Una confrontación entre Charles S. Peirce y Sherlock Holmes	31
	<i>Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok</i>	
III	Sherlock Holmes: Experto en psicología social aplicada	82
	<i>Marcello Truzzi</i>	
IV	Morelli, Freud y Sherlock Holmes: Indicios y método científico	116
	<i>Carlo Ginzburg</i>	
V	To Guess or not to Guess?	164
	<i>Massimo A. Bonfantini y Giampaolo Proni</i>	
VI	Peirce, Holmes, Popper	185
	<i>Gian Paolo Carettini</i>	
VII	Sherlock Holmes y la lógica moderna: Hacia una teoría de la búsqueda de información a través de la formulación de preguntas	210
	<i>Jaakko Hintikka y Merrill B. Hintikka</i>	
VIII	Sherlock Holmes formalizado	230
	<i>Jaakko Hintikka</i>	

IX	El modelo policíaco: Charles S. Peirce y Edgar Allan Poe <i>Nancy Harrowitz</i>	241
X	Cuernos, cascos, zapatos: Algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción <i>Umberto Eco</i>	265
XI	Sherlock Holmes, detective filósofo <i>Wulf Rehder</i>	295
	Referencias Bibliográficas	313

## PREFACIO

Los compiladores convienen en que el presente libro no ha sido «programado», es decir, no es resultado de regla y caso, o sea, de una deducción. Peirce nos enseñó que no es cierto en absoluto que todo acontecimiento esté «determinado por causas conforme a una ley», ya que, por ejemplo, «si un hombre y su antípoda estornudan al mismo tiempo, esto es simplemente lo que llamamos coincidencia» (1.406). Veamos la singular sucesión de acontecimientos que enumeramos a continuación.

1. En 1978, Sebeok dijo casualmente a Eco que él y Jean Umiker-Sebeok estaban estudiando el «método» de Sherlock Holmes a la luz de la lógica de Peirce. Eco, por su parte, manifestó que estaba preparando una conferencia (que pronunció más tarde, en noviembre de aquel mismo año, durante el II Coloquio Internacional de Poética, organizado por el Departamento de Filología Francesa y Románica de la Universidad de Columbia) en la que comparaba el uso de la metodología abductiva en *Zadig* de Voltaire con el de Holmes. Dado que tanto Eco como Sebeok eran ya incurables adictos a Peirce, esta aparente coincidencia no era de extrañar.

2. Sebeok señaló entonces que conocía un ensayo, más o menos sobre el mismo tema, publicado unos años antes por Marcello Truzzi, sociólogo y declarado entusiasta de Holmes, quien no era un especialista en semiótica. Era obvio que Truzzi, que citaba sobre todo a Popper y no a Peirce, se interesaba por el problema de la abducción o, en todo caso, por los métodos hipotético-deductivos.

3. Unas semanas después, Sebeok descubrió que el eminente lógico finlandés Jaakko Hintikka había escrito dos ensayos (entonces inéditos) sobre Sherlock Holmes y la lógica moderna. Hintikka no hacía ninguna referencia explícita a la abducción de Peirce, pero la cuestión era la misma.

4. En ese mismo período, Eco leyó un trabajo, publicado en 1979, de uno de sus colegas de la Universidad de Bolonia, el historiador Carlo Ginzburg, que había anunciado su aparición más de un año antes. En ese trabajo se describía el empleo de modelos conjeturales desde Hipócrates y Tucídides hasta los críticos de arte del siglo diecinueve. Su autor citaba, sin embargo, en sus reveladoras notas a pie de página, *Zadig*, Peirce e incluso Sebeok. Huelga decir que Sherlock Holmes era uno de los protagonistas principales de ese erudito estudio, junto a Freud y Morelli.

5. A continuación, Sebeok y Umiker-Sebeok publicaron una primera versión de su estudio —después de que el primero lo diera a conocer en una conferencia, en octubre de 1978, en la Universidad de Brown, en el marco de un encuentro dedicado a «La metodología en semiótica»— en el que se confrontaba Peirce con Holmes, y Eco publicaba su conferencia sobre *Zadig*. El propio Eco organizaba, en 1979, en la Universidad de Bolonia, un seminario de seis meses sobre Peirce y la novela policíaca. Casi al mismo tiempo, Sebeok —sin saber nada de la actividad docente paralela de Eco— ofrecía un curso titulado «Semiotic Approaches to James Bond and Sherlock Holmes», como parte del programa de literatura comparada de la Universidad de Indiana (utilizó, sin embargo, el ensayo que Eco había publicado, en 1965, sobre las estructuras narrativas en Ian Fleming). Una de las consecuencias más tangibles del seminario de Eco fue el artículo escrito por dos de sus colaboradores, Bonfantini y Proni, incluido ahora en el presente libro; y uno de los resultados del curso de Sebeok fue su análisis —realizado en colaboración con uno de los estudiantes del curso, Harriet Margolis— de la semiótica de las ventanas en Sherlock Holmes (publicado por primera vez en 1982, en un número de *Poetics Today*). Mientras sucedía todo esto, Eco proseguía sus investigaciones en la historia de la semiótica, durante las cuales dio con la teoría aristotélica de la definición; el trabajo que Eco publica en este libro es resultado de esa línea de investigación.

6. Entretanto, Sebeok y Eco decidieron reunir estos trabajos en un volumen, proyecto al que aceptó unirse, con entusiasmo, la Indiana University Press. Durante uno de sus cursos de otoño en la Universidad de Yale, Eco entregó el mate-

rial manuscrito a Nancy Harrowitz, quien, aquel mismo trimestre, escribió un ensayo sobre Peirce y Poe, en el cual el método de Holmes, siguiendo una sugerencia del artículo de Sebeok, se convirtió en un término de referencia obligado.

7. Surgió otro hecho sorprendente cuando Eco descubrió que Gian Paolo Caprettini, de la Universidad de Torino, había dirigido, durante dos años, un seminario sobre Peirce y Holmes. Caprettini es un conocido estudioso de Peirce, pero esa era la primera vez que Eco hablaba con él sobre Holmes. La coincidencia no debía desperdiciarse y, en consecuencia, también Caprettini fue invitado a colaborar en el presente volumen.

Tenemos la impresión de que, si hubiéramos seguido buscando, hubiéramos encontrado más contribuciones similares. (¡Quizás el espíritu de la historia formulado en el *Zeitgeist* de nuestra época no es un mero fantasma hegeliano!) Tuvimos, sin embargo, que dar por terminada la búsqueda, sobre todo, por falta de tiempo. Muy a pesar nuestro, tuvimos, además, que excluir material interesante acerca del «método» de Holmes porque no tenía en cuenta la lógica de la abducción (cf. la bibliografía del presente libro y, a nivel más general, la incomparable *World Bibliography of Sherlock Holmes and Dr. Watson*, de Ronald Burt de Waal, 1974). La literatura menor acerca de Sherlock Holmes consta de un abrumador repertorio de títulos, por lo que preferimos concentrarnos en un número relativamente pequeño de contribuciones recientes, que abordan directamente la historia de la metodología abductiva.

Durante nuestras pesquisas, nos dimos cuenta de que todos los modernos estudiosos de la lógica del descubrimiento científico han dedicado unas líneas, si más no, a Holmes. Saul Kripke, por ejemplo, escribió, el 29 de diciembre de 1980, una carta a Sebeok en que, entre otras cosas, decía: «Tengo inéditas un par de disertaciones y una serie completa de conferencias (mis clases sobre John Locke en Oxford) acerca del «Fictional discourse in empty names», en las que Holmes podría ocupar un lugar todavía más importante» que en las referencias que de él hizo el propio Kripke en sus «Semantical Considerations on Modal Logic» o en las *Addenda* a su *Naming and Necessity*. Numerosos trabajos siguen todavía fundados



en la idea de que el método de Holmes se encuentra a medio camino entre la deducción y la inducción. La idea de hipótesis o abducción aparece mencionada, cuando lo es, sólo de pasada.

Como es natural, no todos los trabajos publicados en el presente libro llegan a las mismas conclusiones. El propósito de los compiladores no es discutir las divergencias de enfoque, sino dejar al lector la libertad de valorarlas y utilizarlas de acuerdo con su propio interés.

En cuanto al título del libro, nuestra intención fue darle dos sentidos. Es obvia la referencia al largo relato de Doyle, «The Sign of the Four», o «The Sign of Four», que apareció primeramente en la revista *Lippincott's* y más tarde, en 1819, en forma de libro. Además, sentimos una compulsión dominante de remitir al lector al baile de desenfundadas triplicidades del juego de las tres cartas de que habla Sebeok en su introducción.

En la actualidad, la lógica del descubrimiento científico —expresión en la que, por supuesto, se reconocerá una estrecha vinculación con Karl R. Popper— se ha convertido en un tema candente y de interés capital para la teoría del conocimiento, desarrollada no sólo por el propio Popper, sino también por su colega, el ya fallecido Imre Lakatos, y por su antiguo discípulo, convertido después en uno de sus críticos más feroces, Paul K. Feyerabend, entre muchos otros. La controvertida imagen popperiana de la ciencia, como campo de «conjeturas y refutaciones» —Popper, entre otras ideas, sostiene que la inducción es mítica, la búsqueda de la certeza científica imposible y todo el conocimiento eternamente falible—, fue anticipada en sustancia por Peirce, a quien Popper considera, dicho sea de paso, como «uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos», aunque la falsación, como una técnica más de la lógica, no fuera en absoluto desconocida ni siquiera en la Edad Media. Los críticos de Popper, como T. S. Kuhn y Anthony O'Hear, están en desacuerdo con él acerca de algunos de estos puntos fundamentales. Estamos convencidos de que el enfoque semiótico de la abducción puede arrojar nueva luz sobre un debate tan venerable y continuado. Esperamos que la presente colección de trabajos no sólo tenga interés para las huestes de *fans* de Sherlock Hol-

mes, sino que sea leída, también, tanto por los partidarios fervientes de los *Analíticos primeros* (sobre el silogismo), como por los de los *Analíticos segundos* (que tratan de las condiciones del conocimiento científico). Como es natural, esperamos también llamar la atención de algunos de los que forman el grupo, cada vez más numeroso, de los *habitués* de Peirce, entre los que nosotros dos figuramos. Creemos que, aunque de manera modesta, este libro puede ser también importante para la epistemología y la filosofía de la ciencia.

UMBERTO ECO  
*Universidad de Bolonia*

THOMAS A. SEBEOK  
*Universidad de Indiana*

## ABREVIATURAS EN EL TEXTO

Los títulos de los relatos de Sherlock Holmes están abreviados según la clave que se indica en Tracy 1977: xix. La traducción de los títulos sigue la edición de las *Obras Completas* de Sir Arthur Conan Doyle (Orbis, 1983), traducidas por A. Lázaro Ros.

ABBE	The Abbey Grange (La Granja Abbey).	✓ CHAS	Charles Augustus Milverton (Charles Augustus Milverton).
ADVENTU- RES	The Adventures of Sherlock Holmes (Las aventuras de Sherlock Holmes).	✓ COPP	The Copper Beeches (La finca de Copper Beeches).
BERY	The Beryl Coronet (La diadema de berilo).	CREE	The Creeping Man (El hombre que reptaba).
BLAC	Black Peter (El «Negro» Peter).	CROO	The Crooked Man (El jorobado).
BLAN	The Blanched Soldier (El soldado de la piel decolorada).	✓ DANC	The Dancing Man (Los bailarines).
BLUE	The Blue Carbuncle (El carbunclo azul).	DEVI	The Devil's Root (El pie del diablo).
BOSC	The Boscombs Valley Mystery (El misterio del valle de Boscombs).	DYIN	The Dying Detective (El detective moribundo).
BRUC	The Bruce-Partington Plans (Los planos del «Bruce-Partington»).	✓ EMPT	The Empty House (La casa deshabitada).
CARD	The Cardboard Box (La caja de cartón).	✓ ENGR	The Engineer's Thumb (El dedo pulgar del ingeniero).
CASE-BOOK	The Case Book of Sherlock Holmes (Sherlock Holmes sigue en pie [1. <sup>a</sup> parte] y el Archivo de Sherlock Holmes [2. <sup>a</sup> parte]).	✓ FINA	The Final Problem (El problema final).
		✓ FIVE	The Five Oranges Pips (Las cinco semillas de naranja).
		GLOR	The Gloria Scott (La «Gloria Scott»).

✓ GOLD	The Golden Pince-Nez (Los lentes de oro).	PRIO	The Priory School (El Colegio Priory).
GREE	The Greek Interpreter (El intérprete griego).	REDC	The Red Circle (El círculo rojo).
✓ HOUN	The Hound of the Baskervilles (El sabueso de los Baskerville).	✓ REDH	The Red-Headed League (La liga de los pelirrojos).
✓ IDEN	A Case of Identity (Un caso de identidad).	REIG	The Reigate Puzzle (Los hidalgos de Reigate).
ILLU	The Illustrious Client (El cliente ilustre).	RESI	The Resident Patient (El enfermo interno).
LADY	The Disappearance of Lady Frances Carfax (La desaparición de Lady Frances Carfax).	RETI	The Retired Colourman (El fabricante de colores retirado).
LAST	His Last Bow (Su último saludo en el escenario).	✓ RETURN	The Return of Sherlock Holmes (La reaparición de Sherlock Holmes).
LION	The Lion's Mane (La melena del león).	✓ SCAN	A Scandal in Bohemia (Un escándalo en Bohemia).
MAZA	The Mazarin Stone (La piedra preciosa de Mazarino).	SECO	The Second Stain (La segunda mancha).
MEMOIRS	The Memoirs of Sherlock Holmes (Las memorias de Sherlock Holmes).	SHOS	Shoscombe Old Place (Shoscombe Old Place).
MUSG	The Musgrave Ritual (El ritual de Musgrave).	✓ SIGN	The Sign of Four (El signo de los cuatro).
NAVA	The Naval Treaty (El tratado naval).	SILV	Silver Blaze (Estrella de plata).
✓ NOBL	The Noble Bachelor (El solterón aristocrático).	SIXN	The Six Napoleons (Los seis Napoleones).
✓ NORW	The Norwood Builder (El constructor de Norwood).	✓ SPEC	The Speckled Band (La banda de lunares).
		STOC	The Stockbroker's Clerk (El escribiente del corredor de Bolsa).

✓ STUD	A Study in Scarlet (Estudio en escarlata).	✓ TWIS	The Man with the Twisted Lip (El hombre del labio retorcido).
SUSS	The Sussex Vampire (El vampiro de Sussex).	VALL	The Valley of Fear (El valle del Terror).
THOR	The Problem of Thor Bridge (El problema del puente de Thor).	WIST	Wisteria Lodge (El pabellón Wisteria).
3GAB	The Three Gables (Los tres gables).	✓ YELL	The Yellow Face (La cara amarilla).
3STU	The Three Students (Los tres estudiantes).		

## CAPITULO I

*Thomas A. Sebeok*

### ONE, TWO, THREE... UBERTY (A MODO DE INTRODUCCION)

No es un disparate afirmar que, mientras todos los conocedores de Peirce como mínimo han hojeado las crónicas de Sherlock Holmes escritas por Arthur Conan Doyle, la gran mayoría de aficionados a Holmes no han oído siquiera hablar de Peirce. Una pregunta que se han hecho, de modo explícito o implícito, casi todos los colaboradores del presente volumen es si la confrontación entre el gran polígrafo norteamericano y el famoso detective inglés —el primero una persona real, poseedor, además, según señaló William James en 1895, de «un nombre de misteriosa grandeza», y el segundo una figura mítica, por supuesto, pero que según ha observado Leslie Fiedler, «jamás morirá»— es susceptible de producir *an esperable uberty*. *An esperable uberty?* La intuición etimológica nos dice que *esperable*, palabra inventada —tal vez por el propio Peirce, y que no aparece en los modernos diccionarios ingleses—, significa algo relativo a esperar, desear. *Uberty*, vocablo casi desaparecido en el inglés moderno, fue documentado por primera vez en 1412, en una oscura obra de John Lydgate, el «Monje de Bury», titulada *Two Merchants*. Es equivalente a «capacidad fructífera, fecundidad, fertilidad, feracidad, abundancia», o, aproximadamente, a lo que los italianos suelen llamar *ubertà* (cualidad de ubérrimo).

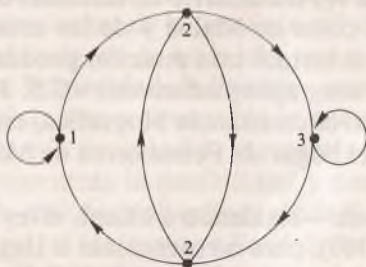
En una larga carta a Frederick Adams Wood, doctor en medicina, profesor de biología en el MIT, escrita a principios del otoño de 1913, Peirce explicaba que uno de los dos objetivos fundamentales de la lógica debería ser extraer toda la posible y esperable *uberty*, o «valor de productividad», de los tres tipos canónicos de razonamiento, a saber: deducción, in-

ducción y abducción (este último término denominado alternativamente retroducción o inferencia hipotética). La *uberty*, es decir, la feracidad de este último tipo de razonamiento, según Peirce, aumenta a medida que su seguridad, o aproximación a la certidumbre, disminuye. Peirce mismo detalla las diferencias entre los tres tipos que dice haber reconocido «siempre» (desde 1860): en primer lugar, la *deducción*, «que depende de nuestra confianza en la habilidad de analizar el significado de los signos con los que, o por medio de los que, pensamos»; en segundo lugar, la *inducción*, «que depende de nuestra confianza en que el curso de un tipo de experiencia no se modifique o cese, sin alguna indicación previa al cese»; y, en tercer lugar, la *abducción*, «que depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá un tipo determinado de fenómeno» (8.384-388). En este progreso desde la primeridad, a través de la segundidad hasta la terceridad, la relación entre seguridad y *uberty* es de tipo inverso, lo que significa, dicho de manera simple, que en la medida en que decrece la certeza de una conjetura, aumenta proporcionalmente su valor heurístico.

«Números mágicos y sonidos persuasivos», para decirlo en la mesurada expresión de Congreve, en especial el *tres* y los números divisibles por tres, obsesionaron a algunos de los victorianos más brillantes, y persiguen todavía a algunos de nosotros. Es, sin duda, una excentricidad extrañamente obsesiva, compartida, entre otros, por Nikola Tesla (1856-1943), el servio que puso gran parte de los cimientos de la civilización electrificada del siglo veinte. Cuando Tesla paseaba alrededor del edificio donde se encontraba su laboratorio, sentía la necesidad de darle la vuelta tres veces; y cuando cenaba en el Waldorf-Astoria, utilizaba 18 (es decir,  $(3 + 3) \times 3$ ) inmaculadas servilletas de lino para eliminar los gérmenes, imaginarios o no, del reluciente servicio de mesa de plata y cristal. El estilo de pensamiento numerológico ha sido aplicado desde antiguo —por lo menos desde Pitágoras— en los campos de la categorización y la catalogación. Pietro Bongo, en su *De numerorum mysteria* (1618), y, antes que él, Cornelius Agrippa, en su *De occulta philosophia* (escrita en 1510, y publicada en 1531), persiguieron la magia de las tríadas con determinación maníaca, comenzando por el más alto signifi-

cado del *tres*, a saber, el nombre de Dios, de tres letras, en su propia lengua, el hebreo, pasado por la Trinidad cristiana de Padre, Hijo y Espíritu Santo, hasta triplicidades difundidas en todos los aspectos imaginables del esquema del mundo de aquel tiempo (hechizo que perdura aún hoy en los signos zodiacales de las Casas que se utilizan para elaborar los horóscopos; Butler 1970:68).

Conan Doyle incorporó números en ocho títulos de sus historias de Holmes. El ordinal de dos y los cardinales cuatro, cinco y seis aparecen cada uno una sola vez: *La segunda mancha*, *El signo de [los] cuatro*, *Las cinco semillas de naranja*, *Los seis Napoleones*. El *tres* es mencionado no menos de tres veces o, si forzamos un principio oculto, cuatro: *Los tres gabletes*, *Los tres Garrideb*, *Los tres estudiantes*, y quizás *El tres-cuartos desaparecido*. Además el Chevalier C. Auguste Dupin, aquel «tipo tan inferior», es el personaje central de tres (de entre cuatro, o cinco, si se cuenta entre ellos «Tú eres el hombre») de los cuentos del tríptico detectivesco que escribió Edgar Allan Poe: *Los crímenes de la calle Morgue*, *El misterio de Marie Rogêt* y *La carta robada*, que Jacques Derrida (1975) ha denominado con el mote de «La trilogía de Dupin», y que Jacques Lacan ha interpretado (1966:11-61) como una serie de estructuras psicoanalíticas repetidas de «*trois temps, ordonnant trois regards, supportés par trois sujets...*», que constituyen un trazado como éste (p. 48):



En efecto, tal como señala Derrida (p. 108): «*Les locutions 'trio', 'triangles', 'triangle intersubjectif' surviennent très fréquemment...*», en una *Wiederholungszwäng* reticular. (Recuérdese que Dupin vivía en el número 33 de la Rue Dunôt, «*au troisième*», en el Faubourg St. Germain.) (Sobre «Po-



ética», de acuerdo con Lacan y Derrida, véase además Johnson 1980, cap. 7).

El estudio de Butler (1970:94) señala que, en la historia intelectual de Occidente, «el pensamiento numerológico fue utilizado para fines ampliamente filosóficos, cosmológicos y teológicos». Es conocida la afición de Peirce a introducir análisis y clasificaciones tricotómicos, afición de la que él mismo era muy consciente y en defensa de la cual publicó, en 1910, esta engañosa apología:

*Respuesta del autor a la sospecha anticipada de que atribuye una importancia supersticiosa o imaginaria al número tres y de que violenta las divisiones para hacerlas caber en ese lecho de Procasto que es la tricotomía.*

Admito, sin ambages, que existe una manía no poco común por las tricotomías. No sé si los psiquiatras le han dado un nombre. Si no lo han hecho, deberían hacerlo..., podrían llamarla *triadomanía*. No estoy tan afectado por ella; pero me veo obligado, por amor a la verdad, a hacer un número tan elevado de tricotomías que no me extrañaría que mis lectores, en particular aquellos que están dándose cuenta de lo común de la enfermedad, sospecharan, o llegaran a ser de la opinión, que soy víctima de ella. ... No tengo ninguna predilección especial por las tricotomías en general. (1.568-569)

A pesar del desmentido, es curioso recordar aquí que una parte importante de la carrera de Peirce al servicio del *Coast and Geodetic Survey* transcurrió en misiones de triangulación a lo largo de la costa de Maine y de los estados del Golfo, y que, en 1979, se instaló una estación geodésica de triangulación, llamada muy apropiadamente «C.S. Peirce Station», en recuerdo de tal circunstancia biográfica, en el patio delantero de Arisbe (el hogar de Peirce cerca de Milford, Pennsylvania).

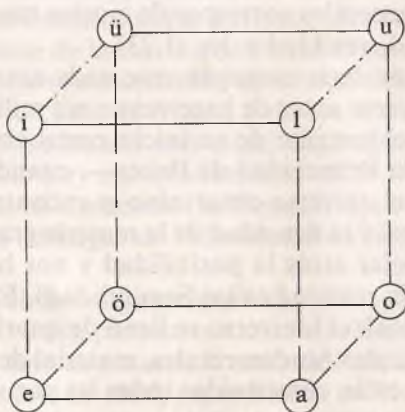
En 1857, Peirce —siguiendo a «Kant, el rey del pensamiento moderno» (1.369), para no mencionar a Hegel y su tesis/antítesis/síntesis (cf., en general, la carta de Peirce a Lady Welby, del 12 de octubre de 1904, reproducida en Hardwick [1977: 22-36], que contiene una amplia exposición de las tres categorías universales, con referencias específicas tanto a Kant como a Hegel), y el trío de los tres «impulsos» de Schiller (Sebeok 1981, cap. I)—, con el propósito genuinamente filo-

sófico de alcanzar universalidad y de comprender el mundo, se encontraba ya profundamente inmerso en el convencionalismo de las clasificaciones a base de tres. La más fundamental de tales categorías triádicas ontológicas fue la del sistema pronominal de *Ello (It)*, el mundo material de los sentidos, el objeto último de la cosmología; *Tú (Thou)*, el mundo de la mente, objeto de la psicología y de la neurología; y *Yo (I)*, el mundo abstracto, incumbencia de la teología. Estas distinciones básicas, familiares a los estudiosos de Peirce, suelen denominarse por lo general, en orden inverso, Primeridad, Segundidad y Terceridad, las cuales a su vez producen una lista tremendamente larga de otras tríadas interrelacionadas, de las que las más conocidas comprenden Signo, Objeto, Interpretante; Icono, Índice, Símbolo; Cualidad, Reacción y Representación; y, claro está, Abducción, Inducción y Deducción. Algunas de ellas se discuten y muchas se exponen, en el Apéndice I del excelente estudio de Esposito (1980; cf. Peirce 1982: xxvii-xxx) sobre el desarrollo de la teoría de las categorías de Peirce, aunque estas cuestiones son tan complejas que requieren una consideración ulterior. Por ejemplo, concuerda con los puntos de vista actuales de la teoría cosmológica del *Big Bang* la afirmación de Peirce de que «la Mente es lo Primero, la Materia es lo Segundo, la Evolución es lo Tercero» (6.32), que en líneas generales corresponde a otros tantos modos de ser: posibilidad, realidad y ley (1.23).

No podemos decir esencialmente nada acerca de la existencia del Universo antes de hace veinte mil millones de años, salvo que, en el instante de su inicio como singularidad — equivalente a la Primeridad de Peirce—, cuando dos puntos cualesquiera del universo observable se encontraban arbitrariamente juntos, y la densidad de la materia era infinita, acabábamos de dejar atrás la posibilidad y nos hallábamos ya en el reino de la realidad (alias Segundidad). En la milésima de segundo inicial, el Universo se llenó de quarks primordiales. Estas partículas fundamentales, material de construcción básico del que están constituidas todas las partículas elementales, pueden comprenderse mejor como signos, por cuanto, como nos dice la física de nuestros días: «Los quarks no se han visto nunca... La mayoría de los físicos de hoy creen que los quarks no se verán jamás...» (Pagels 1928:231). A medida

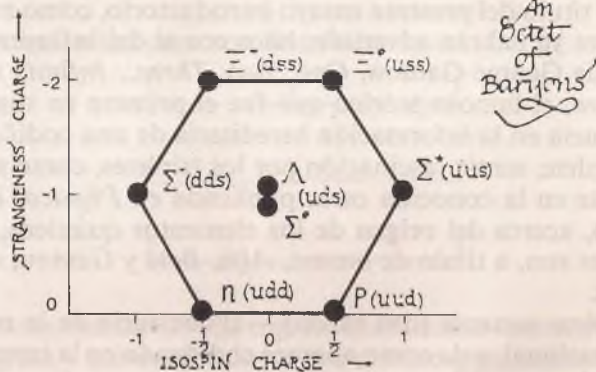
que proseguía la expansión del Universo, las temperaturas descendieron hasta unos  $12^{27}$  K, la sencilla ley natural que prevalecía en la infancia de este Cosmos se desdobló en las tres interacciones conocidas hoy como gravitación, fuerza electrodébil y fuerza fuerte (hadrónica) que mantiene unidas las partículas del núcleo del átomo. La evolución —Terceridad— de estas tres fuerzas en una sola estructura matemática, como promete la Teoría de la Gran Unificación, señala la aparición de la «ley» de Peirce, que podría explicar la primacía universal de la materia sobre la antimateria, así como proporcionar la solución del llamado problema del horizonte (es decir, de la homogeneidad del Universo) y del problema de la curvatura (concerniente a su densidad de masa).

La base del Universo está compuesta por un océano de simples signos, o, si se prefiere, de trucos matemáticos. Los quarks, que el Premio Nobel Murray Gell-Mann, junto con Yuval Ne'eman, han tratado bajo la etiqueta de «la óctuple vía», constituyen una familia hadrónica de octetos, ordenados en una matriz de características distintivas, construida con tres tipos de quarks que aparecen como «sabores», y que están regidos por una simetría postulada que, para un semiólogo, se parece mucho al sistema cúbico que forman las vocales turcas de Lotz (1962:13):



Este esquema representa ocho fonemas en términos de tres oposiciones binarias absolutas. De manera similar, los quarks superiores, inferiores y «extraños» se indican por *u*, *d* y *s*, res-

pectivamente (y lo mismo en cuanto a los antiquarks  $\bar{u}$ ,  $\bar{d}$  y  $\bar{s}$ ), con reglas muy sencillas para la construcción de los hadrones a partir de los quarks. La clasificación de óctuple vía de los hadrones para obtener un octeto aparecería como la figura que sigue:



De *The Cosmic Code: Quantum Physics as the Language of Nature*. Copyright © 1982 by Heinz R. Pagels. Con permiso de Simon & Schuster, filial de la Gulf & Western Corporation.

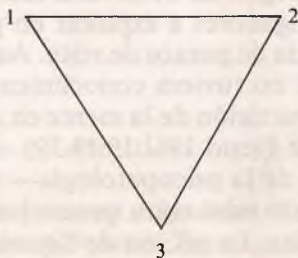
En materia de religión, Peirce se convirtió pronto del unitarismo al trinitarismo, aunque sin salirse del marco del episcopalismo. Cierta vez escribió: «Un Signo es el mediador entre su *Objeto* y su *Significado*... Objeto el padre, signo la madre del significado», acerca de lo cual Fisch comentó con agudeza: «...podría haber añadido, de su hijo, el Interpretante» (Peirce 1982:xxxii).

La radical triadicidad de Freud, bosquejada hace poco por Larsen (1980) en una comparación específica con la de Peirce, debería alentar, según ha observado también Fisch (1982: 128), a otros investigadores a explorar en profundidad esta aparente coincidencia de puntos de vista. Aunque lo más probable es que Freud no tuviera conocimiento del *Yo*, *Ello* y *Tú* de Peirce, su tripartición de la mente en *Ego*, *Id* y *Superego* (cf. en particular Freud 1961:19:19-39) —que constituyen los conceptos clave de la psicopatología— recuerda con notable aproximación la estructura generativa que Peirce postuló para la semiótica. La noción de *Superego*, por ejemplo, emerge como la última de las grandes represiones fundamen-

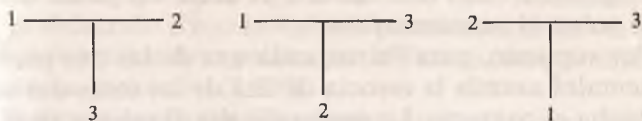
tales a partir de las dos categorías anteriores de represión primaria y secundaria. (A propósito, Freud coincide con Sherlock Holmes sólo en una novela, urdida por Nicholas Meyer, *The Seven Percent Solution*, y en su versión cinematográfica, en colaboración con Herbert Ross.)

El título del presente ensayo introductorio, como muchos lectores ya habrán advertido, hace eco al del influyente trabajo de George Gamow, *One, Two, Three... Infinity* (1947). Gamow, el famoso teórico que fue el primero en sugerir la existencia en la información hereditaria de una codificación en triplete, sentía fascinación por los tripletes, como se hace patente en la conocida carta publicada en *Physical Review* (1948), acerca del origen de los elementos químicos, cuyos autores son, a título de broma, *Alfa, Beta* y *Gamow*, en este orden.

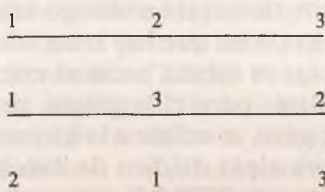
Peirce sostenía (con razón) —al contrario de la opinión convencional, y de como aparece codificado en la terminología de las gramáticas occidentales— que los nombres son sustitutos de los pronombres, y no viceversa. Algunas de las implicaciones lingüísticas de la tríada fundamental de Peirce requieren el tipo de atención experta que intentó el fallecido John Lotz (1976) en su análisis estructural de esta clase gramatical. En su artículo, de difícil accesibilidad, publicado por primera vez en húngaro, en 1967, Lotz demostraba que entre los tres pronombres no-agregados en cuestión prevalecen, de hecho, siete posibilidades muy diversas lógicamente, de las cuales, sin embargo, sólo una es viable en la lengua estudiada por él. Una relación es triangular:



Tres relaciones forman estructuras denominadas en T:



Y otras tres relaciones son lineales:



Posteriormente (1978), Ingram examinó las características tipológicas y universales de los pronombres personales en general, y afirmó la existencia (según 71 lenguas naturales) de sistemas que abarcaban de 4 a 15 personas, si a las formas simples se unían las agregadas. Según Ingram, lo que él llama el sistema inglés de cinco personas es «altamente atípico» (*ibid.* 215), lo cual, de ser cierto, parecería, a primera vista, requerir una revisión completa de los tres conceptos fundamentales de Peirce y del inmenso edificio construido sobre ese triángulo aparentemente natural. Así, en la morfología del aymará (tal como se habla en Bolivia), estudiado por uno de nosotros (Sebeok 1951) hace unos treinta años, se fijó el número de personas gramaticales en  $3 \times 3$ , cada una de las cuales era el nexo de las co-acciones entre un par de interlocutores posibles. Simplificando un poco, pueden ocurrir las formas siguientes: la primera persona incluye el remitente pero excluye el destinatario; la segunda persona incluye el destinatario pero excluye el remitente; la tercera persona excluye a remitente y destinatario; y la cuarta persona incluye el remitente y el destinatario. Estas formas producen nueve categorías de interrelaciones posibles:  $1 \rightarrow 2$ ,  $1 \rightarrow 3$ ,  $2 \rightarrow 1$ ,  $2 \rightarrow 3$ ,  $3 \rightarrow 1$ ,  $3 \rightarrow 2$ ,  $3 \rightarrow 3$ ,  $3 \rightarrow 4$  y  $4 \rightarrow 3$ . Imposible imaginar lo que podría haber sido la metafísica de Peirce si su idioma natal hubiera sido el jaqi, estrambótico *Gedankenexperiment* para todo el que crea en el principio de la relatividad lingüística,

o en lo que el lingüista sueco, Esaias Tegnér, denominó, en 1880, *sprakets makt över tanken*, es decir, «el poder del lenguaje sobre el pensamiento».

Por supuesto, para Peirce, cada una de las tres personas elementales asumía la esencia de una de las otras dos según cambiaba el contexto. Lo que explicaba él mismo en el manuscrito 917: «Aunque no pueden ser expresadas la una en términos de la otra, tienen sin embargo una relación entre sí, ya que TU es un ELLO en que hay otro YO. YO se asoma hacia el interior, ELLO se asoma hacia el exterior, TU vincula.» (Otro tema de interés para el lingüista, pero que aquí mencionamos sólo de paso, se refiere a la incómoda y oblicua asociación entre el principio diádico de Jakobson, o binarismo [cf. Jakobson y Waugh 1979:20], contra las tesis *a priori* de Peirce sobre la indescomponibilidad de las relaciones triádicas, a saber, que la trisección de cualquier campo del discurso es inevitablemente exhaustiva, y produce de manera invariable una trinidad de clases que se excluyen mutuamente.)

Resumamos y concretemos lo dicho mediante el famoso saco de judías de Peirce de 1878 (2.623):

#### Deducción

<i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.
<i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.
∴ <i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.

#### Inducción

<i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.
<i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.
∴ <i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.

#### Abducción

<i>Regla</i>	Todas las judías de este saco son blancas.
<i>Resultado</i>	Estas judías son blancas.
∴ <i>Caso</i>	Estas judías son de este saco.

Es importante repetir que estas tres figuras son irreductibles. «Por tanto, está probado que cada figura comprende el principio de la primera figura, mientras que la segunda y la tercera contienen además otros principios» (2.807). En resu-

men, una abducción nos permite formular una predicción general, pero sin garantía alguna de éxito en el resultado; además, la abducción como método de pronóstico ofrece «la única esperanza posible de regular nuestro futuro comportamiento de manera racional» (2.270).

Obsérvese que todo Argumento, expresado, por ejemplo, como Silogismo, es en sí mismo un signo, «cuyo interpretante representa su objeto como un signo ulterior a través de una ley, es decir, la ley de que el paso de tales premisas a tales conclusiones tiende a la verdad» (2.263). Peirce da a todo Argumento el nombre de Legisigno Simbólico. Todo Argumento está compuesto de tres proposiciones: Caso, Resultado y Regla, en tres permutaciones, que producen respectivamente las tres figuras expuestas en los ejemplos del saco de judías. Pero cada una de las Proposiciones es, a su vez, un signo, es decir, un signo «enlazado con su objeto por una asociación de ideas generales» (2.262), un Símbolo Dicente que es necesariamente un Legisigno.

Puesto que tanto el objeto como el interpretante de cualquier signo son forzosamente también signos, no es de sorprender que Peirce afirmara «que todo este universo está sembrado de signos», y se preguntara «si no estará compuesto exclusivamente de signos» (cf. Sebeok 1977, *passim*). Incluso la alusión de Fisch a la constelación triádica familiar, implícita en Peirce, de padre, madre e hijo —con sutiles resonancias de los versos de Milton «The Childhood shows the man,/As morning shows the day», y de Wordsworth «The Child is father of the Man»—, ha encontrado fundamento en la ciencia de la vida, según la sofisticada explicación de Thom de la génesis de los signos: «Dans l'interaction 'Signifié-Signifiant' il est clair qu'entraîné par le flux universel, le Signifié émet, engendre le Signifiant en un buissonnement ramifiant ininterrompu. Mais le Signifiant réengendre le Signifié, chaque fois que nous interprétons le signe. Et comme le montre l'exemple des formes biologiques, le Signifiant (le descendant) peut redevenir le Signifié (le parent), il suffit pour cela du laps de temps d'une génération» (1980:264; Sebeok 1979:124).

Peirce, en un pasaje muy discutido, responde a la pregunta «¿Qué es el hombre?» categorizándolo como un Símbolo



(7.583). En cuanto al Universo, lo consideraba como un Argumento. En una conmovedora y memorable serie de conferencias, pronunciadas en la primavera de 1903, Peirce avanzó la opinión de que la realidad de la Terceridad «es operante en la Naturaleza» (5.93), concluyendo lo siguiente: «El Universo como argumento es necesariamente una obra de arte maestra, un gran poema —puesto que todo buen argumento es un poema y una sinfonía— como todo poema verdadero es un sólido argumento... El efecto total está más allá de nuestra comprensión; pero podemos apreciar, en cierta medida, la Cualidad resultante de las partes del todo, Cualidades que son el resultado de la combinación de las Cualidades elementales que pertenecen a las premisas» (5.119). Peirce continuó, en la siguiente conferencia, con una «serie de afirmaciones que parecerán disparatadas», y una orgía de triparticiones adicionales, asombrosas por su alcance, pero reconocidas como tales por William James (1907:5): «destellos de luz deslumbrante sobre un fondo de oscuridad tenebrosa».

Con ocasión del centenario de Poe, en el año 1911, Sir Arthur Conan Doyle presidió una cena conmemorativa celebrada en Londres. Fue él quien transmitió a Sherlock Holmes, entre otras facetas de las cualidades de Dupin, la astuta habilidad, la hechizante ilusión semiótica de descifrar y descubrir los pensamientos más profundamente íntimos de los demás mediante la reencarnación de sus mudos diálogos interiores en signos verbales. Doyle preguntó: «¿Dónde estaba la narración detectivesca antes de que Poe le insuflara el aliento de la vida?» (Simons 1978:170). En 1908, Peirce, refiriéndose a una observación de Poe en «Los crímenes de la calle Morgue» («Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* de sus características.»), dijo que «los problemas que a primera vista parecen totalmente insolubles llevan, por esa misma circunstancia... las claves de su solución» (6.460; véase también el Cap. II de este libro). ¿Dónde estaban la lógica y la física —nos atrevemos a preguntar nosotros— antes de que Peirce les infundiera la ley de la libertad, que él llamó, en expresión ubérrima, «the Play of Musement», el libre juego del pensamiento?

## CAPITULO II

*Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok*

«YA CONOCE USTED MI METODO»:  
UNA CONFRONTACION ENTRE CHARLES S. PEIRCE  
Y SHERLOCK HOLMES<sup>1</sup>

«Jamás pretendo adivinar.»  
— Sherlock Holmes en *El signo de (los) cuatro*.

Pero debemos conquistar la verdad adivinando, o de ningún modo.  
— Charles S. Peirce, Ms. 692<sup>2</sup>.

### *1. C.S. Peirce - Detective asesor<sup>3</sup>*

El viernes 20 de junio de 1879, Charles S. Peirce embarcó en Boston, en el vapor *Bristol* de la Fall River Line, rumbo a Nueva York, donde iba a pronunciar una conferencia el día siguiente. A su llegada a Nueva York, por la mañana, experimentó lo que describe como «una extraña sensación de confusión» en la cabeza, que atribuyó al aire enrarecido del camarote. Se vistió de prisa y abandonó el buque. Con las prisas por salir al aire libre, se dejó olvidado el abrigo y un valioso reloj Tiffany de áncora, que le había facilitado el gobierno norteamericano para su trabajo en la Coast Survey. Al darse cuenta de ello, al poco rato, Peirce regresó a toda prisa al barco, donde se encontró con que los dos objetos habían desaparecido, ante lo cual, y enfrentado a lo que a su parecer sería «la deshonra profesional de su vida» si no conseguía devolver el reloj en las mismas condiciones perfectas en que lo había recibido, nos cuenta que, después de «haber hecho que se reunieran y se pusieran en fila todos los camareros de color, sin importar a qué cubierta pertenecían...»



Fig. 1. El *Bristol* (Fall River Line). De Hilton 1968:28. Reproducido con permiso de Howell-North Books.

Fui de un extremo a otro de la fila, y, del modo más *déagagé* que pude, charlé un poco con cada uno de ellos sobre cualquier cosa en la que él pudiera mostrar cierto interés, pero que a mí menos me comprometiera, con la esperanza de parecer tan tonto que pudiera detectar algún síntoma en el ladrón. Recorrida toda la fila, me volví y di unos pasos, aunque sin alejarme, y me dije: «No tengo ni el menor destello de luz por el que guiarme.» A lo cual, sin embargo, mi otro yo (puesto que nuestras relaciones son siempre a base de diálogos) me dijo: «No tienes más que apuntar al hombre con el dedo. No importa que carezcas de motivo, tienes que decir quién te parece que es el ladrón.» Di un pequeño rodeo en mi paseo, que no había durado más de un minuto, y cuando me volví hacia ellos, toda sombra de duda había desaparecido. No había autocritica. Nada de eso venía a cuento. (Peirce 1929:271)

Llevó al sospechoso aparte, pero Peirce no logró convencerle, ni con razonamientos ni con amenazas, ni con la promesa de cincuenta dólares, de que le devolviera las cosas. Entonces «bajé corriendo al muelle y me hice llevar, con la mayor rapidez de que fue capaz el coche, a la agencia Pinkerton». Le dirigieron a un tal señor Bangs, jefe de la rama neoyorquina de la famosa agencia de detectives, con quien tuvo la siguiente entrevista:

«Señor Bangs, un negro del barco de la Fall River, que se llama fulano de tal (di el nombre) me ha robado el reloj, la cadena y un abrigo



Fig. 2. Charles S. Peirce. (De la National Academy of Sciences, fotografía tomada presumiblemente al poco tiempo de la elección de Peirce como miembro de la institución, en 1877.)

de entretiem po. El reloj es un Charles Frodsham y éste es su número. El individuo bajará del barco a la una del mediodía, y de inmediato irá a empeñar el reloj, por el que obtendrá cincuenta dólares. Mi deseo es que le sigan y que, en cuanto tenga en su poder la papeleta de empeño, lo hagan detener.» El señor Bangs dijo: «¿Qué le hace pensar que le ha robado el reloj?» «Vaya», dije yo, «no tengo ninguna razón para pensarlo; pero estoy completamente seguro de que es así. Ahora bien, si no fuera a una casa de empeños a deshacerse del reloj, como estoy seguro de que hará, el asunto terminaría aquí, y usted no necesitaría tomar ninguna medida. Pero yo sé que irá. Le he dado el número del reloj, y le dejo mi tarjeta. No se arriesga a nada deteniéndolo». (1929:273)

Un hombre de la Pinkerton fue encargado del caso, pero se le dieron instrucciones de «obrar según sus propias deducciones», y de no hacer caso de las suposiciones de Peirce sobre quién era el culpable. El detective, después de investigar



Fig. 3. George H. Bangs, director general de la Pinkerton's National Detective Agency, 1865-1881. De Horan 1967:28. Reproducido con permiso de Pinkerton's, Inc.

los antecedentes de todos los camareros de la Fall River, se puso a seguir a un individuo que no era el sospechoso de Peirce, y la pista resultó falsa.

Cuando el detective llegó así a un punto muerto en su investigación, Peirce fue de nuevo a ver al señor Bangs, quien le aconsejó que enviara una tarjeta postal a todas las casas de empeño de Fall River, Nueva York y Boston, ofreciendo una recompensa por la recuperación del reloj. Las postales fueron enviadas por correo el 23 de junio. Al día siguiente, Peirce y el agente de Pinkerton recuperaron el reloj de manos de un abogado neoyorquino, el cual les indicó qué casa de empeños había respondido a la oferta de recompensa. El mismo propietario de la casa le «describió la persona que había empeñado el reloj de una manera tan gráfica que no cupo

## **PAWNBROKERS!**

**Please Stop if Offered, or Notify if Received.**

Plain Gold Hunting Case Lever Watch, No. 04555,  
Charles Frodsham, maker. Stolen from State Room of Fall  
River Steamboat "Bristol," Saturday, June 21st, 1879.

\$150. will be paid for its recovery.

*Send information to*

**ALLAN PINKERTON,**

June 23, 1879.

**66 Exchange Place, New York.**

Fig. 4. Ejemplar no usado de una postal en que se ofrece una recompensa por la devolución del reloj de Peirce. De los archivos del Coast and Geodetic Survey en los National Archives.

ninguna duda de que se trataba de mi [es decir, de Peirce] hombre». (1929:275).

Peirce y el detective se dirigieron entonces al alojamiento del sospechoso, con la intención de recuperar también la cadena y el abrigo. El detective se mostró remiso a entrar en el edificio sin un mandamiento, ante lo cual Peirce, disgustado por la ineptitud del agente, entró solo, asegurándole que regresaría exactamente en doce minutos con sus cosas. Después narra los acontecimientos que siguieron:

Subí los tres tramos de escalera y llamé a la puerta del apartamento. Vino a abrir una mujer de raza amarilla; detrás de ella había otra del mismo color de piel, sin sombrero. Entré y dije: «Su marido acabará en Sing-Sing por haberme robado el reloj. Me he enterado de que la cadena y el abrigo, que también me robó, están aquí y he venido a recogerlos.» Ante lo cual las dos mujeres armaron un tremendo alboroto y amenazaron con ir a buscar a la policía al momento. No recuerdo con exactitud lo que dije, sólo sé que no perdí la calma<sup>4</sup> y que les dije que cometerían un error llamando a la policía, porque sólo serviría para empeorar la situación del marido. Dado que sabía el sitio exacto donde se hallaban la cadena y el abrigo, los cogería antes de que llegara la policía... No veía en qué lugar del cuarto po-

día estar la cadena, y pasé a otro del interior. En él había pocos muebles, aparte de una cama de matrimonio y un baúl de madera al otro lado de la cama. Dije: «Mi cadena está en el fondo del baúl, debajo de la ropa; y voy a cogerla...» Me arrodillé y por suerte el baúl no estaba cerrado con llave. Después de echar fuera toda la ropa... di con... la cadena. La sujeté, en el acto, al reloj, y al hacerlo me di cuenta de que la otra mujer (la que no llevaba sombrero) había desaparecido, a pesar del interés que había mostrado por mi conducta. «Ahora», dije, «sólo me falta encontrar el abrigo...» La mujer extendió los brazos a derecha e izquierda y dijo: «Le invito a que lo busque por todo el piso.» Yo dije: «Muchas gracias, señora, porque el extraordinario cambio en el tono respecto a cuando abrí el baúl me asegura que el abrigo no está aquí...» Salí, por lo tanto, del piso y entonces vi que en el rellano había otra puerta.

Aunque no lo recuerdo con certeza, creo que es muy probable que estuviera convencido de que la desaparición de la otra mujer estaba relacionada con mi evidente determinación de buscar el abrigo en el piso del que acababa de salir. Lo que es seguro es que había comprendido que la otra mujer no vivía lejos. De modo que, para empezar, llamé a la puerta del otro apartamento. Vinieron a abrir dos muchachas amarillas o amarillentas. Miré por encima de sus hombros y vi una salita de aspecto bastante respetable con un bonito piano. Pero encima del piano había un paquete atado del tamaño y la forma justas para contener mi abrigo. Dije: «Llamo porque tienen un paquete que es mío; ah, sí, ya lo veo, me lo llevaré.» Entré apartándolas amablemente, cogí el paquete, lo deshice y encontré el abrigo, que me puse en seguida. Bajé a la calle y llegué donde estaba el detective quince segundos antes de que pasaron los doce minutos. (1929:275-277)

El día siguiente, 25 de junio, Peirce escribió al inspector Patterson que «Los dos negros que me robaron el reloj han sido detenidos hoy y aguardan juicio. Todo ha sido recobrado. El ladrón es el individuo del que yo había sospechado todo el tiempo en contra del parecer del detective».<sup>5</sup>

Como Peirce señaló en una carta posterior a su amigo y discípulo William James (1842-1910), filósofo y psicólogo de Harvard, esta historia detectivesca le sirvió de ilustración para su «teoría de por qué la gente adivina correctamente tan a menudo». «Este singular instinto de adivinar» (1929:281), o inclinación a adoptar una hipótesis, que Peirce más comúnmente denomina *abducción*<sup>6</sup> o *retroducción*, la describe como «una ensalada singular... cuyos ingredientes principa-

les son la falta de fundamento, la ubicuidad y la fiabilidad» (Ms. 692). En cuanto a su ubicuidad, Peirce escribe:

Al mirar por mi ventana esta hermosa mañana de primavera veo una azalea en plena floración. ¡No, no! No es eso lo que veo; aunque sea la única manera en que puedo describir lo que veo. *Eso* es una proposición, una frase, un hecho; pero lo que yo percibo no es proposición, ni frase, ni hecho, sino sólo una imagen, que hago inteligible en parte por medio de una declaración de hecho. Esta declaración es abstracta; mientras que lo que veo es concreto. Realizo una abducción cada vez que expreso en una frase lo que veo. Lo cierto es que todo el tejido de nuestro conocimiento es un paño de puras hipótesis confirmadas y refinadas por la inducción. No se puede realizar el menor avance en el conocimiento más allá de la fase de la mirada vacua, si no media una abducción en cada paso. (Ms. 692)

Aunque todo nuevo conocimiento dependa de la formulación de una hipótesis, sin embargo «parece, al principio, que no ha lugar a preguntarse qué la fundamenta, puesto que a partir de un hecho real se limita a inferir un *puede que sea* (*puede que sea y puede que no sea*). Sin embargo, existe una decidida propensión por el lado afirmativo, y la frecuencia con que la hipótesis resulta corresponder a un hecho real es... la más sorprendente de todas las maravillas del universo» (8.238). Al comparar nuestra capacidad de abducción con «los poderes musicales y aeronáuticos de las aves, es decir, lo que respectivamente en nosotros y en ellas es la expresión más elevada de los poderes puramente instintivos» (1929:282),<sup>7</sup> Peirce señala que «la retroducción se basa en la confianza de que entre la mente del que razona y la naturaleza existe una afinidad suficiente para que las tentativas de adivinar no sean totalmente vanas, a condición de que todo intento se compruebe por comparación con la observación» (1.121).

Un objeto dado presenta una combinación extraordinaria de características de las que nos gustaría tener una explicación. Que exista alguna explicación de ellas es una mera suposición; y, de existir, lo que las explica es algún hecho oculto; mientras que hay, tal vez, un millón de otras maneras posibles de explicarlas, sólo que todas son, desgraciadamente, falsas. En una calle de Nueva York, se descubre un hombre apuñalado por la espalda. El jefe de la policía podría abrir el censo de los habitantes, poner el dedo sobre un nombre cualquiera



y conjeturar que es el del asesino. ¿Qué valor tendría una conjetura semejante? Sin embargo, el número de nombres en una lista así no es nada comparado con la multitud de posibles leyes de atracción que podrían haber justificado la ley del movimiento planetario de Kepler [sic] y que, previamente a la verificación mediante constataciones de perturbaciones, etc., las hubiera explicado perfectamente. Newton, me diréis, supuso que la ley tenía que ser simple. Pero, ¿qué era eso sino amontonar un intento de adivinar sobre otro? Sin duda, en la naturaleza hay muchos más fenómenos complejos que simples... No hay justificación para lo que no sea poner [una abducción] como interrogación. (Ms. 692)

La abducción, es decir, la retroducción («un nombre desafortunado», confesó el propio Peirce), es, según una de las formulaciones posteriores de Peirce, que aparentemente debe mucho al filósofo inglés George Berkeley (1685-1753), un medio de comunicación entre el hombre y su Creador, un «privilegio divino» que debe ser cultivado (Eisele 1976, vol. III: 206). Para Peirce, «según la doctrina de las probabilidades, sería prácticamente imposible a cualquier ser viviente adivinar por pura casualidad la causa de un fenómeno», por lo que se aventura a decir que «no cabe duda razonable de que la mente del hombre, por haberse desarrollado bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, piensa en cierto modo según pautas de la naturaleza» (Peirce 1929:269). «Es evidente», escribe, «que si el hombre no poseyera una luz interior que tendiera a hacer que sus conjeturas fueran... mucho más a menudo ciertas de lo que serían por pura casualidad, la raza humana se hubiera extinguido hace tiempo, por su total incapacidad en la lucha por la existencia...» (Ms. 692).

En adición al principio de que la mente humana tiene, como resultado de un proceso evolutivo natural, una predisposición a conjeturar correctamente acerca del mundo, Peirce propone un segundo principio conjetural con el fin de explicar parcialmente el fenómeno de la adivinación, a saber, que «a menudo extraemos de una observación sólidos indicios de la verdad, sin poder especificar cuáles circunstancias de entre las observadas contenían tales indicios» (1929:282). Volviendo a la historia del reloj robado, Peirce no fue capaz de determinar a nivel consciente cuál de los camareros del barco de la Fall River era el culpable. Al mantenerse «en un es-

tado tan pasivo y receptivo» (1929:281) como le fue posible durante su breve entrevista con cada camarero, sólo cuando se forzó a hacer lo que parecía una conjetura a ciegas advirtió que, en realidad, el ladrón había dado un indicio involuntario y que él había percibido ese signo revelador de un modo «inconsciente», según sus palabras, habiendo realizado «una discriminación por debajo de la superficie de la conciencia, sin haberla reconocido como auténtico juicio, aunque era, en verdad, una discriminación genuina» (1929:280). Los procesos por los que hacemos suposiciones acerca del mundo dependen, en opinión de Peirce, de juicios perceptivos que contienen elementos generales que permiten que de ellos se deduzcan proposiciones universales. Basándose en el trabajo experimental sobre la psicología de la percepción, que realizó en la Universidad Johns Hopkins con el conocido psicólogo Joseph Jastrow (1863-1944), alumno suyo en aquella época (1929:7.21-48), Peirce sostuvo que estos juicios perceptivos son «el resultado de un proceso, aunque de un proceso no suficientemente consciente para ser controlado, o, para decirlo de modo más justo, no controlable y por lo tanto no plenamente consciente» (5.181).<sup>8</sup> Los diferentes elementos de una hipótesis están en nuestra mente antes de que seamos conscientes de ello, «pero es la idea de relacionar lo que nunca habíamos soñado relacionar lo que ilumina de repente la nueva sugerencia ante nuestra contemplación» (5.181).

Peirce describe la formación de una hipótesis como «un acto de *insight*», la «sugerencia abductiva» viene a nosotros «como un destello» (5.181). La sola diferencia entre un juicio perceptivo y una inferencia abductiva es que el primero, al contrario de la segunda, no está sujeto a análisis lógico.

La inferencia abductiva se cambia gradualmente en juicio perceptivo sin que haya una clara línea de demarcación entre ambos; o, en otras palabras, nuestras primeras premisas, los juicios perceptivos, han de considerarse como un caso extremo de inferencias abductivas, de las

\* El término inglés *insight* carece de equivalente en castellano, por lo que se lo emplea en original, con frecuencia, en psicoanálisis y psicología. Alude al tipo de certeza interna que el sujeto obtiene de una observación cualquiera. Comparte con la intuición la naturaleza de su proceso, que es instantáneo; y con la visión, el mundo representativo. Se aproxima al valor semántico de «vislumbre», palabra a todas luces imprecisa. Mantenemos, por consiguiente, el término original. (N. del E.)

que difieren por estar absolutamente al margen de toda crítica. (5.181; cf. 6.522, Ms. 316)

La abducción, o «el primer paso del razonamiento científico» (7.218),<sup>9</sup> y «el único tipo de argumento que da lugar a una idea nueva» (2.97),<sup>10</sup> es un instinto que depende de la percepción inconsciente de conexiones entre diferentes aspectos del mundo, o, para emplear otra serie de términos, una comunicación subliminal de mensajes. Va también asociada con, o más bien produce, según Peirce, cierto tipo de emoción, que la distingue claramente de la inducción y de la deducción:

La hipótesis sustituye el complicado enredo de predicados vinculados a un sujeto por una noción simple. Ahora bien, el acto de pensar que cada uno de los predicados es inherente al sujeto motiva una sensación peculiar. En la inferencia hipotética, el complicado sentimiento que resulta de todo eso es reemplazado por un sentimiento simple de mayor intensidad, el perteneciente al hecho de pensar la conclusión hipotética. Ahora bien, cuando nuestro sistema nervioso es excitado de manera complicada, de modo que existe una relación entre los elementos de la excitación, el resultado es una alteración simple y armoniosa, que denomino emoción. Así, los diversos sonidos producidos por los instrumentos de una orquesta impresionan el oído, y el resultado es una emoción musical peculiar, muy distinta de los sonidos en sí. Tal emoción es esencialmente el mismo fenómeno de la inferencia hipotética, y toda inferencia hipotética comprende la producción de una emoción similar. Podemos decir, por consiguiente, que la hipótesis produce el elemento *sensorio* del pensamiento, y la inducción el elemento *habitual*. (2.643)

De ahí la manifestación de confianza y convicción de estar en lo correcto que Peirce hace respecto a su labor de detective.

## 2. *Sherlock Holmes - Semiólogo asesor*

La descripción que Peirce nos hace del método que empleó para recuperar el reloj robado se parece de manera sorprendente a las descripciones que el Dr. Watson nos hace de Sherlock Holmes en acción.<sup>11</sup> Son frecuentes las alusiones a Holmes como un perro de caza (por ejemplo, en *STUD*, *DANC*, *BRUC* y *DEVI*). Así en *BOSC*, Watson escribe:

Sherlock Holmes se transformaba cuando veía un rastro como éste. Las personas que sólo conocían al sosegado pensador y hombre lógico de Baker Street no le hubieran reconocido. Su rostro enrojecía y se ensombrecía. Sus cejas se convertían en dos líneas duras y negras, por debajo de las cuales centelleaban sus ojos con destellos acerrados. Inclina la cara hacia el suelo, encorvaba los hombros, apretaba los labios, y las venas de su cuello, largo y nervudo, sobresalían como trallas. Las ventanas de su nariz parecían dilatarse con un ansia de caza puramente animal, y su mente se concentraba tan absolutamente en el problema que tenía delante que cualquier pregunta u observación resbalaba en sus oídos, o, a lo sumo, provocaba en respuesta un gruñido rápido e impaciente.

Al referirse a este pasaje, Pierre Nordon comenta: «Vemos aquí a un hombre transformarse repentinamente en un perro de caza ante nuestros ojos, hasta el punto que parece haber perdido la facultad del habla y sólo puede expresarse con sonidos» (1966:217), atento sólo a sus poderes instintivos, no verbales de percepción y abducción.

Precisamente, gracias a la recolección instintiva de indicios, Holmes logra formular sus hipótesis, a pesar de que él se inclina por incluir tanto los procesos perceptivos como los hipotéticos bajo el epígrafe de «Observación», como puede verse en el siguiente pasaje del capítulo titulado «La ciencia de la deducción» en SIGN, donde Holmes y Watson hablan de un detective francés llamado François le Villard:

[Holmes]: — Cuenta con dos de las tres cualidades necesarias al detective ideal. Tiene capacidad de observación y de deducción. Le faltan sólo conocimientos...<sup>12</sup>

[Watson]: — ... Pero ahora mismo habló usted de observación y deducción. Claro que, hasta cierto punto, la una implica la otra.

[Holmes]: — Casi nada... Por ejemplo, la observación me revela que usted estuvo esta mañana en la oficina de Correos de Wigmore Street, pero la deducción me dice que usted, una vez allí, puso un telegrama.

[Watson]: — ¡Exacto!... Pero le confieso que no me explico de qué manera ha llegado usted a ello.

[Holmes]: — Es la sencillez misma... Tan absurdamente sencillo, que resulta superflua toda explicación; y, sin embargo, puede servir para definir los límites de la observación y de la deducción. La observación me hace descubrir que lleva usted adherida al empeine de su calzado un poco de tierra roja. Justo delante de la oficina de Wig-

more Street han levantado el pavimento y sacado algo de tierra, que está esparcida de manera que es difícil dejar de pisarla al entrar en aquélla. La tierra tiene ese singular tono rojizo que, hasta donde alcanzan mis conocimientos, no se encuentra en ningún otro sitio de los alrededores. Hasta ahí es observación. Lo demás es deducción.

[Watson]: — ¿Cómo, pues, ha deducido lo del telegrama?

[Holmes]: — Veamos. Yo sabía que usted no había escrito ninguna carta, puesto que he pasado toda la mañana sentado enfrente de usted. Observo también ahí, en su pupitre abierto, que tiene usted una hoja de sellos y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué, pues, podía usted haber ido a Correos sino a enviar un telegrama? Elimine todos los demás factores y el único que queda tiene que ser el verdadero.

Watson somete entonces a Holmes a una prueba todavía más difícil, y, cuando de nuevo el detective la supera, le pide que le explique su proceso de razonamiento. «Ah», replica Holmes, «ha sido buena suerte. Sólo podía decir cual era el saldo de probabilidades. No esperaba ser tan exacto». Y cuando Watson le pregunta entonces si no «había sido un trabajo de mera adivinación», Holmes dice: «No, no: jamás pretendo adivinar. Es una costumbre reprobable, que destruye las facultades lógicas», y atribuye la sorpresa de su compañero al hecho de que «usted no sigue el curso de mi pensamiento, ni observa los hechos pequeños de los que pueden depender grandes inferencias».

A pesar de sus desmentidos, la capacidad de observación de Holmes, su «extraordinario talento para las minucias», como lo expresa Watson, y su capacidad de deducción se basan en la mayoría de los casos en una complicada serie de lo que Peirce hubiera llamado conjeturas. En el caso anterior, por ejemplo, Holmes sólo puede conjeturar que Watson ha entrado realmente en la oficina de Correos, en vez de haber pasado sólo por delante. Además Watson podía haber entrado en la oficina postal para encontrarse con un amigo y no para hacer otra cosa, y así por el estilo.

Que Holmes estaba convencido de la importancia de estudiar los detalles para llevar a buen término un investigación, se pone de relieve en el siguiente pasaje:

— Me pareció que observaba en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí —le hice notar.

— Invisibles no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto todo lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugestivas que son las uñas de los pulgares, o de las grandes cuestiones que pueden pender de un cordón de zapato. Vamos a ver, ¿qué dedujo usted del aspecto exterior de esa mujer? Descríbalo.

— Bueno, llevaba un sombrero de paja, de alas anchas y de color pizarra, con una pluma de color rojo ladrillo. La chaqueta era negra, adornada con abalorios negros y con una orla de pequeñas cuentas de azabache. El vestido era marrón, de un tono más oscuro que el café, con una pequeña tira de felpa púrpura en el cuello y en las mangas. Los guantes eran grisáceos y completamente desgastados en el dedo índice de la mano derecha. No me fijé en sus botas. Llevaba pendientes de oro, pequeños y redondos, y tenía un aspecto general de persona que vive bastante bien, de una manera corriente, cómoda y sin preocupaciones.

Sherlock Holmes aplaudió ligeramente y se rió por lo bajo.

— Válgame Dios, Watson, está usted progresando. Lo ha hecho muy bien, de veras. Es cierto que ha pasado por alto todo cuanto tenía importancia, pero ha dado usted con el método, y posee una visión rápida del color. Nunca se confíe a impresiones generales, muchacho, concéntrese en los detalles. Lo primero que yo miro son las mangas de una mujer. En el hombre tienen quizá mayor importancia las rodilleras del pantalón. Como ha observado usted, esta mujer llevaba tiras de felpa en las mangas, y la felpa es un material muy útil para descubrir rastros en él. La doble línea, un poco más arriba de la muñeca, en el sitio donde la mecanógrafa hace presión contra la mesa, estaba perfectamente marcada. Las máquinas de coser, las movidas a mano, dejan una marca similar, pero sólo en el brazo izquierdo, y en el lado más alejado del pulgar, en vez de marcarla cruzando la parte más ancha, como en este caso. Después miré su cara, y al observar en ambos lados de su nariz la señal de unas gafas de presión, me aventuré a hacer una observación sobre miopía y mecanografía, lo que pareció sorprenderla.

— Me sorprendió a mí.

— Pero, sin duda, era obvio. Me sorprendió mucho, después de eso, y me interesó, cuando miré hacia abajo y observé que, aunque llevaba un par de botas muy parecidas, eran desparejas; una tenía un leve adorno en la puntera, mientras que la otra era lisa. La una tenía abrochados sólo los dos botones de abajo de los cinco que tenía, y la otra el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando una señorita joven, correctamente vestida en todo lo demás, ha salido de su casa con las botas desparejas y a medio abrochar, no significa gran cosa deducir que salió con prisas.

— ¿Y qué más? —le pregunté. ...

— Advertí, de pasada, que había escrito una nota antes de salir de casa, pero cuando estaba ya completamente vestida. Usted se fijó en que su guante derecho tenía un agujero en el dedo índice, pero al parecer no se fijó en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con mucha prisa, y había metido demasiado la pluma en el tintero. Eso debió ocurrir esta mañana, pues de lo contrario la mancha de tinta no estaría fresca en el dedo. Todo esto resulta divertido aunque bastante elemental. ...

(IDEN)

Lo que explica el éxito de Sherlock Holmes no es que jamás se aventure a adivinar, sino que lo haga tan bien. De hecho, sin darse cuenta, sigue el consejo de Peirce para seleccionar la mejor hipótesis (véase 7.200-320). Parafraseando la explicación de Peirce, podríamos decir que la mejor hipótesis es la más simple y natural,<sup>13</sup> la más fácil y económica de comprobar, y que, sin embargo, contribuirá a la comprensión de la gama más amplia posible de hechos. En el episodio de Correos, las conjeturas de Holmes acerca de las acciones de Watson son las más razonables dadas las circunstancias.

Además, le permiten, con el mínimo de bagaje lógico, alcanzar un punto a partir del cual, mediante más observación, puede verificar algunas de las predicciones extraídas de su hipótesis, y reducir así considerablemente el número de conclusiones posibles. En otras palabras, Holmes no sólo selecciona la hipótesis más simple y natural, sino que, además, «desmenuza la hipótesis en sus componentes lógicos más pequeños y no se arriesga a servirse de más de uno a la vez», procedimiento que Peirce describe como el secreto del juego de las Veinte Preguntas (7.220; cf. 6.529).<sup>14</sup> A partir de la hipótesis de que Watson ha entrado en la oficina de Correos para algo relacionado con los servicios postales, Holmes deduce (en el sentido de Peirce) que a lo que ha ido puede ser a echar una carta, a comprar sellos y/o tarjetas postales, o a mandar un telegrama. De ahí pasa a comprobar sistemáticamente cada una de estas posibilidades, y rápidamente llega a la que se revela como la correcta. Cuando son posibles diversas explicaciones, «se ponen a prueba una tras otra hasta que alguna de ellas ofrezca una base suficientemente convincente» (BLAN).

Como ya hemos señalado, Peirce sostenía que una hipótesis debe considerarse siempre como una pregunta, y que, puesto que todo nuevo conocimiento deriva de suposiciones, de nada sirven éstas sin la prueba indagatoria. Holmes advierte también a Watson, en SPEC, «cuán peligroso es razonar a partir de datos insuficientes». El detective coincide además con Peirce (2.635; 6.524; 7.202) en que los prejuicios o hipótesis que somos reluctantes a someter a la prueba de la inducción, son un obstáculo importante para razonar con éxito. Holmes declara, por ejemplo, que «Me impongo la regla de no tener jamás prejuicios» (REIG; cf. ABBE; NAVA). La admiración de Peirce por los grandes personajes de la historia de la ciencia, como Kepler, arranca precisamente de la extraordinaria capacidad que poseen de sustentar la cadena conjetura-prueba-conjetura.

Es en ese punto, concerniente al mantenimiento de la objetividad hacia los datos de un caso, que Holmes, de manera muy parecida a Peirce en la historia que abre este ensayo, tiene conflictos con los representantes de la policía, o, en el caso de Peirce, con los profesionales de Pinkerton.<sup>15</sup> En BOSC, por ejemplo, Holmes intenta señalar algunos indicios determinantes al detective de Scotland Yard, el inspector Lestrade, quien, como es usual, no ve relación alguna entre los detalles descubiertos por Holmes y el crimen que investigan. Cuando el inspector replica: «Me temo que sigo todavía escéptico», Holmes responde sin perder la calma: «Trabaje usted con su método, y yo trabajaré con el mío.» Más tarde, Holmes refiere esta conversación a Watson en estos términos:

— Mediante el examen del terreno obtuve pequeños detalles sobre la personalidad del criminal, que he proporcionado al imbécil de Lestrade.

— ¿Y cómo los obtuvo?

— Ya conoce usted mi método. Se basa en la observación de las minucias.

En las historias de Holmes, lo que con mayor frecuencia despista a la policía es que, apenas iniciada la investigación de un crimen, ésta tiende a adoptar la hipótesis que mejor explica unos hechos sobresalientes, y pasa por alto las «minucias», negándose a considerar los datos que no apoyen la



postura tomada. «No hay nada más engañoso que un hecho obvio», dice Holmes en BOSC. La policía, además, comete el «error capital» de teorizar antes de tener todas las pruebas (STUD). El resultado es que, «insensiblemente», comienza a «distorsionar los hechos para ajustarlos a sus teorías, en vez de procurar que las teorías se ajusten a los hechos» (SCAN).<sup>16</sup> El recelo mutuo que lógicamente deriva de esta importante diferencia de métodos está presente en todas las historias de Holmes. En REIG, Watson comenta a un agente rural, el inspector Forrester, que «Yo he visto siempre que hay método en su [de Holmes] locura», a lo que el inspector replica: «Quizá no faltará quien diga que hay locura en su método.»<sup>17</sup>

No somos los primeros en señalar la importancia de la adivinación en el método detectivesco de Sherlock Holmes. Régis Messac, por ejemplo, al hablar de cómo Holmes lee los pensamientos de Watson, en CARD (cf. la escena casi idéntica en determinadas ediciones de RESI), señala que hay un millón de cosas en las que podría haber estado pensando Watson mientras contempla el retrato del general Gordon o el de Henry Ward Beecher, por lo que, de hecho, Holmes intenta adivinar (1929:599). Messac no se equivoca al señalar que, aunque Holmes de vez en cuando admite que en su trabajo se encuentra implicada una especie de instinto de adivinación (por ejemplo, reconoce, en STUD, que sus «curiosos dones de instinto y observación» se deben a una «suerte de intuición», opinión que repite en SIGN y en THOR), sin embargo «afirma la realidad de la 'deducción'» (1929:601). Messac arguye además que las deducciones de Holmes no son auténticas deducciones, como tampoco son inducciones propiamente hablando, «sino más bien razonamientos fundados en la observación de un hecho particular que conducen, a través de rodeos más o menos complejos, a otro hecho particular» (1929:602). Y Nordon llega a la conclusión de que «debe reconocerse que, en la práctica, [Holmes] obtiene muchos más resultados concluyentes a partir de la observación que a partir de procesos lógicos» (1966:245).

Marcello Truzzi, en un inquisitivo estudio (en el Cap. III de este libro) sobre el método de Holmes, se adelantó a nuestro trabajo al señalar las semejanzas entre las denominadas deducciones, o inducciones, del detective y las abducciones,

o conjeturas, de Peirce. Además, según el sistema de lógica de Peirce, las observaciones de Holmes son en sí una forma de abducción, y la abducción es un tipo de inferencia lógica tan legítimo como la inducción o la deducción (Peirce 8.228). De hecho, Peirce sostiene que:

Nada ha contribuido tanto a las actuales ideas caóticas o erróneas de la lógica de la ciencia como la incapacidad para distinguir las características esencialmente diferentes de los diversos elementos del razonamiento científico; y una de las peores confusiones, así como una de las más comunes, consiste en considerar la abducción y la inducción en conjunto (a menudo mezcladas también con la deducción) como un argumento simple. (8.228)<sup>18</sup>

Peirce admite que él mismo «en casi todo lo publicado [por él] antes de principios de siglo... mezcló más o menos Hipótesis e Inducción» (8.227), y encuentra el origen de la confusión entre estos dos tipos de razonamiento en la concepción demasiado «estrecha y formalista de la inferencia (como necesaria obtención de juicios formulados a partir de las premisas)» que tienen los lógicos (2.228; cf. 5.590-604; Ms. 475; Ms. 1146).

Abducción e inducción, por supuesto, «llevan ambas a la aceptación de una hipótesis porque los hechos observados son tal como resultarían necesaria o probablemente como consecuencias de esa hipótesis». Pero:

La abducción arranca de los hechos, sin tener, al inicio, ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la sensación de que se necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. La inducción arranca de una hipótesis que parece recomendarse a sí misma sin tener al principio ningún hecho particular a la vista, aunque con la sensación de necesitar de hechos para sostener la teoría. La abducción busca una teoría. La inducción busca hechos. En la abducción, la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la inducción, el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacan a la luz los hechos auténticos a que ha apuntado la hipótesis. (7.218)

Con la ayuda de un ejemplo que podría haber sido sacado de uno de los casos de Holmes, Peirce nos ofrece la si-

guiente demostración de la diferencia entre estos dos tipos de razonamiento:

En un pedazo de papel rasgado aparece un escrito anónimo. Se sospecha que el autor es determinada persona. Se registra su escritorio, al que sólo él ha tenido acceso, y se encuentra un trozo de papel, cuyo borde rasgado encaja a la perfección, en todas sus irregularidades, con el borde del papel en cuestión. Parece justo sacar la inferencia hipotética de que el sospechoso ha sido realmente el autor del escrito. La base de tal inferencia es, evidentemente, el hecho de que es improbable en extremo que dos pedazos de papel rasgados encajen por casualidad. Por consiguiente, entre un gran número de inferencias de este tipo, sólo una proporción muy pequeña sería engañosa. La analogía entre hipótesis e inducción es tan grande que algunos lógicos las han confundido. La hipótesis ha sido llamada inducción de caracteres. Un número de caracteres pertenecientes a un tipo determinado se encuentran en un objeto dado; de lo que se infiere que todos los caracteres de ese tipo pertenecen al objeto en cuestión. Este razonamiento implica sin duda el mismo principio que la inducción; aunque en forma modificada. En primer lugar, los caracteres no son susceptibles de una simple enumeración como los objetos; en segundo lugar, los caracteres se agrupan en categorías. Cuando formulamos una hipótesis como la del pedazo de papel, examinamos sólo una sola serie de caracteres, o tal vez dos o tres, y no tomamos ningún espécimen de las otras series. Si la hipótesis no fuera más que una inducción, todo lo que estaríamos justificados de concluir, en el ejemplo anterior, sería que los dos pedazos de papel que encajaban en las irregularidades examinadas también encajarían en otras irregularidades, digamos más sutiles. La inferencia de la procedencia a partir de la forma del papel es precisamente lo que distingue la hipótesis de la inducción, y hace de ella un paso más atrevido y más peligroso. (2.632)

Holmes reconoce de manera indirecta la naturaleza más peligrosa de la hipótesis al abogar por el uso de «imaginación» (RETI, SILV), «intuición» (SIGN), y «especulación» (HOUN). Es necesario estar dispuesto a imaginar lo sucedido y a actuar según tal suposición, lo cual lleva «a la región donde se sopesan las probabilidades y se escoge la más verosímil» (HOUN).

Se sabe que Holmes fluctuaba entre la unidireccionalidad mental casi frenética del sabueso que ventea su presa y una especie de ensoñación letárgica, combinación que John G. Cawelti llama «vitalización estereotípica» (1976:11.58), una sín-

tesis imaginativa de figuras-tipo que I.I. Revzin llamó «fusión», también con referencia específica a la narrativa policíaca (1978:385-388). Esta característica, en este contexto, deriva, por supuesto, del ambiguo Dupin de Poe. En el siguiente pasaje, Watson señala que también la ensoñación era importante en el método de investigación de Holmes:

Mi amigo era un músico apasionado, y no sólo un intérprete muy capaz, sino un compositor nada vulgar. Se pasaba toda la tarde en una butaca de platea inmerso en la felicidad más completa, moviendo suavemente sus dedos largos y delgados al compás de la música, y su rostro de dulce sonrisa y sus ojos lánguidos y soñadores eran todo lo opuesto que se puede concebir a los de Holmes el sabueso, Holmes el inexorable, el cazador de criminales de mente aguda y manos prontas. La doble naturaleza de su singular carácter se afirmaba alternativamente, y su extremada exactitud y astucia representaban, según pensé a menudo, la reacción contra el estado de ánimo poético y contemplativo que, en ocasiones, prevalecía en él. La oscilación de su naturaleza le llevaba de una languidez extrema a una energía devoradora; y, como yo sabía muy bien, nunca resultaba tan verdaderamente formidable como cuando se había pasado días enteros holgazaneando en su sillón, enfrascado en sus improvisaciones y sus libros de letra gótica. Era entonces cuando le acometía de súbito la avidez de la caza, y cuando su brillante capacidad de razonamiento se elevaba hasta el nivel de la intuición, llegando al punto de que quienes no estaban familiarizados con sus métodos le mirasen de soslayo, como a alguien cuyo saber no era el mismo de los demás mortales. Cuando aquella tarde lo vi tan inmerso en la música en St. James Hall, tuve la sensación de que se avecinaban malos tiempos para aquellos a quienes había decidido perseguir. (REDH)

Peirce también ha tratado de la relación entre actividades mentales de este tipo y otras prácticas más mundanas. «Existe», escribió, «cierta forma agradable de ocupar la mente que... no tiene otro propósito que dejar de lado todo propósito serio» y que «a veces he sentido la tentación de denominar... ensueño, con algún calificativo; pero para un estado mental tan en las antípodas de la vacuidad y la ensoñación, llamarlo así sería de extrema impropiedad. En realidad, es Puro Juego» (6.458). Hay un tipo de Puro Juego, «un vívido ejercicio de los poderes propios, sin reglas, excepto la ley de la libertad misma», que Peirce denomina «Musement» y define como



Fig. 5. Sherlock Holmes escuchando con embeleso un concierto, en «La liga de los pelirrojos». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, agosto de 1891.

un proceso por el que la mente busca «alguna conexión» entre dos de los tres Universos de la Experiencia (a saber, Ideas, Realidad Bruta, Signos [6.455]), «especulando acerca de las causas» (6.458). El *Musement*

...comienza de manera bastante pasiva con la absorción de la impresión de un ángulo cualquiera de uno de los tres Universos. La impresión, sin embargo, no tarda en convertirse en observación atenta, la observación en meditación, la meditación en una vivaz comunión recíproca entre yo y yo. Si se deja que las observaciones y reflexiones se especialicen demasiado, el Juego se convierte en estudio científico... (6.459)

El crimen, señala Peirce, es particularmente adecuado para la aplicación del *Musement*. Después de citar el comentario de Dupin en «Los crímenes de la calle Morgue» (a saber: «Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* de sus características»), Peirce señala que «los problemas que a primera vista parecen totalmente insolubles llevan, por esa misma circunstancia... las claves de su solución. Esto los hace particularmente adecuados para el Juego del *Musement*» (6.460; véase Sebeok 1981).<sup>19</sup>

Estamos de acuerdo, pues, aunque por motivos distintos, con el parecer de Nordon de que «Como creación de un médico impregnado del pensamiento racionalista de la época,<sup>20</sup> el ciclo holmesiano nos ofrece por primera vez el espectáculo de un héroe que triunfa una y otra vez por medio de la lógica y del método científico. Y la hazaña del héroe es tan maravillosa como el poder de la ciencia, que muchos, y Conan Doyle el primero, esperaban que conduciría al progreso material y espiritual de la condición humana» (1966:247).

### 3. *Enfermedad, crimen y semiótica*

Las raíces de la semiótica se encuentran en los antiguos tratados de medicina (Sebeok 1976:4, 125 ss., 181 ss., 1979: Cap. 1), lo cual apoya la opinión de Peirce que señala: «Hablando en términos amplios y aproximados, cabe decir que las ciencias se han desarrollado a partir de las artes útiles, o de las artes consideradas útiles.» Así como la astronomía se desarrolló a partir de la astrología, y la química a partir de la alquimia, del mismo modo lo hizo también «la fisiología, con la medicina como etapa intermedia a partir de la magia» (1.226). Peirce da la impresión de haber sido muy versado en historia y teoría de la medicina. Su familia pensaba que estudiaría química y puso a su disposición la biblioteca médica de su difunto tío Charles, que había sido médico (Fisch: comunicación personal). En un lugar (2.1171), como mínimo, Peirce enumera algunos de los libros de historia de la medicina que había consultado. En 1933, en una entrevista con Henry

S. Leonard (estudiante graduado de filosofía de Harvard, que había sido enviado a la casa de Peirce en Milford, Pennsylvania, tras la muerte de su viuda, Juliette Peirce, para recoger todos los manuscritos que quedaran), G. Alto Pobe, el médico que había asistido a Peirce en sus últimos años, declaraba que:

Peirce sabía más medicina que yo. Cuando iba a visitarle pasaba de media hora a una hora con él. Me hacía bien hablar con él. Cuando llegaba, solía describirme los síntomas de su enfermedad y hacía el diagnóstico. Después me hacía la historia completa del tratamiento médico de la enfermedad. A continuación me indicaba lo que debía recetarle. No se equivocaba nunca. Decía que necesitaba que yo le extendiera la receta porque él carecía de título de médico. (En las notas de Max H. Fisch.)

Peirce reconoce que, en lo que respecta a los problemas estadísticos relacionados con los muestreos y la inducción, «Los médicos... merecen una mención especial por la razón de que desde Galeno han tenido una tradición lógica propia», y, «en su trabajo a contracorriente del razonamiento *'post hoc, ergo propter hoc'*», reconocen, «aunque sea confusamente», la regla de la inducción que establece que «debemos, en primer lugar, decidir qué carácter nos proponemos examinar en la muestra, y sólo después de esta decisión la examinamos» (1.95-97). Peirce reconoce, por otra parte, que la medicina, esa «profesión materialista» (8.58), encuentra dificultades en seguir otra máxima de la inducción, que exige que las muestras no sean pequeñas:

La violación de esta máxima es lo que hace que las cifras mientan. Las estadísticas médicas en particular suelen ser despreciablemente pequeñas, además de estar expuestas a la sospecha de haber sido seleccionadas. Y me estoy refiriendo ahora a las estadísticas de médicos respetables. Es difícil en extremo reunir muchos hechos sobre algún punto oscuro de la medicina, y todavía es más difícil probar que esos hechos sean una representación adecuada del curso general de los acontecimientos. Esto explica la lentitud del progreso de la ciencia médica a pesar de la inmensidad de estudio que se le ha dedicado, y explica los grandes errores que, a menudo, han sido aceptados durante siglos por los médicos. Probablemente no hay otra rama de la ciencia que sea tan difícil desde todos los puntos de vista. Se re-

quiere una mente verdaderamente poderosa para realizar una inducción médica. Esto es demasiado obvio para que haya necesidad de pruebas. Son tantas las circunstancias perturbadoras —idiosincrasias personales, mezcla de tratamientos, influencias accidentales y desconocidas, particularidades climáticas, étnicas y estacionales— que es esencial que los hechos sean muy numerosos y se escudriñen con ojos de lince para descubrir las falsedades, y, no obstante, es especialmente difícil acopiar hechos en medicina. La experiencia de un solo individuo rara vez puede tener un peso decisivo, y, en medicina, no se puede juzgar sobre cuestiones basándose únicamente en el conocimiento personal, hay que fiarse del juicio de otros. De modo que mientras en esta ciencia se requiere que las muestras sean extensas y más cuidadosamente seleccionadas que en ninguna otra, en ella, más que en cualquier otra, estos requisitos son difíciles de cumplir.

Nada demuestra de modo más lamentable la falta de rigor con que la gente en general razona que la disposición de nueve personas de cada diez a pronunciarse acerca de los méritos de un medicamento, fundándose en las experiencias más limitadas, más inexactas y más plagadas de prejuicios de todas las que merezcan llamarse experiencia. Cualquiera vieja que haya observado una mejoría de los síntomas después de la administración de un medicamento en una docena de casos que no se parecen en nada unos con otros, no vacilará en declararla una cura infalible para casos que en modo alguno se asemejan a cualquiera de los doce anteriores. Es escandaloso. Pero lo que es todavía peor, se recomiendan incluso tratamientos sólo por tener conocimiento de oídas de uno o dos casos.

Observen, les ruego, la combinación de falacias implicadas en tal proceder. En primer lugar, no puede hacerse, con propiedad, ninguna inducción, a menos que la muestra se haya tomado de una clase definida. Pero esas criaturas irresponsables —que creen que por haber pasado un tiempo en el cuarto de un enfermo ya se han convertido en Galenos— son completamente incapaces de definir la enfermedad en cuestión. Supongamos, por ejemplo, que sea difteria. ¿Cómo hacen para distinguir una difteria de una inflamación de garganta? Sus muestras son, en realidad, muestras de una clase no definida en absoluto.

En segundo lugar, el número de sus ejemplos es difícilmente suficiente ni para la más simple de las inducciones. En tercer lugar, los ejemplos son muchas veces casos de oídas. Además, en adición a la inexactitud de esta clase de pruebas, es mucho más probable que nos lleguen noticias de cosas extraordinarias relativas a la frecuencia de esos ejemplos, que de ordinarias. O sea que tener en cuenta tales ejemplos significa tomar muestras escogidas. En cuarto lugar, el predicado común a todos los ejemplos es habitualmente de índole muy vaga.



En quinto lugar, es habitual llegar a una deducción referente al caso entre manos sin considerar cuidadosamente si en realidad pertenece a la clase de la que se ha tomado la muestra. En sexto lugar, existe una tendencia a decir muchas más cosas del caso que se tiene entre manos que de cuantas se encontraron en los ejemplos precedentes. Todas estas falacias se combinan en una especie de argumentación que es raro no escuchar una vez por semana. (Ms. 696)<sup>21</sup>

En la medida en que el propio personaje de Sherlock Holmes practica los métodos de la medicina,<sup>22</sup> se mezcla un elemento de arte y de magia en la lógica del descubrimiento científico que adopta. A nuestro parecer, esto es lo que caracteriza a Holmes como personaje respecto al método puramente lógico del detective Dupin de Edgar Allan Poe.

Es de sobras conocido que Conan Doyle, médico en ejercicio hasta que las historias de Holmes lo enriquecieron lo suficiente para que dejara la profesión, modeló el personaje de Sherlock Holmes inspirándose en su profesor, el doctor Joseph Bell, miembro del Royal Infirmary de Edimburgo. La utilización parcial por parte de Conan Doyle de un médico como modelo fue, sin embargo, un intento plenamente consciente de introducir en la indagación criminal un método de mayor rigor científico que el que se había usado hasta entonces. Messac señala con acierto que Doyle siguió a Bell en lo que hace referencia a la diagnosis extendida a toda la personalidad y vida del paciente, y en que la diagnosis «no es nunca absolutamente rigurosa; comporta vacilaciones, errores». La investigación criminal, como la medicina, es una especie de «pseudociencia» (1929:671).<sup>23</sup> Sobre la creación de STUD, Doyle escribió:

Gaboriau me atraía por el limpio ensamblaje de sus intrigas, y el magistral detective de Poe, el Chevalier Dupin, había sido desde mi niñez uno de mis héroes favoritos. ¿Qué podía yo añadir, entonces? Recordé a mi viejo maestro Joe Bell, su rostro de águila, sus maneras curiosas, sus misteriosos trucos para descubrir detalles. De haber sido detective, habría convertido, sin duda, esa actividad fascinante, aunque desorganizada, en algo cercano a una ciencia exacta. (1924:69)

Doyle estaba impresionado por la excepcional habilidad de Bell para diagnosticar, «no sólo la enfermedad, sino tam-



Fig. 6. Retrato de juventud del doctor Joseph Bell de Edimburgo, en quien Conan Doyle se inspiró para crear su personaje. Obsérvese el característico perfil holmesiano. De Haycraft 1941:48.

bién la ocupación y el carácter». Era el recepcionista de los pacientes externos de Bell, lo que significaba que tenía que «organizar las visitas, tomar notas sencillas en cada caso, y hacerlas pasar, una a una, a la gran sala donde Bell se encontraba solemnemente sentado, rodeado de sus alumnos y ayudantes» (1924:20). De ahí que el joven estudiante de medicina «tuviera oportunidad sobrada de estudiar sus métodos [de Bell] y de observar que, con frecuencia, advertía más cosas en el enfermo con una mirada» (*ibid.*) que a través de la serie de preguntas de Doyle que precedían a la entrevista con el doctor.

En algunas ocasiones los resultados eran espectaculares, aunque hubo veces en que cometió errores crasos. En uno de sus mejores casos dijo a un paciente civil:

- Vaya, buen hombre, ha servido usted en el ejército.
- Sí, señor.
- ¿Licenciado hace poco?
- Sí, señor.
- ¿Un regimiento de los Highlands?
- Sí, señor.
- ¿Suboficial?
- Sí, señor
- ¿Estacionado en Barbados?
- Sí, señor.

— Observen, señores —pasó luego a explicar—, este hombre era una persona educada, sin embargo no se ha sacado el sombrero. En el ejército no lo hacen, pero si hiciera tiempo que estuviera licenciado habría adoptado maneras civiles. Tenía un aire de autoridad y salta a la vista que es escocés. En cuanto a Barbados, padece elefantiasis, enfermedad de las Antillas, no de Gran Bretaña.

A su público de Watsons todo aquello le parecía milagroso hasta que llegaba la explicación, y entonces todo parecía muy sencillo. No es de extrañar que después de haber estudiado una personalidad como ésta utilizase y desarrollase sus métodos cuando, posteriormente, quise crear un detective científico que resolviera los casos por sus propios méritos y no a causa de los desatinos del criminal. (1924:20-21)

Mientras que el diálogo de Barbados es el único ejemplo de la capacidad de observación y de deducción de Bell registrado por el propio Doyle, Trevor Hall (1978:80-83) ha publicado y reseñado otros relatos de las famosas sesiones de Bell narrados por médicos que fueron compañeros de estudios de Doyle en Edimburgo o por amigos del matrimonio Bell. William S. Baring-Gould ha reproducido una de las anécdotas menos conocidas (*Lancet*, 1 de agosto de 1956):

Entró una mujer con un niño pequeño. Joe Bell le dio los buenos días y ella se los dio a su vez en respuesta.

- ¿Qué tal la travesía desde Burntisland?
- Ha sido buena.
- ¿Ha sido buena también la caminata por Inverleith Row?
- Sí.
- ¿Y qué ha hecho con el otro chiquillo?
- Lo he dejado con mi hermana, en Leith.
- ¿Trabaja usted todavía en la fábrica de linóleo?
- Sí, todavía.

— Vean, señores, que al darme ella los buenos días he notado su acento de Fife y, como ustedes saben, la ciudad más cercana de Fife es Burntisland. Habrán notado la arcilla roja en los bordes de las suelas de sus zapatos, y en veinte millas a la redonda de Edimburgo sólo se encuentra arcilla roja en el Jardín Botánico. Inverleith Row pasa por ahí y es el camino más corto para venir desde Leith. Habrán observado que el abrigo que llevaba colgado del brazo era demasiado grande para el niño que la acompañaba, y que, por lo tanto, había salido de su casa con dos niños. Por último, tiene dermatitis en los dedos de la mano derecha, lo cual es característico de los trabajadores de la fábrica de linóleo de Burntisland. (1967: vol. 1, 7)

Considérese la siguiente relación de una entrevista con Doyle, en junio de 1892, publicada inicialmente en un artículo de Mr. Harry How, titulado «Un día con el doctor Conan Doyle», que apareció en el *Strand Magazine* en agosto del mismo año, publicado de nuevo por Hall (1978:82-83):

[En Edimburgo] conocí al hombre que me sugirió a Sherlock Holmes... sus poderes intuitivos eran simplemente maravillosos. Entraba el primer paciente. «Ya veo», decía Bell, «que su mal es la bebida. Incluso lleva una botella en el bolsillo interior de la chaqueta.» Se acercaba el siguiente. «Veo que es zapatero.» Después se volvía a los estudiantes y les señalaba que la parte interna de la rodillera del pantalón del individuo estaba desgastada. Era donde apoyaba el yunque, una peculiaridad que se encuentra sólo en los zapateros.

Hall (1978:78) también señala que Doyle reconoció su deuda a Bell en el dorso de la portada de *The Adventures of Sherlock Holmes* (1892), en una dedicatoria a su antiguo maestro. Hall cuenta también que, en una carta a Bell del 4 de mayo de 1892, Doyle escribió:

No cabe duda de que es a usted a quien debo Sherlock Holmes, y aunque en las narraciones tengo la ventaja de poder situarle [al detective] en toda suerte de situaciones dramáticas, no creo que su trabajo analítico supere algunos de los resultados que yo le he visto obtener a usted en la consulta. A partir de la práctica fundamental de deducción, inferencia y observación que usted nos inculcó, he intentado crear un individuo que lleva el asunto a sus últimas consecuencias —a veces incluso más lejos— y me alegra que los resultados le satisfagan a usted precisamente, el crítico con mayor derecho a mostrarse severo. (1978:78)



Fig. 7. Retrato de Mycroft Holmes. Ilustración de Sidney Paget para «El intérprete griego», *The Strand Magazine*, septiembre de 1893.

Es obvio que el siguiente pasaje recuerda de modo sorprendente algunas de las anécdotas que se cuentan de Joseph Bell. Holmes y su hermano Mycroft se encuentran sentados en el mirador (cf. Sebeok 1981: cap. 3) del Diogenes Club, cuando Mycroft dice:

— Para quien quiera estudiar a los hombres no hay sitio mejor que éste... ¡Mirad qué tipos tan magníficos! Fijaos en esos dos que vienen hacia acá, por ejemplo.

— ¿El marcador de jugadas de billar y el otro?

— Precisamente. ¿Qué me dices del otro?

Los dos hombres se habían detenido frente al mirador. Unas manchas de tiza encima del bolsillo del chaleco fueron todo lo que yo [Watson] pude distinguir de salón de billar en uno de ellos. El otro

era un tipo muy bajito, moreno, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

— Un veterano, por lo que veo —dijo Sherlock.

— Licenciado hace muy poco —señaló su hermano.

— Veo que ha servido en la India.

— Suboficial.

— Royal Artillery, imagino —dijo Sherlock.

— Y, además, viudo.

— Pero con un hijo.

— Con hijos, muchacho, con hijos.

— Bueno —interrumpí yo [es decir, Watson] riendo—, esto se pasa ya de la raya.

— Sin duda —replicó Holmes—, no cuesta tanto advertir que un hombre de ese porte, con su expresión autoritaria y la piel curtida por el sol, es un soldado, y algo más simple que un simple soldado, y que regresó no hace mucho de la India.

— Que no hace mucho que ha dejado el ejército lo demuestra el que todavía lleva sus botas «de fajina», como suelen llamarse —observó Mycroft.

— No tiene el andar de los jinetes, pero llevaba el sombrero la-deado, como se nota en la piel más pálida a un lado de la frente. Por su peso no podía ser zapador. Era artillero.

— Como es natural, su luto riguroso demuestra que ha perdido alguien que le era muy querido. El hecho de que él mismo haga las compras hace suponer que se trata de su mujer. Observo que ha estado comprando cosas para los niños. Lleva un sonajero, lo que significa que uno de ellos es muy pequeño. Es probable que la mujer haya muerto al dar a luz. El hecho de que lleve un libro de estampas debajo del brazo revela que existe otro hijo de quien acordarse. (GREE)

El propio Bell habla de la semejanza entre crimen y enfermedad en el pasaje siguiente, escrito en 1893 y citado por Starrett (1971:25-26):

Traten, señores, de aprender las características de una enfermedad o de un traumatismo con la misma precisión con que conocen los rasgos, el modo de andar, las maneras de su amigo más íntimo. A él pueden reconocerle de inmediato, aunque esté en medio de una gran muchedumbre. Puede que sea una multitud de personas vestidas todas igual, cada una con los mismos ojos, nariz, cabello y extremidades que su amigo. En lo esencial se parecen todos; difieren sólo en minucias, y sin embargo, al conocerse bien estas minucias, ustedes realizan su identificación o su diagnóstico sin dificultad. *Ocurre lo mismo con las enfermedades mentales, corporales o morales.*<sup>24</sup>

Las características raciales, los modos de ser hereditarios, el acento, la ocupación o falta de ella, la educación, el entorno del tipo que sea, mediante sus pequeñas y triviales impresiones, modelan o cincelan gradualmente al individuo, y dejan impresiones digitales o incisiones de cincel que un experto puede reconocer. Las grandes características que se pueden reconocer de un vistazo como indicadores de una enfermedad cardíaca o de tuberculosis, de alcoholismo crónico o de una pérdida constante de sangre, están al alcance del más novato en medicina, mientras que para los maestros del oficio existen miríadas de signos elocuentes e instructivos, pero cuyo descubrimiento requiere un ojo experto... *La importancia de lo infinitamente pequeño es incalculable.* Emponzoñen un pozo de La Meca con el bacilo del cólera y el agua santa que los peregrinos se llevarán embottellada infectará un continente. Los andrajos de una víctima de la peste aterrorizarán todos los puertos de la cristiandad. [Cursivas nuestras.]

Esta manera de considerar los síntomas como características distintivas de la identidad de una enfermedad, que por lo tanto se trata como una entidad concreta, recuerda un pasaje de uno de los manuscritos no publicados de Peirce (Ms. 316), donde, al explicar que «nuestro conocimiento de la mayoría de las nociones generales se produce de manera completamente análoga al conocimiento de una persona individual», critica la afirmación del fisiólogo francés Claude Bernard (1813-1878), según el cual: «La enfermedad no es una entidad; no es más que un conjunto de síntomas.» Peirce arguye que, más que una doctrina fisiológica, esto es una teoría de falsa lógica. «Pero a la luz de los descubrimientos positivos de Pasteur y de Koch, vistos en conexión con las teorías de Weissmann [sic], nos percatamos de que, en lo que se refiere a las enfermedades cimóticas [es decir, infecciosas], éstas son una cosa en el mismo sentido en que el océano es una cosa... [Un] conjunto de síntomas no es sólo una entidad, sino necesariamente una cosa concreta. ...» Si Bernard lo hubiese comprendido, prosigue Peirce, «quizá se habría puesto a trabajar con auténtico provecho para llegar a un conocimiento más profundo de esa cosa».

Sherlock Holmes pone verdaderamente en práctica lo que predica Bell. Establece una «diagnosís», es decir, la identificación de una patología criminal a través de una serie de percepciones diminutas, vinculadas entre sí mediante una hipó-

tesis, y habitualmente acaba por tratar un caso resuelto como a un viejo amigo. Consideremos, por ejemplo, el siguiente pasaje, citado con frecuencia, de cuando Holmes lee el pensamiento de Watson (sobre «lectura del pensamiento», cf. n. 14):

Viendo que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, dejé a un lado el aburrido periódico, me arrellané en mi sillón y me abandoné a mis pensamientos. De pronto, la voz de mi compañero irrumpió en mis cavilaciones.

— Tiene usted razón, Watson —dijo—. Es una manera absurda de zanjar una disputa.

— ¡De lo más absurda! —exclamé, pero, de pronto, dándome cuenta de que él se había hecho eco de lo más íntimo de mis pensamientos, me erguí en mi asiento y le miré atónito.

— ¿Qué es esto, Holmes? —grité—. Esto rebasa todo lo que podía haber imaginado... he estado sentado silenciosamente en mi sillón. ¿Qué pistas puedo haberle dado?

— Usted es injusto consigo mismo. Al hombre se le ha dado un rostro como medio para expresar sus emociones, y el suyo es un servidor fiel.

— ¿Pretende decirme que ha leído el curso de mis pensamientos en mi rostro?

— En su rostro, y especialmente en sus ojos. ¿No se acuerda, tal vez, de dónde arrancaron sus cavilaciones?

— No, no me acuerdo.

— Entonces se lo diré yo. Después de tirar el periódico, gesto que atrajo mi atención hacia usted, se quedó medio minuto con expresión ausente. Después sus ojos se fijaron en el retrato recién enmarcado del general Gordon, y, por la forma en que cambió su expresión, vi que se había iniciado una nueva sucesión de pensamientos. Que, sin embargo, no le llevó muy lejos. Sus ojos se volvieron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher, que está colocado encima de sus libros. Entonces miró a la pared, y por supuesto el significado era obvio. Estaba usted pensando que si el retrato estuviera ya enmarcado ocuparía aquel espacio vacío y haría juego con el retrato de Gordon.

— ¡Me ha seguido usted de manera asombrosa! —exclamé.

— Hasta ahí era difícil que me perdiera. Pero entonces sus pensamientos volvieron a Beecher, y le clavó fijamente los ojos como si estudiara su carácter en los rasgos de su cara. Después dejó de aguzar la mirada y siguió examinándolo con rostro pensativo. Recordaba las vicisitudes de la carrera de Beecher. Comprendí que no podía





Fig. 8. ...me abandoné a mis pensamientos. Ilustración de Sidney Paget para «La caja de cartón», *The Strand Magazine*, enero de 1893.

hacerlo sin que pensara en la misión que emprendió por encargo del Norte durante la Guerra Civil, porque yo no había olvidado la apasionada indignación que usted había expresado por la manera en que había sido recibido por los más turbulentos de entre los nuestros. Era algo que se había tomado usted tan a pecho que estaba seguro de que no podía pensar en Beecher sin pensar también en esto. Cuando, un momento después, vi que desviaba los ojos del retrato, sospeché que se había puesto a reflexionar sobre la Guerra Civil, y cuando observé que sus labios se apretaban, sus ojos brillaban y sus puños se cerraban, no dudé de que pensaba en la nobleza que ambos bandos habían demostrado en aquella lucha desesperada. Pero después volvió a entristecerse su rostro; sacudió la cabeza. Pensaba usted en la tristeza, el horror y el inútil derroche de vidas. Se llevó la mano a su vieja cicatriz y una sonrisa tembló en sus labios, que me reveló que se había abierto paso en su mente el aspecto ridículo de este sistema de solucionar los conflictos internacionales. En ese momento fue cuando me manifesté conforme con usted en que era absurdo, y tuve la satisfacción de constatar que todas mis deducciones habían sido correctas.

— ¡Totalmente! —le dije—. Y ahora que usted me lo ha explicado confieso que sigo tan atónito como antes. (RESI; cf. CARD.)

Verificar una hipótesis acerca de la identidad de una per-

sona a través de los indicios derivados de la apariencia física del individuo, de su modo de hablar y de otras cosas por el estilo implica siempre cierto grado de adivinación, razón por la cual Peirce llama a esta operación *inducción abductoria* (o, a veces, *modelado especulativo*):

Pero supongamos que, durante un viaje en tren, alguien me llama la atención hacia un individuo cercano, y me pregunta si no tendrá algo que ver con un sacerdote católico. Entonces me pongo a recapitular mentalmente las características observables de un sacerdote católico común, con el fin de ver qué proporción de ellas presenta ese individuo. Las características no son susceptibles de contarse o medirse; su significado relativo con referencia a la pregunta formulada sólo puede estimarse de una manera vaga. De hecho es una pregunta que no tiene una respuesta precisa. Sin embargo, si el modo de vestir del individuo —botas, pantalones, chaqueta y sombrero— es el de la mayoría de los sacerdotes católicos norteamericanos, si sus gestos son los característicos en ellos, revelando un estado de nervios similar, y si su porte, resultado de una determinada disciplina de años, es también característico de un sacerdote, y no obstante hay en él un detalle muy poco probable en un ministro de la Iglesia romana, como puede ser el hecho de llevar un emblema masónico, puedo decir que no es un sacerdote católico, pero que lo ha sido, o que ha estado cerca de serlo. Este tipo de inducción vaga la denomino *inducción abductoria*. (Ms. 692; cf. 6.526)

Y ahora pasemos del sacerdote a la monja:

Los tranvías son notables escuelas de modelado especulativo (*speculative modeling*). Encerrados ahí, sin nada que hacer, comenzamos a escudriñar a la gente de enfrente y a inventar biografías plausibles. Veo a una mujer de cuarenta años. Tiene un aire muy siniestro, difícil de encontrar uno parecido entre mil personas, rayano casi en la locura, pero con una mueca de amabilidad que pocas personas, incluso de su sexo, son capaces de controlar; y además de esto, dos feas arrugas, a derecha y a izquierda de los labios apretados, hablan de largos años de severa disciplina. Hay también una expresión servil e hipócrita, demasiado abyecta para una criada; mientras que se pone de manifiesto cierto estilo de educación de nivel bajo, sin ser del todo vulgar, junto a cierto gusto en el vestir, que no es ni basto ni chillón, sin ser de ningún modo elevado, que sugiere la familiaridad con algo superior, algo más que el mero contacto de una criada con su señora. El conjunto, sin que llame mucho la atención a primera vista, resul-

ta, al fijarse mejor en él, muy poco usual. Ante ello, nuestra teoría nos dice que hace falta una explicación; y no tardo mucho en adivinar que la mujer es una ex-monja. (7.196)

En los ejemplos anteriores, cada una de las preguntas que se hace Peirce es, en sí misma, una hipótesis, similar en algunos aspectos a la inferencia descrita en un pasaje autobiográfico de otro ensayo de Peirce, en el que dice:

Una vez desembarqué en un puerto de una provincia turca; y, de camino hacia la casa que iba a visitar, me encontré con un hombre a caballo, rodeado de cuatro jinetes que sostenían un baldaquín sobre su cabeza. Como quiera que el gobernador de la provincia era el único personaje que podía suponer que gozaba de semejante honor, inferí que se trataba de él. Esto fue una hipótesis. (2.625)

Los ejemplos mencionados ilustran lo que Sherlock Holmes llama «razonar hacia atrás» (cf. la *retro-ducción de Peirce*), una habilidad que, a pesar de su similitud en muchos aspectos con el tipo de reflexión que lleva a cabo el hombre común a diario, requiere, sin embargo, un cierto entrenamiento especializado:

— En la resolución de un problema de ese tipo, lo principal es la capacidad para razonar hacia atrás. Es una habilidad muy útil, y muy fácil, pero que la gente no practica mucho. En los asuntos de la vida cotidiana, es más útil razonar hacia adelante, y por eso la otra manera se descuida. Existen cincuenta personas que pueden razonar sintéticamente por cada una que puede razonar analíticamente.

— Confieso —dije yo [Watson]— que no le comprendo.

— No esperaba que lo hiciera. Veamos si se lo puedo aclarar. La mayoría de las personas, si se les describe una sucesión de hechos, le anunciarán cuál va a ser el resultado. Son capaces de coordinar mentalmente los hechos, y deducir que han de tener una consecuencia determinada. Sin embargo, son pocas las personas que, si se les cuenta el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia conciencia los pasos que condujeron a ese resultado. A esa facultad es a la que me refiero cuando hablo de razonar hacia atrás, es decir, analíticamente. (STUD)

De hecho, Holmes señala a menudo a Watson que él ve lo mismo que todo el mundo, sólo se ha entrenado para apli-



Fig. 9. Sir Arthur Conan Doyle en su escritorio, en Southsea, 1886, supuestamente escribiendo «Estudio en escarlata».

car su método al objeto de determinar el significado completo de sus percepciones. Por ejemplo, Watson es requerido por Holmes para que examine un sombrero a fin de encontrar una pista sobre la identidad del caballero que lo ha llevado. «No veo nada», es la respuesta de Watson, a lo que Holmes replica: «Al contrario, Watson, usted lo ve todo. Lo único es que no razona a partir de lo que ve. Es demasiado tímido para sacar sus inferencias» (BLUE). O, en otra ocasión, cuando Watson dice: «Es obvio que en estas habitaciones usted ha visto más cosas de las que eran visibles para mí», Holmes responde: «No, pero me figuro que he deducido un poco más. Ver, me imagino que he visto lo mismo que usted» (SPEC).

El propio Peirce distinguía entre lo que él llamaba *logica utens*, es decir, cierto sentido rudimentario de lógica prácti-

ca, que es cierto método general por el que todo el mundo llega a la verdad, sin, no obstante, ser consciente de usarlo y sin ser capaz de especificar en qué consiste el método, y un sentido más refinado de la lógica, o *logica docens*, utilizada por los lógicos y los científicos (y también por ciertos detectives y médicos), que es una lógica que puede aprenderse conscientemente y que, por lo tanto, es un método desarrollado teóricamente para descubrir la verdad (Ms. 692; cf. Ransdell 1977:165). Sin embargo, ni el científico ni el lógico inventan su *logica docens*, sino que estudian y desarrollan la lógica natural que ellos, como los demás, usan ya en la vida cotidiana. Al parecer, Sherlock Holmes comparte este punto de vista, a juzgar por su conversación con Watson, en la que expresa: «No osaríamos concebir las cosas que son realmente simples lugares comunes de la existencia... Créame, no hay nada tan innatural como lo común» (IDEN). Holmes afirma, además, que sus métodos no son otra cosa que «sentido común sistematizado» (BLAN).

He aquí la descripción que hace Holmes del modelo que trata de seguir:

El razonador ideal..., una vez que se le ha presentado un hecho determinado en todos sus aspectos, debería deducir de éste no sólo toda la cadena de acontecimientos que condujeron a él, sino también todos los resultados que pueden derivarse. Del mismo modo que Cuvier podía describir correctamente un animal entero a partir de la observación de un solo hueso, el observador que ha comprendido bien un eslabón en una serie de acontecimientos debería poder establecer con precisión todos los demás, tanto anteriores como posteriores. (FIVE)

No cabe duda de que la *logica docens* de Sherlock Holmes proviene, en gran medida, del entrenamiento científico de su creador, Conan Doyle. Bell, su maestro, escribió que «La educación del doctor Conan Doyle como estudiante de medicina le enseñó a observar, y su profesión, sea como médico general, sea como especialista, fue un entrenamiento espléndido para un hombre como él, dotado de buenos ojos, memoria e imaginación» (Bell 1893, citado en Nordon 1966: 213). En especial, el atento control de que hace gala Holmes parece debido en buena parte a su dedicación a la química.<sup>25</sup>

Así como «la puesta en escena de la investigación química, nunca muy sólida, fue deteriorándose a medida que pasaba el tiempo, hasta desaparecer del todo», el rincón que Holmes reservaba a la química le sirvió «para mantener un contacto práctico con una ciencia exacta en la que causas y efectos, acción y reacción, podían predecirse con una seguridad fuera del alcance de la menos precisa 'ciencia detectivesca', por mucho que se esforzara por alcanzar la máxima exactitud en su profesión de elección» (Trevor Hall 1978:36-37). Tal como dijo Holmes: «Como todas las demás artes, la Ciencia de la Deducción y del Análisis sólo se puede aprender a través de un estudio largo y paciente, y la vida no es bastante larga para permitir que ningún mortal alcance la máxima perfección en esa ciencia» (STUD).

Peirce también fue toda su vida aficionado a la química. En 1909, escribió:



Fig. 10. Holmes estaba... trabajando muy absorto en una investigación química. Ilustración de Sidney Paget para «El tratado naval», *The Strand Magazine*, octubre de 1893.

Pronto demostré un interés infantil por la dinámica y la física, y como el hermano de mi padre era químico, debía de tener yo alrededor de doce años cuando instalé por mi cuenta un laboratorio químico y empecé a trabajar con el centenar de botellas de análisis cualitativo de Leibig y a fabricar sustancias como el bermellón, tanto por el procedimiento seco como húmedo, y repetí muchos de los procesos químicos conocidos. (Ms. 619)

La química fue la profesión para la que se educó especialmente a Peirce, además de ser «la ciencia en que más trabajó» y «cuyos razonamientos más admiraba» (Ms. 453; cf. Hardwick 1977:114).

A quien no está versado en la lógica teórica, cualquier demostración por parte de un experto de sus habilidades razonadoras le parecerá, si éste no le explica los pasos lógicos que ha seguido, poco menos que magia. Nordon señala que «sus deducciones llevan a Holmes a hacer revelaciones que parecen casi mágicas» (1966:222). El doctor Watson no cesa de asombrarse, como todos sabemos, ante las deducciones de Holmes. Este efecto es realizado por el «notable gusto [de Holmes]... por las escenificaciones y los efectos teatrales» (Starrrett 1971:29), una inclinación que Peirce comparte, a juzgar por la manera teatral con que nos cuenta la historia del reloj robado y por el hecho de que se dice que desde niño demostró afición y talento por el teatro.<sup>26</sup>

«Cuando se especializó en criminología, la escena perdió un excelente actor», dice Watson refiriéndose a Holmes, «y la ciencia un agudo razonador» (SCAN). Hasta cierto punto, la forma teatral con que Holmes alardea de sus operaciones lógicas es similar al modo en que ciertos médicos tratan de impresionar a sus pacientes haciéndoles creer en sus poderes mágicos de diagnosis, con lo que desarrollan un sentimiento de confianza por parte del paciente que contribuirá al proceso de curación.<sup>27</sup>

El propio Joseph Bell habla de este tipo de manipulación psicológica como sigue:

El reconocimiento [de la enfermedad] depende en gran medida de la apreciación precisa y rápida de los pequeños detalles en que la enfermedad difiere de la buena salud. Al estudiante hay que enseñarle a observar. Para interesarle en este tipo de trabajo, nosotros los pro-



Fig. 11. «No resisto nunca un toque de dramatismo» —devolviendo los documentos robados a Phelps en «El tratado naval». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, noviembre de 1893.

fesores encontramos útil demostrarle lo que un observador con experiencia puede descubrir sobre cosas tan comunes como son el pasado del paciente, su nacionalidad y su ocupación. *El enfermo, además, quedará presumiblemente convencido de vuestra capacidad de curarle si se da cuenta de que, de un solo vistazo, podéis descubrir tantas cosas de su pasado. Y el truco es mucho más fácil de lo que parece al principio.* (Trevor Hall 1978:83; las cursivas son nuestras.)

Es frecuente que Holmes dé comienzo a su entrevista inicial con un posible cliente con una impresionante serie de «deducciones», al estilo descrito por Bell, y esas «pequeñas y astutas deducciones... a menudo no tienen nada que ver con el asunto de que se trata, pero impresionan al lector con una sensación general de poder. El mismo efecto se obtiene con la alusión extemporánea a otros casos» (1924:101-102).<sup>28</sup>

¿Quién de nosotros no se ha sentido intimidado alguna vez por una parecida técnica de entrevista usada por nuestro propio médico, cuando nos pregunta una serie de cosas aparentemente sin relación (por ejemplo: ¿Ha fumado mucho últimamente? ¿Le duele sólo por la noche? ¿Solía su madre tener jaqueca?), al término de las cuales anuncia de improviso



el diagnóstico, declaración que a nosotros, incapaces de juzgar el significado de cada uno de los indicios por separado y, por lo tanto, la lógica de la secuencia de preguntas, nos parece un milagro. Si el médico ya ha establecido el diagnóstico, pero todavía no lo ha comunicado al paciente, las preguntas que hace entonces para verificar su hipótesis le parecerán al paciente casi un ejercicio de percepción extrasensorial (por ejemplo: Usted tiene esta sensación sólo a la hora y media de haber comido, y va acompañada de un dolor punzante en el brazo derecho, ¿verdad? — Sí, ¿cómo lo sabe?).

A pesar de que las conjeturas son parte importante en todas las operaciones lógicas, como ha demostrado Peirce, el paciente típico podría perder confianza en el médico si descubriera la cantidad de adivinación que hay en los diagnósticos y tratamientos médicos. Por tanto, los médicos se ven más o menos obligados a disimular ese aspecto de su trabajo, de modo similar a como hace Sherlock Holmes para labrarse su reputación de detective genial. Como en el ejemplo que acabamos de dar, los médicos, con este fin, desconciertan, por así decirlo, al paciente, encubriendo deliberadamente el proceso de su razonamiento, haciendo que las preguntas parezcan deducciones, comportándose como si hubieran llegado al diagnóstico a través de deducciones e inducciones, sin abducción previa, o fingiendo comprender nuestros sentimientos y nuestros pensamientos más íntimos sin la mediación de signos emitidos por el paciente.

La importancia de estas estratagemas para la reputación de Holmes queda en evidencia en el siguiente pasaje donde el detective entrevista a un tal señor Jabez Wilson. Holmes anuncia su conclusión asombrosamente precisa sobre el entorno social y el estilo de vida del señor Wilson, a lo que éste «dio un brinco en la silla» y preguntó: «Pero, por el amor de Dios, ¿cómo ha podido saber todo esto, señor Holmes?»

— ¿Cómo sabe, por ejemplo, que he realizado trabajos manuales? Es tan cierto como el evangelio, pues comencé como carpintero naval.

— Sus manos, mi querido señor. La mano derecha es un poco más grande que la izquierda. Ha trabajado con ella, y los músculos están más desarrollados.



Fig. 12. Impresionar al cliente desde el principio, la estratagema favorita de Holmes. Aquí desbarata el incógnito del señor Grant Munro al leerle el nombre en el forro del sombrero. De «La cara amarilla». Ilustración de Sidney Paget para *The Strand Magazine*, febrero de 1893.

— Bueno, ¿y lo del rapé, entonces, y la francmasonería?

— No quiero ofender su inteligencia explicándole cómo he descubierto esto, especialmente si, contraviniendo las estrictas reglas de la orden a que pertenece, lleva usted un pasador de corbata con los signos de la escuadra y el compás.

— Ah, claro, me había olvidado. Pero, ¿y lo de escribir?

— ¿Qué otra cosa puede indicar el lustre de cinco pulgadas de su puño derecho y el redondel alisado del codo de la manga izquierda, donde el brazo se apoya en la mesa?

— Bien, ¿y lo de China?

— El pez que lleva tatuado junto a la muñeca del brazo derecho

sólo puede haber sido hecho en China. He estudiado un poco eso de los tatuajes e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. El detalle de colorear las escamas del pez con un leve color rosado es característico de China. Si, además, veo colgar de la cadena de su reloj una moneda china la cosa se simplifica todavía más:

El señor Jabez Wilson se echó a reír, y dijo:

— ¡Jamás lo hubiera creído! Al principio me pareció que usted había hecho algo muy inteligente, pero ahora veo que, después de todo, no tiene ningún mérito especial.

— Comienzo a creer, Watson —dijo Holmes—, que cometo un error dando explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico*, ¿sabe? Y si sigo siendo tan ingenuo, mi reputación, pobre y pequeña como es, sufrirá serios quebrantos. (REDH)

En otra ocasión, Holmes señala que «temo exponerme demasiado dando tantas explicaciones... Los resultados sin las causas impresionan más» (STOC). De todos modos, Holmes no peca de excesiva candidez al decir a un cliente: «Temo decepcionarle si le doy una explicación, pero tengo por costumbre no ocultar mis métodos, ni a mi amigo Watson ni a nadie que muestre un interés inteligente en ellos» (REIG).<sup>29</sup>

#### 4. *La Taumaturgia en la realidad y en la ficción*

La confrontación del método de Charles Peirce, detective, con el de Sherlock Holmes, semiótico, que comenzó como un *jeu d'esprit*, acaba por arrojar una luz inesperada tanto sobre el personaje histórico como sobre el novelesco. Desde la perspectiva del gran lógico y erudito, la Ciencia de la Deducción y del Análisis de Holmes, expuesta en conjunto en su artículo «El libro de la vida» (STUD), donde «el autor pretendía sondear los más íntimos pensamientos de un hombre a través de una expresión momentánea, de la contracción de un músculo o de una mirada», parece muy alejada de la «infalible charlatanería» o «necedades» que Watson, al principio, pensaba que era. Las teorías que Holmes exponía en el artículo, que parecían a su Boswell «tan quiméricas, son, en realidad, extraordinariamente prácticas», y su proyectado libro de texto en un solo volumen sobre «todo el arte del detectivismo» (ABBE), al que pensaba «dedicar los años de la

vejez», suponen un fundamento contextual en la historia de las ideas, basado, en parte por lo que es o por lo que hubiera podido ser, en «una mezcla de imaginación y realidad» (THOR) y en la práctica juiciosa de la especulación como «uso científico de la imaginación» (HOUN).

Holmes fue un médico brillante del cuerpo social, una de cuyas enfermedades es el crimen. Habla de sus casos «con el aire de un patólogo que presenta un raro espécimen» (CREE). Holmes estaba complacido de que Watson hubiera decidido poner por escrito aquellos acontecimientos que daban lugar a la deducción y a la síntesis lógica. A la vez que afirmaba (STUD) que «la vida entera es una gran cadena cuya naturaleza conocemos cuando se nos muestra uno solo de sus eslabones», también mantenía que sus conclusiones de una a otra eran «tan infalibles como tantas proposiciones de Euclides. Resultaban estas conclusiones tan sorprendentes para el no iniciado, que mientras éste no llegase a conocer los procesos mediante los cuales había llegado a ellas, podía muy bien considerarlo un nigromante».

Peirce era, a su manera, un nigromante tan grande como Holmes, por eso nos fascinan sus escritos y los pormenores de su vida. Según el ponderado y fiel retrato que hace de él Charles Morris (1971:337), Peirce era «heredero de todo el análisis histórico y filosófico de los signos». Representa la cima más alta de la cordillera que empieza a elevarse en la antigua Grecia, con la semiótica clínica de Hipócrates, que Galeno desarrolla de forma más completa y explícita (Sebeok 1979: cap. 1), y sigue con el médico Locke, cuya *semiotiké* Peirce «sopesó con singular atención y consideración», y que seguramente proporcionó «otra especie de Lógica y Crítica, distinta de la que hemos conocido hasta ahora» (Locke 1975: 721).

Una cosa es proclamar —como hacemos— la continuidad y el efecto acumulativo de este panorama, que se extiende desde la arcaica diagnosis y prognosis médica hasta las formulaciones modernas de una doctrina de los signos por Peirce y, más cercanos a nosotros, por virtuosos contemporáneos como el biólogo báltico Jacob von Uexküll (1864-1944) y el matemático francés René Thom (nacido en 1923). Pero otra cosa es documentarlo. La comprobación requerirá por lo me-

nos una generación más de esfuerzo concentrado por parte de equipos de especialistas bien preparados en la laberíntica historia de la ciencia del signo (cf. Pelc 1977), de la que hasta ahora sólo han delineado escuetamente el perfil los pocos exploradores suficientemente equipados para seguir las pistas reveladas por Peirce, hasta ahora el más osado de los pioneros, o de los descubridores, de esta gran aventura.

## NOTAS

1. Los autores agradecen a Martín Gardner, Christian Kloesel, Edward C. Moore, Joseph Ransdell, David Savan y John Bennett Shaw sus útiles comentarios a una versión preliminar de este artículo. Nuestro agradecimiento especial a Max H. Fisch, otro detective magistral, por su generosa e inestimable ayuda en la localización de cartas y pasajes, en los manuscritos inéditos de Peirce, que se refieren a los temas discutidos aquí, y por habernos dado acceso a su colección infinitamente variada y fascinante de datos relacionados con Peirce. Los comentarios detallados de Fisch sobre el presente trabajo aparecen en Sebeok 1981:17-21.

2. Las referencias a los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce* (véase Peirce 1965-66) están abreviadas en la forma acostumbrada con el volumen y número de párrafo. Las referencias a los manuscritos de Peirce incluyen el número de catálogo de Robin 1967.

3. La relación completa que hizo Peirce de esa investigación, escrita en 1907, no fue publicada hasta 1929, en *The Hound and Horn*. En una carta a William James del 16 de julio de 1907, Peirce escribe que, siguiendo el consejo de James, había relatado la historia de la pérdida del reloj en un artículo que había enviado aquel mes de junio al *Atlantic Monthly* (véanse las noticias de Fisch 1964: 31, nota 28 sobre la correspondencia entre Peirce y otras personas acerca de ese artículo) y que el editor de la revista, Bliss Perry, había rechazado. Una versión muy condensada de la narración del hurto resumida en una nota a pie de página apareció en 7.36-48.

4. El notable aplomo de Peirce se expresa de manera encantadora en la carta que envió al superintendente C.P. Patterson de la Coast Survey el 24 de junio: «He de notificarle que llegué aquí el pasado sábado y que mi reloj, propiedad de la Survey, me fue robado... en el momento de mi llegada. En el acto comencé las pesquisas para recuperarlo y he tenido la satisfacción de conseguirlo esta tarde, y tengo fundadas esperanzas de capturar al ladrón mañana por la mañana antes de las siete.»

5. Al hablar del papel desempeñado en las formalidades legales del caso, Peirce continúa: «He mandado un mensaje al Fiscal del Distrito, diciéndole que esperaba

que retuviera a los presos el mayor tiempo posible, con lo que no veo la utilidad de seguir insistiendo, para lo cual tendría que abandonar mi proyecto de ir a París.» En 1902, Peirce se expresaría con más energía sobre la cuestión del delito y su castigo: «Me indigna hasta tal punto que, si pudiera, aboliría casi todos los castigos a las personas adultas, y los juicios de aprobación o desaprobación los limitaría a los de miembros del tribunal. Que la opinión pública apruebe o desapruebe cuando esté mejor enterada. En cuanto a la fuerza pública, que se limite a hacer lo imprescindible para el bienestar de la sociedad. El castigo, el castigo severo, el bárbaro castigo de una celda, infinitamente más cruel que la muerte, no mejora en nada el bienestar público o privado. En cuanto a las clases criminales, yo las eliminaría, no por el bárbaro método propuesto por esos monstruos surgidos de la economía, sino manteniendo confinados a los criminales en un lujo relativo, convirtiéndoles en individuos útiles y previniendo la reproducción. Sería fácil que, de ser una fuente de gastos y de perpetuo perjuicio para la gente, pasaran a convertirse en autosuficientes e inofensivos guardianes del estado. El único gasto sería el de la pérdida de nuestra dulce venganza sobre ellos. En cuanto a los criminales esporádicos, estafadores, asesinos y similares, yo los deportaría a una isla y los dejaría que se gobernarán por sí solos y tratarán entre sí. En cuanto a las infracciones pequeñas, podrían mantenerse las penas pequeñas.» (2.164).

6. «La abducción, a fin de cuentas, no es otra cosa que intentar adivinar», escribió en otro sitio (7.219; cf. Ms. 692). Compárese con las observaciones explicativas de Chomsky (1979:71) en relación con la abducción, sobre «el filósofo con quien más afin [se siente]»: «Peirce arguyó que para explicar el desarrollo del conocimiento es necesario asumir que 'la mente del hombre tiene una adaptación natural a imaginar teorías correctas de algunos tipos', cierto principio de 'abducción' que 'pone límites a las hipótesis admisibles', una especie de 'instinto', desarrollado en el transcurso de la evolución. Las ideas de Peirce sobre la abducción eran bastante vagas, y su sugerencia de que una estructura biológica determinada juega un papel fundamental en la selección de las hipótesis científicas parece haber tenido muy poca influencia. Por lo que yo sé, casi nadie ha intentado desarrollar ulteriormente estas ideas, aunque nociones similares han sido desarrolladas independientemente en diversas ocasiones. La influencia de Peirce ha sido enorme, pero no por esta razón en particular.» La monografía clásica sobre este aspecto negligido de la contribución de Peirce a la filosofía de la ciencia es la tesis muy breve, pero completa, de Fann (1970), escrita en 1963, una de cuyas peculiaridades es una alusión a Sherlock Holmes; los ejemplos de Fann tienen la finalidad de «demostrar que el método de la ciencia tiene mucho en común con el método de los detectives» (*ibid.*: 58). Véase además Walsh (1972).

7. Peirce afirma en otro lugar que la habilidad del polluelo recién salido del cascarón para picotear comida, «escogiendo mientras picotea, y picoteando lo que se propone picotear», aunque «sin razonar, puesto que no es un acto deliberado», es, sin embargo, «en todos los aspectos menos en éste... exactamente igual a la inferencia abductiva», y pasa a derivar las ciencias físicas y sociales de los instintos animales para conseguir alimento y reproducirse, respectivamente (Ms. 692). La retroducción es un tipo de comportamiento instintivo cuyos dos ejemplos clásicos son la migración de los petirrojos y la construcción de panales por las abejas. Peirce denominó al comportamiento aparentemente inteligente de los animales inferiores *il lume*

*naturele*, que consideraba imprescindible para todo tipo de retroducción. (Sobre el concepto de «*lumière naturelle*», véase Ayim 1974: 43, nota 4.) Peirce hablaba de instinto racional, animal y vegetal; coincidimos con la opinión de Ayim (*ibid.* 36) de que todos los niveles de actividad instintiva tienen «en común esta característica: la actividad provee a la supervivencia y al bienestar de la especie en conjunto al capacitar a los miembros de ésta para reaccionar adecuadamente a las condiciones ambientales»; lo cual es también válido para el hombre como científico. Véase además la interesante observación de Norwood Russell Hanson (en Bernstein 1965:59) de que «A menudo la coletilla de los comentarios de Holmes, 'Simple deducción, mi querido Watson', se refiere a que el razonamiento en cuestión ha procedido de lo previamente aceptado a lo que debía de haberse previsto. Pero también el matemático y el científico razonan con frecuencia empezando por el final de la página hacia arriba.» Esta es una de las cosas que Peirce identifica como «retroducir». Procede desde una anomalía inesperada hacia un grupo de premisas, la mayor parte de las cuales han sido ya aceptadas. No hace falta señalar que, al contrario de lo que dice Hanson, Holmes jamás pronunció las palabras citadas; como tampoco dijo nunca aquello de «Elemental, mi querido Watson».

8. Para una exposición detallada del trabajo experimental en psicología de la percepción, dirigido por Peirce y Joseph Jastrow, que Peirce presenta como prueba en apoyo de su teoría de la adivinación, véase Peirce 1929 y 7.21-48.

9. En cuanto al método científico, la abducción es, según Peirce, «meramente preparatoria» (7.218). Los otros «tipos de razonamiento fundamentalmente diferentes» de la ciencia son la deducción y la inducción (véase su desarrollo en 1.65-68, 2.96-97, 5.145, 7.97, 7.202-07). En resumen, el paso de adoptar una hipótesis o una proposición que conduzca a la predicción de los que aparentemente son hechos sorprendentes se denomina *abducción* (7.202). El paso mediante el cual se llega a las consecuencias experimentales necesarias y probables de nuestra hipótesis, se denomina *deducción* (7.023). *Inducción* es el nombre que Peirce da a las pruebas experimentales de la hipótesis (7.206).

10. Peirce también da a la abducción el nombre de «Argumento Originario», puesto que es, de las tres formas de razonamiento, la única que origina una idea nueva (296) y, de hecho: «Su única justificación es que si alguna vez llegamos a comprender las cosas lo hacemos necesariamente de esta manera» (5.145). Del mismo modo, «ni la deducción ni la inducción pueden añadir jamás el menor elemento a los datos de la percepción; y... las meras percepciones no constituyen un conocimiento aplicable a ningún uso práctico o teórico. Todo lo que hace utilizable el conocimiento nos llega siempre *via* abducción» (Ms. 692).

11. Que sepamos, no hay ninguna prueba directa de que Peirce leyera alguno de los relatos de Holmes, o de que conociera a Sir Arthur Conan Doyle. Es verosímil, sin embargo, que Peirce hubiera oído hablar por lo menos de las primeras historias de Sherlock Holmes. El primer relato que apareció en Estados Unidos, «Estudio en escarlata», fue publicado, en 1888, por Ward Lock, y, en 1890, apareció «El signo de los cuatro» en *Lippincott's Magazine*, la principal rival contemporánea de *Atlantic Monthly*, que sabemos que Peirce sí leía (véase nota 3). Además, ya en 1894, Conan Doyle estaba de moda en Estados Unidos, año en que el famoso

escritor pasó dos meses en ese país, donde dio una serie de conferencias y conoció a sus colegas norteamericanos (Nordon 1966:39-40). Peirce había crecido en contacto con escritores y artistas, así como también con hombres de ciencia. En una carta a Victoria, Lady Welby, del 31 de enero de 1908, escribió: «Pero mi padre era un hombre de amplias miras y también intimamos con gente de letras. William Story el escultor, Logfellow, James Lowell, Charles Norton, Wendell Holmes, y de vez en cuando Emerson, están entre los personajes de mis recuerdos más tempranos» (Hardwick 1977:113). De adulto, parece que Peirce se mantuvo al corriente de las novedades en el mundo de las artes literarias, dado que menciona con frecuencia a escritores europeos y norteamericanos de su época en sus reseñas en *The Nation* (Ketner y Cook 1975). Edgar Allan Poe (1809-49), además, fue al parecer uno de los escritores favoritos de Peirce, y lo menciona en 1.251, 6.460, Ms. 689, Ms. 1539. A juzgar por sus referencias a «Los crímenes de la calle Morgue» de Poe, no cabe duda de que a Peirce le gustaban los relatos de detectives. Por supuesto, se reconoce en general que el personaje de Sherlock Holmes está inspirado en parte en el Chevalier Dupin de Poe (por ejemplo, Messac 1929:596-602, Nordon 1966:212 ss., Hall 1978: 76; véase más abajo). Hitchings (1946:117), en su artículo sobre Holmes como lógico, señala con acierto que «a diferencia de Dupin, que es el invento de un matemático y poeta, Sherlock Holmes, incluso en sus aspectos más teóricos, es fruto de la mente de un médico, y siempre tiene los pies firmemente plantados en el suelo». De todos modos, Hitchings está sobre una pista falsa cuando dice que «la mayor parte del razonamiento de Holmes es causal», citando una observación del propio detective, quien dice que «razonar de efecto a causa es menos frecuente y por consiguiente más difícil que razonar de causa a efecto» (*ibid.*: 115-16).

12. Watson señala que el conocimiento de Holmes de la «literatura sensacionalista [es] inmenso» (STUD). De hecho, Holmes tenía siempre al día un fichero de los casos criminales más insólitos e interesantes de todo el mundo, que consultaba con frecuencia al objeto de solucionar un caso nuevo por analogía con otros anteriores, como, por ejemplo, en IDEN o en NOBL. «Puedo guiarme por los miles de casos similares que me vienen a la memoria», dice a Watson en REDH. Peirce se refiere a la analogía como una combinación de abducción e inducción (por ejemplo, 1.65, 7.98).

13. «Es una vieja máxima mía», declara Holmes, «que una vez se ha excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que resulte, tiene que ser la verdad» (BERY; cf. SING, BLAN, BRUC). Véase la máxima de Peirce según la cual «Los hechos no pueden ser explicados por una hipótesis más extraordinaria que los propios hechos; y entre varias hipótesis hay que adoptar la menos extraordinaria» (Ms. 696). Véase Gardner 1976:125, quien describe el proceso de la manera siguiente: «Como el científico que trata de resolver un misterio de la naturaleza, Holmes en primer lugar recogía todas las pruebas posibles pertinentes a su problema. A veces realizaba experimentos para obtener datos nuevos. Después examinaba la totalidad de las pruebas a la luz de sus vastos conocimientos del crimen, y/o de las ciencias vinculadas con el crimen, con el fin de llegar a la hipótesis más probable. De la hipótesis se sacaban deducciones; después se verificaba de nuevo la teoría enfrentándola a nuevas evidencias, se revisaba, en caso de que fuera necesario, hasta que, por último, surgía la verdad con una probabilidad muy cercana a la certeza.»



14. Sebeok (1979, cap. 5) analiza las reflexiones que hace Peirce sobre la adivinación en el contexto de algunos juegos infantiles, por una parte, y de ciertas exhibiciones de ilusionismo, por otra. El Juego de las Veinte Preguntas es el equivalente verbal del Juego del Frío y Caliente, en el que las pistas verbales quedan reducidas al mínimo, como sucede en el afín Juego del Sí o No, tan vívidamente descrito por Dickens (1843, Estrofa Tercera). Las pistas no verbales, proporcionadas de manera inconsciente, guían al ilusionista hacia el objeto buscado en ciertos tipos de funciones de magia, donde las pistas verbales quedan excluidas por completo. Esta comunicación no verbal, o *feedback*, explica también algunos fenómenos pretendidamente «ocultos», como el movimiento de la tabla de Ouija, el golpeteo de la mesa espiritista y la escritura automática, y es la base de diversos tipos de sesiones mentales, conocidas en el ramo de la magia como «lectura de músculos» o «lectura del pensamiento». En actos de este tipo: «El espectador cree que está siendo guiado por el mago, pero en realidad el ejecutante permite que el espectador lo guíe a él a través de tensiones musculares inconscientes» (Gardner 1957:109; cf. idem 1978:392-96, donde se dan otras referencias). Los mejores magos del pensamiento son capaces de prescindir por completo del contacto físico, y encuentran lo que buscan sólo observando las reacciones de los espectadores de la sala; Sebeok (*ibid.*) cita como ejemplos de ello a Persi Diaconis y a un ilusionista que se hace llamar Kreskin. Estos casos se parecen de una manera asombrosa a la historia de Peirce (1929). Diaconis, además de ser uno de los magos actuales de mayor talento, se cuenta entre los principales expertos en el sofisticado campo del análisis estadístico de las estrategias conjeturales y del juego de azar, y en la aplicación de técnicas nuevas en la investigación parapsicológica (hasta ahora con resultados del todo negativos; véase Diaconis 1978:136). También cabe mencionar a ese respecto la observación de Scheglov (1976:63) acerca del aumento de la tensión y excitación a medida que el razonamiento lógico de Holmes gradualmente «repta por el ánimo del criminal y acaba alzando una punta del velo (el efecto es muy parecido al del juego infantil del Frío o Caliente, en el que la zona de búsqueda se restringe gradualmente y va siendo cada vez más caliente)». La lectura de músculos, que alcanzó su máxima popularidad en Estados Unidos, se convirtió también en un juego de salón conocido por «Willing».

15. A propósito, en dos historias de Holmes aparecen detectives de la Pinkerton National Detective Agency: Young Leverton, con un papel pequeño en REDC, y Birdy Edwards, alias John («Jack») McMurdo, alias John («Jack») Douglas, que se sospecha fue arrojado por la borda en las proximidades de Santa Helena por la banda de Moriarty (al final de VALL).

16. Sobre este pasaje, véase el comentario de Castañeda (1978:205), «los filósofos *in fieri* pueden sacar provecho de los diversos principios metodológicos que Sherlock Holmes formula e ilustra en sus diferentes aventuras».

17. Un paralelo interesante se halla en *Zadig* (Cap. 3) de Voltaire, donde la habilidad demostrada por Zadig para interpretar indicios lo lleva a ser detenido, procesado y multado.

18. Peirce admite que él mismo «en casi todo lo publicado [por él] antes de principios de siglo... mezcló más o menos Hipótesis e Inducción» (8.227), y atribuye esta confusión de los dos tipos de razonamiento a que los lógicos tienen «una con-

cepción demasiado estricta y formalista de la inferencia (como necesaria obtención de juicios formulados a partir de las premisas)» (2.228), véase también 5.590-604, Ms. 475, Ms. 1.146.

19. Cf. las observaciones de Holmes: «Ya le he explicado que lo que está fuera de lo común suele ser más una guía que un obstáculo» (STUD); «La singularidad es casi invariablemente una pista» (BOSC); «Cuanto más *outré* y grotesco sea un incidente, tanto más cuidadosamente merece ser examinado, y el propio detalle que parece complicar un caso es, una vez debidamente considerado y tratado de manera científica, el que más probabilidades tiene de elucidarlos» (HOUN); y «Sólo el caso incoloro, carente de hechos significativos, es un caso sin esperanza» (SHOS).

20. Además de su preparación médica especializada, Conan Doyle se vio implicado en el entusiasmo general por la ciencia que reinaba en la Inglaterra de su época. A mediados del siglo diecinueve, la ciencia se había convertido en una parte sustancial del pensamiento inglés a todos los niveles, y había en general «un tono dominante de racionalidad positivista» (Messac 1929:612; cf. Nordon 1966:244). El propio Conan Doyle cuenta que: «Hay que recordar que fueron los años en que Huxley, Tyndall, Darwin, Herbert Spencer y John Stuart Mill eran nuestros filósofos más importantes, y que incluso el hombre de la calle sentía la impetuosa corriente arrolladora de su pensamiento...» (1924:26). Hitchings (1946:115) compara explícitamente la lógica de Holmes con la de Mill: «El método habitual [de Holmes] de resolver esos difíciles problemas es una versión personal y ampliada del Método de los Residuos de Mill.»

21. Como recientemente confirmó Gould (1978:504): «En una profesión que confiere posición social y poder a cambio de descubrimientos claros e inequívocos, el amaño, la adulteración y la manipulación [de datos] de manera inconsciente o vagamente percibida son desenfrenados, endémicos e inevitables.» En pocas palabras, esa manipulación de los datos puede que sea una norma científica. Cf. Gardner 1981:130.

22. Al repasar el gran número de diagnósticos médicos en los relatos de Holmes (enfermedades cardíacas y enfermedades tropicales especialmente), Campbell (1935:13), cardiólogo, concluye que, desde el punto de vista médico, «Watson parece estar excelentemente informado». Es interesante observar que, mientras Watson utiliza con éxito el método lógico de diagnosis con respecto a la patología del cuerpo, es singularmente inepto cuando trata de transferir ese método a la indagación criminal, por lo que resulta un ejemplo de alguien versado sólo de manera incompleta en *logica docens* (véase más adelante).

23. En cuanto al lado artístico de la medicina, Messac señala con acierto que Conan Doyle seguía a Bell en lo que respecta a la diagnosis ampliada a toda la personalidad y vida del paciente, y en la opinión de que la diagnosis «n'a jamais une rigueur absolue; il comporte des flottements, des erreurs». La investigación criminal, como la medicina, es una suerte de «pseudo-ciencia» (1929:617). Según Thomas (1983:32), hacia el año 1937 «la medicina comenzó a transformarse en una tecnología basada en auténtica ciencia».

24. Holmes, igual que Peirce, estaba más interesado en su método que en la cuestión particular a que era aplicado. El y Watson, por ejemplo, discutían acerca del modo en que éste había descrito los casos de aquél, y Holmes critica a Watson diciendo: «Quizás usted se equivocó al tratar de dar colorido y vida a cada una de sus exposiciones, en vez de limitarse a la tarea de dejar constancia del severo razonar de causa a efecto, que es en realidad la única característica notable del asunto.» Cuando, en respuesta, Watson insinúa que la crítica de Holmes se basa en el egoísmo, Holmes replica: «No, no se trata de egoísmo o de presunción. ... Si exijo pleno reconocimiento para mi arte, es por ser éste una cosa impersonal, algo que está más allá de mí mismo. El crimen es cosa común. La lógica es cosa rara. Por lo tanto, usted debería hacer hincapié en la lógica más bien que en el crimen. Usted ha degradado lo que debería haber sido un curso de conferencias hasta reducirlo a una serie de cuentos» (COPP).

25. Al describir los conocimientos de Holmes en diversos campos, Watson sólo califica de «profundo» uno de ellos: la química (STUD). Sobre Holmes como «químico frustrado», véase Cooper 1976.

26. La familia de Peirce había demostrado, a lo largo de generaciones, interés por el teatro y la ópera, hasta el punto de invitar actores a su casa. Se cuenta que Peirce, todavía un muchacho, ya se distinguía por sus habilidades oratorias, ya fuera leyendo obras como «El cuervo» de Poe o como miembro del grupo de debates de su escuela. (Comunicación personal de Max H. Fisch.) De estudiante en Harvard, Peirce siguió cultivando su interés por la declamación, la retórica y la representación teatral. Durante el primer año, se hizo miembro de la W.T.K. (Wen Tchang Koun, en chino «sala de ejercicios literarios»), que se especializaba en debates, discursos, procesos en broma, así como en la lectura de ensayos, poemas y comedias. Más tarde, en 1858, fue uno de los miembros fundadores de la O.K. Society del Harvard College, que se dedicaba a las artes retórica y oratoria aplicadas al campo literario. (Comunicación personal de Christian Kloesel; véase también Kloesel 1979 sobre Peirce y la O.K. Society en particular). De adulto, se sabe que Peirce realizó lecturas del *Rey Lear* de Shakespeare entre amigos, en casa de su hermano mayor «Jem», en Cambridge, y ante los miembros del Century Club de Nueva York. En París, Peirce frecuentaba el teatro y la ópera, y su segunda esposa, Juliette, era actriz. El y Juliette permanecieron en contacto con sus amigos del teatro, entre los que se contaban Steele y Mary MacKaye, e incluso ocasionalmente participaron en representaciones de aficionados como en la *Medea* de Legougé, traducida al inglés por el propio Peirce. (Comunicación personal de Max H. Fisch.)

27. En la práctica clínica, las artimañas rituales constituyen el ingrediente esencial del efecto de placebo, y se comentan con mayor detalle en Sebeok 1979, capítulos 5 y 10. El placebo se considera eficaz porque así lo cree el paciente, convicción fomentada conscientemente por el médico y sus ayudantes, así como por el contexto en que se administra. Para una descripción sencilla y fidedigna, realizada por un cirujano, sobre los efectos obtenidos por ciertos «curanderos» y sobre el poder de la sugestión, incluida a veces la hipnosis, véase Nolen 1974. Algunos psicólogos, como Scheibe (1978:872-75) utilizan la palabra «acumen» para significar el modo de predicción presentado por Holmes, que constituye «una acentuada habilidad combinada con precisión analítica». Scheibe observa: «Cuando uno se cree en desven-

taja frente a los terribles, pero perfectamente controlados, poderes de observación e inferencia del... detective... uno automáticamente se rinde ante la superioridad y no le queda ninguna esperanza de dominar los acontecimientos. ... En la medida en que la gente en general cree que el detective posee un poder especial de penetración, aumentarán los poderes de acumen de este profesional. De igual manera que en la medida en que un jugador es capaz de aprovecharse de la ingenuidad o credulidad de su contrincante acerca de la inocencia de sus intenciones, ese contrincante queda a merced del primer jugador. Ese es el principio básico del timo.» Véase además Scheibe 1979.

28. Hall (1978:38) señala que los experimentos químicos de Holmes «aumentaban la confusión de Watson» (cf. Nordon 1966:222).

29. Un truco parecido es el que utiliza el autor de historias policíacas con sus lectores, por supuesto. Conan Doyle lo reconoció tanto indirectamente, a través del personaje de Sherlock Holmes, como directamente en su autobiografía. Holmes, por ejemplo, dice a Watson: «Es uno de esos casos en los que el razonador puede producir un efecto que a su vecino le parece extraordinario, porque a éste se le ha escapado el pequeño y único detalle que constituye la base de la deducción. Lo mismo puede decirse, querido compañero, del efecto de algunas de esas historietas tuyas, que es por completo falaz, dependiendo como depende del hecho de que usted retiene en sus propias manos algunos factores del problema, que nunca se ponen a disposición del lector» (CROO). En su autobiografía, Conan Doyle (1924:101), al discutir la composición de un relato policíaco dice que: «La primera cosa es tener una idea. Una vez en posesión de esa clave, la siguiente tarea es esconderla y poner todo el énfasis en las cosas que puedan llevar a una explicación diferente.» El propio Holmes disfrutaba engañando a los detectives oficiales, a quienes señalaba deliberadamente pistas sin indicar su significación (BOSC, CARD, SIGN, SILV).

## CAPITULO III

*Marcello Truzzi*

### SHERLOCK HOLMES: EXPERTO EN PSICOLOGIA SOCIAL APLICADA<sup>1</sup>

Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930), conocido sobre todo por ser el creador del detective Sherlock Holmes, hubiera preferido que se le recordara por sus otras muchas obras, en especial por sus estudios históricos y por su defensa del espiritismo.<sup>2</sup> Trató incluso de interrumpir las aventuras de Holmes dándole una muerte noble en FINA, relato que Doyle publicó en 1893, pero, en 1904, ante la enorme demanda del público, juzgó oportuno resucitar al héroe y continuar la saga.<sup>3</sup> La imagen de Holmes como compendio de la aplicación de la racionalidad y del método científico al comportamiento humano es sin duda un factor fundamental en la habilidad del detective para cautivar la imaginación de la gente.

#### *1. Realidad e importancia de Sherlock Holmes*

Alma Elizabeth Murch, en su excelente estudio sobre la historia de la novela detectivesca, ha señalado lo siguiente:

En la literatura existen ciertos personajes que han llegado a tener una identidad independiente e inconfundible, y cuyo nombre y características personales son familiares a millares de personas que puede que no hayan leído ninguna de las obras en que aparecen. Entre esos personajes hay que incluir a Sherlock Holmes, que ha adquirido en la mente de innumerables lectores de todas las nacionalidades el status de un ser humano real, aceptado por muchos en los primeros años del siglo XX como un contemporáneo de carne y hueso, vivo todavía cincuenta años después con toda la fascinación de una tradición es-

tablecida e inconvencible, como el más convincente, más brillante, más simpático y más entrañable de todos los detectives de ficción. (Murch 1958:167)

Se ha dicho que en toda la literatura inglesa sólo existen otros tres personajes ficticios tan familiares entre el hombre de la calle, a saber, Romeo, Shylock y Robinson Crusoe (Pearson 1943:86).

Aunque la saga de Holmes conste sólo de sesenta relatos<sup>4</sup> escritos por Sir Conan Doyle,<sup>5</sup> publicados por primera vez entre 1887 y 1927,<sup>6</sup> la popularidad de Sherlock Holmes se ha ganado en la imaginación de la gente raramente ha sido igualada. La profundidad de su impacto no se demuestra mejor que en «la creencia, mantenida durante años por miles de personas, de que se trataba de un ser humano real, circunstancia que constituye uno de los capítulos más extraordinarios en la historia de la literatura» (Haycraft 1941:57-58). Así, en adición a las innumerables cartas de preocupados futuros clientes dirigidas a «Mr. Sherlock Holmes, 221-B Baker Street, London» (dirección inexistente, por supuesto) y muchas otras al cuidado de Scotland Yard, el anuncio de que Holmes se retiraba para dedicarse a la apicultura en una granja, en un relato de 1904, motivó dos ofertas de empleo (una como apicultor y otra como mayordomo). Doyle recibió varias cartas de señoras que se ofrecían como posibles esposas de Holmes (Lamond 1931:54-55) e incluso hubo un caballero (un tal Stephen Sharp) que creía ser Sherlock Holmes e hizo varios intentos de ver personalmente a Doyle a partir de 1905 (referido por Nordon 1967:205).

Aparte de los que ingenuamente creyeron en la leyenda de Holmes, resulta mucho más significativo sociológicamente el hecho de que «la leyenda de Holmes haya sido alimentada por otro tipo de lector más inteligente, aunque no por ello menos entusiasta, perfectamente consciente de que su héroe no era un hombre de carne y hueso, pero que se complacía manteniendo la simulación de que lo era» (Haycraft 1941:58). Seguramente de ningún otro personaje de ficción se ha escrito tanto como de Holmes, y es sorprendente que haya sido Holmes y no Sir Arthur Conan Doyle quien haya despertado tanto interés. Así, Holmes ha sido objeto de bio-

grafías,<sup>7</sup> obras enciclopédicas,<sup>8</sup> estudios críticos,<sup>9</sup> y existen por todo el mundo numerosas organizaciones para rendir homenaje y estudiar el personaje de Holmes.<sup>10</sup> Han surgido además diversos movimientos para que se le erija un monumento en Baker Street, cerca de su supuesta vivienda.<sup>11</sup> Como ha dicho Christopher Morley, y tantas veces se ha repetido: «Nunca, nunca se ha escrito tanto por tantos para tan pocos.»

Al margen de los encantadores juegos de los sherlockianos y de sus festivas mitologías, el personaje de Sherlock Holmes y sus aventuras tocan sin embargo una realidad más profunda, puesto que, como se ha señalado, «esa leyenda satisface una necesidad que va más allá de la literatura» (Nordon 1967:205). Aunque Holmes, como ha señalado Pearson (1943:86), simbolice al deportista y cazador, un moderno Galahad que sigue con ardor un rastro de sangre, el personaje de Holmes representa todavía con más claridad el intento de aplicación de la máxima facultad humana —la racionalidad— a la resolución de las situaciones problemáticas de la vida cotidiana. La mayoría de los argumentos de las historias se basan en incidentes de la vida real que Doyle extraía de los sucesos de los periódicos de la década de 1890 (Nordon 1967:236), y cabe subrayar que son pocas las historias que tratan de violencia sanguinaria o asesinato. De hecho, como ha señalado Pratt (1955), una cuarta parte del total de los relatos no trata de crímenes punibles por la ley. El carácter esencialmente mundano de la mayor parte de las tramas abona la observación de que «el ciclo constituye una épica de la vida cotidiana» (Nordon 1967:247). Es precisamente el uso que hace Holmes de la «ciencia» y de la razón lo que sorprende y gratifica al lector. Y no es tanto el excepcional talento de Holmes para intuir e inferir a partir de simples observaciones lo que impresiona al lector, sino la evidente sensatez y obviedad de su «método», una vez ha sido explicado. Uno cree de veras (por lo menos mientras está bajo el hechizo de sus historias) que la nueva ciencia aplicada de Holmes es accesible a cualquiera que estudie con diligencia su «método». Como se ha escrito:

El mundo ficticio al que pertenecía Sherlock Holmes esperaba de él

lo que el mundo real de entonces esperaba del hombre de ciencia: más luz y más justicia. Como creación de un médico impregnado por el pensamiento racionalista de la época, el ciclo de Holmes nos ofrece por primera vez el espectáculo de un héroe que triunfa una y otra vez por medio de la lógica y del método científico. (Nordon 1967:247)

Esta fascinación ante la posibilidad de una aplicación mundana de los métodos científicos al mundo interpersonal ha cautivado no sólo la imaginación de los lectores profanos de la saga de Holmes, sino que ha tenido un efecto apreciable en criminólogos y en gente implicada en problemas de la vida real que guardan un paralelismo con los casos ficticios a que se enfrenta Sherlock Holmes. Así, un representante de los laboratorios de la policía científica de Marsella señaló que «muchos de los métodos inventados por Conan Doyle se utilizan actualmente en los laboratorios científicos» (Aston-Wolfe 1932:328); el director de los Scientific Detective Laboratories y presidente del Institute of Scientific Criminology ha afirmado que «los escritos de Conan Doyle han contribuido más que cualquier otra cosa a estimular el interés activo por la investigación científica y analítica del crimen» (May 1936:x); y, más recientemente, un experto en armas de fuego ha declarado que Holmes debiera de ser nombrado «Padre de la Investigación Científica del Crimen» (Berg 1970). Muchos criminólogos famosos, entre ellos Alphonse Bertillon y Edmond Locard, han reconocido a Holmes como maestro e inspirador de ideas, y sus técnicas de observación e inferencia son presentadas todavía como un modelo útil para el investigador criminal (Hogan y Schwartz 1964).<sup>12</sup>

Además de las consecuencias realmente prácticas que la influencia de Sherlock Holmes ha tenido en la criminología moderna, la realidad de su «método» queda patente con mayor claridad a través de la comprensión de sus orígenes. En su autobiografía, *Memories and Adventures* (1924), Doyle afirma sin ambages que el personaje de Holmes fue creado a partir de los recuerdos de su profesor de cirugía de la escuela de medicina de Edimburgo, Joseph Bell, M.D., F.R.C.S., de quien Doyle afirma que era capaz de hacer la misma clase de observaciones e inferencias características que Holmes. El notable talento de Bell a este respecto queda bien ilustrado en



la anécdota que nos cuenta el propio Doyle y que ha sido reproducida en el capítulo II. Es probable, sin embargo, que Holmes haya sido creado sólo parcialmente según el modelo de Bell, y que en realidad sea una mezcla de varias personas.<sup>13</sup> No obstante, «no cabe duda de que el auténtico Holmes era el propio Conan Doyle» (Starrett 1960:102). Como expusieron Michael y Mollie Hardwick en su notable estudio *The Man Who Was Sherlock Holmes* (1964), los paralelos con la vida de Doyle, incluida la solución de diversos misterios de la vida real y su empeño en aras de una justicia mejor (ejemplificada ante todo en la eficacia con que logró librar de la cárcel y de la condena a dos individuos acusados erróneamente de asesinato, los famosos casos de George Edalji y Oscar Slater),<sup>14</sup> demuestran sin duda alguna que las raíces del auténtico carácter y método de Holmes hay que buscarlas en su creador. El doctor Edmond Locard, jefe de los laboratorios de la policía de la Sûreté de Lyon, afirmó que «Conan Doyle era un investigador criminal absolutamente asombroso», y el criminólogo Albert Ullman se aventuró a afirmar que «Conan Doyle fue mejor criminólogo que su creación Sherlock Holmes» (citado en Anónimo 1959:69).

Lo importante en todo esto es percatarse de que los buenos resultados obtenidos por el doctor Bell y por Sir Arthur Conan Doyle demuestran que los métodos de análisis científico ejemplificados y dramatizados por Sherlock Holmes en sus aventuras tenían un paralelo en la vida real. Como dijo el conocido detective norteamericano William Burns: «A menudo me han preguntado si en nuestro auténtico trabajo de investigación criminal podían aplicarse los principios formulados por Conan Doyle en sus relatos de Sherlock Holmes, y mi respuesta a esta pregunta es decididamente 'sí' » (citado en Anónimo 1959:68).

¿En qué consiste exactamente entonces el «método» de Sherlock Holmes, y cuáles son sus limitaciones e implicaciones en el campo de una moderna psicología social aplicada? Pasemos ahora a examinar las opiniones de Holmes sobre la ciencia, el hombre y la sociedad, y sus prescripciones para la aplicación de la primera a los otros dos, según expone en el «canon».

## 2. *El método de Sherlock Holmes*

Es una lástima que en el canon no se encuentre una exposición sistemática del método de Holmes, método tan capital para el personaje y para su atractivo universal. Es también sorprendente que entre la masiva bibliografía sobre Sherlock Holmes, sólo una parte relativamente pequeña esté dedicada a sus técnicas de «deducción». La mayoría de los sherlockianos se han mostrado más interesados en aplicar ellos mismos las técnicas de Holmes a los indicios sugeridos en el canon, que en analizar el propio método. De ahí que nos veamos forzados a recopilar las muchas pero dispersas declaraciones sobre su método que Holmes formula en el curso de sus aventuras.

### *La «Ciencia de la Deducción y del Análisis» de Holmes*

Se ha dicho a menudo que la ciencia no es otra cosa que sentido común refinado. Con lo que seguramente Holmes estaría de acuerdo, por cuanto afirma que su propio enfoque es «un arte simple, que no es más que sentido común sistematizado» (BLAN). Pero su forma de ver el proceso no es simplista o mecánica, puesto que en otro lugar señala que «una mezcla de imaginación y realidad... es la base de mi arte» (THOR). Aunque Holmes fuerce el crudo empirismo hasta un grado que recuerda al archiinducccionista Francis Bacon, no descuida la importancia de la imaginación creativa. «Es, lo reconozco, mera imaginación», dice Holmes, «pero, ¿cuántas veces la imaginación no es la madre de la verdad?» (VALL). «Las ideas de uno deben ser tan amplias como la naturaleza si tienen que interpretar la naturaleza» (STUD), señala, y «la amplitud de miras... es uno de los requisitos esenciales de nuestra profesión. El juego recíproco entre las ideas y los usos oblicuos del conocimiento son con frecuencia de extraordinario interés» (VALL).

Aunque Sir Arthur Conan Doyle iba a convertirse en uno de los defensores más importantes del espiritismo, Holmes, en un estilo verdaderamente comteano de positivismo y escepticismo científico, se niega a considerar en serio hipótesis

de causas sobrenaturales. Reconociendo que «los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso», antes de considerar la posibilidad de que «nos hallamos ante fuerzas al margen de las leyes ordinarias de la Naturaleza», Holmes argumenta que «es necesario agotar todas las demás hipótesis antes de recurrir a ésta» (HOUN). Holmes declara de sí mismo que «esta Agencia tiene los pies en el suelo y piensa seguir haciéndolo así. En el mundo hay espacio de sobras para nosotros. No hace falta recurrir a fantasmas» (SUSS).

Los supuestos filosóficos de orden general de Holmes sobre el universo no están muy claros. Aunque aparentemente creía en una finalidad del universo<sup>15</sup> y confiase en la bondad de la Providencia,<sup>16</sup> al mismo tiempo era capaz de expresar un punto de vista más cínico, al preguntar a Watson: «¿Pero no es toda la vida patética y fútil? ... Alcanzamos, agarramos. ¿Y qué nos queda en las manos al fin? Sombras. O peor que sombras... miseria» (RETI).

Esta imagen de todo el conocimiento como «sombras», aparte de su contexto depresivo aquí, tiene muchos puntos de contacto con la visión moderna, científica y esencialmente pragmática, del hombre como creador de «mapas cognoscitivos» y de «realidades» teóricas o «conjeturas», más que como descubridor de verdades y leyes objetivas.

Holmes comprendía también la orientación básicamente determinista de gran parte de la moderna ciencia social. Dice:

El razonador ideal ..., una vez que se le ha presentado un hecho determinado, en todos sus aspectos, debería deducir de éste no sólo toda la cadena de acontecimientos que condujeron a él, sino también todos los resultados que pueden derivarse. Del mismo modo que Cuvier podía describir correctamente un animal entero a partir de la observación de un solo hueso, el observador que ha comprendido bien un eslabón en una serie de acontecimientos debería poder establecer con precisión todos los demás, tanto anteriores como posteriores (FIVE).

O bien como expresa Holmes en su fundamental artículo «El libro de la vida» (en una revista que por desgracia Watson se olvida de mencionar):

A partir de una gota de agua ... un lógico podría inferir la posibilidad de un Atlántico o de un Niágara, sin haber visto u oído hablar

ni de uno ni de otro. Del mismo modo, la vida entera es una gran cadena, cuya naturaleza conocemos cuando se nos muestra uno solo de sus eslabones. Como todas las demás artes, la Ciencia de la Deducción y del Análisis sólo puede adquirirse mediante un estudio largo y paciente, y la vida no es bastante larga para permitir que ningún mortal llegue a la suma perfección posible en esa ciencia (STUD).

Este determinismo aparece en todos los niveles de la vida, pero Holmes se pone claramente del lado de la sociología, frente a muchos psicólogos, cuando afirma que:

...mientras que el individuo aislado es un rompecabezas insoluble, colectivamente se convierte en una certidumbre matemática. Por ejemplo, no es posible predecir lo que un hombre hará, pero puede decirse con precisión qué se dispone a hacer una muestra promedio. Los individuos varían, pero los porcentajes permanecen constantes (SIGN).<sup>17</sup>

Como en todas las ciencias nomotéticas, el acento se pone en la búsqueda de leyes y de acontecimientos recurrentes. A Holmes le impresionan mucho las regularidades y repeticiones en la historia, y hablando de un crimen con su amigo el inspector Gregson, Holmes dice, como en el *Eclesiastés*: «No hay nada nuevo bajo el sol. Todo ha sido hecho antes» (STUD). Y en otra ocasión dice de su archienemigo: «Todas las cosas se producen en ciclos, incluso el profesor Moriarty» (VALL). Holmes busca generalizaciones y su objetivo final son las proposiciones universales: «Yo nunca hago excepciones. Una excepción refuta la regla» (SIGN).

Sin embargo, en el método de Holmes ocupa un lugar central su interés por la verificación de sus conjeturas. El énfasis que pone en la inducción —un énfasis más presente en lo que dice que en lo que hace, como veremos luego— se basa en el gran temor de una separación conceptual del mundo «real» de los fenómenos observables. «La tentación de formar teorías prematuras sobre datos insuficientes es el veneno de nuestra profesión», declara al inspector MacDonald (VALL). Puesto que, como Holmes dice una y otra vez:

Es un error capital teorizar antes de poseer datos. Insensiblemente se comienza a distorsionar los hechos para que encajen con las teorías, en vez de hacer que las teorías encajen con los hechos (SCAN).

Es un error capital teorizar previamente a los hechos (SECO).

Es un error capital teorizar antes de tener todas las pruebas (STUD).

... es un error razonar ante tus datos. Sin darte cuenta, te encuentras distorsionándolos para que encajen con tus teorías (WIST).

Cuán peligroso es siempre razonar a partir de datos insuficientes, (SPEC).

Holmes no cesa de insistir en la absoluta necesidad de hechos observables. «¡Datos! ¡Datos! ¡Datos!», gritó con impaciencia. 'No puedo fabricar ladrillos sin arcilla'» (COPP). Y todavía exige más, puesto que adopta una actitud arriesgadamente ateórica, con un estilo inductivo que recuerda mucho la postura tomada hoy por algunos conductistas de la escuela de B.F. Skinner. Pero como éstos, Holmes se ve obligado a aceptar, por lo menos, hipótesis provisionales, o «corazonadas», acerca del mundo. Puede que Holmes exclame: «No, no: jamás pretendo adivinar. Es una costumbre reprochable, que destruye las facultades lógicas» (SIGN), pero se ve forzado a reconocer que «se elaboran teorías provisionales y se aguarda que el tiempo y un mayor conocimiento las refuten. Una mala costumbre ... ; pero la naturaleza humana es débil» (SUSS). Básicamente, Holmes confía en el mundo empírico al que considera el árbitro último y decisivo. «Puedo descubrir hechos, Watson, pero no puedo cambiarlos» (THOR). Y estos hechos tienen que cuestionarse siempre ya que «es bueno ponerlo todo a prueba» (REIG).

### *El método de Holmes*

Holmes estaba claramente de acuerdo con la norma general de la comunidad científica moderna según la cual, dado que el conocimiento científico es por definición conocimiento *público* (en cuanto que debe ser comunicable intersubjetivamente), debería de estar idealmente abierto al escrutinio público. Holmes, por lo general, no hace ningún misterio de sus métodos. «Tengo por costumbre no ocultar mis métodos ni a mi amigo Watson ni a nadie que muestre un inte-

rés inteligente en ellos» (REIG). De vez en cuando, sin embargo, Holmes deja de poner al corriente de sus métodos a sus atónitos clientes, especialmente en los primeros estadios de sus investigaciones, ya que, como dice: «Encuentro sensato impresionar a los clientes con cierta sensación de poder» (BLAN). Habitualmente, sin embargo, nos deja penetrar en sus razonamientos y señala que el método es básicamente muy poco misterioso.

No es muy difícil construir una serie de inferencias, cada una de ellas dependiente de la precedente y cada una simple en sí misma. Si, una vez hecho esto, se eliminan sencillamente todas las inferencias centrales y se presentan al público sólo el punto inicial y la conclusión, puede producirse un efecto asombroso, aunque en cierto modo engañoso (DANC).<sup>18</sup>

Holmes estaba muy interesado en una clara presentación de sus métodos, hasta el punto que, de hecho, se lamenta de que Watson novelara sus aventuras: «Su fatal costumbre de mirarlo todo desde el punto de vista de una narración, en vez de considerarlo como un ejercicio científico, ha echado a perder lo que hubiera podido ser una serie instructiva e incluso clásica de demostraciones» (ABBE).<sup>19</sup> Llegó incluso a hablar de su proyecto de dedicarse él mismo a esa tarea: «Me propongo dedicar los años de la vejez a escribir un libro de texto que condensará en un solo volumen todo el arte del detective» (ABBE).

Al hablar de las «cualidades necesarias al detective ideal», Holmes dijo que eran: (1) conocimientos, (2) capacidad de observación, y (3) capacidad de deducción (SIGN). Pasemos ahora a examinarlas una por una.

*La necesidad de conocimientos del detective.* Como hemos visto, Holmes hacía hincapié en la interconexión de todos los elementos del universo, según su visión determinista. Reconocía, además, las complejidades y, a veces, las sorprendentes conexiones que se pueden descubrir, ya que señala que «los efectos raros y las combinaciones extraordinarias deben buscarse en la vida misma, que siempre es mucho más audaz que cualquier esfuerzo de la imaginación» (REDH). Así que el detective eficaz tiene que estar bien informado sobre una

vasta gama de elementos de información potencialmente pertinentes. El bagaje de información de Holmes era asombroso. Como ya hemos señalado antes, daba mucha importancia a la amplitud del conocimiento (VALL). Watson nos dice que era admirable el dominio que tenía Holmes de los temas pertinentes a su profesión (incluyendo química, derecho británico, anatomía, botánica, geología y especialmente literatura sensacionalista) (STUD). Sin embargo, Watson también señala que «la ignorancia [de Holmes] era tan notable como sus conocimientos» (STUD), ya que, por lo visto, Holmes no sabía prácticamente nada de literatura, filosofía, astronomía y política (STUD).<sup>20</sup> Holmes explicaba su falta de interés en estos campos de la siguiente manera:

Verá usted, ... considero que, originariamente, el cerebro humano es como un pequeño desván vacío, que tenemos que llenar con muebles de nuestra elección. Un necio meterá en él todos los trastos con que se encuentre, de modo que no queda espacio para los conocimientos que podrían serle útiles, o, en el mejor de los casos, esos conocimientos se encuentran revueltos con otros muchos bártulos, lo que hace difícil dar con ellos. Ahora bien, el artesano hábil tiene mucho cuidado con lo que mete en su cerebro-desván. Se limitará a las herramientas que pueden ayudarle en su trabajo, pero de éstas sí que tiene un amplio surtido, y perfectamente ordenadas. Es un error creer que ese pequeño cuarto tiene paredes elásticas y que puede ensancharse indefinidamente. Créame: llega un momento que cada conocimiento nuevo que se agrega supone el olvido de algo que ya se conocía. Por consiguiente, es de la mayor importancia no dejar que los datos inútiles desplacen a los útiles (STUD).

A pesar de ese rechazo de lo improcedente (basado en una idea de la memoria con la cual no estarían de acuerdo la mayoría de expertos contemporáneos en procesos cognoscitivos), Holmes almacenaba todavía en su memoria una vasta cantidad de información que no era de utilidad inmediata; ya que, según él mismo dijo en otra ocasión: «Mi mente es como un almacén abarrotado de paquetes de toda clase, amontonados de cualquier manera; tantos, que no es extraño que sólo tenga una vaga percepción de todo lo que hay allí» (LION). Lo que Holmes básicamente defendía era la necesidad de especialización en la búsqueda del conocimiento, para obtener el

máximo de recursos pertinentes a las necesidades analíticas propias. Su argumento no aboga tanto en favor de soslayar determinadas áreas de conocimiento, como a favor de dedicar nuestros limitados recursos a obtener la eficacia máxima. Como Holmes afirmaba, en un contexto algo diferente: «Ciertos hechos deberían suprimirse, o por lo menos habría que observar un sentido justo de las proporciones al considerarlos» (SIGN). De modo que no todo el conocimiento tiene igual utilidad, opinión que sin duda es el tema dominante en la pedagogía actual (no sólo en el estudio de la psicología social, sino en la mayoría de los campos).

*La necesidad de observación del detective.* Holmes subrayaba la necesidad de una observación aguda, puesto que en el trabajo del detective «el genio es la capacidad infinita de ser meticuloso» (STUD).<sup>21</sup> Imparcialidad y receptividad para los datos son esenciales. «Me impongo la regla de no tener jamás prejuicios y seguir con docilidad dondequiera me lleven los hechos» (REIG). Holmes era muy consciente de la necesidad de controlar las distorsiones subjetivas, incluso en relación con los clientes. «Es de importancia primordial ... no permitir que el propio juicio se desvíe a causa de cualidades personales. Para mí un cliente no es más que una unidad, un factor del problema. Las cualidades emocionales son antagónicas del razonamiento claro» (SIGN).

Pero el mayor énfasis lo ponía en el hecho de que él «observaba» lo que otros meramente «veían». Así, aunque tanto él como el doctor Watson habían subido centenares de veces la escalera que desde el vestíbulo conducía a sus aposentos, Holmes había «observado» que tenía diecisiete peldaños, mientras que Watson sólo los había «visto» (SCAN). Como decía Holmes:

El mundo está lleno de cosas obvias que a nadie se le ocurre, ni por casualidad, observar (HOUN).

No hay nada más engañoso que un hecho obvio (BOSC).

Me he adiestrado en darme cuenta de lo que veo (BLAN).

La observación de Holmes no abarcaba sólo los hechos



y acontecimientos, sino también la ausencia de ellos. La prueba negativa se considera a menudo altamente significativa. Así, cuando el inspector MacDonal pregunta a Holmes si ha encontrado algo comprometedor en su registro de los papeles del profesor Moriarty, Holmes contesta: «Nada absolutamente. Y eso es lo que me ha asombrado» (VALL). O, al comentar la falta de actividad internacional después del robo de un importante documento gubernamental, Holmes dice: «En estos tres días sólo ha sucedido una cosa importante, y es que no ha sucedido nada» (SECO). El ejemplo clásico es, sin embargo, el famoso diálogo de Holmes con el inspector Gregory, a raíz de la desaparición de un caballo de carreras:

- ¿Existe algún otro detalle acerca del cual desearía usted llamar<sup>\*</sup> mi atención?
- Sí, acerca del curioso incidente del perro en la noche.
- Esa noche el perro no hizo nada.
- Ese es el curioso incidente —observó Sherlock Holmes (SILV).

En todo el canon, Holmes hace hincapié en la importancia de lo que, para los menos expertos, pudieran parecer trivialidades. Para Holmes, «no hay nada tan importante como las minucias» (TWIS), y «para una mente grande... nada es pequeño» (STUD).

Desde hace mucho tiempo tengo por axioma el que las cosas pequeñas son infinitamente las más importantes (IDEN).

Ya conoce usted mi método. Se basa en la observación de las minucias (BOSC).

Nunca se confíe a impresiones generales ... concéntrese en los detalles (IDEN).

La atención por las minucias es esencial porque «en tanto el criminal se sostenga sobre dos piernas, existirá algo con que identificarlo, algún roce, algún leve desplazamiento que pueda ser descubierto por el investigador científico» (BLAC).

*La necesidad de deducción del detective.* Holmes tiene una fe casi ilimitada en la capacidad del análisis científico para obtener una reconstrucción de los acontecimientos humanos,

puesto que según él: «Lo que puede inventar un hombre, otro puede descubrirlo» (DANC). Para Holmes, «lo importante es poder razonar hacia atrás» (STUD). Al hecho de razonar desde una serie de incidentes hasta sus consecuencias, Holmes lo llama razonamiento «sintético», mientras que razonar «hacia atrás» desde los resultados hasta sus causas, lo llama razonamiento «analítico».

Existen cincuenta personas que pueden razonar sintéticamente por cada una que puede razonar analíticamente... Sin embargo, son pocas las personas que, si se les cuenta el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia consciencia los pasos que condujeron a ese resultado (STUD).

El primer paso que Holmes sugiere es un examen básico y la separación, en la información existente, de los datos definidos de aquellos menos definidos.

La dificultad está en separar el armazón de los hechos —de los hechos absolutos, indiscutibles— de los adornos de teóricos y cronistas. Después, una vez afirmados sobre esta base sólida, nuestro deber es ver qué inferencias pueden sacarse, cuáles son los puntos específicos a cuyo alrededor gira todo el misterio (SILV).

En el arte de la investigación criminal es de la mayor importancia poder reconocer de entre un conjunto de hechos cuáles son accidentales y cuáles vitales (REIG).

Después de una selección de los hechos según su fiabilidad, Holmes recomienda una inspección especial de los detalles únicos e inusuales presentes en la situación.

Cuanto más *outré* y grotesco sea un incidente, tanto más cuidadosamente merece ser examinado, y el propio detalle que parece complicar un caso es, una vez debidamente considerado y tratado de manera científica, el que más probabilidades tiene de elucidarlos (HOUN).

La singularidad es casi invariablemente una pista. Cuanto más vulgar y común sea un crimen, tanto más difícil resulta su solución (BOSC).

Lo que está fuera de lo común suele ser más una guía que un obstáculo (STUD).

Sólo el caso incoloro, carente de hechos significativos, es un caso sin esperanza (SHOS).

De todos modos, Holmes señala que la falta extrema de acontecimientos notables puede ser de por sí un acontecimiento singular que dé una pista del misterio: «Créame, no hay nada tan innatural como un lugar común» (IDEN).

Holmes es cauteloso cuando se trata de evaluar pruebas circunstanciales. No hay que pasarlas por alto, porque «las pruebas circunstanciales a veces son muy convincentes, como cuando usted se encuentra una trucha en la leche» (NOBL). Pero el investigador tiene que andarse con mucho tiento, ya que «las pruebas circunstanciales son algo muy engañoso ... ; pueden dar la impresión de apuntar directamente a una cosa, pero si se cambia ligeramente el punto de vista, puede encontrarse que apuntan de la misma manera inequívoca hacia algo por completo diferente» (BOSC).

Aunque Holmes no cesa de insistir en la recolección objetiva de hechos, reconoce plenamente el valor heurístico de la reconstrucción imaginativa que resulta cuando el investigador se pone en el papel del otro.

Obtendrá resultados... poniéndose siempre en el lugar del otro, y pensando qué habría hecho usted en su caso. Exige cierta imaginación, pero compensa (RETI).

Ya conoce usted mis métodos en esos casos ... Me pongo en el lugar del otro, y, tras haber valorado su inteligencia, trato de imaginarme cómo hubiera actuado yo en las mismas circunstancias (MUSG).<sup>22</sup>

Holmes insiste en la importancia de seguir varias líneas posibles de explicación, cada una de las cuales dé cuenta de los hechos. Deben abrigarse otras hipótesis, y, cuando se considera una explicación, «nunca hay que perder de vista la alternativa» (BLAC).

Hay que buscar siempre una posible alternativa y precaverse de ella. Es la primera regla de la investigación criminal (BLAC).

Cuando se siguen dos cadenas de pensamientos separadas ... se encuentra algún punto de intersección próximo a la verdad (LADY).

A partir de esa reconstrucción de explicaciones alternativas que se ajustan a los hechos, hay que pasar a lo que superficialmente podría parecer adivinación pero que es en realidad «la región donde se sopesan las probabilidades y se escoge la más verosímil. Es el uso científico de la imaginación, pero siempre tenemos una base material en la que iniciar nuestras especulaciones» (HOUN).

Según Holmes se puede llegar a la verdad poniendo una hipótesis en competencia con otras hipótesis. Pero sopesar las alternativas no implica sólo una comparación de ellas en términos de *probabilidad*. Las explicaciones deben considerarse siempre en términos de su *posibilidad*. Lo *posible*, sin embargo, no se determina sólo por la viabilidad de los acontecimientos sugeridos. Es también el remanente de la eliminación de las hipótesis alternativas consideradas como imposibles. Holmes repite con frecuencia «el viejo axioma de que cuando fallan todas las demás eventualidades, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad» (BRUC).<sup>23</sup>

Aunque el proceso analítico descrito arriba es ante todo un ejercicio de lógica en el que no se recurre directamente al mundo empírico, Holmes exigía después una ratificación empírica de las hipótesis resultantes en términos que se aproximaban mucho a lo que hoy se llama método *hipotético-deductivo*.<sup>24</sup>

Expondré el proceso de mi pensamiento ... Ese proceso ... parte de la suposición de que, una vez eliminado todo lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, tiene que ser la verdad. Puede ocurrir que queden varias explicaciones; en ese caso, se van poniendo a prueba hasta dar con la que tiene un valor convincente de validez (BLAN).

Cuando la deducción intelectual original se confirma punto por punto por un buen número de incidentes independientes, entonces lo subjetivo se transforma en objetivo y podemos decir sin temor que hemos alcanzado nuestra meta (SUSS).

En el enfoque holmesiano, es constante la interrelación entre consideraciones lógicas (en su mayoría deductivas) y consideraciones empíricas (en su mayoría inductivas). Lo empírico pone límites a lo teórico, como cuando Holmes afirma

que: «Es imposible tal como lo formulo, por lo tanto de algún modo debo haberlo formulado mal» (PRIO).

Pero los eventos empíricos tienen que ser interpretados en términos de consideraciones teóricas establecidas. Así, «cuando un hecho parece desmentir una larga cadena de deducciones, demuestra invariablemente que es susceptible de recibir alguna otra interpretación» (STUD). En un sentido muy real y práctico, el método de Holmes anticipó la importancia que la sociología contemporánea da a la vinculación estrecha entre teoría e investigación (cf. Merton 1957:85-117).

### 3. *La aplicación del método de Holmes*

Hasta aquí hemos expuesto el enfoque general de Holmes a la problemática de la vida social. Pasemos ahora a considerar las limitaciones de ese enfoque, en especial a la luz de los casos en que Holmes lo aplica.

*Usos de la observación en Holmes.* En todas sus aventuras, Holmes insiste en una intensiva familiarización del investigador con su problema, dado que la familiaridad trae esclarecimiento. Señala que «es un error confundir rareza con misterio» (STUD).<sup>25</sup> La familiaridad se considera como un factor de reducción de los elementos problemáticos de un caso. Llega a afirmar que «como regla ... cuanto más extravagante es una cosa, tanto menos misteriosa resulta al final» (REDH). La familiarización además puede erradicar el miedo, porque lo que no es familiar deja el campo libre a la imaginación y «donde no hay imaginación, no hay horror» (STUD).

Holmes trataba de familiarizarse con todos los detalles observables de la vida que pudieran tener alguna relación con sus casos criminales. Esta familiarización no era meramente resultado de una observación pasiva, sino que implicaba una activa búsqueda de nuevos detalles significativos que pudieran serle útiles en el futuro. Por ejemplo, se dice que, en una ocasión, Holmes apaleó un cadáver para ver cómo se producían las magulladuras después de la muerte (STUD).

Holmes sostenía, como hemos señalado, que todos los actos humanos dejan huellas, de las que el investigador atento

puede deducir información. Esa insistencia en la obtención indirecta de datos a partir de la observación de huellas físicas constituye un reconocimiento temprano de los usos potenciales de lo que recientemente ha venido a llamarse *medición no intrusiva* (Webb *et al.*, 1966:35). Una y otra vez, Holmes se interesa por los pequeños detalles concernientes a los implicados en sus investigaciones.

No consigo convencerle a usted de la importancia de las mangas, de lo sugeridoras que son las uñas de los pulgares, o de las grandes cuestiones que pueden pender de un cordón de zapato (IDEN).

Observe siempre las manos en primer lugar, ... después los puños, las rodilleras del pantalón y las botas (CREE).

No hay parte del cuerpo que varíe tanto como la oreja humana. Cada oreja es por regla general totalmente distintiva, y diferente de todas las demás (CARD).

Sería difícil nombrar otros objetos que ofrecieran un mejor campo para la inferencia que un par de gafas (GOLD).

Las pipas presentan a veces un interés extraordinario. ... Nada tiene más individualidad salvo, quizá, los relojes y los cordones de los zapatos (YELL).

Holmes no restringe sus observaciones a cosas vistas u oídas. El investigador debe desarrollar también el sentido del olfato, puesto que «existen setenta y cinco clases de olores que un experto del crimen debe poder distinguir, y en mi experiencia ha habido más de un caso cuya solución ha dependido de ello» (HOUN).

Las huellas más importantes y frecuentes de las examinadas cuidadosamente por Holmes son probablemente las pisadas. El mismo afirmó: «No existe una rama de la ciencia de la investigación criminal más importante y más descuidada que el arte de rastrear las huellas de los pasos» (STUD). Holmes no omite ni las huellas de neumáticos de bicicleta, y en un lugar afirma que puede distinguir «las huellas de cuarenta y dos tipos distintos de neumáticos de bicicleta» (PRIO).

Aunque la utilización que Holmes hace de las diferencias observables que registra y comunica al lector es a menudo fan-

tástica y difícilmente practicable en el «mundo real», el enfoque básico representado por esas ficciones narrativas presenta un paralelismo asombroso con el auténtico mundo de los criminólogos y de la medicina forense (por ejemplo, cf. Stewart-Gordon 1961), donde casos verdaderos de investigación detectivesca, a través de observaciones e inferencias sutilísimas, son a menudo mucho más asombrosos que los inventados por Sir Arthur Conan Doyle.

*El carácter de las inferencias de Holmes.* Aunque en la literatura sobre nuestro detective abundan los ejemplos del notable uso de la inferencia por parte de Holmes, en lo que respecta a su método básico, no se ha prestado mucha atención a un examen de la lógica de sus aplicaciones (entre los estudios breves, ampliamente acríticos y de carácter admirativo, se cuentan los de Hart 1948, Schenck 1953, Mackenzie 1956, Ball 1958 y, en particular, de Hitchings 1946).

Un examen atento de los sesenta relatos que comprende el canon revela por lo menos 217 casos claramente descritos y discernibles de inferencias (mediciones no intrusivas) realizadas por Holmes. Muchas de ellas aparecen encadenadas en series lógicas en las que Holmes recoge un gran volumen de información de un objeto o evento individual.<sup>26</sup> Así, en un mismo relato pueden aparecer numerosos ejemplos (treinta, por lo menos, en *STUD*) y pocos o ninguno en otros (como en *DYIN*).

Aunque Holmes habla a menudo de sus *deducciones*, lo cierto es que, en el canon, aparecen muy pocas. Ni las inferencias más comunes de Holmes son técnicamente *inducciones*. Para ser exactos, Holmes muestra uniformemente lo que C.S. Peirce denomina *abducciones*.<sup>27</sup> Según las distinciones de Peirce, las diferencias entre deducción, inducción y abducción son las siguientes:

	Deducción
<i>Regla</i>	Todas las heridas graves de cuchillo producen hemorragia.
<i>Caso</i>	Esta era una herida grave de cuchillo.
<i>∴ Resultado</i>	Había hemorragia.

### Inducción

<i>Caso</i>	Esta era una herida grave de cuchillo.
<i>Resultado</i>	Había hemorragia.
<i>∴ Regla</i>	Todas las heridas graves de cuchillo producen hemorragia.

### Abducción

<i>Regla</i>	Todas las heridas graves de cuchillo producen hemorragia.
<i>Resultado</i>	Había hemorragia.
<i>∴ Caso</i>	Esta era una herida grave de cuchillo.

Las abducciones, como las inducciones, no contienen en sí la propia validez lógica, y deben ser confirmadas en el exterior. Peirce algunas veces llamó *hipótesis* a las abducciones (y también, en ocasiones, inferencias presuntivas), lo que, en el sentido moderno, es aquello que la conclusión de la abducción representa: una conjetura acerca de la realidad que requiere ser confirmada mediante una prueba experimental.

El punto débil en las aplicaciones de la inferencia en Holmes —o por lo menos tal como Watson nos las relata— está en el hecho de que no comprobaba las hipótesis obtenidas por abducción. En la mayoría de los ejemplos, Holmes se limitaba a tratar la inferencia abductiva como si fuera válida lógicamente. (La mayor parte de las parodias sobre Holmes están construidas sobre esa debilidad narrativa). De hecho, la gran mayoría de las inferencias de Holmes no resisten un examen lógico. Holmes llega a la conclusión correcta simplemente porque se lo permite el autor de los relatos.<sup>28</sup> A veces, las inferencias abductivas aparecen ensartadas juntas en una larga serie narrativa que el atónito cliente (o Watson) corroboran paso a paso. En cierto sentido, esto constituye un grado de corroboración externa de las hipótesis (sobre todo cuando son acerca de cosas que el oyente conoce correctamente, como ocurre a menudo). Sin embargo, en la gran mayoría de casos, el proceso básico de razonamiento que describe Watson con el que Holmes asombra a sus oyentes, debe considerarse, en un análisis último, lógicamente inadecuado, si no carente de validez.

A pesar de las insuficiencias lógicas de las abducciones de Holmes, es preciso señalar que Holmes verifica realmente



las hipótesis (es decir, busca una confirmación en el exterior) por lo menos en veintiocho casos (aunque no todos ellos están directamente relacionados con el mínimo de 217 abducciones contadas en el canon). Algunas historias contienen más de un caso de verificación de hipótesis (en SILV y en STUD hay tres en cada una), pero la mayoría de los relatos no muestra intento alguno de comprobación externa por parte de Holmes. El mejor ejemplo de tal verificación se encuentra en la historia de la búsqueda del caballo de carreras desaparecido, Silver Blaze. Sobre la suposición de que la pata del caballo iba a ser operada por un aficionado con el fin de dañarla, Holmes razona que el culpable debe de haber practicado la operación previamente para adquirir experiencia y tener éxito. Puesto que por los alrededores abundaban las ovejas, Holmes se aventura a conjeturar que el culpable puede haber practicado con ellas. Al investigar sobre las ovejas, Holmes descubre que varias de ellas sufren desde hace poco de una misteriosa cojera. La pronosticada cojera actúa así como confirmación de las conjeturas de Holmes (SILV).

La reconstrucción de los métodos de Holmes y la extracción de las ideas fundamentales de su pensamiento es necesariamente incompleta. Holmes sólo nos cuenta fragmentos a través de las narraciones del doctor Watson, e incluso estos elementos escasean. Watson dice que Holmes «llevaba al extremo el axioma de que el único conspirador seguro es el que conspira solo» (ILLU). Como dice el propio Holmes:

No malgasto palabras ni desvelo mis pensamientos mientras trabajo en un caso (BLAN).

Exijo el derecho de trabajar a mi modo y de dar a conocer los resultados cuando me parezca, pero completos, antes que por etapas (VALL).

A pesar de estos obstáculos, hemos visto que una reconstrucción general es posible, y revela una orientación sistemática y consistente.

#### 4. *Holmes y la psicología social*

Tal como sucedió con su método básico, el examen del canon nos descubre un gran número de afirmaciones e intuiciones, muchas de ellas formuladas de manera casi proposicional y verificable, sobre numerosos aspectos de la realidad social y psicológica. Veamos ahora algunas de esas observaciones.

##### *El carácter y la personalidad en Holmes*

Holmes traslada el mismo escepticismo de que se servía en su trabajo de detective a su visión del mundo social. Como muchos psicólogos sociales que se autodenominan interaccionistas simbólicos (cf. Stone y Farberman 1970), Holmes era muy consciente de que las definiciones que las personas dan de sus propias situaciones, la percepción fenomenológica de sus mundos, podían ser factores más importantes para determinar sus actos que las propias realidades físicas. «Lo que hagas en este mundo carece de importancia... La cuestión está en lo que puedas hacer creer a la gente que has hecho» (STUD). El escepticismo de Holmes por las apariencias rayaba la paranoia cuando se trataba de mujeres. Holmes era especialmente cauto en sus relaciones con las mujeres y encontraba prácticamente imposible valorar de manera correcta sus móviles.

No hay que fiarse jamás por completo de las mujeres, ni de la mejor de ellas (SIGN).

Los móviles de las mujeres son inescrutables ... El más trivial de sus actos puede significar volúmenes enteros, y el más extravagante de sus comportamientos puede depender de una horquilla o de un rizador de pelo (SECO).

Mostraba además un interés especial por la mujer socialmente aislada.

Uno de los tipos del mundo que corre mayores riesgos es el de la mujer a la deriva y sin amigos. Es el más inocuo y a menudo el más

útil de los mortales, pero es una incitación inevitable al crimen para algunos. Está indefensa. Es migratoria. Tiene medios suficientes para ir de país en país y de hotel en hotel. A veces se pierde, a veces no, en un laberinto de oscuras pensiones y casas de huéspedes. Es como una gallina extraviada en un mundo de zorros. Cuando la devoran, nadie la echa a faltar (LADY).

Sin embargo, Holmes no era misógino (como se observa por su admiración por Irene Adler, que le superó en SCAN) y valoraba mucho la intuición femenina: «He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser más valiosa que la conclusión de un razonador analítico» (TWS).

Holmes hace diversas generalizaciones sobre las mujeres que se revelaban de utilidad para analizar con éxito sus casos, pero tales generalizaciones concernían de modo muy específico a situaciones determinadas y probablemente no resistirían una investigación rigurosa en otros contextos.<sup>29</sup>

En sus intentos de interpretar el carácter y las motivaciones de un individuo, Holmes usaba una serie de sutiles indicadores. El movimiento de los ojos y del cuerpo del sujeto eran anotados cuidadosamente (ese estudio del «lenguaje del cuerpo» se denomina hoy *cinésica*): «Cuando un hombre teme por su piel, puedo leérselo en los ojos» (REST). Y al ver el caminar de una joven señora cliente suya por la calle, rumbo a su apartamento, dijo: «El vacilar en la acera significa siempre que se trata de un *affaire du coeur*» (IDEN).

Solía realizar un detallado examen no sólo del individuo bajo investigación, sino también de los asociados con él, incluidos niños y animales.

Con frecuencia he obtenido los primeros datos reales sobre el carácter de unos padres estudiando a sus hijos (COPP).

Estoy pensando seriamente en escribir una pequeña monografía sobre el uso de los perros en las tareas del detective. ... El perro refleja la vida de la familia. ¿Quién ha visto alguna vez un perro retozón en una familia lúgubre, o un perro triste en una familia alegre? Las personas gruñonas tienen perros gruñones, las personas peligrosas tienen perros peligrosos. Y los cambios de humor de los perros pueden reflejar los cambios de los amos (CREE).<sup>30</sup>

Holmes sugirió una serie de ideas interesantes acerca de la personalidad. Por ejemplo, sostenía la idea de complementaridad en la selección de la pareja: «Quizá se haya fijado en que los extremos sienten atracción uno por otro, lo espiritual por lo animal, el hombre de las cavernas por el ángel» (ILLU).<sup>31</sup> Afirmaba que jugar bien al ajedrez era «signo de una mente maquinadora» (RETI). Decía que todos los avaros eran celosos (*ibid.*) y que «los celos eran un importante factor de transformación del carácter» (NOBL). Al reconocer la importancia de los elementos de inferioridad del hombre, señalaba que «la debilidad en una extremidad se compensaba a menudo por una fuerza excepcional en la otra» (TWIS). Sobre la estima que un experto demuestra por matices aparentemente de poca monta, decía que «el individuo que ama el arte en sí, ... a menudo experimenta el más intenso placer ante sus manifestaciones menos importantes y humildes» (COPP). Y sobre la obstinada inercia psicológica de los hombres declaraba que «a un hombre siempre le cuesta darse cuenta de que ha perdido irremediablemente el amor de una mujer, por mal que la haya tratado» (MUSG). Generalizaciones provisionales, hasta que no se verifican empíricamente, pero que sugieren direcciones interesantes y potencialmente fructíferas para futuras investigaciones.

### *Holmes criminólogo*

Hasta ahora nos hemos ocupado principalmente de la orientación general de Holmes en la investigación y la percepción de las realidades de la vida social. Como detective, sin embargo, su interés principal fue el crimen legal y moral. Pasemos ahora a examinar sus intuiciones y observaciones en este campo más concreto.

*Holmes, la justicia y el engaño.* Holmes era del parecer que sus dificultades personales eran «banalidades» que «no debían interferir jamás en la investigación de los casos» (HOUN). Pero estaba muy lejos del usual estereotipo que mucha gente tiene del héroe audaz. Aunque era valiente, Holmes no ignoraba la adversidad, y creía que «es estupidez más

que valentía negarse a reconocer el peligro cuando lo tienes al lado» (FINA). Del todo opuesto a la imagen del héroe puro era el hecho de que las actividades de Holmes a veces iban contra la ley. Como investigador privado, no estaba ligado a las convenciones de la policía. Tenía en escasa consideración la capacidad de los hombres de Scotland Yard, «una mala pandilla» (aunque sí admiraba el talento del inspector Tobias Gregson). Iba incluso más lejos en su desdén por otros cuerpos de policía, como cuando dice que «la ayuda de la policía local es siempre inútil y contraproducente» (BOSC). Holmes era muy consciente de las imperfecciones de la justicia y comenta que «muchos hombres han sido ahorcados injustamente» (*ibid.*).

Holmes, aparentemente, tenía cierta fe en la victoria final de la justicia, como lo indica su afirmación de que «la violencia recae, en realidad, sobre el violento, y el intrigante cae en el pozo que ha cavado para otro» (SPEC). De todos modos, a veces Holmes cree necesario infringir la ley para asegurar la justicia. Así, ocasionalmente comete violación de propiedad, robo con allanamiento de morada y detención ilegal. Sobre el robo dice que «es moralmente justificable siempre que el fin no sea otro que tomar objetos utilizados para fines ilegales» (CHAS). Adopta ese papel de vigilante porque, como dice: «Creo que hay ciertos delitos sobre los que la ley no puede hacer nada, y que, por lo tanto, en cierta medida justifican la venganza privada» (*ibid.*).

Holmes reconocía también que la cárcel no era siempre el castigo adecuado y que podía ser un obstáculo para la reforma del criminal. De ahí que en catorce ocasiones, por lo menos, dejara escapar a ciertos delincuentes (Leavitt 1940:27), porque, como dijo de uno de ellos: «Mandarlo a la cárcel ahora sería hacer de él un malhechor para toda la vida» (BLUE).

Holmes no se arredraba ante la mentira si creía que podría servir los fines de la justicia. Cosa que llegó a extremos bastante exagerados cuando, para atrapar «al peor individuo de Londres», se disfrazó de fontanero y se hizo novio de la sirvienta del maleante para obtener información (CHAS).<sup>32</sup> Era consciente de la necesidad de ganarse la plena confianza de sus informantes y para ello no tenía reparos en hacerse pasar a veces por uno de ellos. En una ocasión en que necesitaba

cierta información, se disfrazó de mozo de cuadra y explicó a Watson que «entre la gente de caballerizas existe una asombrosa simpatía y hermandad masónica. Sea usted uno de ellos y sabrá todo lo que hay que saber» (SCAN).

En otras ocasiones, Holmes fingió enfermedades, accidentes, información e incluso su propia muerte. Utilizó a menudo los periódicos de forma manipuladora<sup>33</sup> y señaló que «la prensa es una institución de gran valor si se sabe como usarla» (SIXN).

*Holmes y el crimen.* Sherlock Holmes se daba cuenta del hecho de que las estadísticas del crimen solían mostrar sólo los casos *denunciados* de violaciones de la ley. Así, contemplando la hermosa campiña que él y el doctor Watson atravesaban en tren, le dice a éste:

Contempla usted esas casas desperdigadas y queda impresionado por su belleza. Yo las contemplo y sólo se me ocurre pensar en su aislamiento, y en la impunidad con que es posible cometer un crimen en ellas ... A mí me llenan siempre de una especie de horror. Tengo el convencimiento ... fundado en mi experiencia, que las callejuelas más ruines y miserables de Londres no presentan una crónica más espantosa de pecados que esta risueña y hermosa campiña. ... Y la razón es muy obvia. La presión de la opinión pública puede hacer en la ciudad lo que la ley no puede llevar a cabo. No hay callejuela tan vil en la que los gritos de un niño torturado o los golpes de un borracho no despierten la simpatía o la indignación entre el vecindario y no se alce éste en protesta, por lo que entre el delito y el banquillo de los acusados no hay sino un paso. Mire, en cambio, esas casas solitarias, todas ellas rodeadas por sus propios campos, habitadas en su mayor parte por pobres gentes ignorantes que no saben casi nada de la ley. Piense en los hechos de infernal crueldad, en la maldad oculta que pueden proseguir durante años en semejantes lugares sin que nadie se entere (COPP).

Como con sus opiniones sobre la personalidad, Holmes nos ofrece numerosas máximas sobre el crimen y la investigación criminal, que merecen reflexión por parte de los criminólogos modernos. Así, Holmes afirmaba que existía una relación potencial entre lo inusual y lo criminal, como cuando señala que «sólo hay un paso de lo grotesco a lo horrible» y «a menudo lo grotesco ha degenerado en lo criminal»

(WIST). Sin embargo, no deja de advertirnos que no hay que dar esa relación por sentada automáticamente, porque «las cosas más extrañas y singulares están a menudo relacionadas no con los grandes delitos, sino con los menores, y a veces con casos en los que cabe la duda de si se ha cometido realmente un delito» (REDH). Holmes encontraba especialmente difíciles de aclarar dos clases de delitos. Consideraba que el crimen sin sentido o sin motivo es el que mayor desafío presenta al investigador: «El crimen más difícil de rastrear es el que ha sido cometido sin finalidad» (NAVA). Pero también cuando hay un motivo discernible, el crimen planeado presenta grandes dificultades para el detective, porque «si el crimen ha sido premeditado fríamente, los medios de encubrirlo también lo han sido» (THOR). El reconocimiento de la existencia de complejidades potenciales ocultas en un crimen premeditado hacía que Holmes se mostrara especialmente suspicaz en tales casos, en especial respecto a los sospechosos que tenían sólidas coartadas, porque, señala, «sólo un individuo metido en una acción criminal desea establecer una coartada» (WIST). Por último, cabe señalar que, además de considerar esos dos tipos de crimen especialmente arduos, Holmes reconoce también una especial dificultad en los casos en que el criminal es un médico: «Cuando un médico escoge el mal camino es el primero de los criminales. Tiene sangre fría y tiene conocimientos» (SPEC).

*Errores y anticipaciones en el canon.* Como podía esperarse, a veces, en el curso de sus aventuras, sorprendemos a Holmes expresando ideas científicas erróneas, que reflejan en gran parte las creencias populares de su época. Holmes, por ejemplo, hizo excesivo hincapié en la herencia como factor causal de la personalidad criminal. Sugirió que el archimaldado profesor Moriarty llevaba en la sangre una tendencia criminal hereditaria (FINA), creencia que afirmó de manera contundente con las palabras siguientes:

Existen árboles ... que crecen hasta cierta altura, y desarrollan de pronto una disforme excentricidad. Podrá usted observar con frecuencia eso mismo en seres humanos. Tengo la teoría de que los individuos ofrecen en su desarrollo toda la sucesión de sus ascendientes, y que ese repentino viraje hacia el bien o hacia el mal obedece a alguna ex-

traña influencia que se introdujo en la línea de su genealogía. Es como si la persona se convirtiera en el compendio de la historia de su propia familia (EMPT).

Holmes da también la impresión de compartir algunos de los estereotipos y prejuicios de su mundo victoriano respecto a determinados grupos minoritarios. Así, muestra cierta prevención hacia los negros y los judíos.<sup>34</sup>

Sostuvo, además, ideas poco comunes y erróneas acerca de los procesos mentales. Ya hemos mencionado su opinión de que la memoria era como un desyán que corría el peligro de abarrotarse excesivamente de cosas (STUD). En las afirmaciones siguientes revela haber comprendido erróneamente los procesos cognoscitivos:

Dejar que el cerebro trabaje sin material suficiente es como forzar un motor. Acaba roto a pedazos (DEVI).

Las facultades mentales se afinan si se les hace pasar hambre (MAZA).

La concentración mental intensa tiene una curiosa manera de borrar lo que ha pasado (HOUN).

A pesar de esos errores ocasionales, debidos a la falta de información característica de la época, Holmes demuestra ser un pionero en la anticipación de diversas innovaciones en el campo de la investigación científica del crimen. Dado que la ciencia de la balística era desconocida por la policía antes de 1909 (cf. Baring-Gould 1967, II:349, n.51), el hecho de que Holmes, en un relato publicado en 1903, diga de un malhechor que «las balas son suficientes para poner un lazo corredizo alrededor de su cuello» (EMPT) lo convierte en un pionero en ese campo. Holmes fue también uno de los primeros defensores de la importancia de las huellas digitales (NORW) y del sistema de medidas de Bertillon (NAVA).

Entre las anticipaciones más interesantes de Holmes se cuenta la de haber advertido la posibilidad de distinguir e identificar diferentes tipos de comunicaciones. Era capaz de reconocer las diferencias específicas entre una amplia variedad de caracteres tipográficos de periódicos y revistas, y afirmaba que «la individuación de los caracteres de imprenta es una



de las ramas más elementales de conocimiento para un especialista criminólogo» (HOUN). Y lo que aún es más interesante, fue uno de los primeros en darse cuenta de que era posible identificar las máquinas de escribir: «Es curioso ... que una máquina de escribir tenga tanta individualidad como la escritura manual. A menos que sean nuevas por completo, no hay dos máquinas que escriban igual. Algunas letras se desgastan más que otras, y algunas sólo se desgastan por un lado» (IDEN). De todas maneras, en lo que más fe tuvo fue en la posibilidad de obtener mucha información del examen cuidadoso de la caligrafía (cf. Christie 1955 y Swanson 1962). Holmes no sólo fue un pionero en ese campo, sino que llegó mucho más lejos de lo que un grafólogo se atrevería a decir de su ciencia cuando afirmó que «la deducción de la edad de un individuo a través de su escritura ha sido llevada por los expertos a un grado de considerable precisión» (REIG), y «una peculiaridad de familia puede descubrirse en ... dos muestras de escritura» (*ibid.*).

Por último cabe señalar que Holmes puede haber anticipado algunos de los artificios del futuro psicoanálisis. Parece haber entrevisto la base de los tests de asociación libre, puesto que al analizar un mensaje cifrado que contenía palabras aparentemente inconexas y carentes de significado, comentó del escritor: «Habrà usado espontáneamente las primeras palabras que le vinieron a la mente, y si hay tantas relaciones con la caza, cabe suponer que es un cazador entusiasta o que está muy interesado en la cría de animales» (GLOR). Holmes demostró comprender perfectamente el mecanismo defensivo de la proyección cuando comenta de un delincuente: «Puede que sea sólo su conciencia. Como se sabe traidor, puede haber leído la acusación en los ojos de otro» (VALL). En otra ocasión, al hablar de las sutiles influencias de la música, da la impresión de decir algo muy similar a la noción de los arquetipos del inconsciente colectivo que más tarde desarrolló Carl G. Jung, cuando afirma que: «En nuestras almas hay vagos recuerdos de los brumosos siglos en que el mundo estaba todavía en su infancia» (STUD).

Holmes compartió, pues, muchos de los errores de la gente de su época, pero, como esperamos haber mostrado adecuadamente en este ensayo, también nos amplió nuestras ideas

sobre el hombre. Dada la extraordinaria popularidad de los relatos de sus aventuras —creadas para nosotros por el genio de Sir Áthur Conan Doyle—, en opinión de muchos criminólogos, que han reconocido el valor de los métodos del detective, cabe dudar de que el personaje de Sherlock Holmes hubiera tenido mayor impacto en las ciencias del hombre de haber vivido realmente.

## NOTAS

1. Este artículo fue redactado especialmente para Truzzi 1973:93-126. Copyright 1971 by Marcello Truzzi.

2. Aparte de los relatos de Holmes, las obras más importantes de Doyle comprenden *The Captain of the «Polestar»* (1887); *The Mystery of the Cloomber* (1888); *Micah Clark* (1889); *The White Company* (1891); *Rodney Stone* (1896); *Sir Nigel* (1906); *The Lost World* (1912); *The British Campaigns in Europe* (1928); *The Great Boer War* (1900); y *History of Spiritualism* (1926). Sobre el papel de Doyle como espiritista puede encontrarse una descripción positiva en Yellen 1965.

3. Para una consideración de la perspectiva más general de Holmes en relación con el método científico, véase Kejci-Graf (1967).

4. La leyenda plenamente aceptada de Holmes se encuentra en cuatro novelas largas y cincuenta y seis relatos. Aunque existen muchas ediciones de las obras, la versión más reciente y autorizada de los relatos es la de William S. Baring-Gould, *The Annotated Sherlock Holmes* (1967), en dos volúmenes, con una magnífica introducción.

En adición a las obras mencionadas arriba (llamadas el «canon» o las «sagradas escrituras» por los eruditos sherlockianos), se cree que Holmes figura, con un papel importante, en dos historias más de Arthur Conan Doyle («The Man with the Watches» y «The Lost Special») que se encuentran bajo el título de *The Sherlockian Doyle* (1968). Se publicó también un manuscrito descubierto póstumamente que al principio se creyó obra de Sir Arthur Conan Doyle, con el título de «The Case of the Man Who Was Wanted» (1948). Después, se puso en duda su autenticidad y se ha llegado al acuerdo general de que fue escrito por un tal Mr. Arthur Whitaker, que lo vendió a Doyle en 1913. Para más detalles sobre este episodio, véase Brown 1969.

Dentro de las sesenta narraciones de que consta el canon, se mencionan como mínimo otros cincuenta y cinco casos (para una relación de ellos, véase Starrett 1971: 90-92). Una minoría de estudiosos se inclinan, no obstante, por incluir doce relatos más en las sagradas escrituras, obra del hijo y del biógrafo oficial de Sir Arthur, Adrian Conan Doyle y John Dickson Carr (1954).

Además del canon y de los apócrifos, y de referencias secundarias a Holmes por

el propio Doyle (sobre todo en varias de sus comedias basadas en los relatos), existe una extensa literatura basada directamente en el canon, que incluye unas veintiuna comedias, un musical de Broadway, cientos de seriales radiofónicos y de televisión y como mínimo 123 películas. Sin contar los centenares de libros y artículos sobre cosas de Sherlock Holmes, ni los centenares de pastiches y parodias del canon, los mejores de los cuales fueron recopilados y publicados por Ellery Queen (1944).

5. Según los sherlockianos, por supuesto, Doyle no es el autor de los relatos, sino sólo un conocido del colega de Holmes, el doctor John Watson, quien escribió (narró) cincuenta y seis de las sesenta aventuras del canon. Por lo visto BLAN y LION fueron escritas por el propio Holmes, y MAZA y LAST por una persona o personas desconocidas. Los sherlockianos han aventurado diversas hipótesis sobre los autores de estos dos relatos, y los nombres sugeridos van desde la señora Mary Watson, el inspector Lestrade, un pariente lejano de Holmes, el doctor Verner, hasta el propio doctor Watson fingiendo escribir en tercera persona. Se llegó al extremo de sugerir, y el primero en hacerlo fue el gran erudito en la materia, Edgar W. Smith, que los dos relatos fueron escritos por el amigo de Watson Sir Arthur Conan Doyle. Para detalles completos sobre esta controversia, véase Baring-Gould 1967, II: 748-750.

Para los trabajos biográficos sobre Sir Arthur Conan Doyle, véase Carr 1949; Nordon 1967; Pearson 1943; Lamond 1931; y M. y M. Hardwick 1964. Véase también la autobiografía de Doyle (1924). Sobre las obras de Doyle, véase H. Locke 1928; Nordon, 1967:347-351; y Carr 1949:285-295.

6. Las aventuras han sido ordenadas cronológicamente de modo diferente por diversos sherlockianos, pero Baring-Gould (1967) cree que van desde 1874 hasta 1914. Un punto mucho más controvertido es el de la fecha de nacimiento de Holmes, que Baring-Gould (1962) fija en 1854 (sitúa su muerte en 1957). Para otras cronologías véase Bell 1932; Blackeney 1932; Christ 1947; Brend 1951; Zeisler 1953; Baring-Gould 1955; y Folsom 1964.

7. Por ejemplo, Baring-Gould 1967 y Brend 1951. Para un estudio biográfico del doctor John Watson, véase Roberts 1931.

8. Por ejemplo, Park 1962 y M. y M. Hardwick 1962. Existen otros muchos libros de referencia sobre el canon, entre ellos Harrison 1958; Christ 1947; Bigelow 1959; Petersen 1956; Smith 1940; y Wolf 1952 y 1955.

9. Entre los numerosos libros y recopilaciones sobre nuestro detective hay que mencionar Bell 1934; Starrett 1940 y 1971; Smith 1944; y Holroyd 1967. Muchos de estos estudios aparecen en los numerosos periódicos sherlockianos. Aparte de los más conocidos, como *The Baker Street Journal*, publicado en Nueva York, y *The Sherlock Holmes Journal*, publicado en Londres, hay otras publicaciones producidas por grupos privados de aficionados norteamericanos, entre ellas *The Vermessa Herald*, *Devon County Chronicle*, *Shades of Sherlock* y el Pontine Dossier que aparece anualmente. Para una extensa bibliografía crítica, véase Baring-Gould 1967, II:807-824.

10. La organización más conocida en Estados Unidos es la de los Baker Street Irregulars, aparecida en 1933 en la columna «Bowling Green» dirigida por Christopher Morley, en la *Saturday Review of Literature*. Para una breve historia de los B.S.I., véase Starret 1960:128-136. Los B.S.I. tienen sociedades filiales (capítulos) en todo el mundo, incluso en Oriente. Sobre las sociedades sherlockianas véase Baring-Gould 1967, I:37-42; y Starrett 1971:128-136.

11. Aunque hasta ahora tales campañas no han tenido resultados, se han dedicado otros recuerdos a la memoria de Sherlock Holmes, que incluyen placas conmemorativas en Picadilly, en el St. Bartholomew's Hospital, en la Rosslei Inn de Meiringen, Suiza, e incluso en las cascadas de Reichenbach. Para una información completa, véase Baring-Gould 1967, I:43-46.

12. Para una opinión más crítica de Holmes como criminólogo, véase Anderson 1903.

13. Nordon (1967:214) ha dicho que la descripción que Doyle hace de Bell es «demasiado parecida a Holmes para ser cierta» y que el modelo de Holmes fue «inventado» por Doyle a posteriori para que se ajustara a la imagen de científico ideal. Pearson (1943) ha sugerido que Holmes fue creado según el patrón de un tal doctor George Budd, el excéntrico colega médico de Doyle con quien estuvo brevemente asociado en un consultorio de Plymouth. Más recientemente se ha argumentado de modo convincente que Holmes fue creado básicamente según el modelo del detective privado Wendel Shere (Harrison 1971).

14. *The Spectator* dijo de él: «Sus luchas en defensa de las víctimas de los errores de la justicia pueden compararse con la de Voltaire a favor de Jean Calas y la de Emile Zola a favor de Dreyfus» (citado en Anónimo 1959:67).

15. «¿Qué significa esto, Watson?», preguntó solemnemente Holmes dejando el periódico sobre la mesa. «¿Cuál es el objeto de este círculo de miseria, violencia y miedo? Debe tender a un fin, de lo contrario nuestro universo estaría gobernado por el azar, lo que es impensable. ¿Pero con qué fin? He aquí el gran, el eterno problema de cuya solución la razón humana se halla tan lejos como siempre» (CARD).

16. «Nuestra mayor garantía de la bondad de la Providencia me parece que reside en las flores. Todas las demás cosas, nuestros poderes, nuestros deseos, nuestro alimento, son realmente necesarios para nuestra existencia en primer lugar. En cambio esta rosa es algo innecesario. Su perfume y su color embellecen la vida, sin ser una condición necesaria a ella. Sólo la bondad es capaz de dar cosas superfluas, por eso repito que tenemos mucho que esperar de las flores» (NAVA).

17. En este pasaje, Holmes se muestra de acuerdo con *The Martyrdom of Man* de Winwood Reade, que en realidad Holmes cita mal. Cf. Crocker 1964.

18. De modo similar, Holmes también afirmó que «los problemas se convierten en infantiles una vez explicados» (DANC), y «los resultados sin las causas impresionan mucho más» (STOC).

19. Holmes insistió con mayor fuerza en ello al decir a Watson: «El crimen es cosa común. La lógica es cosa rara. Por lo tanto, usted debería hacer hincapié en la lógica más bien que en el crimen. Usted ha degradado lo que debería haber sido un curso de conferencias hasta reducirlo a una serie de cuentos» (COPP).

20. Las muchas manifestaciones que Holmes hace a propósito de estas mismas áreas del conocimiento en otros relatos contradicen las primeras impresiones de Watson sobre la asombrosa ignorancia de Holmes en esas materias, y la confesión de Holmes a Watson de que no sabía nada de la teoría copernicana del sistema solar suele ser considerada por los sherlockianos como una broma de Holmes que Watson se tomó en serio. Cf. Baring-Gould 1967, I:154-157, nn. 30-44.

21. Para una excelente reseña sobre el uso de la observación por parte de Holmes y sus implicaciones en la moderna investigación criminológica, véase Hogan y Schwartz 1964.

22. Holmes creía que situarse en el mismo ambiente podía facilitar este proceso, puesto que dijo: «Me sentaré en aquella habitación y veré si su atmósfera me trae inspiración. Creo en el *genius loci*» (VALL).

23. Véase también (SIGN) y (BERY).

24. El método hipotético-deductivo no es de ningún modo nuevo, se encuentra ya en la obra del filósofo griego Parménides. Para una excelente descripción moderna de este enfoque del conocimiento, véase Popper 1968:215-250.

25. En otra ocasión, Holmes cita el proverbio latino de Tácito que dice que «todo lo que es desconocido pasa por ser espléndido» (REDH).

26. Según Ball (1958) esta habilidad queda ejemplificada en REIG, donde Holmes (según sostiene Ball) saca veintitrés deducciones de un simple pedazo de papel.

27. Para comprender mejor la noción que Peirce tiene de la abducción, véase Cohen 1949:131-153; Feibleman 1946:116-132; Goudge 1950:195-199; y Buchler 1955: 150-156. Para una excelente y breve panorámica de los problemas generales de la inducción, véase Black 1967.

28. Consciente de las discrepancias lógicas del razonamiento de Holmes, un sherlockiano ha comentado que las excelentes conclusiones a que llega podrían explicarse atribuyéndole unos hipotéticos poderes psíquicos de percepción extrasensorial (Reed 1970). Las excepcionales dotes de Holmes llegan casi al extremo de leer el pensamiento del doctor Watson en CARD.

29. Entre éstas: «Pocas esposas que hayan respetado a sus maridos permitirían que la palabra de alguien se interpusiera entre ellas y el cadáver de su esposo» (VALL); «Ninguna mujer hubiera enviado jamás un telegrama con la respuesta pagada. Se hubiera presentado ella en persona» (WIST); «Cuando una mujer cree que se ha declarado un incendio en su casa, su instinto la lleva a precipitarse a salvar lo que ella más aprecia. ... Una casada agarra su niño, una soltera, el joyero» (SCAN).

30. En los últimos tiempos se ha visto a los psicólogos sociales interesados en un enfoque similar, por ejemplo, véase Levinson 1966.

31. Para una versión moderna de esta idea, véase Winch 1955.

32. Es habitual en Holmes sacar información a la servidumbre, en particular a los ex-empleados de los sujetos investigados. Según Holmes para obtener información «no hay como los criados despedidos y resentidos» (W1ST).

33. Por ejemplo, en BRUC, Holmes infiltró una noticia falsa en la sección de «personas desaparecidas» con el fin de conseguir que el malhechor se delatara a sí mismo.

34. Parece que Holmes aceptaba el tópico de los caucásicos de que la gente de raza negra tiene un olor corporal particular, porque en una ocasión le dice al púgil negro Steve Dixie: «No me gusta como huele usted», y en otra ocasión habla sarcásticamente de ir a buscar el frasco de agua de colonia (3GAB). Parece haber aceptado también un estereotipo antisemita, porque al referirse a un cliente que le debe dinero dice que «está en manos de los judíos» (SHOS).

## CAPITULO IV

*Carlo Ginzburg*

### MORELLI, FREUD Y SHERLOCK HOLMES: INDICIOS Y METODO CIENTIFICO<sup>1</sup>

*Dios se oculta en los detalles.*  
G. FLAUBERT y A. WARBURG

En las siguientes páginas trataré de exponer cómo, a finales del siglo diecinueve, surgió silenciosamente, en el ámbito de las ciencias sociales, un modelo epistemológico (o, si se prefiere, un paradigma<sup>2</sup>). El examen de este paradigma, que todavía no ha recibido la atención que merece y que ha venido utilizándose sin que ni siquiera se haya formulado su teoría de manera explícita, puede quizás ayudarnos a superar la estéril oposición entre «racionalismo» e «irracionalismo».

#### I

1. Entre 1874 y 1876, aparecieron una serie de artículos sobre pintura italiana en la revista alemana de historia del arte *Zeitschrift für bildende Kunst*. Iban firmados por un erudito ruso desconocido, Ivan Lermolieff, y habían sido traducidos al alemán por otro desconocido, un tal Johannes Schwarze. En estos artículos se proponía un nuevo método para la atribución correcta de las pinturas de los viejos maestros, método que suscitó mucha discusión y controversia entre los historiadores del arte. Unos años después, el autor se reveló como Giovanni Morelli, italiano (ambos seudónimos eran adaptaciones de su nombre: Schwarze es el calco y Lermolieff el ana-

grama). Todavía hoy, los historiadores del arte aluden al «método Morelli».<sup>3</sup>

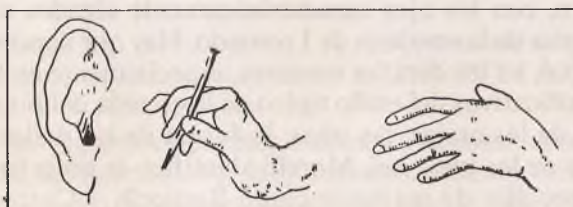
Véamos brevemente en qué consiste este método. Los museos, decía Morelli, están llenos de pinturas atribuidas de manera errónea. En realidad, atribuir las correctamente es a menudo muy difícil, porque con frecuencia son pinturas sin firma, o han sido repintadas o restauradas de manera deficiente. Por consiguiente, distinguir una copia de un original (cosa esencial) es muy difícil. Para conseguirlo, decía Morelli, hay que abandonar el método habitual de concentrarse en las características más obvias de las pinturas, ya que éstas son las más fáciles de imitar: por ejemplo, las figuras centrales de un Perugino, con los ojos característicamente alzados al cielo, o la sonrisa de las mujeres de Leonardo. Hay que concentrarse, en cambio, en los detalles menores, especialmente en los menos significativos del estilo típico de la escuela del pintor: los lóbulos de las orejas, las uñas, la forma de los dedos de las manos y de los pies. Así, Morelli identificó la oreja (o lo que fuera) peculiar de maestros como Botticelli y Cosme Tura, tal como aparecen en las pinturas originales pero no en las copias. Con este método, realizó docenas de atribuciones nuevas en los museos más importantes de Europa. Algunas causaron sensación: la galería de Dresde albergaba la pintura de una Venus reclinada que se creía era una copia de Sassoferrato de una obra perdida de Tiziano, pero Morelli la identificó como una de las pocas atribuibles de manera indudable a Giorgione.

A pesar de esas proezas —y tal vez a causa del aplomo casi arrogante con que Morelli las presentaba—, su método fue muy criticado. Se tachó de mecánico, o de crudamente positivista, y cayó en desgracia.<sup>4</sup> (Aunque es probable que muchos de los que hablaron mal de él siguieran usándolo calladamente en sus propias atribuciones.) El renovado interés por su obra lo debemos al historiador del arte Edgar Wind, quien la propone como ejemplo de una aproximación más moderna a las obras de arte, que tiende a una apreciación de detalle más que de conjunto. Wind (1964:42-44) relaciona esa actitud con el culto a la espontaneidad del genio, tan en boga en los círculos románticos.<sup>5</sup> Lo cual no es convincente. Morelli no abordaba los problemas a nivel estético (ésta fue una



de las críticas que se le hicieron), sino a un nivel más básico, más cercano a la filología.<sup>6</sup> Las implicaciones de su método eran diferentes, mucho más ricas, y Wind, como veremos, estuvo a un paso de advertirlas.

2. Los libros de Morelli tienen un aspecto diferente de los de cualquier otro historiador del arte. Están llenos de ilustraciones de dedos y de orejas, de meticulosas descripciones de las características triviales que descubren a un artista, del mismo modo que las huellas digitales descubren a un delincuente ... cualquier galería de arte estudiada por Morelli acaba pareciendo una galería de bribones. ... (Wind 1964: 40-41).



Orejas y manos de Botticelli, de Morelli. *Italian Painters* (1892).



Orejas características de *Italian Painters*.

Esta comparación fue desarrollada de manera brillante por otro historiador del arte, el italiano Enrico Castelnuovo (1968: 782), que trazó un paralelo entre los métodos de clasificación de Morelli y los atribuidos, pocos años más tarde, por Sir Arthur Conan Doyle a su personaje de ficción, Sherlock Holmes.<sup>7</sup> La comparación entre el especialista en arte y el detective no es ociosa, en cuanto que ambos se dedican a descubrir, a partir de indicios no observados por nadie más, el autor de un delito, en un caso, y de una pintura, en el otro. Son innumerables y bien conocidos los ejemplos de la habilidad de Sherlock Holmes para interpretar unas pisadas, la ceniza de un cigarrillo, y cosas parecidas. Pero veamos «La caja de cartón» (1892) para ilustrar la opinión de Castelnuovo: en esta historia, vemos a Holmes literalmente «morellizado». El caso se inicia con la llegada de dos orejas cortadas, en un paquete enviado a una inocente solterona. Veamos al experto en acción:

[Holmes] contemplaba con singular atención el perfil de la señora. Por un instante, fue posible leer en su rostro ávido sorpresa y satisfacción, aunque, cuando ella se volvió para averiguar la causa de su silencio, ya había recuperado su habitual expresión de reserva. Yo [Watson], por mi parte, me quedé mirando fijamente su cabello alisado y canoso, su cofia cuidada, sus pequeños pendientes de oro, sus facciones plácidas, sin observar nada que justificara la evidente excitación de mi amigo (CARD).

Más tarde, Holmes explica a Watson (y al lector) el fulminante curso de su pensamiento:

Usted, Watson, como médico, sabe que no hay parte del cuerpo humano que varíe tanto como la oreja. Por regla general, cada oreja es completamente distinta, y difiere de todas las demás. En el *Anthropological Journal* del año pasado encontrará dos breves monografías mías sobre el tema. Por consiguiente, había examinado las orejas de la caja con ojos de experto, y me había fijado cuidadosamente en sus particularidades anatómicas. Imagínese, pues, mi sorpresa cuando al mirar a la señorita Cushing me di cuenta de que su oreja se correspondía exactamente con la oreja femenina que acababa de inspeccionar. No había coincidencia posible. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma ancha curva del lóbulo superior, la

misma circunvolución del cartílago interno. Era la misma oreja en todos los detalles esenciales.

Como es natural, en seguida me di cuenta de la importancia enorme de aquella observación. Era evidente que la víctima era un pariente consanguíneo, y seguramente uno muy próximo. ... (CARD)<sup>8</sup>

3. En breve veremos las implicaciones de ese paralelo.<sup>9</sup> Entretanto podemos beneficiarnos de otra útil observación de Wind.

Algunos de los críticos de Morelli han encontrado raro «que la personalidad tuviera que descubrirse donde el esfuerzo personal era más débil». Pero sobre este punto la psicología moderna no dudaría en salir en defensa de Morelli: nuestros pequeños gestos inadvertidos revelan nuestro carácter de una manera mucho más auténtica que cualquier postura formal que podemos preparar cuidadosamente. (1964:40)

«Nuestros pequeños gestos inadvertidos»: podemos sustituir aquí sin dudarle la expresión «psicología moderna» por el nombre de Sigmund Freud. Los comentarios de Wind sobre Morelli han hecho que algunos eruditos (Hauser 1958; véase también Spector 1969, Damisch 1970 y 1977, y Wollheim 1973) fijasen su atención en un pasaje olvidado del famoso ensayo de Freud «El Moisés de Miguel Angel» (1914). En el comienzo del segundo párrafo, Freud dice:

Mucho antes de toda actividad psicoanalítica supe que un crítico de arte ruso, Ivan Lermolieff, cuyos primeros trabajos publicados en alemán datan de los años de 1874 a 1876, había provocado una revolución en las galerías de pintura de Europa, revisando la atribución de muchos cuadros a diversos pintores, enseñando a distinguir con seguridad las copias de los originales, y estableciendo, con las obras así liberadas de su anterior clasificación, nuevas individualidades artísticas. A estos resultados llegó prescindiendo de la impresión de conjunto y acentuando la importancia característica de los detalles secundarios, de minucias tales como la estructura de las uñas de los dedos, el pabellón de la oreja, el nimbo de las figuras de santos y otros elementos que el copista descuida imitar y que todo artista ejecuta en una forma que le es característica. Me interesó luego mucho averiguar que detrás del seudónimo ruso se había ocultado un médico italiano, llamado Morelli, muerto en 1891 cuando ocupaba un puesto en el Senado de su patria. A mi juicio, su procedimiento muestra grandes afinidades con el psicoanálisis. También el psicoanálisis acos-

tumbra a deducir de rasgos pocos estimados o inobservados, del residuo —el «*refuse*»— de la observación, cosas secretas o encubiertas («*auch diese ist gewöhnt, aus gering geschätzten oder nicht beachteten Zügen, aus dem Abhubdem 'refuse' —der Beobachtung, Geheimes und Verborgenes zu erraten*») (1940-1948, vol. X:185. Trad. esp.: vol. II 982-983).

«El Moisés de Miguel Angel» apareció por primera vez de manera anónima: Freud sólo reconoció ser su autor cuando lo incluyó en sus obras completas. Se ha supuesto que la tendencia de Morelli a ocultar su nombre bajo un seudónimo influyó en Freud; y se han realizado intentos más o menos plausibles de explicar la coincidencia (véase Kofman 1975: 19, 27; Damisch 1917:70ss.; Wollheim 1973:210). En todo caso, no cabe duda de que bajo el manto del anonimato Freud declaró, en una forma a la vez explícita y reticente, la considerable influencia que Morelli ejerció sobre él mucho antes de que descubriera el psicoanálisis («*lange bevor ich etwas von der Psychoanalyse hören konnte...*»). Limitar esta influencia al «Moisés», como hacen algunos, o incluso a los ensayos relacionados con la historia del arte,<sup>10</sup> reduce de modo injusto la importancia del comentario del propio Freud: «A mi juicio, su procedimiento muestra grandes afinidades con el psicoanálisis.» De hecho, el fragmento citado antes sitúa a Morelli en un lugar especial en la historia del psicoanálisis. Se trata de una vinculación documentada, no de una mera conjetura como en el caso de muchas de las alegaciones de «antecedentes» o «precursores» de Freud; además, como ya hemos dicho, Freud conoció los escritos de Morelli en fase «preanalítica». Nos encontramos aquí ante un elemento que contribuyó a la cristalización del psicoanálisis de forma directa, y no ante una coincidencia observada más tarde (como en el pasaje del sueño de J. Popper «Lynkeus», que se agregó en las ediciones posteriores de *La interpretación de los sueños*),<sup>11</sup> después de sus descubrimientos.

4. Antes de tratar de comprender lo que Freud sacó de sus lecturas de Morelli, es preciso aclarar la cronología exacta del encuentro, o mejor dicho, de la descripción que Freud nos hace de los dos encuentros: «Mucho antes de toda actividad psicoanalítica supe que un crítico de arte ruso, Ivan Ler-

molieff ...»; «Me interesó luego mucho averiguar que detrás del seudónimo ruso se había ocultado un médico italiano, llamado Morelli ...»

El primero sólo puede fecharse de manera muy aproximada. Debió de ocurrir antes de 1895 (cuando Freud y Breuer publicaron sus *Estudios sobre la histeria*); o de 1896 (cuando Freud usó por primera vez el término psicoanálisis; véase Robert 1966); y después de 1883, cuando Freud, en diciembre, escribió a su prometida una larga carta sobre su «descubrimiento del arte» durante una visita a la galería de Dresde. Antes de eso no había mostrado interés alguno por la pintura; ahora, en cambio, escribió, «me he librado de mi filisteísmo y he comenzado a admirarla». <sup>12</sup> Resulta difícil de imaginar que antes de esa fecha Freud se sintiera atraído por los escritos de un desconocido historiador del arte; mientras que es perfectamente plausible que comenzara a leerlos después de esa carta, sobre todo teniendo en cuenta que la primera recopilación de los artículos de Morelli (Lermolieff 1880) contenía los que trataban de los maestros italianos de los museos de Munich, Dresde y Berlín.

El segundo encuentro de Freud con los escritos de Morelli puede fecharse con mayor seguridad, aunque también presuntivamente. El nombre auténtico de Ivan Lermolieff fue dado a conocer públicamente por primera vez en la portada de la traducción inglesa de la recopilación, que apareció en 1883; las ediciones y traducciones posteriores, desde 1891, cuando murió Morelli, llevaban tanto el nombre como el seudónimo (Morelli 1883). Es posible que Freud viera algún ejemplar tarde o temprano, aunque es más probable que diera con la verdadera identidad de Lermolieff en septiembre de 1898, curioseando en una librería de Milán. En la biblioteca de Freud, que se conserva en Londres, hay un ejemplar del libro de Giovanni Morelli (Ivan Lermolieff), *Della pittura italiana. Studii storico critici. Le gallerie Borghese e Doria Pamphili in Roma*, publicado en Milán, en 1897. Una nota en la portada registra la fecha de su compra: Milán 14 de septiembre (Trosman y Simmons 1973). La única visita de Freud a Milán fue en el otoño de 1898 (Jones 1953). Además, en aquella época, el libro de Morelli tendría un interés especial para Freud. Hacía unos meses que Freud trabajaba sobre los lapsus de

memoria; hacía poco, en Dalmacia había tenido la experiencia (analizada después en *La psicopatología de la vida cotidiana*) de ser incapaz de recordar el nombre del pintor de los frescos de Orvieto. Ahora bien, tanto el autor verdadero (Signorelli), como los autores ficticios que rondaban por la memoria de Freud (Botticelli, Boltraffio) aparecían mencionados en el libro de Morelli (Robert 1966; Morelli 1897:88-89, 159).

¿Qué significaron, sin embargo, los ensayos de Morelli para un Freud todavía joven, todavía alejado del psicoanálisis? El propio Freud nos lo dice: la propuesta de un método interpretativo que se basaba en considerar los detalles marginales e irrelevantes como indicios reveladores. Un método donde detalles hasta entonces considerados por todo el mundo como triviales y carentes de importancia, «indignos de ser advertidos», proporcionaban la clave para acceder a los productos más elevados del espíritu humano. La ironía del siguiente pasaje de Morelli debió hacer las delicias de Freud:

Mis adversarios se alegran de poder calificarme como a uno que es incapaz de apreciar el sentido espiritual de una obra de arte, y que por ello da mayor importancia a detalles externos, como la forma de las manos, de la oreja, e incluso, *horribile dictu*, a un objeto tan antipático como las uñas. (Morelli 1897:4)

Morelli hubiera podido hacer buen uso de la frase de Virgilio tan cara a Freud y que éste eligió como epígrafe de *La interpretación de los sueños*: «Flectere si nequeo Superos, Acheronta movebo» (Si a los Cielos no consigo doblegar, moveré los Infiernos).<sup>13</sup> Es más, según Morelli, esos detalles marginales resultaban reveladores porque en ellos la subordinación del artista a las tradiciones culturales desaparecía y daba paso a una manifestación puramente individual, por lo que los detalles se repetían de modo «casi inconsciente, por la fuerza de la costumbre» (Morelli 1897:71). Más que la mención del inconsciente —no excepcional en aquella época—<sup>14</sup> lo que sorprende es la manera en que se vincula el núcleo más íntimo de la individualidad del artista con elementos sustraídos al control de la conciencia.

5. Hemos esbozado una analogía entre los métodos de Morelli, de Holmes y de Freud. Hemos hablado de las conexiones entre Morelli y Holmes, y entre Morelli y Freud. Las peculiares similitudes entre Holmes y Freud han sido estudiadas por Steven Marcus (1976:x-xi).<sup>15</sup> El propio Freud, dicho sea de paso, manifestó a un paciente (al «Hombre de los Lobos») cuán interesado estaba en las historias de Sherlock Holmes. Sin embargo, cuando, en la primavera de 1913, un colega suyo (T. Reik) sugirió un paralelismo entre el método psicoanalítico y el método de Holmes, Freud replicó expresando su admiración por la técnica de Morelli.

En los tres casos, unos detalles minúsculos proporcionan la clave para acceder a una realidad más profunda, inaccesible por otros métodos. Para Freud, estos detalles son síntomas, para Holmes, pistas, indicios, y para Morelli, rasgos pictóricos (Gardiner 1971:146; Reik 1949:24).<sup>16</sup>

¿Cómo explicar esta triple analogía? Hay una respuesta obvia: Freud era médico; Morelli era licenciado en medicina; Conan Doyle había sido médico antes de dedicarse a escribir. En los tres casos podemos invocar el modelo de la semiótica médica, o sintomatología, la disciplina que permite establecer un diagnóstico, aunque la enfermedad no sea observable directamente, sobre la base de unos síntomas superficiales, o signos, a menudo sin ninguna relevancia para el ojo del lego, ni para el propio doctor Watson. (Por cierto, la pareja Holmes-Watson, el detective de ojos de lince y el médico obtuso, representa el desdoblamiento de un solo personaje: uno de los profesores del joven Conan Doyle, famoso por su talento en diagnosticar).<sup>17</sup> Pero no se trata sólo de coincidencias biográficas. Hacia finales del siglo diecinueve (más concretamente, en la década 1870-1880), ese enfoque semiótico, un paradigma o modelo basado en la interpretación de unos indicios, había llegado a tener gran influencia en el campo de las ciencias humanas. Sus raíces, sin embargo, eran mucho más antiguas.

## II

1. Durante miles de años la humanidad vivió de la caza. En el curso de sus interminables persecuciones, los cazado-

res aprendieron a reconstruir el aspecto y los movimientos de una presa invisible a través de sus rastros: huellas en terreno blando, ramitas rotas, excrementos, pelos o plumas arrancados, olores, charcos enturbiados, hilos de saliva. Aprendieron a husmear, a observar, a dar significado y contexto a la más mínima huella. Aprendieron a hacer complejos cálculos en un instante, en bosques umbríos o claros traicioneros.

Sucesivas generaciones de cazadores enriquecieron y transmitieron este patrimonio de saber. No tenemos pruebas verbales para juntar a sus pinturas rupestres y a sus utensilios, pero quizá podemos recurrir a los cuentos populares, que a veces transportan un eco —débil y distorsionado— de lo que sabían estos cazadores remotos. Tres hermanos (nos cuenta una historia del Oriente Medio transmitida entre los kirguiz, tártaros, judíos, turcos, etc.; Vesselofsky 1886:308-309) se encuentran con un hombre que ha perdido un camello (o, a veces, es un caballo). En el acto, se lo describen al hombre: es blanco, y ciego de un ojo; lleva dos odres debajo de la silla, uno lleno de aceite, el otro lleno de vino. ¿Lo habéis visto,



Manos características de *Italian Painters*.



entonces? No, no lo han visto. Son acusados de hurto y llevados ante el juez. Los hermanos salen triunfantes: demuestran cómo a partir de unos rastros mínimos han podido reconstruir el aspecto de un animal al que jamás habían puesto la vista encima.

Los tres hermanos, aunque en el cuento no sean descritos como cazadores, son depositarios de un saber de tipo venatorio, cuyo rasgo característico era la capacidad de pasar de hechos aparentemente insignificantes, que podían observarse, a una realidad compleja no observable, por lo menos directamente. Y estos hechos eran ordenados por el observador en una secuencia narrativa, cuya forma más simple podría ser: «alguien ha pasado por aquí». Tal vez la noción misma de narración opuesta al conjuro, al exorcismo o a la invocación (Seppilli 1962), se originó en realidad en una sociedad de cazadores, a partir de la experiencia de la interpretación de huellas. Obviamente esto es una especulación, pero se ve reforzada por la manera con que incluso hoy el lenguaje de desciframiento de huellas se basa en figuras retóricas —la parte por el todo, el efecto por la causa— que lo vinculan al polo narrativo de la metonimia (como lo definió en un conocido ensayo Jakobson, en Jakobson y Halle 1956:55-87), excluyendo rigurosamente la metáfora. Es posible que el cazador haya sido el primero en narrar una historia, porque sólo los cazadores sabían leer una secuencia coherente de acontecimientos en los silenciosos signos (a veces imperceptibles) dejados por su presa.

«Descifrar», «leer» las huellas de animales son metáforas. Pero vale la pena tratar de entenderlo literalmente, como la condensación verbal de un proceso histórico que lleva, a través de un espacio de tiempo muy largo, a la invención de la escritura. La misma conexión es sugerida en una tradición china que explica los orígenes de la escritura, y según la cual ésta fue inventada por un alto funcionario que había observado las huellas de un ave en la orilla arenosa de un río (Cazade y Thomas 1977).<sup>18</sup> Por otra parte, si abandonamos el reino de los mitos y las hipótesis por el de la historia documentada, existen analogías indudables y sorprendentes entre el modelo de cazador que hemos venido desarrollando y el modelo implícito en los textos adivinatorios de Mesopotamia,

que datan como mínimo del III milenio a. C. (Bottéro 1974). Ambos modelos requieren un examen minucioso de lo real, aunque trivial, para descubrir huellas de acontecimientos que el observador no puede experimentar directamente. Excrementos, pisadas, pelos, plumas, en un caso; vísceras de animales, gotas de aceite en el agua, astros, gestos involuntarios, en el otro. Es cierto que el segundo grupo, a diferencia del primero, puede extenderse indefinidamente, dado que los adivinos mesopotámicos veían signos del futuro en todo, o casi todo. Pero desde nuestro punto de vista existe otra diferencia más importante: el hecho de que la adivinación apuntaba hacia el futuro, mientras que el desciframiento de los cazadores apuntaba al pasado real, aunque fuera el de unos instantes antes. Sin embargo, en términos de comprensión, el enfoque era en ambos casos similar; las etapas intelectuales —análisis, comparación, clasificación— idénticas, por lo menos en teoría. Pero, por supuesto, sólo en teoría: los contextos sociales eran muy diferentes. En particular, se ha señalado que la invención de la escritura debió tener un gran efecto en el arte adivinatorio mesopotámico (Bottéro 1974:154ss.). Los dioses mesopotámicos tenían, además de otras prerrogativas regias, el poder de comunicación con sus súbditos a través de mensajes escritos —en las estrellas, en los cuerpos humanos, en todas partes—, que los adivinos tenían la misión de descifrar. (Idea que con el correr de los tiempos desembocó en la imagen del «libro de la naturaleza».) Y la identificación y adivinación mediante el desciframiento de los caracteres inscritos por los dioses se vio reforzada, en la vida real, por la naturaleza pictográfica de esa escritura primitiva, «cuneiforme», que, como la adivinación, designaba una cosa a través de otra (Bottéro 1974:157).<sup>19</sup>

Asimismo, una pisada representa un animal real que ha pasado. En comparación con la naturaleza concreta de una pisada, el pictograma es un avance enorme hacia la abstracción intelectual. Sin embargo, la capacidad de abstracción implicada en la introducción del pictograma es realmente pequeña comparada con la requerida por la transición a una escritura fonética. De hecho, los elementos pictográficos y fonéticos sobrevivieron simultáneamente en la escritura cuneiforme, al igual que en la literatura de los adivinos mesopotá-

micos la gradual intensificación de la tendencia a generalizar a partir de los hechos básicos no eliminó la tendencia a inferir causas de efectos.<sup>20</sup> Lo cual explica también por qué el lenguaje de la adivinación mesopotámica fue contaminado por términos técnicos de los códigos legales, así como la presencia en los tratados de fragmentos de fisiognómica y de semiótica médica (Bottéro 1974:191-192).

Así, al cabo de un largo rodeo, regresamos a la semiótica médica. La encontramos en toda una constelación de disciplinas (y términos anacrónicos, por supuesto) con un carácter común. Podría ser tentador distinguir entre «pseudociencias», como la adivinación y la fisiognómica, y «ciencias», como el derecho y la medicina, y explicar su extravagante contigüidad por la gran distancia en espacio y tiempo que nos separa de la sociedad estudiada. Pero sería una explicación superficial. En estas formas de conocimiento mesopotámico existía un auténtico terreno en común (si omitimos la adivinación a través de la inspiración, que se basaba en la posesión extática) (Bottéro 1974:89): un enfoque que implicaba el análisis de casos particulares, que podían reconstruirse sólo a través de huellas, síntomas, indicios. De modo similar, los textos legales de Mesopotamia no consistían en enumerar leyes y ordenanzas, sino que debaten un cuerpo de casos reales (Bottéro 1974:172). En suma, es legítimo hablar de un paradigma indiciario o adivinatorio orientable hacia el pasado, o el presente, o el futuro, según el tipo de conocimiento invocado. Hacia el futuro, que era la adivinación propiamente dicha; hacia el pasado, el presente y el futuro, que era la ciencia médica de los síntomas, con su doble carácter de diagnóstico, que explicaba el pasado y el presente, y de pronóstico, que apuntaba a un probable futuro; y hacia el pasado, que era la jurisprudencia, o conocimiento legal. Pero detrás de ese paradigma indiciario o adivinatorio, se vislumbra el gesto quizá más antiguo de la historia intelectual humana: el del cazador agazapado en el barro, examinando las huellas de una presa.

2. Lo dicho hasta ahora explicaría por qué un texto adivinatorio de Mesopotamia puede incluir la manera de diagnosticar una antigua herida craneal a partir de un estrabis-

mo bilateral (Bottéro 1974:192); generalizando más, explica la manera en que surgió históricamente allí un grupo de disciplinas que dependían todas del desciframiento de diversas clases de signos, desde los síntomas hasta la escritura. Al pasar a Grecia, descubrimos que este grupo de disciplinas cambia considerablemente, gracias al desarrollo de nuevas líneas de estudio, como historia y filología, y adquiere una nueva autonomía social y epistemológica frente a disciplinas más antiguas, como la medicina. El cuerpo, el lenguaje y la historia de los hombres se someten por primera vez a investigaciones libres de prejuicios, que excluían por principio la posibilidad de la intervención divina. De este cambio decisivo que caracterizó la cultura de la *polis*, nosotros obviamente somos aún herederos. Es menos obvio el hecho de que en ese cambio desempeñara un papel importante un paradigma que puede considerarse basado en síntomas o indicios.<sup>21</sup> Esto es muy evidente en la medicina hipocrática, que clarificó sus métodos mediante el análisis del concepto central de síntoma (*sēmeion*). Los hipocráticos señalaron que sólo mediante la atenta observación y anotación de todos los síntomas era posible establecer «historiales» precisos de cada enfermedad: la enfermedad, en sí, es inasequible. Esa insistencia en la índole indiciaria de la medicina surgió, casi con certeza, de la contraposición (expuesta por el médico pitagórico Alcmeón) entre la inmediatez y certidumbre del conocimiento divino y la naturaleza provisional, conjetural del saber humano. Si la realidad no era cognoscible directamente, entonces, por implicación, era legítimo el paradigma indiciario que hemos descrito. De hecho, según los griegos, muchas actividades operaban según este principio. Médicos, historiadores, políticos, ceramistas, carpinteros, marineros, cazadores, pescadores y las mujeres en general, entre otros, operaban en el vasto territorio del saber conjetural.<sup>22</sup> Este territorio (significativamente el dominio de la diosa Metis, primera esposa de Zeus, que personificaba la adivinación mediante el agua) estaba delimitado por términos como «conjetura», «juzgar por signos» (*tekmor, tekmaîresthai*). Pero ese paradigma semiótico siguió meramente implícito y quedó eclipsado por completo por la teoría platónica del conocimiento, que dominaba en círculos de mayor influencia y tenía más prestigio.<sup>23</sup>

3. Algunos de los escritos hipocráticos tienen, en conjunto, un tono defensivo que sugiere que ya en el siglo V a. C. los médicos eran atacados por su falibilidad (Vegetti 1965:143-144). El hecho de que esta batalla no haya terminado se debe presumiblemente a que las relaciones entre médico y paciente, caracterizadas por la incapacidad de éste para comprobar o controlar el saber y el poder del primero, no han cambiado, en algunos aspectos, desde los tiempos de Hipócrates. Lo que sí ha cambiado en esos dos mil quinientos años es la forma de conducir el debate, junto con conceptos como «rigor» y «ciencia». Aquí, por supuesto, la cesura decisiva es la aparición de un nuevo paradigma científico, basado en la física de Galileo, que, sin embargo, se ha manifestado más duradero que ésta. Aunque la física moderna encuentre difícil definirse a sí misma como galileana (lo cual no significa que haya renegado de Galileo), la importancia de éste para la ciencia en general, tanto desde una perspectiva epistemológica como desde una perspectiva simbólica, permanece inalterada (Feyerabend 1971:105ss., y 1975; Rossi 1977:149-150).

Ahora bien, es evidente que ninguna de las disciplinas —ni siquiera la medicina— que hemos llamado indiciarias cumpliría los requisitos exigidos por los criterios de la inferencia científica esenciales en el paradigma de Galileo. Son disciplinas que tenían por objeto, ante todo, lo cualitativo, el caso o situación o documento individuales *en cuanto individuales*, lo que significaba que en sus resultados había siempre un elemento de azar: basta con recordar la importancia de la conjetura (un vocablo cuyo origen latino radica en la adivinación)<sup>24</sup> en la medicina o en la filología, y ya no digamos en la adivinación. La ciencia de Galileo era otra cosa, que podía haber hecho suyo el proverbio escolástico «individuum est ineffabile» (sobre el individuo no se puede decir nada). El uso de las matemáticas y del método experimental implicaba la necesidad de hacer mediciones y de repetir fenómenos, mientras que un enfoque individualizante hacía imposible esto último y permitía lo primero sólo en parte. Lo cual explica por qué los historiadores no han logrado elaborar nunca un método galileano. Por el contrario, en el siglo diecisiete, la difusión de los métodos de los anticuarios entre los historiadores señaló de manera indirecta los remotos, y largo

tiempo ocultos, orígenes indiciarios de la historia. Este dato sobre sus orígenes no puede ocultarse a pesar del vínculo cada día más estrecho entre la historia y las ciencias sociales. La historia sigue siendo una ciencia de una clase muy particular, basada irremediabilmente en lo concreto. Los historiadores no pueden abstenerse de aludir (de modo explícito o implícito) a una serie comparable de fenómenos; pero su estrategia para averiguar las cosas, así como los códigos expresivos, son esencialmente individualizantes, ya conciernen a individuos, a grupos sociales, o a sociedades enteras. En este sentido la historia es como la medicina, que utiliza clasificaciones de enfermedades para analizar la enfermedad específica de un paciente en particular. Y el saber del historiador, como el del médico, es indirecto, basado en signos y vestigios de indicios, conjetural.<sup>25</sup>

De todos modos, el contraste que acabo de plantear es una simplificación exagerada. Entre las disciplinas «conjeturales» hay una, la filología y, en especial, la crítica textual, que se ha convertido en atípica, por lo menos en varios aspectos. Su objeto fue definiéndose mediante una drástica selección de rasgos pertinentes. Este cambio en el seno de la disciplina fue resultado de dos cesuras decisivas: la de la invención de la escritura, en primer lugar, y la de la invención de la imprenta, después. Sabemos que la crítica textual surgió después de la primera, con la transcripción de los poemas homéricos, y se desarrolló posteriormente a partir de la aparición de la imprenta, cuando los eruditos humanistas perfeccionaron las primeras y precipitadas ediciones de los textos clásicos.<sup>26</sup> En primer lugar, se descartaron como no pertinentes al texto los elementos relacionados con la voz y el gesto; después, se dejaron de lado de manera parecida las características de la escritura a mano. El resultado fue una desmaterialización progresiva, o refinación, de los textos, un proceso en el que se eliminó el encanto que el original tenía para nuestros sentidos. Un texto, para sobrevivir, necesita existir de forma física; pero su identidad no está ligada sólo a esa forma física, ni a un solo ejemplar.<sup>27</sup> Todo esto parece obvio hoy, pero no lo es en absoluto. Consideremos, por ejemplo, el papel decisivo que desempeñó la entonación en la literatura oral, o la caligrafía en la poesía china, y se hace evidente que esa no-

ción de texto es el resultado de una opción cultural de significado incalculable. Y el ejemplo de China nos demuestra que la opción no fue una consecuencia inevitable de la imprenta al sustituir ésta la escritura manual, puesto que en China la invención de la imprenta no cortó los vínculos entre el texto literario y la caligrafía. (Veremos en breve que el examen histórico de los «textos» pictóricos suscita problemas muy diferentes.)

Esta noción completamente abstracta de texto explica por qué la crítica textual, a pesar de su carácter todavía muy adivinatorio, pudo convertirse (durante el siglo diecinueve) en una disciplina rigurosamente científica.<sup>28</sup> La radical decisión de descartar todo lo que no fuera reproducible (por escrito o, después de Gutenberg, por la imprenta) del texto hizo posible evitar lo cualitativo, principal escollo de las ciencias humanísticas, a pesar de que continuaba manejando casos individuales.<sup>29</sup> No deja de ser significativo que Galileo, cuando establecía las bases de la ciencia natural moderna mediante una reducción conceptual igualmente drástica, recurriera a la filología. La tradicional comparación medieval entre mundo y libro asumía que ambos estaban abiertos, listos para ser leídos. Sin embargo, Galileo insistió en que «la filosofía ... escrita en este grandísimo libro que está continuamente abierto ante nuestros ojos (digo el universo) ... *no se puede entender si antes no se aprende a entender la lengua y a conocer los caracteres en los que está escrito*», es decir, «triángulos, círculos y otras figuras geométricas» (Galilei 1965:38).<sup>30</sup> Para el filósofo de la naturaleza, como para el filólogo, el texto es una entidad, profunda e invisible, que hay que reconstruir a través y más allá de los datos sensoriales a nuestro alcance: «las figuras, los números y los movimientos, pero no los olores, ni los sabores ni los sonidos, los cuales, *fuera del animal vivo, no creo que sean sino meros nombres*» (Galilei 1965: 264; véase también Martínez 1974:160-169, cursivas mías).

Con esta afirmación, Galileo encaminó las ciencias naturales por una vía que jamás han abandonado, que tendía a alejarlas del antropocentrismo y del antropomorfismo. En el mapa del saber, se abrió una brecha que no ha dejado de agrandarse más y más. Sin duda, no podía haber mayor contraste que entre el físico galileano, profesionalmente sordo a

sonidos e insensible a sabores y olores, y el médico de la misma época, que aventuraba su diagnóstico después de prestar oído a los ruidos de un pecho, o de oler unas heces, o de probar el sabor de una orina.

4. Uno de tales médicos fue Giulio Mancini, de Siena, médico principal del papa Urbano VIII. No está documentado que conociera personalmente a Galileo, pero es muy probable que ambos se hubieran encontrado, dado que se movían en los mismos círculos romanos, de la corte papal a la Accademia dei Lincei, y tenían amigos en común, como Federico Cesi, Giovanni Ciampoli, Giovanni Faber.<sup>31</sup> El vívido retrato que de él hizo Nicio Eritreo, alias Gian Vittorio Rossi, nos presenta su ateísmo, su extraordinario talento para el diagnóstico (expresado en palabras sacadas directamente de textos adivinatorios) y sus muy pocos escrúpulos para conseguir pinturas (en las que su competencia era notoria) de sus clientes (Eritreo 1692, II:79-82).<sup>32</sup> Mancini escribió un libro titulado *Alcune considerazioni appartenenti alla pittura come di diletto di un gentilhuomo nobile e come introduttione a quello si deve dire* (Algunas consideraciones concernientes a la pintura como entretenimiento de un gentilhomme noble y como introducción a lo que debe decirse), que circuló ampliamente en forma manuscrita (la primera edición completa del texto se imprimió por primera vez hace unos veinticinco años).<sup>33</sup> Como indica el título, no iba dirigido a los pintores sino a los diletantes de la clase noble, virtuosos que en número creciente acudían al Panteón, donde todos los años se celebraba una exposición de pinturas antiguas y modernas, el 19 de marzo (Haskell 1971:126 y 94ss.). Sin duda, de no existir ese mercado de arte, la parte seguramente más original de la obra de Mancini, dedicada al «reconocimiento de pinturas» —en la que establece un método para identificar las falsificaciones, para distinguir las copias de los originales, etc.— no hubiera sido escrita (Mancini 1956-57, I:133ss.). Así, el primer intento de establecer la categoría de entendidos (*connoisseurship*), como se la llamaría un siglo más tarde, lo realizó un médico famoso por sus brillantes diagnósticos, quien al visitar un paciente «podía adivinar» (*divinabat*) de una rápida ojeada el resultado de la enfermedad (Eritreo



1692, II:80-81).<sup>34</sup> Cabe ver algo más que una simple coincidencia en esta doble habilidad de médico y de entendido.

Pero antes de adentrarnos en un examen detallado de los métodos de Mancini, reflexionemos sobre una suposición compartida por él, por los señores a quienes dedicó el libro, y por nosotros. Es algo que damos por sentado implícitamente, que tomamos (erróneamente) por obvio: que entre una tela de Rafael y una copia de ella (pintada, grabada u, hoy, fotografiada) hay una diferencia imborrable. Las implicaciones de esto para el mercado —el hecho de que una pintura sea, por definición, única, irrepetible<sup>35</sup>— son terminantes y están ligadas a la aparición del entendido. Sin embargo, esta suposición surge de una opción cultural que no fue inevitable, sobre todo teniendo en cuenta que en el caso de los textos escritos se optó por un camino diferente. Las características pretendidamente intrínsecas y eternas de la pintura y de la escritura no son pertinentes en este contexto. Ya hemos visto cómo la evolución histórica despojó gradualmente al texto escrito de las características no consideradas pertinentes. En el caso de la pintura, ese despojamiento no ha tenido lugar (por lo menos hasta ahora). Por ello creemos que mientras un manuscrito o ejemplar impreso del *Orlando furioso* puede reproducir exactamente el texto que se propuso Ariosto, una copia de un retrato de Rafael no puede hacerlo jamás.<sup>36</sup>

El rango distinto de que gozan las copias en pintura y en literatura explica por qué Mancini no pudo utilizar las técnicas de la crítica textual cuando desarrolló los métodos de la *connoisseurship* a pesar de que, básicamente, establecía una analogía entre el acto de pintar y el de escribir (véase un comentario de Salerno en Mancini 1956-1957, II:xxiv, n. 55). Pero, como empezó con esta analogía, tuvo que recurrir a otras disciplinas que todavía no estaban desarrolladas del todo.

El primer problema de Mancini fue la datación de las pinturas. Para hacerlo, dice, hay que adquirir «cierta experiencia en reconocer las variedades de la pintura según su época, como la que tienen estos anticuarios y bibliotecarios en reconocer los caracteres, por los que fijan la época de la escritura» (Mancini 1956-1957, I:134).<sup>37</sup> Esta alusión al arte de reconocer manuscritos se refiere, casi con certeza, a los métodos desarrollados en aquellos años por Leone Allacci,

bibliotecario de la Biblioteca Vaticana, para fechar manuscritos griegos y latinos, métodos que fueron revisados y ampliados, medio siglo más tarde, por Mabillon, el fundador de la paleografía.<sup>38</sup> Pero, «al margen de la propiedad común de una época», sigue diciendo Mancini, «existe la propiedad peculiar del individuo», igual que «observamos que en los escritores se reconoce esta propiedad distinta». Vemos, pues, que la analogía entre la escritura y la pintura se establecía, en primer lugar, a un nivel macroscópico (la época, el siglo), y después se proponía a un nivel microscópico (el individuo). En ese ámbito, los métodos protopaleográficos de un Allacci no eran utilizables. Hubo, sin embargo, por los mismos años un intento aislado de analizar, desde un punto de vista nuevo, la caligrafía individual. Mancini, como médico, citaba a Hipócrates y decía que era posible remontarse de las «acciones» a las «impresiones» del alma, que radican en las «propiedades» de los cuerpos individuales: «por lo cual y con la cual suposición, como yo creo, algunos nobles ingenios de nuestro siglo han escrito y querido dar la regla de reconocer el intelecto y el ingenio de los demás según la manera de escribir y la escritura de este o aquel hombre». Uno de estos «nobles ingenios» fue, con toda probabilidad, Camillo Baldi, médico de Bolonia, quien en su *Trattato come da una lettera missiva si conoscano la natura e qualità dello scrittore* (Tratado de cómo conocer por una carta la naturaleza y calidad de quien la escribe) incluyó un capítulo que seguramente es el primer texto europeo sobre grafología. El capítulo se titula «Qué significados pueden leerse en la forma de las letras» (*nella figura del carattere*). Aquí usa la palabra «carácter» por letra, refiriéndose a la forma de la letra tal como es dibujada con la pluma en el papel (*ibid.*: 107; Baldi 1622:17, 18ss.).<sup>39</sup>

A pesar de sus alabanzas, Mancini no estaba interesado en las pretensiones de la naciente grafología que podía reconstruir la personalidad de los escritores estableciendo a partir de su «carácter» escrito (la forma de sus letras) su «carácter» psicológico. (Esta sinonimia, una vez más, nos remite a una originaria matriz común a ambas disciplinas.) Le impresionó, no obstante, el supuesto preliminar en que se basaba la nueva disciplina, es decir, la variedad de caligrafías diferentes y la imposibilidad, por lo tanto, de imitarlas. Mediante

la identificación de los elementos que también en pintura eran imposibles de imitar, sería posible lograr su propósito de distinguir los originales de las falsificaciones, la mano del maestro de la del copista o del discípulo. Todo ello explica la exhortación a controlar si en las pinturas:

se ve esa franqueza del maestro y, en particular, en aquellas partes que, por necesidad, se hacen con resolución, y no se pueden llevar bien a cabo con la imitación, como son, en particular, los cabellos, la barba, los ojos. Puesto que el ensortijarse de los cabellos, cuando se han de imitar, se consigue con mucha dificultad, que después se nota en la copia y, si quien copia no los quiere imitar, entonces no tienen la perfección de maestro. Y estas partes en la pintura son como el trazo y los enlaces en la escritura, que requieren esa franqueza y resolución de maestro. Lo mismo se ha de observar en algunas aureolas y golpes de luz que atraviesan el cuadro, que el maestro hace con un trazo y con una resolución en la pincelada inimitable; así en los pliegues de los paños y su luz, que penden más de la fantasía y resolución del maestro que de la verdad de la cosa real. (Mancini 1956-1957:134)

Así, al paralelo entre pintura y escritura, que Mancini ha establecido ya en diferentes contextos, se le da aquí un nuevo giro, que anteriormente sólo había sido sugerido, en una obra del arquitecto Filarete (véase la parte 6, más abajo), y que es posible que Mancini no conociera (Averlino 1972, I:28).<sup>40</sup> La analogía es reforzada por el uso de términos técnicos de uso corriente en los tratados contemporáneos sobre la escritura, como «resolución», «trazos», «enlaces».<sup>41</sup> Incluso la insistencia sobre la velocidad tiene el mismo origen: con el desarrollo de la burocracia, la cursiva de los documentos legales requería no sólo ser elegante, sino rápida, para competir en el mercado de los copistas.<sup>42</sup> En general, la importancia que Mancini da a los rasgos decorativos es prueba de la atención prestada a las características de los modelos de caligrafía dominantes en Italia a finales del siglo dieciséis y principios del diecisiete. (Casamassima 1966:75-76.) El estudio de cómo se configuraba una letra, le llevó a la conclusión de que era posible identificar el toque de la mano del maestro con mayor certeza en las partes del cuadro que (1) se hubieran ejecutado con rapidez, y (2) tendieran a no ser representaciones exactas

de la realidad (detalles del pelo, telas cuyos pliegues «penden más de la fantasía y resolución del maestro que de la verdad de la cosa real»). Volveremos a las valiosas implicaciones de estos dos puntos, que Mancini y sus contemporáneos no estaban aún en situación de desarrollar.

5. «Caracteres» (*caratteri*). Hacia 1620, la misma palabra aparece, en sentido literal o analógico, en los escritos del fundador de la física moderna, por un lado, y, por otro, en los de los respectivos iniciadores de la paleografía, de la grafología y de la *connoisseurship*. Por supuesto, la relación entre los «caracteres» insustanciales que Galileo leía con los ojos del intelecto<sup>43</sup> en el libro de la naturaleza, y los que Allacci, Baldi o Mancini descifraban sobre el papel, pergamino o tela, es sólo metafórica. Pero el uso de términos idénticos pone de relieve aún más la heterogeneidad de las disciplinas. Su valor científico (en el sentido galileano) también varía, y decrece bruscamente desde las «propiedades» universales de la geometría, pasando por las «propiedades comunes de una época» identificadas en un manuscrito, hasta las «propiedades específicamente individuales» de un estilo pictórico, o incluso de una caligrafía.

Este descenso de nivel en el contenido científico refuerza el argumento de que la verdadera dificultad en la aplicación del modelo galileano residía en la centralidad que una disciplina otorgaba a lo individual. Cuanto más pertinentes resultaran las características en lo individual, más difícil era elaborar un corpus de conocimiento rigurosamente científico. Por supuesto, la decisión indispensable para adoptar el modelo galileano de descartar las características individuales no era en sí una garantía de que los métodos de las matemáticas y de la física fueran a aplicarse, pero, al menos, no excluía por completo esta aplicación.

6. Llegados a este punto, había dos enfoques posibles: sacrificar la comprensión del elemento individual para alcanzar un nivel más o menos riguroso, más o menos matemático, de generalización; o bien tratar de desarrollar, aunque sólo fuera de una manera tentativa, un paradigma alternativo basado en la comprensión científica (en un sentido que aún es-

taba por definir) de lo individual. El primer enfoque sería el de las ciencias naturales, y sólo más tarde el de las llamadas ciencias humanas o sociales. La razón es obvia. La probabilidad de descartar las características individuales es directamente proporcional a la distancia emocional del observador. Filarete, en una página de su *Trattato di architettura* (siglo quince), después de razonar que es imposible construir dos edificios idénticos, puesto que, a pesar de la primera impresión, siempre habrían diferencias de detalle (del mismo modo que «las jetas de los tártaros que tienen todos el rostro de una manera, o bien las de Etiopía que son todas negras, pues, si las miras bien, encontrarás que hay diferencia en la semejanza»). Admite, sin embargo, que existen «muchos animales que son parecidos el uno al otro, como las moscas, hormigas, gusanos y ranas y muchos peces, que de esa especie, no se distingue al uno del otro» (Averlino 1972:26-27). Para un arquitecto europeo, las ligeras diferencias entre dos edificios (europeos) eran importantes, las diferencias entre los rostros tártaros o etíopes no lo eran, y las diferencias entre dos hormigas o dos gusanos no existían. Un arquitecto tártaro, un etíope no versado en arquitectura o una hormiga clasificarían las cosas de manera diferente. El conocimiento basado en distinciones individualizadoras es siempre antropocéntrico, etnocéntrico y expuesto a otros prejuicios específicos. Lo cual no impide que incluso los animales, las plantas o los minerales puedan examinarse según sus características individuales, por ejemplo en el contexto de la adivinación;<sup>44</sup> sobre todo en los casos que presentan anormalidades. (Como se sabe, la teratología era una parte importante de la adivinación.) Pero durante las primeras décadas del siglo diecisiete, la influencia del paradigma galileano (aunque no siempre directa) llevaría hacia el estudio de lo típico más que de lo excepcional, hacia una comprensión general de las obras de la naturaleza antes que a la adivinación. En abril de 1625, nació un becerro con dos cabezas cerca de Roma. Los naturalistas de la Accademia dei Lincei se interesaron por él. Fue tema de discusión en los jardines vaticanos del Belvedere entre un grupo formado por Giovanni Faber, secretario de la Accademia, Giovanni Ciampoli (ambos amigos de Galileo, como ya hemos visto), Mancini, el cardenal Agostino Vegio y el papa Urba-

no VIII. La primera cuestión fue si el becerro de dos cabezas debía considerarse como un animal o como dos. Para los médicos, lo que distinguía al individuo era el cerebro; para los seguidores de Aristóteles, el corazón (Lynceo 1651:599ss.).<sup>45</sup> Dado que Mancini era el único médico del grupo, podemos suponer que la noticia que nos da Faber del punto de vista médico corresponde al suyo. A pesar de que Mancini se interesaba en la astrología,<sup>46</sup> consideró el carácter específico del nacimiento del monstruo no como revelador del futuro, sino como el modo de llegar a una definición más precisa de un individuo normal, que, en cuanto miembro de una especie, podía considerarse con toda razón repetible. Mancini debió examinar la anatomía del becerro de dos cabezas con la misma atención rigurosa que solía dedicar al examen de las pinturas. Pero aquí terminaba la analogía con su actividad de entendido. En cierta manera un personaje como Mancini representa el punto de contacto entre el paradigma adivinatorio (en sus actividades de diagnosticador y entendido) y el paradigma generalizador (como anatomista y naturalista). El punto de contacto pero también la diferencia. Al contrario de lo que pudiera parecer, la meticulosa descripción de la disección del becerro, redactada por Faber, y la precisión de los grabados que reproducían las vísceras del animal (Lynceo 1651:600-627),<sup>47</sup> se proponían establecer, no las «propiedades propias individuales» de ese animal, sino las «propiedades comunes» (naturales, no históricas) de la especie en conjunto; lo que significaba la continuación y el refinamiento de la tradición naturalista fundada por Aristóteles. La vista, simbolizada por el agudo ojo del lince que decoraba el escudo de la Accademia dei Lincei, realizado por Federico Cesi, era el órgano capital de esas disciplinas, a las que no se les permitía el ojo extrasensorial de las matemáticas.<sup>48</sup>

7. Entre tales disciplinas se contaban, por lo visto, las ciencias humanas y sociales (como las definiríamos hoy). Lo que tal vez era de esperar, aunque sólo fuese por su obstinado antropocentrismo, del que ya hemos dado una pintoresca ilustración con la cándida cita de Filarete. De todos modos, hubo algún intento de aplicar el método matemático también al estudio de los fenómenos humanos (véase, por ejemplo, Craig

1964). No es sorprendente que el primero y más afortunado de estos intentos, la aritmética política, tuviera como objeto las actividades humanas más predeterminadas, biológicamente hablando: nacimiento, procreación y muerte. Este enfoque tan drástico y exclusivo permitía una investigación rigurosa; y al mismo tiempo satisfacía los propósitos militares o fiscales de los estados absolutos, cuyo interés, dados los límites de sus operaciones, era exclusivamente cuantitativo. Sin embargo, aunque los patrocinadores de esta nueva ciencia, la estadística, no se interesaran por los factores cualitativos, opuestos a los cuantitativos, esto no significó que quedara totalmente desgajada del mundo de lo que hemos llamado las disciplinas indiciarias. Los cálculos concernientes a la probabilidad (como en el clásico de Bernoulli *Ars Conjectandi*, 1713, póstumo) trataban de dar una formulación matemática rigurosa a los mismos problemas que la adivinación había abordado de una manera totalmente diferente.<sup>49</sup>

Sin embargo, el grupo de las ciencias humanas permanecía firmemente anclado en lo cualitativo, aunque con cierta incomodidad, especialmente en el caso de la medicina. Aunque se había logrado algún progreso, sus métodos todavía parecían inciertos, sus resultados no predecibles. Un texto como *Du Degré de Certitude en Médecine* del ideólogo francés Cabanis, aparecido a finales del siglo dieciocho (Cabanis 1823), admitía esa falta de rigor, a la vez que insistía en que la medicina, a pesar de todo, era científica a su manera. Al parecer existían dos razones fundamentales que explicaban la falta de certidumbre de la medicina. En primer lugar, las descripciones de enfermedades concretas, que eran idóneas para su clasificación teórica, no resultaban necesariamente adecuadas en la práctica, puesto que una enfermedad podía presentarse de formas diferentes en cada paciente. En segundo lugar, el conocimiento de una enfermedad seguía siendo indirecto e indiciario: los secretos del cuerpo vivo permanecían siempre, por definición, inalcanzables. Una vez muerto podía hacerse, por supuesto, su disección, ¿pero cómo remontarse desde el cadáver, transformado irreversiblemente por la muerte, hasta las características del individuo vivo? (Foucault 1963 y 1977:192-193). El reconocimiento de esta doble dificultad significaba de manera inevitable admitir que la efica-

cia de los procedimientos médicos no podía ser demostrada. En conclusión, la medicina no podría alcanzar nunca el rigor propio de las ciencias naturales a causa de su incapacidad para cuantificar (salvo en aspectos puramente auxiliares); la incapacidad para cuantificar provenía de la imposibilidad de eliminar lo cualitativo, lo individual; y la imposibilidad de eliminar lo individual era consecuencia del hecho de que el ojo humano es más sensible a las pequeñas diferencias (aun marginales) entre seres humanos que a las diferencias entre piedras u hojas. En las discusiones sobre la «incertidumbre» de la medicina estaban contenidas ya las primeras formulaciones de los futuros problemas epistemológicos centrales de las ciencias humanas.

8. En el libro de Cabanis, se vislumbra entre líneas una impaciencia fácil de comprender. A pesar de las objeciones, más o menos justificadas, que podían hacerse a sus métodos, la medicina era una ciencia plenamente reconocida por la sociedad. Pero no todas las disciplinas indiciarias gozaron de un prestigio similar en esa época. Algunas, como la del *connoisseurship* de un origen relativamente reciente, se mantuvieron en una posición ambigua, en los límites de las disciplinas reconocidas. Otras, más incrustadas en la práctica cotidiana, nunca fueron reconocidas. La capacidad de reconocer un caballo enfermo por el estado de sus cascos, la aproximación de una tormenta por el cambio del viento, o las intenciones hostiles en un rostro que se ensombrece no se podía aprender, por supuesto, en ningún tratado sobre el cuidado de caballos, o sobre meteorología, o sobre psicología. En todo caso, estos tipos de saber eran más ricos que lo escrito por cualquier autoridad sobre el tema; no se aprendían en libros, sino de oídas, en la práctica, observando; apenas si podía darse una expresión formal a sus sutilezas, y no podían reducirse a palabras; eran el legado —en parte común, en parte diversificado— de hombres y mujeres de toda clase. Estaban enhebrados en un hilo común: todos nacían de la experiencia, de lo concreto e individual. Y esa cualidad de concreto era a la vez la fuerza de esa clase de conocimiento y su limitación; no le permitía hacer uso del poderoso y terrible instrumento de la abstracción (véase también Ginzburg 1976).



De vez en cuando se intentaba poner por escrito ese *corpus* de saber popular, arraigado localmente pero sin origen ni memoria ni historia conocidos,<sup>50</sup> para encajarlo en la camisa de fuerza de la precisión terminológica. Por regla general, el resultado era pobre y limitado. Basta pensar en el abismo que separa los rígidos y esquemáticos tratados de fisiognómica de su práctica perspicaz y flexible por parte de un enamorado, un tratante de caballos o un jugador de cartas. Quizá fue sólo en medicina donde la codificación y la anotación del saber indiciario produjo un enriquecimiento real (aunque la historia de las relaciones entre la medicina oficial y la medicina popular está todavía por escribir). En el transcurso del siglo dieciocho, la situación cambió. En una auténtica ofensiva cultural, la burguesía se fue apropiando del saber popular tradicional de artesanos y campesinos, saber a veces conjetural y otras veces no; lo organizaron y lo anotaron, a la vez que intensificaron el masivo proceso de instrucción que ya había comenzado, aunque tomando formas diferentes y con un contenido distinto, durante la Contrarreforma. El símbolo y el instrumento crucial de esta ofensiva fue, claro está, la *Encyclopédie*. Aunque habría que analizar también incidentes pequeños pero reveladores, como el del asombrado Winckelmann cuando un anónimo albañil romano le dijo que la misteriosa piedrecita no identificada escondida en la mano de una estatua, encontrada en Porto d'Anzio, era «el tapón o el corcho de una botellita».

La recopilación sistemática de esos «pequeños discernimientos» como los llamó Winckelmann,<sup>51</sup> fue la base de las nuevas formulaciones de antiguos saberes realizadas durante los siglos dieciocho y diecinueve, desde el arte culinario, hasta la veterinaria, pasando por la hidrología. Para un número creciente de lectores, el acceso a la experiencia específica tuvo lugar cada vez más a través de las páginas de los libros. Incluso la novela proporcionó a la burguesía un sustituto, aunque a un nivel diferente, de los ritos de iniciación, es decir, del acceso a la experiencia real en conjunto.<sup>52</sup> Y, en realidad, fue gracias a las obras de ficción que el paradigma indiciario logró en esa época un éxito nuevo e inesperado.

#### 9. En relación con el hipotético origen del paradigma in-

diciario entre los cazadores de épocas remotas, hemos relatado ya la historia de los tres hermanos que reconstruyeron el aspecto físico de un animal que no habían visto nunca a partir de la interpretación de una serie de huellas. Esta historia tuvo su debut europeo en una colección de Sercambi (Cerulli 1975).<sup>53</sup> Reapareció después como inicio de una colección mucho más extensa de narraciones, presentadas como traducciones al italiano del persa por un armenio llamado Cristóforo, y publicada en Venecia a mediados del siglo dieciséis bajo el título de *Peregrinaggio di tre giovani figliuoli del re di Serendippo* (Peregrinación de tres jóvenes hijos del rey de Serendippo). El libro fue editado varias veces, además de traducido, primero al alemán, y después, durante el auge que en el siglo dieciocho tuvo todo lo oriental, a casi todas las lenguas europeas.<sup>54</sup> El éxito de la historia de los tres hijos del rey de Serendippo hizo que Horace Walpole, en 1754, acuñara el neologismo *serendipity* para designar «los descubrimientos afortunados y sorprendentes realizados gracias al azar y a la sagacidad» (Hecksher 1974:130-131).<sup>55</sup> Unos años antes, Voltaire, en el tercer capítulo de *Zadig*, reelaboró el primer volumen del *Peregrinaggio*, que había leído en la traducción francesa. En su versión, el camello del original se convierte en una perra y un caballo, que Zadig describe con todo detalle a partir de sus huellas. Acusado de robo y conducido ante el juez, Zadig demuestra su inocencia al exponer el proceso mental que le había permitido describir los animales que jamás había visto:

Vi en la arena las huellas de un animal, y fácilmente deduje que eran las de un perrito. Surcos ligeros y largos, impresos en las pequeñas eminencias de arena entre las huellas de las patas me han dado a entender que era una perra cuyas ubres colgaban y que por lo tanto había tenido cachorros hacía pocos días. (Voltaire 1985:208)

En estas líneas, y en las que siguen, se encuentra el embrión de la novela policíaca. En ellas se inspiraron directamente Poe y Gaboriau, y quizás indirectamente Conan Doyle.<sup>56</sup>

El éxito extraordinario de la novela policíaca es de sobras conocido; más adelante hablaremos de algunas de sus razo-

nes. Por el momento vale la pena señalar que se basa en un modelo cognoscitivo muy antiguo y muy moderno al mismo tiempo. Ya hemos hablado de sus raíces antiguas. En cuanto a sus elementos modernos, bastará citar las palabras de Cuvier, en 1834, elogiando los métodos y los éxitos de la nueva ciencia de la paleontología:

Hoy, alguien que vea la huella de una pata hendida puede llegar a la conclusión de que el animal que ha dejado esa huella es un rumiante, y esta conclusión es tan cierta como cualquier otra en física o en filosofía moral. Esta sola huella revela, por lo tanto, al observador la forma de la dentadura, la forma de la mandíbula, la forma de las vértebras, y la forma de todos los huesos de las patas, de ancas, de espaldas y de pelvis que tiene el animal que acaba de pasar; es un indicio más seguro que todos los de Zadig. (Messac 1929: 34-35)

Más seguro quizá sí, pero de una clase muy parecida. El nombre de Zadig llegó a significar tantas cosas que, en 1880, Thomas Huxley, durante una serie de conferencias destinadas a difundir los descubrimientos de Darwin, denominó «método de Zadig» el procedimiento común a la historia, la arqueología, la geología, la astronomía física y la paleontología: es decir, la capacidad de realizar predicciones retrospectivas. Estas disciplinas, al estar profundamente relacionadas con el desarrollo histórico, difícilmente podían dejar de recurrir al paradigma indiciario o adivinatorio (Huxley se refería explícitamente a la adivinación hacia el pasado)<sup>57</sup> apartándose del paradigma galileano. Cuando las causas no son reproducibles, no cabe más alternativa que inferirlas de sus efectos.

### III

1. Podríamos comparar las líneas de esta investigación con los hilos de un tejido. Hemos llegado ahora al punto donde puede verse que estos hilos forman un todo compuesto, una tela homogénea y apretadamente tejida. Para verificar la coherencia de su trama, la examinamos a lo largo de distintas direcciones. Verticalmente, lo que nos proporciona la secuencia Serendippo-Zadig-Poe-Gaboriau-Conan Doyle. Horizontal-

mente, la confrontación (en orden creciente de fiabilidad) realizada a principios del siglo dieciocho por Dubos, el crítico literario, entre medicina, *connoisseurship* e identificación de la caligrafía (Dubos 1729, II:362-365, citado en parte en Zerner 1978:215 n.). Por último, diagonalmente pasando de un contexto histórico a otro: detrás del héroe de Gaboriau, el detective Monsieur Lecoq, que recorrió febrilmente un «territorio desconocido, cubierto de nieve», marcado por las huellas de criminales como «una inmensa página en blanco donde las personas que buscamos no sólo han escrito sus pasos y sus movimientos, sino también las huellas de sus pensamientos más recónditos, las esperanzas y los temores que las agitan» (Gaboriau 1877, I:44),<sup>58</sup> destacan los autores de tratados de fisiognómica, los videntes de Babilonia, decididos a leer mensajes inscritos en el firmamento y en la tierra, y los cazadores del neolítico.

El tejido es el paradigma que hemos ido llamando, según los contextos, venatorio, adivinatorio, indiciario o semiótico. Adjetivos que, como es obvio, no son sinónimos, sino descripciones alternativas que, sin embargo, nos remiten a un modelo epistemológico común, articulado en disciplinas diversas, vinculadas a menudo entre sí por métodos o palabras clave tomados en préstamo. Ahora bien, entre los siglos dieciocho y diecinueve, con la aparición de las «ciencias humanas», la constelación de disciplinas indiciarias cambió profundamente: surgieron nuevos astros, que (como la frenología)<sup>59</sup> no tardaron en llegar a su ocaso, o que (como la paleontología) lograrían grandes cosas, pero por encima de todo estaba la medicina, que confirmó su elevado rango social y científico. La medicina se convirtió en el punto de referencia, explícito o implícito, de todas las ciencias humanas. ¿Pero, qué área de la medicina? Hacia mediados del siglo dieciocho se definen dos posibilidades: el modelo anatómico y el semiótico. La metáfora de la «anatomía de la sociedad», utilizada incluso por Marx en un pasaje crucial,<sup>60</sup> expresa la aspiración de lograr un conocimiento sistemático, en una época en que el último gran sistema filosófico, el hegeliano, ya estaba derrumbándose. Pero, a pesar del éxito del marxismo, las ciencias humanas acabaron por adoptar cada vez más (con una importante salvedad, que ahora veremos) el paradigma indiciario

de la semiótica. Y aquí regresamos a la tríada Morelli-Freud-Conan Doyle donde habíamos empezado.

2. Hasta ahora hemos utilizado el término de paradigma indiciario (y sus variantes) en sentido lato. Ha llegado el momento de desarticularlo. Una cosa es analizar pisadas, estrellas, heces (animales o humanas), catarros, córneas, pulsos, campos nevados o ceniza de cigarrillos, y otra diferente analizar la escritura, la pintura o el discurso. La distinción entre naturaleza (inanimada o viva) y cultura es fundamental, sin duda mucho más importante que las distinciones mucho más superficiales y volubles entre disciplinas. La idea de Morelli fue rastrear, en el seno de un sistema de signos culturalmente determinado, las convenciones de la pintura, signos que, al igual que los síntomas (y como la mayoría de los indicios), se producían de manera involuntaria. No sólo esto: en esos signos involuntarios, en los «minúsculos detalles, que un calígrafo llamaría florituras», comparables a las «palabras y expresiones favoritas» que «la mayoría de las personas, al hablar o al escribir, utilizan sin intención, esto es, sin darse cuenta», Morelli localizó el más certero de la individualidad del artista (Morelli 1897:71).<sup>61</sup> Así, Morelli heredaba (aunque fuera indirectamente)<sup>62</sup> y desarrollaba los principios metodológicos formulados tanto tiempo antes por su predecesor, Giulio Mancini. No fue del todo casual que tales principios dieran sus frutos después de tanto tiempo. Coincidieron con la aparición de una tendencia cada vez más clara del poder estatal a extender sobre la sociedad una espesa red de controles, y una vez más el método utilizado implicaba la atribución de identidad a través de características que eran triviales y fuera del control consciente.

3. Toda sociedad siente la necesidad de diferenciar a sus miembros, y los métodos que utiliza para ello varían según el lugar y la época (Lévi-Strauss, Claude, y otros 1977). Existe, en primer lugar, el nombre, pero cuanto más compleja es la sociedad, menos satisfactoriamente un nombre puede representar la identidad individual sin confusión. En Egipto, durante la época grecorromana, por ejemplo, un individuo que acudiera al notario para contraer matrimonio o hacer una

transacción financiera estaba obligado no sólo a dar su nombre, sino también breves detalles de su aspecto físico, entre ellos cicatrices o cualquier marca característica (Caldara 1924). Pero incluso así las posibilidades de error o de fraude eran muy altas. En comparación, era mucho mejor la firma al pie de un contrato: a finales del siglo dieciocho, el abate Lanzi, en un pasaje de su *Storia pittorica* (Historia de la pintura), en que analiza los métodos del entendido, afirmó que la imposibilidad de imitar una caligrafía personal se debía al propósito de la naturaleza de dar «seguridad» a la «sociedad civil» (es decir, a la sociedad burguesa. Lanzi 1968, I:15). Por supuesto, incluso las firmas pueden falsificarse, y sobre todo, no sirven para controlar a los analfabetos. A pesar de estas limitaciones, durante siglos las sociedades europeas no sintieron la necesidad de medios más seguros o prácticos de identificación, ni aun cuando el desarrollo industrial en gran escala, la movilidad social y geográfica que ello implicó, y el veloz crecimiento de las vastas concentraciones urbanas modificaron de modo fundamental las bases del problema. En este tipo de sociedad, era un juego de niños borrar las propias huellas y reaparecer bajo una nueva identidad, y no sólo en Londres o París. No fue hasta las últimas décadas del siglo diecinueve cuando comenzaron a proponerse —en competencia entre sí— nuevos métodos de identificación. Era una consecuencia del desarrollo contemporáneo de la lucha de clases: la instauración de una asociación internacional de trabajadores, la represión de la oposición obrera después de la Comuna de París, y la transformación de la delincuencia.

En Inglaterra, a partir de 1720 (Thompson 1975), en el resto de Europa un siglo más tarde (con el código napoleónico), la aparición de las relaciones capitalistas de producción condujo a una transformación de la legislación, que hacía que ésta concordara con los nuevos conceptos burgueses de la propiedad, y que estableció un mayor número de delitos punibles y condenas más severas. La lucha de clases se convirtió cada vez más en delito, a la vez que se establecía un nuevo sistema carcelario, basado en condenas más largas de prisión (Foucault 1975). Pero la prisión produce delincuentes. En Francia, el número de reincidentes no dejó de aumentar a partir de 1870, y hacia finales de siglo llegó a constituir casi la mi-

tad de los casos sometidos a proceso (Perrot 1975, esp. p. 68). El problema de la identificación de los reincidentes, aparecido durante esa época, fue la cabeza de puente de un proyecto, más o menos consciente, para el control generalizado y sutil de toda la sociedad.

Para la identificación de los reincidentes era necesario demostrar (1) que una persona había sido condenada anteriormente, y (2) que la persona en cuestión era la misma que la anteriormente condenada (Bertillon 1883; Locard 1909).<sup>63</sup> El primer problema fue resuelto mediante la creación de ficheros policiales. El segundo era más difícil. Los antiguos castigos que implicaban la mutilación o la marca del delincuente de por vida habían sido abolidos. En *Los tres mosqueteros* de Dumas, la flor de lis marcada a fuego en el hombro de Milady había permitido que D'Artagnan reconociera en ella una envenenadora ya condenada en el pasado por sus fechorías, mientras que en su *Conde de Montecristo*, o en *Los miserables* de Hugo, los presos fugados Edmond Dantès y Jean Valjean no tienen dificultad en reaparecer en la escena social con identidades falsas pero respetables. Bastarían estos ejemplos para demostrar hasta qué punto la figura del reincidente dominaba la imaginación del siglo diecinueve.<sup>64</sup> La burguesía exigía signos de identificación que fueran tan indelebles como los que se imponían bajo el Ancien Régime, pero menos sanguinarios y humillantes.

La idea de un inmenso archivo fotográfico fue rechazada al principio porque planteaba ingentes problemas de clasificación: ¿cómo podían aislarse elementos discretos en el continuo de la imagen? (véase Bertillon 1883:10). La vía de la cuantificación pareció más sencilla y más rigurosa. A partir de 1879, un empleado de la prefectura de París, Alphonse Bertillon, desarrolló un método antropométrico —que expuso en diversos escritos (sobre Bertillon, véase Lacassagne 1914; Locard 1914)— basado en la medición meticulosa de detalles físicos, que se combinaban en la ficha de cada individuo. Como es obvio, un error de unos pocos milímetros podía acarrear (en teoría) errores judiciales; pero había otro defecto grave en el sistema antropométrico de Bertillon, el hecho de ser puramente negativo. El método permitía descartar a quienes no se ajustaban a las medidas en cuestión, pero no permitía de-

mostrar que dos series idénticas de datos se referían a la misma persona (Bertillon 1883:11). No podía excluirse la elusiva cualidad de la individualidad: expulsada ésta por la puerta gracias a la cuantificación, entraba de nuevo por la ventana. Por eso Bertillon propuso combinar el método antropométrico con lo que llamó un «retrato hablado», es decir, una descripción verbal en que se analizaran entidades discretas (nariz, ojos, orejas, etc.), que al reunirse reconstruyeran la imagen completa del individuo, posibilitando su identificación. Las páginas llenas de orejas que nos ofrece Bertillon<sup>65</sup> recuerdan de manera irresistible las ilustraciones de los artículos de su contemporáneo Morelli. Quizá no hubo una relación directa, pero asombra cómo Bertillon, experto también en grafología, tomó como indicios reveladores de falsificación los detalles más idiosincráticos que el falsificador no podía reproducir, y que a veces sustituía por los suyos propios (Locard 1914:27).<sup>66</sup>

Es obvio que el método de Bertillon era increíblemente complicado. Ya hemos señalado las dificultades que planteaba la medición. El «retrato hablado» empeoraba aún más la situación. ¿Cuál era la diferencia entre una nariz protuberante ganchuda y una nariz ganchuda protuberante? ¿Cómo clasificar el matiz exacto de unos ojos verdeazules?

En 1888, Galton expuso un método de identificación, que hacía mucho más fáciles la recopilación de datos y su clasificación, en una memoria que más tarde revisó y amplió (Galton 1892, donde aparece una relación de publicaciones anteriores sobre el tema). El método se basaba en las huellas digitales. Como reconocía el propio Galton con mucha honestidad, no era el primero en sugerir la idea.

El análisis científico de las huellas digitales se inició en 1823 con un trabajo de Purkinje, fundador de la histología, titulado *Commentatio de examine physiologico organi visus et systematis cutanei* (Comentario sobre el examen fisiológico de los órganos de la vista y del sistema cutáneo) (Purkinje 1948: 29-56). Distinguía y describía nueve tipos básicos de líneas en la piel, a la vez que afirmaba que no había dos individuos que tuvieran una combinación idéntica de líneas en las huellas digitales. Pasó por alto las implicaciones prácticas de ello, pero no las filosóficas, que comentó en un capí-



tulo titulado «De cognitione organismi individualis in genere» (Sobre el reconocimiento general de los organismos individuales) (*ibid.*:30-32). El conocimiento del individuo, según Purkinje, es capital en la práctica médica y comienza en el diagnóstico; los síntomas toman formas distintas según los individuos, y, por lo tanto, requieren tratamientos también distintos. Algunos autores modernos, decía (sin nombrarlos), habían definido la medicina práctica como «*artem individualisandi*» (*die Kunst des Individualisierens*) (*ibid.*:31). Pero la base de este arte era la fisiología del individuo. En esto Purkinje, que de joven había estudiado filosofía en Praga, retomaba los temas más profundos del pensamiento de Leibniz. El individuo, (ser determinado en todos sus aspectos) «*ens omnimodo determinatum*», posee una peculiaridad que es reconocible en todas sus características, incluso en las más imperceptibles y minúsculas. Ni la circunstancia ni la influencia exterior son suficientes para explicarla. Hay que suponer que existe una norma o «*typus*» interno que mantiene la variedad de cada especie dentro de sus límites: el conocimiento de esta norma (afirmó proféticamente Purkinje) «revelaría el conocimiento oculto de la naturaleza individual» (*ibid.*:31-32). El error de la fisiognómica había sido supeditar la variación individual a ideas preconcebidas y conjeturas precipitadas: esto había hecho imposible hasta entonces el establecimiento de un estudio científico descriptivo de los rostros. Abandonando el estudio de las palmas de la mano a la «vana ciencia» de la quiromancia, Purkinje centró su atención en algo menos obvio: las líneas de las yemas de los dedos, que le proporcionaron la prueba oculta de la individualidad.

Dejemos Europa por un momento y pasemos a Asia. A diferencia de sus colegas europeos, y con independencia de éstos, los adivinos chinos y japoneses se habían interesado en las líneas casi imperceptibles que surcan la piel de la mano. Y en Bengala, como en China, existía la costumbre de marcar las cartas y documentos con la yema de un dedo mojada en tinta o en alquitrán (Galton 1892:24 ss.), probablemente a consecuencia del conocimiento derivado de las prácticas adivinatorias. Cualquiera que estuviese avezado a descifrar misteriosos mensajes inscritos en las vetas de la piedra o de la madera, en las huellas dejadas por los pájaros o en el capa-

razón de una tortuga (Vandermeersch 1974:29ss.; Gernet 1974:52ss.), no tendría dificultad en ver un mensaje en la impronta de un dedo sucio. En 1860, Sir William Herschel, funcionario del distrito de Hooghly, Bengala, descubrió esta costumbre, común entre los indígenas, se dio cuenta de su utilidad y pensó en aprovecharla en beneficio del buen funcionamiento de la administración británica. (Los aspectos teóricos del asunto no le interesaron; en su vida había oído mencionar la memoria de Purkyne en latín, que había permanecido sin leer durante medio siglo.) La verdad era, como observó Galton, que urgía un método así para identificar a la gente; en India, como en otras colonias británicas, los nativos eran analfabetos, peleones, taimados, mentirosos, y a ojos de los europeos todos tenían la misma cara. En 1880, Herschel anunció en *Nature* que al cabo de diecisiete años de pruebas, las huellas digitales se habían introducido oficialmente en el distrito de Hooghly, donde se habían utilizado durante tres años con resultados óptimos (Galton 1892:27-28).<sup>67</sup> Los administradores imperiales se habían apropiado del saber indiciario de los bengalíes y lo habían vuelto en contra de ellos.

El artículo de Herschel sirvió a Galton como punto de partida para la reorganización sistemática de su razonamiento sobre el tema. Su investigación había sido posible gracias a la convergencia de tres elementos separados: los descubrimientos de un científico puro, Purkyne; el saber concreto, ligado a la práctica cotidiana, de los bengalíes; y el ingenio administrativo y político de Sir William Herschel, fiel servidor de Su Majestad la Reina Británica. Galton reconoció su deuda con el primero y el tercero de ellos. Intentó, además, rastrear características raciales en las huellas digitales, pero sin resultado. Confiaba, sin embargo, en proseguir su investigación entre algunas tribus indias, en las que esperaba encontrar un «dibujo más semejante al de los monos» (*a more monkey-like pattern*) (*ibid.*:17-18).

Galton no realizó tan sólo una contribución crucial al análisis de las huellas digitales, sino que, como hemos visto, se dio cuenta de sus implicaciones prácticas. En breve tiempo, el nuevo método fue introducido en Gran Bretaña, y de ahí, poco a poco, en el resto del mundo (uno de los últimos países en adoptarlo fue Francia). Así, desde entonces, todo ser

humano —como se ufanó orgullosamente Galton adjudicándose los encomios que había recibido su rival, Bertillon, de boca de un funcionario del ministerio francés del Interior— adquirió una identidad, se constituyó, de una vez por todas, en un individuo (*ibid.*: 169, véase también Foucault 1977:158).

Así, lo que para los administradores británicos había sido una masa indiscernible de rostros bengalíes (o «jetas», para recordar las palabras despectivas de Filarete) pasó a ser una serie de individuos, marcado cada uno de ellos por una especificidad biológica. Esta extraordinaria amplificación de la noción de individualidad se producía de hecho a través de la relación con el estado y sus órganos burocráticos y policiales. El último de los moradores de la aldea más miserable de Europa o de Asia se convertía así, gracias a las huellas digitales, en un individuo identificable y controlable.

4. El mismo paradigma indiciario, utilizado en este caso para desarrollar unos controles cada vez más sofisticados del individuo en la sociedad, lleva en su seno el potencial para comprender a esta sociedad. En una estructura de creciente complejidad como la del capitalismo avanzado, envuelta en brumas ideológicas, toda pretensión de conocimiento sistemático aparece como una fantasía de necios. Pero reconocer esto no equivale a abandonar el concepto de totalidad. Al contrario, se confirma la existencia de una profunda conexión que explica los fenómenos superficiales cuando se reconoce que el conocimiento directo de tal conexión es imposible. La realidad es opaca; pero existen ciertos puntos privilegiados —indicios, síntomas— que nos permiten descifrarla.

Esta idea, que constituye el núcleo del paradigma indiciario o semiótico, se ha abierto camino en una amplia gama de contextos intelectuales, afectando muy profundamente las ciencias humanas. Diminutas características paleográficas se han utilizado para reconstruir cambios y transformaciones culturales (con una clara remisión a Morelli, que saldaba la deuda contraída por Mancini con Allacci casi tres siglos antes). Los ropajes ondeantes de las pinturas florentinas del siglo quince, las innovaciones lingüísticas de Rabelais, la curación de la escrófula por reyes franceses e ingleses son unos pocos ejemplos (de los muchos posibles) de cómo pequeños indicios pue-

den considerarse significativos de fenómenos más generales: la visión del mundo de una clase social, o de un escritor, o de toda una sociedad.<sup>68</sup> Una disciplina como el psicoanálisis, como hemos visto, se basa en la hipótesis de que detalles aparentemente insignificantes pueden revelar fenómenos profundos y significativos. A la par con la decadencia del pensamiento sistemático, cobra mayor fuerza el pensamiento aforístico, desde Nietzsche hasta Adorno. El propio término «aforístico» es revelador. (Es una indicación, un síntoma, un indicio: no hay manera de escapar a nuestro paradigma.) *Aforismos* era el título de una obra famosa de Hipócrates. En el siglo diecisiete, comenzaron a aparecer antologías de «Aforismos políticos».<sup>69</sup> La literatura aforística es, por definición, un intento de formular opiniones acerca del hombre y de la sociedad a partir de síntomas, de indicios; una humanidad y una sociedad que están enfermas, en crisis. E incluso la palabra crisis es un término médico, que data de Hipócrates.<sup>70</sup> Puede demostrarse fácilmente que la novela más grande de nuestro tiempo, *La Recherche*, está construida según un riguroso paradigma indiciario.<sup>71</sup>

5. ¿Es el rigor compatible con el paradigma indiciario? La dirección cuantitativa y anti-antropocéntrica tomada por las ciencias naturales desde Galileo ha planteado un dilema incómodo a las ciencias humanas. ¿Deben conseguir resultados importantes a partir de una posición científicamente débil, o deben situarse en una posición científicamente fuerte pero obtener resultados de escaso relieve? Sólo la lingüística ha logrado (en el curso del presente siglo) sustraerse a este dilema, y por ello se ofrece como modelo para otras disciplinas, que éstas han seguido en mayor o menor grado.

Nos asalta la duda, sin embargo, de que este tipo de rigor sea quizás inalcanzable, e incluso indeseable, para las formas de conocimiento más ligadas a nuestra experiencia cotidiana, o, para ser más precisos, más ligadas a todo contexto donde el carácter único e irremplazable de los datos sea decisivo para quienes están implicados. Se ha dicho que enamorarse significaba sobrevalorar los minúsculos detalles marginales, por los que una mujer o un hombre se distinguen de los demás. Lo cual, por supuesto, también puede extenderse a las

obras de arte o a los caballos.<sup>72</sup> En tales contextos, parece imposible eliminar el rigor elástico (permítasenos el oximoron) del paradigma indiciario. Se trata de formas de saber que tienden a ser *mudas*, cuyas reglas, como ya hemos dicho, no se prestan con facilidad a ser articuladas formalmente, ni aun a ser expresadas. Nadie aprende el oficio del *connoisseur* o del experto en diagnosis mediante reglas. En este tipo de saber entran en juego factores que no pueden medirse: olfato, vista, intuición. Hasta ahora hemos evitado cuidadosamente esta problemática palabra, intuición. Pero puestos a utilizarla, como otra manera de describir la recapitulación instantánea del proceso racional, es preciso distinguir entre intuición *baja* e intuición *alta*.

La antigua fisiognómica árabe se basaba en la *firāsa*: una noción compleja que significaba en general la capacidad de dar el salto de lo conocido a lo desconocido por inferencia (a base de indicios, pistas).<sup>73</sup> El término fue tomado del vocabulario de la filosofía sufi; se llegó a utilizar tanto para la intuición mística como para la clase de sagacidad penetrante que se atribuía a los hijos del rey de Serendippo.<sup>74</sup> En esta segunda acepción, *firāsa* es ni más ni menos que el órgano del saber indiciario.<sup>75</sup>

Esta «intuición baja» tiene sus raíces en los sentidos (aunque va más allá de ellos), y como tal nada tiene que ver con la intuición extrasensorial de los varios irracionalismos de los siglos diecinueve y veinte. Existe en todo el mundo, sin salvedades geográficas, históricas, étnicas, de sexo o de clase; y esto significa que es muy diferente de toda forma de conocimiento «superior» restringido a una elite. Es el patrimonio de los bengalíes, expropiados de su saber por Sir William Herschel, de los cazadores, de los marineros, de las mujeres. Constituye un estrecho vínculo entre el animal humano y las otras especies animales.

## NOTAS

1. El texto original en italiano de este ensayo apareció en A. Gargani (ed.), *Crisi della ragione* (Turín: Einaudi, 1979) pp. 59-106. El autor espera poder publicar una versión ampliada y revisada en un futuro próximo.

2. Para el significado de «paradigma» véase Kuhn 1962. No forman parte de mi argumentación las especificaciones y distinciones sugeridas con posterioridad por el mismo autor (*Postscript* 1969 en Kuhn 1974:174ss.).

3. Sobre Morelli, véase ante todo Wind 1964:32-51, y las fuentes que él cita. Sobre la vida de Morelli, véase además Ginoulhiac 1940; para un nuevo examen de su método, Wollheim 1973; Zerner 1978; Previtali 1978. Por desgracia no existe un estudio general sobre Morelli. Sería útil analizar, además de sus escritos sobre historia del arte, su formación científica juvenil, sus relaciones con el mundo intelectual alemán, su amistad con el gran crítico literario italiano Francesco De Sanctis, y su participación en la vida política. Morelli propuso a De Sanctis para la cátedra de literatura italiana de Zurich (véase De Sanctis 1938). Sobre la implicación política de Morelli, véanse unas someras referencias en Spini 1956. Y acerca de la resonancia que su trabajo tuvo en Europa, véase su carta a Marco Minghetti desde Basilea, del 22 de junio de 1882: «El viejo Jacob Burckhardt, a quien visité anoche, me acogió con toda su amabilidad y se empeñó en pasar toda la velada conmigo. Es un hombre muy original, tanto en su comportamiento como en sus ideas, y también a ti te gustaría, pero congeniaría especialmente con nuestra Donna Laura. Me habló del libro de Lermolieff, como si lo supiera de memoria, y se sirvió de él para hacerme muchas preguntas, lo que me halagó sobremanera. Esta mañana nos volveremos a ver... » (Biblioteca Comunale di Bologna, Archiginnasio, Carteggio Minghetti, XXIII, 54).

4. Según Longhi 1967:234, Morelli fue «menos grande» que Cavalcaselle, «pero aun así notable», y sugiere que sus «indicaciones materialistas» convertían «su presuntuoso método en superficial e inútil desde un punto de vista estético». (Sobre las implicaciones de críticas como ésta, véase Contini 1972:117.) La desfavorable comparación con Cavalcaselle fue retomada, por ejemplo, por M. Fagiolo en Argan y Fagiolo 1974:97, 101.

5. Croce (1946:15) criticó de Morelli su «sensualismo de los detalles inmediatos y dispersos».

6. Véase Longhi 1967:321: «El sentido de la calidad, en Morelli, en el fondo, tan poco desarrollado o tan a menudo pervertido por la prepotencia de los simples actos del *connoisseur*...»; poco después define a Morelli incluso como «mediocre y funesto crítico de Gorlaw» (Gorlaw es la transcripción al ruso de Gorle, localidad cercana a Bérgamo donde vivía Morelli-Lermolieff).

7. Arnold Hauser (1959) hace una comparación más general entre los métodos «detectivescos» de Freud y los de Morelli.

8. CARD apareció por primera vez en *The Strand Magazine* V (enero-junio 1893). Por Baring-Gould 1967:208, nos enteramos que *The Strand* publicó unos meses después un artículo anónimo sobre las diferentes variedades en la oreja humana («Ears: a chapter on», *Strand Magazine* VI, julio-dicbre. 1893). Baring-Gould considera que su autor podría haber sido Conan Doyle, que publicaba el tratado antropológico de Holmes sobre las orejas. Pero este artículo sobre «Orejas» estuvo precedido por otro sobre «Manos» firmado por Beckles Wilson (*The Strand Magazine* V, enero-

junio 1893), y es de suponer que ambos artículos eran del mismo autor. Sin embargo, las ilustraciones de las posibles formas de orejas recuerdan irresistiblemente las ilustraciones de la obra de Morelli, lo que por lo menos confirma que la idea era del dominio cultural común en aquellos años.

9. Es posible que el paralelo sea más que una coincidencia. Un tío de Conan Doyle, Henry Doyle, pintor y crítico de arte, fue nombrado director de la Dublin Art Gallery en 1869 (véase Nordon 1964). En 1887, Morelli conoció a Henry Doyle, del que escribió, en una carta dirigida a Sir Henry Layard: «Lo que me dice sobre la Dublin Art Gallery me interesa mucho, sobre todo después de haber conocido en Londres al magnífico Henry Doyle, que me ha causado la mejor impresión. ... Por desgracia, en vez de gente como Doyle, ¿con qué personas solemos encontrarnos al frente de los museos europeos?» (British Museum, Add. Ms. 38965, Layard Papers. vol. XXXV c. 120v). Está demostrado el conocimiento del método de Morelli por parte de Doyle (aunque podía suponerse en un historiador del arte) con el *Catalogue of the Works of Art in the National Gallery of Ireland* de 1890, redactado por él y que utiliza el manual de Kugler, revisado detalladamente por Layard en 1887 bajo la supervisión de Morelli. La primera traducción inglesa de Morelli apareció en 1883 (véase la bibliografía, Richter 1960). La primera historia de Holmes (STUD) se publicó en 1887. Esto hace posible que Conan Doyle conociera el método de Morelli a través de su tío. De todos modos, esta suposición no es esencial, dado que es obvio que la obra de Morelli no era el único vehículo de esas ideas.

10. La única excepción es la del ensayo de Spector, que excluye, sin embargo, la existencia de cualquier relación entre el método de Morelli y el de Freud (1969:82-83).

11. En *La interpretación de los sueños* se mencionan dos ensayos de Freud sobre su relación con «Lynkeus».

12. Véase Gombrich 1966. Es curioso que Gombrich no mencione aquí el pasaje de Freud sobre Morelli.

13. La elección por Freud de este verso de Virgilio como lema ha sido interpretada de diversas maneras: véase Schoenau 1968:61-73. La interpretación más convincente es la que ofrece E. Simon: el significado del lema es que la parte oculta, invisible, de la realidad no es menos significativa que la visible. Sobre las posibles implicaciones políticas del verso de Virgilio, usado ya por Lassalle, véase el magnífico ensayo de Schorske (1980:181-207, especialmente 200-203).

14. Véase la nota necrológica de Richter sobre Morelli (Morelli 1897:xviii): «esas pistas específicas [descubiertas por Morelli]... que un maestro deja por hábito y casi inconscientemente...».

15. Véase también el apéndice bibliográfico a N. Meyer, *The Seven Percent Solution*, una novela de éxito inmerecido en la que aparecen juntos Holmes y Freud como personajes.

16. Para una distinción entre síntomas y signos o indicios, véase Segre 1975:33; Sebeok 1976.

17. Véase Baring-Gould 1967:7ss. («Two doctors and a detective: Sir Arthur Conan Doyle, John A. Watson MD, and Mr. Sherlock Holmes of Baker Street») sobre John Bell, el médico que inspiró el personaje de Holmes. Véase también Doyle 1924:25-26, 74-75.

18. Véase también Etiemble (1973), donde arguye, de manera convincente aunque paradójica, que los hombres aprendieron primero a leer y después a escribir. Sobre el tema de manera más general, véase Benjamin 1955, en especial el capítulo sobre las facultades miméticas.

19. Sobre los vínculos entre escritura y adivinación en China, véase Grenet 1963, especialmente 33-38.

20. La referencia es al tipo de inferencia que Peirce definió como «presuntiva» o «abductiva», distinguiéndola de la inducción simple. Por otra parte, Bottéro (1974:89) subraya los elementos «deductivos» de las artes adivinatorias mesopotámicas. Esta definición simplifica excesivamente (hasta el punto de deformarla) la complicada trayectoria que el propio Bottéro reconstruye tan bien. La simplificación parece ser consecuencia de una definición demasiado restringida y parcial de «ciencia», desmentida, sin embargo, por la significativa analogía entre adivinación y medicina, una disciplina que casi carece de carácter deductivo. El paralelo propuesto aquí entre las dos tendencias de la adivinación mesopotámica y el carácter mixto de la escritura cuneiforme surge de algunas de las observaciones de Bottéro.

21. Véase Diller 1932:14-42, especialmente 20ss. Su contraposición entre enfoque analógico y semiótico precisa de una corrección, interpretando este último como un «uso empírico» de la analogía: véase Melandri 1968:25ss. Según Vernant 1974:19, «el progreso político, histórico, médico, filosófico y científico implica una ruptura con una mentalidad basada en la adivinación». En este pasaje, da la impresión de que Vernant identifica adivinación con la adivinación inspirada: véase no obstante p. 11, sobre la dificultad de explicar la coexistencia, incluso en Grecia, de la adivinación inspirada y la analítica. En la p. 24 se sugiere una desvalorización implícita de la sintomatología hipocrática (véase, sin embargo, Melandri 1968:251, y sobre todo Vernant y Détienne 1978).

22. Véase Vegetti 1965:22-23. El fragmento de Alcmeón se encuentra en Timpanaro Cardini 1958, I:146ss.

23. Acerca de todo esto véase el completo estudio de Détienne y Vernant (1978). Se hace alusión a las características adivinatorias de Metis (pp. 104ss.), pero véase también, para las conexiones entre los diversos tipos de saber detallados aquí y la adivinación, pp. 145-149 (a propósito de los marineros) y pp. 270ss.; sobre la medicina, véase a partir de p. 297; sobre las relaciones entre los seguidores de Hipócrates y Tucídides, véase Vegetti 1965:59 y Diller 1932:22-23. Los vínculos entre medicina e historiografía pueden indagarse en sentido inverso; véanse los estudios sobre la «autopsia» citados por Momigliano 1975:45. La presencia de mujeres en el dominio de Metis es estudiada en Détienne y Vernant 1974:20 y 267, y será abordada en la versión definitiva de este trabajo.



24. El *conietor* era un sacerdote adivino. Aquí y en otras ocasiones mis fuentes son Timpanaro 1976, aunque le doy la vuelta, por así decirlo. En resumen, Timpanaro piensa que el psicoanálisis es demasiado parecido a la magia para ser aceptable; mientras que yo sugiero que no sólo el psicoanálisis, sino la mayoría de las denominadas ciencias humanas o sociales tienen sus raíces en una epistemología adivinatoria de la construcción del saber (véase la última sección del presente artículo). La tendencia individualizadora como la magia, y el carácter individualizador de las dos ciencias de la medicina y la filología fueron ya señalados por Timpanaro 1974: 71-73.

25. En Bloch 1945 hay un pasaje memorable sobre el carácter «probable» (es decir, no seguro) del saber histórico. Su naturaleza indirecta, dependiente de huellas o indicios, es subrayada por Pomian (1975:935-952), quien evoca implícitamente las consideraciones de Bloch sobre la importancia del método crítico elaborado por la congregación benedictina de san Mauro. El ensayo de Pomian, muy rico en observaciones agudas, termina con una breve reflexión sobre las diferencias entre «historia» y «ciencia»: no se menciona el enfoque más o menos individualizante de los varios tipos de saber (1975:951-952). Sobre los nexos entre la medicina y el saber histórico véase Foucault 1977:45; pero para otro punto de vista véase Granger 1960:206ss. La insistencia sobre el carácter individualizador del conocimiento histórico suena sospechosa, porque con excesiva frecuencia ha estado asociado al intento de basar el conocimiento histórico en la empatía, o de identificar la historia con el arte, y cosas así. Por supuesto, estas páginas están escritas con una intención completamente diferente.

26. Sobre las repercusiones de la invención de la escritura, véase Goody y Watt 1962-63, y 1977. Véase también Havelock 1973. Para la historia de la crítica textual después de la invención de la imprenta, véase Kenney 1974.

27. La distinción propuesta por Croce entre *espressione* y *estrinsecazione* artística capta, aunque sea en términos mistificados, el proceso histórico de desmaterialización del concepto de texto que he tratado de delinear aquí. La extensión de esta distinción del Arte, con mayúscula, obvia desde el punto de vista de Croce, me parece insostenible.

28. Véase Timpanaro (1963:1), quien señala que una disciplina que antes del siglo diecinueve era más un «arte» que una «ciencia», en tanto que se basaba en conjeturas (*emendatio*), se volvió más científica a través del desarrollo de la *recensio*.

29. Véase el aforismo de Bidez citado en Timpanaro 1976.

30. Véase Garin 1961: 451-464, donde discute la interpretación, propuesta por Curtius, de éste y otros pasajes de Galileo desde un punto de vista similar al mío.

31. Sobre Cesi y Ciampoli, véase más abajo; sobre Faber, véase Galilei 1935, XIII: 207.

32. Como Rossi, Naude también tildó a Mancini de ateo cabal («grand et par-fait Athée») (Pintard 1943, I:261-262).

33. Mancini 1956-1957. Mahon subraya (1947:279ss.) la importancia de Mancini como entendido de arte. Hess 1968 está lleno de buenas referencias, pero sus conclusiones son demasiado esquemáticas.

34. En la p. 82 cuenta como un diagnóstico correcto de Mancini (el enfermo era el papa Urbano VIII) fue definido como clarividencia o profecía (*seu vaticinatio, seu praedictio*).

35. El grabado plantea problemas diferentes de los de la pintura. Actualmente, en general, existe una tendencia a alejarse de la obra de arte única (los «múltiples» son un obvio ejemplo de ello); pero hay también otras tendencias que confirman la importancia de la irrepetibilidad (de actuaciones y happenings, no de obras, como con el «body art» y el «land art»).

36. Todo esto se basa, por supuesto, en Benjamin (1955), quien, no obstante, sólo habla de obras de arte figurativo. Gilson 1958:93 y especialmente 95-96 contraponen su carácter único —con una especial insistencia en la pintura— a la reproducibilidad de los textos literarios. (Debo esta referencia a Renato Turci.) Aunque Gilson la trata como una diferencia intrínseca, no histórica, como intento mostrar aquí. Un caso como el del pintor De Chirico que «falsifica» sus propias obras, demuestra que la fe de hoy en el carácter absolutamente único de una obra de arte dada tiende a desplazar la idea de la propia individualidad biológica del artista.

37. Al final de la cita he sustituido «pittura», (pintura), por «scrittura» (escritura), según requiere el contexto.

38. Estas son mis razones para mencionar a Allacci. En otro pasaje, parecido al citado aquí, Mancini habla de «los bibliotecarios, en particular los de la Vaticana», capaces de fechar manuscritos antiguos, tanto griegos como latinos (1956-57, I:106). Ninguno de estos dos pasajes figura en la versión abreviada, conocida por el *Discorso sulla pittura*, que Mancini terminó antes del 13 de noviembre de 1619 (*ibid.*: xxx; el texto del *Discorso*, 291ss.; la parte sobre «reconocimiento» de las pinturas 327-330). Allacci fue nombrado «scriptor» en la Vaticana a mediados de 1619 (Odiere 1973:129; recientes estudios sobre Allacci se indican en 128-131). En la Roma de aquella época, sólo Allacci tenía el conocimiento paleográfico de los manuscritos latinos y griegos que Mancini describe. Acerca de la importancia de las ideas de Allacci sobre paleografía véase Casamassima 1964:532, quien también menciona el nexo Allacci-Mabillon, aunque nos promete referencias más amplias en una continuación que, desgraciadamente, no llegó a aparecer. En el epistolario de Allacci, conservado en la Biblioteca Vallicelliana de Roma, no hay rastro de relaciones con Mancini, aunque es indudable que ambos formaban parte del mismo círculo intelectual, como demuestra su respectiva amistad con G.V. Rossi (véase Pintard 1943). Para la amistad entre Allacci y Maffeo Barberini antes de que éste fuera elegido papa (Urbano VIII, del que Allacci se convirtió en bibliotecario), véase Mercati 1952:26, n. 1. Mancini, como ya he dicho, fue el médico de Urbano VIII.

39. Sobre Baldi, quien escribió también unos tratados sobre fisiognómica y adivinación, véase Tronti 1963, el cual termina por citar con aprobación la desdeñosa observación de Moréri: «on peut bien le mettre dans le catalogue de ceux qui ont

écrit sur de sujets de néant». En su *Discorso sulla pittura*, escrito antes del 13 de noviembre de 1619 (véase nota 38), Mancini decía: «La propiedad individual de la escritura ha sido tratada ya por aquel noble espíritu que pasa por las manos de muchos hombres, ha intentado demostrar y decir las causas de esta propiedad, y además, por la manera de escribir, ha intentado dar preceptos sobre el temple y las costumbres de quien escribe, cosa curiosa y bella, pero un poco restringida.» 1956-57:306-307. (He sustituido «astratta» (abstracto) por «astretta» (restringida) en base al ms. 1698 (60) de la Biblioteca Universitaria de Bolonia, c. 34 r.) La identificación con Baldi sugerida arriba se enfrenta con dos dificultades: (1) la primera edición impresa del *Trattato* de Baldi apareció en Carpi en 1622 (de modo que, en 1619, no podía haber pasado «por las manos de muchos hombres»); (2) en su *Discorso*, Mancini habla de un «noble espíritu», en sus *Considerazioni* de «nobles ingenios». Ambas dificultades desaparecen, no obstante, al leer la advertencia del impresor en la primera edición del *Trattato* de Baldi: «El autor de este pequeño tratado, cuando lo hizo, no tuvo nunca la intención de que se viera en público: pero ya que determinada persona, que hacía de Secretario, con muchos escritos, cartas, y composiciones de otros, lo había hecho publicar bajo su nombre, he creído ser hombre de bien haciendo que la verdad aparezca y se dé lo suyo a quien se debe.» Mancini por lo tanto vio en primer lugar el «librito» impreso por el «Secretario» (no he podido identificarlo) y después el *Trattato* de Baldi, que de todos modos circulaba en una versión manuscrita, ligeramente diferente de la impresa (véase Biblioteca Classense, Ravenna, ms. 142, que incluye también otros escritos de Baldi).

40. Véase pp. 25-28. El pasaje aparece señalado por Schlosser 1924, como preagio del método de Morelli.

41. Véase, por ejemplo, Scalzini (1585:20): «quien se acostumbra a escribir así, en poquísimo tiempo pierde la rapidez y franqueza natural de la mano ...»; Cresci (1622:84): «... no hay que creer que estos trazos, que en sus obras presumen de haber hecho de un solo movimiento de la mano con muchas florituras ...», etc.

42. Cf. Scalzini (1585:77-78): «Pero digan por favor esos tales, que con regla y tinta reposadamente escriben, si estuvieran al servicio de algún Príncipe o Señor, al cual hiciera falta, como ordinariamente suele ocurrir, escribir en cuatro y cinco horas 40 y 50 largas cartas, y que fueren llamados a escribir en la estancia, ¿en cuánto tiempo cumplirían tal servicio?» (La polémica tiene como blanco innominados «maestros vanagloriosos», acusados de difundir un tipo de escritura oficial lento y fatigoso.)

43. «... este libro, que la Naturaleza mantiene abierto ante todo aquel que tenga ojos en la cara y en el cerebro» (citado y comentado en Raimondi 1974:23-24).

44. Véase Bottéro 1974:101, aunque él atribuye la menor frecuencia del uso en adivinación de minerales o vegetales, o incluso, hasta cierto punto, de animales, a su presunta «pauvreté formelle», antes que, más simplemente, a una actitud antropocéntrica.

45. Estas páginas forman parte de una sección redactada por Giovanni Faber, lo que no queda claro en la portada. Existe un excelente comentario sobre este volumen, que subraya su importancia, en Raimondi (1974:25ss.).

46. Mancini (1956-1957, I:107) remite a un texto de Francesco Giuntino sobre el horóscopo de Durero. (El editor de *Considerazioni* II:60, n. 483, no identifica el texto; pero véase Giuntino 1573: 269 v.)

47. Fue el propio papa Urbano quien insistió en que la descripción ilustrada fuera publicada, Lynceo 1651:599. Sobre el interés de ese grupo por la pintura de paisajes, vease Ottani Cavina 1976:139-144.

48. Véase el interesante ensayo de Raimondi (1974), que, aun siguiendo a Whitehead, tiende a quitar importancia a la oposición entre los dos paradigmas, el abstracto-matemático y el concreto-descriptivo. Sobre el contraste entre la ciencia de Bacon y la ciencia clásica, véase Kuhn 1975.

49. Sobre este tema, que aquí apenas se trata, véase el interesante libro de Hacking (1975). También es muy útil Ferriani (1978).

50. Abordo aquí, aunque con un sentido algo diferente, algunas consideraciones de Foucault (1977b:167-169).

51. Véase Winckelmann 1954, II:316 (carta del 30 de abril de 1763 a G.L. Bianconi en Roma) y nota sobre 498. La alusión a los «pequeños discernimientos» en Winckelmann 1952, I:341.

52. Esto es cierto no sólo en el caso de novelas sobre la vida primitiva y su desarrollo (*Bildungsromanen*). Desde esta perspectiva, la novela es la sucesora de la fábula. Véase Propp 1946.

53. Sobre Sercambi véase pp 347ss. El artículo de Cerulli sobre los orígenes y la difusión del *Peregrinaggio* debe de integrarse en lo que se sabe acerca de los orígenes orientales del relato, y su posterior consecuencia indirecta (a través de *Zadig*) en la novela policiaca.

54. Cerulli menciona traducciones al alemán, francés, inglés (del francés), danés (del alemán). Esta relación puede que esté revisada y tal vez ampliada, en un libro que no he podido ver (Remer 1965) en cuyas pp. 184-190 da una lista de ediciones y traducciones. (Véase Heckscher 1974:131, n.46).

55. Esto desarrolla una alusión contenida en Heckscher 1967:245, n. 11. Ambos artículos de Heckscher son extremadamente ricos en ideas y referencias; examinan los orígenes del método de Aby Warburg desde un punto de vista muy similar al mío en el presente artículo. En una versión posterior tengo el propósito de seguir el rastro de Leibniz sugerido por Heckscher.

56. Véase en general Messac 1929 (excelente, aunque hoy algo pasado de moda). Sobre el nexo entre el *Peregrinaggio* y *Zadig* véase pp. 17ss.; también pp. 211-212.

57. Véase Huxley 1881:128-148. (Se trata de una conferencia pronunciada el año anterior. Llegué a él por una referencia en Messac 1929.) En la p. 132, Huxley explica que «incluso en el sentido más restringido de 'adivinación' es obvio que la esen-

cia de la operación profética no se encuentra en su relación hacia el pasado o hacia el futuro con el transcurso del tiempo, sino en el hecho de percibir lo que está al margen de la esfera del conocimiento inmediato; la visión de lo que es invisible para el sentido natural del vidente». Y véase Gombrich 1969:35ss.

58. En la p. 25 la «joven teoría» del joven Lecoq se contrasta con la «vieja práctica» del viejo detective Gévrol, «campeón de la policía positivista» (p. 20) que se detiene en las apariencias y que, por lo tanto, no consigue ver nada.

59. Sobre el prolongado éxito popular de la frenología en Inglaterra (cuando la ciencia oficial la desdeñaba) véase Giustino 1975.

60. «Mis investigaciones me llevaron a la conclusión ... que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política» (Marx, Prefacio 1859 a *Contribución a la crítica de la economía política*).

61. Zerner (1978) sostiene, según este pasaje, que Morelli distinguía tres niveles: (a) el de las características generales de la escuela pictórica, (b) el de los detalles característicos del pintor, revelados en manos, orejas, etc., y (c) el de los manierismos introducidos no intencionadamente. De hecho, (b) y (c) podrían combinarse, como sugiere el propio Morelli al hablar del «exagerado pulgar de la mano de los hombres» que se repite en las pinturas de Tiziano, «error» que un copista hubiera evitado (1897:174).

62. Algún eco de las páginas de Mancini comentadas aquí pudo haber llegado a Morelli a través de Baldinucci (1681:7-8) y de la historia del arte italiano de Lanzi (Lanzi 1968). Hasta donde sé, Morelli no menciona nunca las *Considerazioni* de Mancini.

63. En 1885, la ley Waldeck-Rousseau decretó prisión para delincuentes de largo historial, y la expulsión para aquellos que se consideraban incorregibles. Véase Perrot 1975:68.

64. La estigmatización fue abolida en Francia en el año 1832. *El conde de Montecristo* es del año 1844, como *Los tres mosqueteros* (ambos de Alejandro Dumas); *Los miserables*, de Victor Hugo, es de 1869. La lista de ex-presidarios en la literatura de esa época podría ampliarse, tanto en lo que respecta a Francia (Vautrin, etc.), como a Gran Bretaña, especialmente con Dickens.

65. Bertillon 1893b: xlvi: «Pero donde los méritos de la oreja para la identificación aparecen más claramente es en los casos en que el tribunal requiere una seguridad de que una vieja fotografía determinada 'representa sin lugar a dudas la persona aquí presente' ... no existen dos orejas idénticas y ... si la oreja se corresponde, es prueba necesaria y suficiente de que la identidad también se corresponde, 'excepto en el caso de mellizos'.» Y véase también Bertillon 1893a (que acompaña la obra precedente), lámina 60b. Sobre la admiración de Bertillon por Sherlock Holmes, véase Lacassin 1974, 1:93 (que, en la nota 8, también cita el pasaje sobre las orejas citado antes).

66. Por su competencia en grafología, Bertillon fue llamado a consulta durante el caso Dreyfus, para que se pronunciase sobre la autenticidad del famoso memorándum. Debido a que su veredicto favoreció claramente la acusación contra Dreyfus, su carrera (según insisten sus biógrafos) resultó dañada (Lacassagne 1914:4).

67. Véase el reconocimiento en p. 4. En pp. 26-27 se refiere, además, a un precedente que nunca tomó forma práctica: un fotógrafo de San Francisco que había propuesto la identificación de los miembros de la comunidad china mediante el uso de las huellas digitales.

68. La referencia es aquí a Traube 1965; este punto ha sido señalado por Campana (1967:1028); Warburg (1932) sobre el renacimiento del antiguo paganismo (el primer ensayo data de 1893); Spitzer 1910; Bloch 1973 (primera edición 1924). Los ejemplos podrían multiplicarse: véase Agamben 1975:15 (se cita a Warburg y a Spitzer, y se menciona a Traube, en p. 10).

69. Además de los *Aforismi politici* de Campanella, que originariamente aparecieron en latín como parte de *Realis philosophia (De politica in aphorismos digesta)*, véase Canini 1625 (véase Bozza 1949:141-43, 151-52). Y véase la entrada «Aphorisme» del *Dictionnaire Littré*.

70. Aunque originariamente se utilizaba en derecho; para una breve historia del término, véase Koselleck 1969.

71. Este punto se ampliará en la versión definitiva del presente trabajo.

72. Véase *Souvenirs d'égotisme* de Stendhal (1948:51-52 trad. esp.: 341): «Victor [Jacquemont] me parece un hombre de la mayor distinción, como un entendido (*connoisseur*) en caballos (perdonad la expresión) ve un buen caballo en un potro de cuatro meses que tiene todavía las patas trabadas.» Stendhal se disculpa por utilizar la palabra de origen francés, *connoisseur*, en el sentido que había adquirido en inglés. Véase la observación de Zerner (1978:215, n.4) sobre la falta en la lengua francesa, todavía hoy, de una palabra equivalente a la inglesa *connoisseurship*.

73. Véase el valioso y penetrante libro de Mourad (1939:1-2).

74. Véase la extraordinaria aventura atribuida a Al-Shāfi'ī (en el siglo nueve del calendario cristiano) en Mourad 1939:60-61, que parece un relato de Borges. El nexo entre la *firāsa* y las hazañas de los hijos del rey de Serendippo ha sido apropiadamente puesto de relieve por Messac (1929).

75. Mourad (1939:29) da la clasificación de las ramas de la fisiognómica según el tratado de Tashkopru Zadeh (1560 d. C.): (1) ciencia popular de los lunares y las manchas; (2) quiromancia: lectura de manos; (3) escapulomancia: adivinación mediante el empleo de escápulas (omóplatos); (4) adivinación mediante huellas; (5) ciencia popular genealógica mediante el examen de extremidades y piel; (6) arte de orientarse en el desierto; (7) arte de descubrir agua; (8) arte de descubrir los lugares donde se encuentran los metales; (9) arte de predecir la lluvia; (10) predicción mediante acontecimientos pasados y presentes; (11) predicción mediante los movimientos involuntarios del cuerpo. De la p. 15 en adelante, Mourad propone una comparación muy interesante entre la fisiognómica árabe y la investigación sobre las percepciones de la individualidad por los psicólogos de la Gestalt.

## CAPITULO V

*Massimo A. Bonfantini y Giampaolo Proni*

TO GUESS OR NOT TO GUESS?

### *1. La estructura de la investigación en «A Study in Scarlet»*

Reconstruir la investigación realizada por Sherlock Holmes en *A Study in Scarlet* (STUD) no es un asunto sencillo, por dos razones como mínimo: En primer lugar, está la *estrategia del texto*. Conan Doyle no proporciona al lector los mismos datos que, en cambio, posee el detective. Estos datos sólo se revelan al final (como la respuesta al telegrama que Holmes envía en cuanto abandona el lugar del crimen), como si fueran trivialidades, mientras que en realidad son cruciales para la solución del caso. En segundo lugar, Holmes jamás nos revela en qué punto de la investigación saca sus conclusiones, ni el propósito de algunas de sus acciones o su resultado.

Lo que nos interesa ahora, sin embargo, no es un estudio de las estructuras narrativas del *thriller*, sino el *método* que en él se teoriza. Con este objeto, hemos reconstruido el *esquema* de la fábula del relato, con todos los elementos que se nos proporcionan en el curso de la narración, tanto los que el lector conoce en su momento, como los que descubre al final. Pero tampoco esta tarea carece de dificultades. Lo que Holmes observa no es lo que infiere a medida que procede, además, en tanto que conocemos la secuencia cronológica de las observaciones y de los «experimentos», pero no siempre sabemos con exactitud en qué momento se sacan determinadas conclusiones.

Este esquema es, por lo tanto, una *reconstrucción*. En al-

gunos puntos ha sido posible precisar las fases de la investigación, en otros, a causa del texto, ha sido imposible hacerlo. Ya lo iremos indicando en su momento.

1. Holmes recibe una carta de Gregson (uno de los dos detectives de Scotland Yard asignados a la investigación) en la que le pide ayuda en relación con el asesinato de Enoch J. Drebber, cuyo cadáver ha sido encontrado en una casa deshabitada de Lauriston Gardens.

2. Además de sus amplios conocimientos generales (completos y detallados), Holmes *sabe* que la noche anterior ha llovido después de una semana de no hacerlo. Un poco antes de llegar a la dirección dada, Holmes se apea del coche de alquiler y hace el último trecho a pie. *Observa* así las roderas de otro carruaje en el barro delante de la casa donde se ha cometido el crimen. La poca distancia entre las ruedas indica que se trata de un coche de alquiler. Las huellas dejadas por los cascos del caballo sugieren que el animal había quedado desatendido.

De estos datos, Holmes saca la conclusión de que el carruaje había llegado probablemente durante la noche y había sido abandonado sin que nadie lo vigilara. En ese punto, es probable que una vaga hipótesis haya comenzado a tomar forma en su mente: que el conductor del carruaje está de alguna manera implicado en el asunto, a no ser que el coche pertenezca a alguien de la policía. El texto nada nos dice a este respecto. Holmes busca otras huellas. *Observa* meticulosamente las pisadas en el sendero que conduce a la casa, y distingue, entre otras, medio tapadas y por lo tanto más antiguas, las de dos hombres, uno con botas de puntera cuadrada y otro con botas elegantes. Las botas de puntera cuadrada parecen pertenecer a un hombre joven, puesto que atraviesan de una zancada un charco de un metro veinte de ancho, mientras que las otras han dado un rodeo. De lo cual *concluye* que dos hombres entraron en la casa antes de que lo hiciera nadie más (quizá, por lo tanto, durante la noche). Uno es alto y joven y el otro va vestido a la moda.

3. Holmes se encuentra con Lestrade, el segundo hombre de Scotland Yard, y le pregunta si alguien ha llegado en coche esa mañana. Lestrade dice que no. Esto *confirma* la hipótesis de que los dos hombres llegaron por la noche en un



coche de alquiler, y que uno de ellos, presumiblemente el de las botas de puntera cuadrada, era el cochero, porque si no ¿a qué otra parte podía haber ido al dejar el coche abandonado en plena noche?

4. Holmes entra en la casa y ve la escena del crimen, con el cadáver. De inmediato encuentra una nueva *confirmación*: el hombre de las botas elegantes es la víctima. (De aquí a imaginar que el asesino es el cochero hay un corto paso, puesto que el muerto no puede ser ni uno ni otro.)

5. Holmes *observa* después diversos detalles que le sugieren algunas hipótesis:

a) El muerto tiene el rostro alterado, con una expresión de odio y de terror.

b) De sus labios se desprende un olor ligeramente amargo. Esto *puede hacer creer* que ha sido obligado a ingerir veneno. Algunos casos similares pueden ayudar a confirmarlo.

c) En la pared aparece garabateada con sangre y en toscos caracteres góticos la palabra «RACHE». Holmes llega de inmediato a la *conclusión* de que se trata de la palabra alemana que significa venganza, pero que es una añagaza para desviar las investigaciones, porque un alemán auténtico hubiera utilizado caracteres romanos para escribir en letras de imprenta.

d) Se encuentra un anillo encima de la víctima. *Esto le lleva a imaginar* que tal vez el objeto haya servido para recordar a la víctima una mujer muerta o lejana. (Holmes, además, sabe en seguida, sin que el texto nos diga por qué, que el anillo ha sido *olvidado* por el asesino y no dejado deliberadamente.)

e) En el suelo hay huellas de sangre, pero no hay rastro de lucha. De lo cual Holmes *concluye* que la sangre pertenece al asesino. Dado que sabe que los individuos de compleción sanguínea son a menudo propensos a sangrar bajo el influjo de una emoción fuerte, formula la *hipótesis* de que el asesino es un hombre robusto y de cara rubicunda.

6. Llegado a este punto, Holmes pasa a examinar atentamente toda la estancia, ayudado de una lupa y una cinta métrica.

a) *Observa* las huellas de las botas de puntera cuadrada y mide los pasos y el número de éstos. De ello *infiere* (me-

diente cálculos que él conoce) la talla del individuo, y *establece* que ha recorrido la estancia varias veces de un extremo a otro en una gran agitación, dado que la longitud de sus pasos ha ido aumentando.

b) *Observa* un montoncito de ceniza en el suelo y por ciertas características *establece* que se trata de ceniza de un cigarro Trichinopoly.

c) *Observa* que las letras de la pared muestran arañazos, de lo que *concluye* que el asesino lleva las uñas muy largas.

7. En este punto, una vez abandonada la escena del crimen, Holmes envía un telegrama. Al lector no se le dice entonces dónde lo envía, ni se le revela el texto, pero se enterará más tarde de que Holmes pide a Cleveland (la ciudad natal de Drebbler) información sobre su matrimonio, con el fin de *probar* la hipótesis sugerida por el anillo, es decir, que hay implicada una historia sentimental. No se nos dice en el texto cuándo le llega la respuesta, pero es seguro que sucede antes de la fase 10, cuando Holmes ordena buscar a Jefferson Hope entre los cocheros de punto de Londres, pues en la respuesta se le informa de que en una ocasión Drebbler había solicitado protección de la policía contra un rival en amor, un tal Jefferson Hope.

8. Sherlock Holmes va a visitar a John Rance, el policía que ha descubierto el cadáver durante su ronda nocturna, y le *interroga*. Esto nos da una prueba textual de que Holmes ya piensa en el cochero como responsable del crimen: le pregunta a Rance si al salir de la casa donde había encontrado la víctima se había cruzado con alguien en el camino y, al enterarse de que había visto a un borracho, le pregunta si por casualidad llevaba un látigo y si había visto un coche. Rance responde negativamente a ambas preguntas y describe al borracho como un hombre alto y embozado. Esto *confirma* adicionalmente la hipótesis de Holmes: el asesino regresó a la casa para recoger el anillo, pero se encontró con el policía. Entonces fingió estar borracho.

9. Holmes pone un anuncio en el periódico, a nombre de Watson, en el que informa que ha encontrado un anillo de oro en las cercanías de Lauriston Gardens. Intenta, *mediante esta estratagema, atraer al asesino*, incapaz de imaginarse que un ciudadano corriente haya podido relacionar el anillo con

el asesinato, anillo que por lo tanto debió perder en la calle. En resumen, la *estratagema fracasa*, porque quien acude al anuncio no es el individuo alto, sino una anciana, que recoge el anillo y consigue zafarse de Holmes.

10. Holmes se lanza sobre otra pista: encarga a una pandilla de golfillos (los famosos «irregulares de Baker Street») que busquen a un cochero llamado Jefferson Hope, que responda a la descripción que ha establecido. Ya ha llegado a la *conclusión* de que J.H. es el asesino y que, como cochero de punto, disponía de un medio excelente para rastrear a su víctima en Londres. *Supone*, además, que J.H. no ha dejado su actividad de cochero para no levantar sospechas, a los pocos días del crimen, y que no ha cambiado de nombre porque en Londres nadie le conoce.

11. En este punto, tiene lugar un golpe teatral: se descubre una nueva víctima, apuñalada en el corazón. Se trata de Stargeson, secretario de Drebbler, a quien no había sido posible encontrar. Este asesinato también ha sido «firmado» RACHE. En el contexto de la historia, el nuevo asesinato parece dar al traste con todas las investigaciones. En realidad, si se examina bien, el hecho confirma todas las hipótesis de Holmes.

a) Un botones del hotel ha visto escapar al asesino y *confirma* que se trata de un hombre alto y de complexión fuerte.

b) Un telegrama en poder de Stargeson *confirma* que «J.H. se encuentra en Europa». (En ese punto del relato, no sabemos todavía quien es J.H., pero Holmes sí.)

c) Una cajita que contiene dos píldoras *confirma* el uso (esta vez, el intento de uso) de veneno.

12. Después del segundo asesinato, la policía parece estar completamente desorientada, pero la solución del drama está muy cerca: Lestrade casi no ha terminado de relatar el segundo asesinato, cuando llega un cochero, llamado por Holmes, a buscar cierto equipaje; el detective lo esposa y lo entrega a los policías: se trata del asesino. El lector, que todavía no sabe nada de Jefferson Hope, queda asombrado, al igual que el resto de los personajes. Sherlock Holmes siguiendo su misterioso hilo rojo ha llegado a la *prueba final, que confirma todas sus hipótesis*. J.H. confiesa en el acto.

Podrían hacerse algunas observaciones a este esquema; en primer lugar, lo que se suele definir como *suspense* es clara-

mente un artificio del texto. Una vez que el lector conoce todo lo que se supone que conoce Holmes no tiene ninguna dificultad en llegar a las mismas conclusiones. Quienes no conocen, o no recuerdan, el texto, deben tener presente que el lector no se entera hasta el final tanto del contenido del telegrama de Cleveland, como del hecho de que el caballo quedara sin vigilancia. El primer detalle es más importante que el segundo. Una vez que se sabe que la víctima había sido amenazada por un tal Jefferson Hope, no es muy difícil relacionarlo con el crimen.

En segundo lugar, quisiéramos subrayar (y con este objeto hemos puesto en cursivas los diversos tipos de operación que forman la trama de la investigación) las fases del proceso indagatorio. Holmes lleva a cabo varios tipos de operaciones: por una parte, *observa*, por otra, *concluye*, *infiere*, formula hipótesis en suma, construye teorías, y después *encuentra* y *organiza hechos que confirman* estas teorías.

Por último, vemos que Holmes opera, además, a un doble nivel. Por una parte, *recoge datos*, y por otra, *pone en marcha estratagemas* con el fin de atrapar al culpable.

## 2. Holmes comparado con Peirce

En cuanto a los tres tipos de consideración suscitados por el esquema, dejemos de lado el último, que concierne más a las operaciones destinadas a la *captura* del criminal que a su descubrimiento e *identificación*. Concentremos, en cambio, nuestra atención en el segundo tipo de consideraciones: la estructura del proceso de investigación de Holmes. Cualquiera que conozca la obra de Peirce no encontrará dificultad en advertir la perfecta correspondencia estructural entre la lógica de la investigación según Holmes y la lógica del proceso del conocimiento en general y de la ciencia en particular según Peirce.

Con una simple relectura de las líneas básicas que resumen las operaciones indagatorias realizadas por Holmes en *STUD*, el lector versado en Peirce verá en seguida cómo las tres fases típicas del proceso cognoscitivo se entrelazan, se suceden una a otra y se combinan en él; para Peirce estas tres

fases corresponden a las tres clases de inferencia: inducción, abducción (o hipótesis), y deducción. En suma, Holmes empieza por observar, registrar y encajar diversos datos observacionales (*inducción*); después adelanta hipótesis que expliquen o interpreten los hechos observados con el fin de identificar las *causas posibles* de los acontecimientos resultantes (*abducción*); expone analíticamente las consecuencias necesariamente inherentes a las hipótesis postuladas (*deducción*); somete las hipótesis y las consecuencias deducidas de ellas a una prueba de observación y, en sentido lato, «experimental» (*inducción*). De este modo, las hipótesis, concebidas y seleccionadas una por una, terminan por formar una red que converge en la identificación de la hipótesis fundamental: la identidad del asesino.

No obstante, la perfecta correspondencia entre Holmes y Peirce en el *modo* de entender la estructura lógica en su complejo proceso cognoscitivo no significa en sí misma una perfecta identidad de *método*. De hecho, a Peirce (si le entendemos correctamente) la correspondencia le hubiera parecido (o le hubiera debido parecer) perfectamente natural y casi consabida. En el segundo de sus dos ensayos anti-cartesianos de 1868, *Some Consequences of Four Incapacities*, Peirce trata de demostrar que a un ser humano le es imposible llevar a cabo un acto psíquico, del tipo que sea y, con mayor razón, nada que se parezca a un proceso cognoscitivo, ya sea válido o no, *sin recurrir* a las tres clases obligadas y obligantes de razonamiento: *inducción, deducción y abducción*. Así, dado que para Peirce el entrelazamiento de las tres fases de la inferencia constituye una constante común, tanto en los problemas de la vida cotidiana, como en la investigación especializada y en la propiamente científica, no es de extrañar que una prolija ilustración de los procedimientos de averiguación policial revele la presencia de las tres clases canónicas de inferencia.

En suma, si lo interpretamos correctamente, el espíritu de Peirce se dirigiría al de Holmes (esto es, al de Conan Doyle) y le diría:

Descubrir que conocemos a través de la combinación de tres formas fundamentales de inferencia es dar un paso necesario pero no

plenamente suficiente hacia la clarificación de un *método* científico. Las tres clases de argumentación se conocen explícitamente desde los tiempos de los griegos. Yo las he hallado en el *Organon* de Aristóteles. Y desde Galileo, por lo menos, existe la conciencia generalizada de que el método de la ciencia es hipotético-deductivo-experimental. Ahora bien, el método científico, tal como lo reconozco en la práctica de los hombres de ciencia y tal como lo recomiendo en mis reflexiones filosóficas, está vinculado con la tradición de Galileo, a la que hace más específica, de mayor alcance y más innovadora. Los refinamientos y ampliaciones de la *inducción* (mediante instrumentos y técnicas de observación y experimentación) y de la *deducción* (mediante la formalización de la lógica analítica y los progresos de las matemáticas) son conocidos, aceptados y universalmente reconocidos.

Pero yo insisto, sobre todo, en la importancia de la función de la *abducción*, de la hipótesis. Al subrayar, en contra de la tradición cartesiana, que todos nuestros conocimientos tienen una base hipotética, por una parte pongo de relieve su falibilidad intrínseca, pero por otra proclamo la necesidad de poner resueltamente la abducción en el puesto de mando del proceso cognoscitivo en general y sobre todo del proceso científico, puesto que sólo mediante la hipótesis, mediante abducciones nuevas y más osadas, podemos descubrir nuevas verdades, por aproximadas y provisionales que sean; sólo mediante nuevas hipótesis podemos ampliar nuestra visión de lo real y descubrir nuevos caminos de experiencia, ofrecer material nuevo para el banco de pruebas de la experimentación. Ahora, al estudiar detenidamente su método, tal como usted lo teoriza y lo practica en sus investigaciones, querido Holmes, me pregunto si concuerda o no en sus líneas fundamentales con el mío, o si las posibles divergencias son de tal especie que ambos podemos beneficiarnos corrigiendo alguna de nuestras respectivas unilateralidades dogmáticas.

### 3. *La abducción según Holmes*

Pasemos ahora a analizar con mayor detenimiento los rasgos característicos de la investigación de Holmes. Ante todo, Holmes podría alegar a su favor un uso eficaz, altamente consciente, metódico y sistemático de las tres modalidades de inferencia. Y, *por lo tanto*, el uso de un método que tiene todo el derecho de definirse más «científico» que el de sus colegas «oficiales». No cabe duda de que Holmes es más preciso, más cuidadoso y más atento en la fase de la observación. Ve y registra muchas más cosas y no descuida (y éste es un punto

sobre el que insiste mucho cuando explica su método a Watson) los detalles aparentemente menores de la escena del crimen. Analiza y compara lo que está *implícito* en los diversos resultados de sus observaciones. Combina y enlaza de modo consecuente, sin dejar de tener en cuenta los diversos aspectos del problema, las diferentes series de hipótesis que formula de manera gradual.

Es precisamente en el modo de entender la función de las hipótesis, o abducciones, en el proceso de descubrimiento en conjunto donde debe centrarse la comparación entre Holmes y Peirce. Resulta inmediatamente evidente una *convergencia*: tanto para Holmes como para Peirce las abducciones, la invención de hipótesis acerca de las causas desconocidas de los hechos resultantes constituyen el momento decisivo de la investigación.

Holmes es extremadamente explícito sobre esto. En el último capítulo de STUD, explica a Watson que todo el secreto de la solución de los problemas de la investigación policíaca reside en la «capacidad de razonar hacia atrás». Añade que este uso de las inferencias es poco practicado por la gente común porque

... en los asuntos de la vida cotidiana es más útil razonar hacia adelante, y por eso la otra manera se descuida. [...] La mayoría de las personas, si se les describe una sucesión de hechos, le anunciarán cuál va a ser el resultado. [...] Sin embargo, son pocas las personas que, si se les cuenta el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia conciencia los pasos que condujeron a ese resultado.

Además, al discutir con Watson sobre el significado global de la investigación de STUD, en las primeras páginas de SIGN, Holmes afirma categóricamente:

El único punto del caso digno de mención fue el curioso razonamiento analítico de los efectos a las causas, por el que logré dilucidarlo.

Todo esto es tan indudable como obvio. Que en una investigación policíaca debe remontarse a las causas, a los orígenes —y por lo tanto, para decirlo con los términos cultos de Peirce, no de Holmes, basarse ante todo en la *retroduc-*

*ción* o *abducción*—, es indiscutible. La cuestión está en elucidar si el tipo de abducción implicada en la investigación policial es idéntica, o similar, o diferente por completo del tipo de abducciones implicadas en la investigación teórica científica que, es de presumir, interesaba más a Peirce. Que puede haber cierta diferencia entre los dos tipos de abducción podría suponerse *a priori*, teniendo en cuenta la diferencia de objetivos de los dos tipos de investigación. En la investigación policial el objetivo es remontarse de un hecho *particular* a su *causa particular*, mientras que en la investigación científica el fin es encontrar una ley teórica fundamental de aplicación general, o bien (más a menudo) encajar un hecho anómalo en el campo de aplicación de una ley fundamental mediante la reordenación de las leyes «intermedias».

Si ahora observamos el modo de proceder de Holmes, nos damos cuenta de que no busca en leyes universales ni específicas de la criminología. Usa, sin embargo, *leyes experimentales* altamente consolidadas: a menudo recurre a los sólidos códigos referenciales propios de las ciencias más observacionales, más taxonómicas, más «semióticas», menos impregnadas de sofisticación teórica y más cercanas al sentido común (para usar la útil distinción entre los distintos tipos de ciencia introducida en los capítulos centrales de la *Théorie physique* de Duhem). Y la manera en que Holmes recurre a la experiencia es muy diferente de la que es característica en las «ciencias muy teóricas», como, para citar el ejemplo por excelencia, la física, especialmente la física contemporánea. Las suyas son *observaciones precisas* de hechos en su manifestación espontánea más que *reconstrucciones experimentales* de hechos artificialmente preparados, seleccionados y «purificados», en los que el experimento está colmado de teoría y ha sido planeado específicamente de acuerdo con una hipótesis inicial.

Las abducciones de Holmes son coherentes con su función «institucional» y *por lo tanto* son de un tipo distinto de al menos *algunas* de las abducciones que (a) son características de la investigación teórica científica y, por consiguiente, (b) ocupan un lugar central en el pensamiento filosófico de Peirce. Esta tesis comienza ahora a parecer bastante plausible. Pero hace falta precisarla ulteriormente.



Podemos decir, en síntesis, que las hipótesis individuales de Holmes, los pasos individuales de su compleja «trama» retroductiva, pueden clasificarse en una de las cuatro clases siguientes:

1. Se apoyan en los sólidos códigos referenciales propios de determinadas ciencias experimentales o de ciertos sectores bien consolidados e institucionalizados de las ciencias experimentales, que, según nos dice Watson en el segundo capítulo de *STUD*, se cuentan entre el sólido bagaje de conocimientos de Holmes (botánica, geología, química, anatomía; y podemos añadir fisiología y semiótica médica).

2. Se apoyan en sólidos códigos referenciales pertenecientes a áreas especiales de conocimiento y de técnicas de clasificación e identificación que el propio Holmes ha elaborado y reorganizado (como se nos dice en el primer capítulo de *SIGN*) en monografías sobre temas tales como la manera de distinguir distintos tipos de cenizas según los tabacos, de sacar moldes de huellas y de correlacionar ciertas deformaciones típicas de las manos con determinados oficios o profesiones.

3. Se apoyan en vastos y bien organizados repertorios de conocimiento descriptivo concerniente a los usos de la vida cotidiana.

4. Se apoyan en el simple sentido común corriente o en el saber común relativo a la lógica del comportamiento.

Basta citar ciertos ejemplos de *STUD*. La hipótesis de que la víctima había sido envenenada pertenece evidentemente a la clase 1; la hipótesis relativa al calzado del asesino, al igual que la proverbial afirmación de que «el asesino fumaba un cigarro *Trichinopoly*», pertenecen obviamente a la clase 2; la identificación de que la distancia entre ruedas correspondía a un coche de punto, pertenece a la clase 3; la sospecha respecto a Jefferson Hope, sabiendo que la víctima había pedido protección contra él y que J.H. había tenido rivalidades amorosas con la víctima, pertenece por supuesto a la clase 4.

Todas estas abducciones poseen dos características bastante obvias: *simplicidad* y *solidez*. Son todas muy probables o, por lo menos, muy plausibles y absolutamente «sensatas», de acuerdo con el criterio común y el saber «normal» (en un significado del adjetivo más amplio y socialmente más con-

solidado del que le atribuye Kuhn (1962) en la expresión «ciencia normal»).

Todas estas abducciones de Holmes carecen, de manera muy clara, de *gran originalidad*. Carecen de riesgo y de osadía creativa, y por tanto, en cierto modo, de lo que se suele llamar genialidad. De modo similar, el análisis, la concate nación, la comparación y la combinación de cada uno de los pasos hipotéticos por los que Holmes llega a la solución de sus problemas es siempre simple y lineal. Holmes tiene plena conciencia de ello. No cesa de repetir a Watson lo *simple* y *elemental* que es cada uno de sus pasos y, también, su procedimiento en conjunto. Hacia el final del tercer capítulo de *STUD*, Holmes hace una declaración, que no es de modestia, sino de preciso reconocimiento del propio hábito profesional, cuando observa que «dicen que el genio es la capacidad infinita de ser meticuloso. Es una definición muy mala, pero válida para el trabajo del detective».

El detective soluciona enigmas, y no interpreta hechos «opacos». Su arte abductiva debe ser por tanto la que corresponde a los *enigmas*, no a la *hermenéutica*. La resolución de un enigma, al igual que la labor del detective, requiere una capacidad de observación aguda y un conocimiento enciclopédico amplio para tener a mano *el conjunto finito y predefinido de explicaciones hipotéticas inmediatamente, indicialmente, posibles*. Después, hace falta entrenamiento en cálculo lógico, frialdad y *paciencia* para comparar y seleccionar las hipótesis hasta dar con la línea interpretativa que ofrezca la única *solución que encaja en todas las pistas*.

El relato *DANC* no es sólo un homenaje de Conan Doyle al Poe de *The gold bug* (*El escarabajo de oro*), sino que, además, es un intento de mostrar cómo el arte del detective se parece mucho al del desciframiento criptográfico, o mejor dicho comprende esta disciplina. El pensamiento de Conan Doyle-Holmes puede expresarse así: el código de los indicios es casi tan sólido y tan regular en su nexo de causa a efecto como los códigos de los lenguajes cifrados respecto al paso de «claro» a «cifrado». En las pesquisas del detective es necesario combinar los códigos conocidos o disponibles para identificar el hecho oculto por cruzamiento; en el desciframiento es necesario, en cambio, hacer pruebas con los diver-

sos códigos imaginables hasta dar con el que nos permite leer el texto. Pero, visto de cerca, el trabajo del detective es un arte combinatorio que toma como su nivel de base, su plataforma de lanzamiento, el *desciframiento de datos*, del que el desciframiento criptográfico no es más que un caso extremo más «estilizado» y ejemplarmente difícil.

Tratemos de sacar una conclusión: el estilo de las abducciones de Holmes puede resumirse como un hábito de rigor que (1) obedece a un *imperativo* de simplicidad y de plausibilidad según criterios lógicos y empíricos firmemente establecidos en la sociedad y que (2) obedece a una *prohibición* complementaria: ¡no pretender adivinar jamás! (como Holmes proclama, por ejemplo, hacia el final del primer capítulo de SIGN). Esta prohibición no implica sólo el rechazo de hipótesis injustificadas, sino también el rechazo de hipótesis justificadas mediante la invención de principios de explicación nuevos y no aceptados comúnmente.

Holmes se niega la originalidad teórica y creativa porque su tarea institucional no la admite: la culpabilidad de un individuo tiene que ser demostrada sobre la base de interpretaciones bien verificadas —según códigos comúnmente aceptados— de hechos ciertos. No se admite la introducción de leyes teóricas nuevas y audaces, porque sería demasiado «arriesgado». Una hipótesis teórica audaz podría dar pie a un fértil programa de investigación, pero en el momento de proponerla es por definición arbitraria, y sería por tanto *arbitrario* condenar a una persona basándose en ello, es decir, en una hipótesis que queda al margen de una legalidad y uniformidad reconocidas y verificadas pública y comúnmente.

#### 4. La abducción según Peirce

A este respecto es fácil entender cómo es que Holmes y Peirce valoran aspectos *opuestos* de la abducción. Peirce exalta el carácter intrínsecamente original, creativo e innovador de la abducción, mientras que Holmes exige que la abducción se mantenga lo más cerca posible de los códigos y las leyes reconocidos. Holmes afirma que deben evitarse los riesgos, que la abducción nunca debe ser el resultado de una tentati-

va de adivinación. Peirce, en cambio, tiene presente que, tanto en las decisiones súbitas e inesperadas de la vida cotidiana, como en la apertura de nuevos caminos al descubrimiento científico, se precisan abducciones osadas y arriesgadas: ¡Es imposible hacer nada sin adivinar! El hecho es que Holmes y Peirce tienen en mente dos tipos distintos de abducción y dos funciones diferentes de la hipótesis. Dos funciones que en una primera aproximación podrían relacionarse respectivamente con la ciencia «normal» y con la ciencia «revolucionaria», en el sentido de Kuhn.

Ahora bien, es probable que no se encuentre en Peirce una teorización consciente y explícita de los diversos tipos de abducción. Sin embargo, en base a sus propias indicaciones, es posible esbozar una tipología de las abducciones que servirá para especificar los términos de nuestro discurso. De hecho, de los textos de Peirce se desprende que, aunque la abducción es algo presente en todos los instantes de la vida psíquica, existen, sin embargo, diferentes grados de libertad y creatividad en la «oriencia» \* abductiva.

La abducción está presente, en su nivel más bajo de creatividad, en la sensación misma, se nos dice en *Some Consequences of Four Incapacities*. Peirce rechaza la tesis de que la sensación es una primera o inmediata «impresión de los sentidos», y muestra cómo ésta, en realidad, es una interpretación selectiva y unificadora de diversas impresiones ejercidas por el estímulo sobre diversos nervios y centros nerviosos. Por lo tanto, que la sensación tiene la misma forma lógica y desempeña la misma función de un predicado simple que se atribuye a una cosa en lugar de un predicado complejo, es decir, es perfectamente análoga a la hipótesis. La única diferencia estriba en que la hipótesis del juicio real se basa en argumentos racionales, mientras que la hipótesis de la sensación o «signo mental natural» es, desde el punto de vista racional, «arbitraria», puesto que está meramente determinada «por la constitución de nuestra naturaleza». «De ahí que la clase de inferencias hipotéticas, a las que se asemeja la aparición de una sensación, es la del razonamiento de la definición a definitum» (5.291).

\* Neologismo creado por los autores de este ensayo a partir del verbo latino *orior*, para indicar el proceso de formación de la abducción.

Tratemos de elucidar este punto tan importante del pensamiento de Peirce con un ejemplo del razonamiento de la definición a definitum, demostrando, además, que la sensación sigue el mismo esquema. Según unas convenciones arbitrarias pero rígidas de la lengua italiana, el término *scapolo* (soltero) significa siempre y debe usarse siempre y solamente para significar «una persona del sexo masculino que nunca ha contraído matrimonio». La expresión entre comillas es por lo tanto la definición obligada del término *scapolo*. De modo que cuando yo quiera decir con brevedad que determinado individuo es «una persona del sexo masculino que nunca ha contraído matrimonio», me convendrá subsumir este significado bajo el término *scapolo*, en lugar de emplear una paráfrasis complicada. Por lo tanto, si recuerdo la norma lingüística, puedo remontarme de la complejidad de la definición a la multiplicidad del término definido: así, el individuo en cuestión será calificado mediante un predicado simple en vez de un predicado complejo. El esquema del proceso argumentativo es el siguiente:

Para todos los individuos,  
el que un individuo sea un *scapolo*  
significa necesariamente  
que el tal individuo es *una persona del sexo masculino que nunca ha contraído matrimonio*;  
pero Fulano es *una persona del sexo masculino que nunca ha contraído matrimonio*; por lo tanto, Fulano es *scapolo*.

En el caso de la sensación, en virtud de la constitución de nuestra naturaleza, de la estructura de nuestro aparato sensorial y de nuestro sistema nervioso, una determinada sensación de color, el rojo por ejemplo, surge siempre y necesariamente como resultado del impacto de una serie de impresiones de un tipo dado en el ojo. De ahí que una sensación expresable en términos de «esto es rojo» sea siempre y necesariamente el resultado de una serie de impresiones sensoriales expresables en los términos: «Esto estimula el nervio óptico en momentos sucesivos de tal y tal manera, con tal y tal duración y tal y tal intensidad.» Así, cuando surgen impresiones sensoriales de este tipo en cualquier ocasión dada, el organismo se ve obligado a recorrer de nuevo el camino que

va de las impresiones a las sensaciones de una manera determinada por nuestra constitución orgánica. De todas formas, en la transición de las impresiones a la sensación pasamos de lo expresable mediante un predicado complejo a lo expresable con un predicado simple. El esquema del proceso inferencial es el siguiente:

Para todos los entes actuales,  
el que un ente dado sea *rojo*  
implica necesariamente  
que ese ente *estimula el nervio óptico en momentos sucesivos de tal y tal manera, con tal y tal duración y tal y tal intensidad.*

Pero este ente *estimula el nervio óptico en momentos sucesivos de tal y tal manera, con tal y tal duración y tal y tal intensidad*; por lo tanto este ente es *rojo*.

En el polo opuesto de estas abducciones «bajas», Peirce sitúa las abducciones científicamente significativas y cita en diversos puntos y con especial satisfacción la hipótesis de Kepler. La inferencia por la que Kepler llega a la (hipotética) conclusión de que la órbita de Marte es elíptica puede presentarse esquemáticamente en los siguientes términos:

Para todos los cuerpos en movimiento,  
el hecho de que un cuerpo determinado se mueva describiendo una órbita elíptica  
implica

que ese cuerpo pasa por unas posiciones dadas geoméricamente determinadas de tal y tal manera.

Pero Marte pasa por unas posiciones dadas geoméricamente determinadas de tal y tal manera;

por lo tanto, Marte se mueve describiendo una órbita elíptica.

Esta disposición refleja la forma típica de abducción como razonamiento del consecuente al antecedente. Todas las abducciones tienen esta forma. Como hemos visto, el proceso inferencial que da lugar a la sensación y el razonamiento de definición a definitum son reconducibles a esta forma. Pero, ni la aparición de una sensación (en nuestro ejemplo, la sensación de *rojo*), ni la identificación del término definido (en

nuestro ejemplo, el término *scapolo*) brillan como conclusiones particularmente originales o innovadoras. Al contrario, son conclusiones obvias, repetitivas, incluso obligadas. En cambio, la inferencia de Kepler, escribe Peirce, es un «ejemplo eterno» (2.96). Pero, ¿en qué aspecto? ¿Quizá sólo porque Kepler aplicó la forma canónica de abducción? Difícilmente podría decirse esto, dado que esta forma, siempre idéntica, puede dar lugar también a conclusiones muy banales. Y sin embargo, Peirce escribe: «La Abducción es ... la única clase de argumento que da origen a una nueva idea» (2.96). ¿Dónde está la magia creativa de esta forma de inferencia? ¿Y es siempre tan creativa la abducción?

Tratemos de desenredar un poco estos problemas.

1. En primer lugar, la abducción es una inferencia. Es decir, el último paso del argumento abductivo consiste en sacar una conclusión de dos premisas. A este respecto, la abducción es tan formal y mecánica como la deducción y la inducción: la forma en que se saca la conclusión está rígidamente gobernada por una regla. También en ese aspecto la abducción no es más original ni inventiva que la deducción o la inducción. Tampoco da la impresión de que existan motivos para creer que una u otra de las inferencias sea psicológicamente más fácil o difícil que la otra. Cuando tengo ante mí las dos premisas específicamente adecuadas, si las reconozco como tales y me acuerdo de la regla inferencial específica, me encontraré de inmediato en situación de sacar mi conclusión: deductiva, inductiva o abductiva. En otras palabras, para usar la terminología de Peirce, resulta tan mecánico o automático derivar la *regla* del caso y del resultado (inducción), como derivar el *resultado* de la regla y del caso (deducción), o el *caso* de la regla y del resultado (abducción).

2. Sin embargo, la conclusión abductiva, aunque proceda de un modo tan automático como la deducción a partir de las premisas, formalmente no sólo simplifica el contenido semántico de éstas, sino que genera una recomposición de este contenido. Por lo tanto, la abducción es «sintética» e innovadora y, como tal, contiene también un elemento de riesgo, puesto que el valor de verdad de la conclusión abductiva no está normalmente *determinado* por la validez de las premisas (es decir, las premisas pueden ser ciertas y la conclusión

falsa). La abducción consiste en atribuir al sujeto de la investigación, identificado en la premisa que expresa el «resultado», características expresadas en la prótasis o antecedente de la premisa mayor o regla. Por tanto, es fácil de comprender que tanto el elemento de riesgo, adicional respecto al que pueden contener las premisas, como el grado de innovación de la conclusión abductiva dependen de las relaciones entre las dos proposiciones (antecedente y consecuente) que constituyen la premisa mayor.

En el caso de la abducción de Kepler, la conclusión era arriesgada porque, aunque es cierto que una elipse comprende unas posiciones geométricas determinadas de tal y tal manera, no era posible asumir que estas posiciones debían estar comprendidas sólo y necesariamente en la elipse. Naturalmente, a medida que Kepler aumentaba el número de posiciones registradas y que éstas demostraban ser coherentes con una elipse, el riesgo de error adicional de la conclusión disminuía, porque aumentaba la implicación recíproca entre el antecedente y el consecuente de la premisa mayor. Cuando la implicación recíproca entre antecedente y consecuente es *total*, es decir, cuando su relación puede expresarse en los términos *si y sólo si p, entonces q*, es decir, cuando se da una relación de correspondencia biunívoca sin excepción entre lo expresado en el antecedente y lo expresado en el consecuente, o, en otros términos, cuando el antecedente no se da sin el consecuente o el consecuente sin el antecedente, entonces la hipótesis es aparente: no expresa ningún riesgo adicional y se puede llegar a la misma conclusión de la abducción invirtiendo la relación entre las dos proposiciones de la premisa mayor, por deducción. Las abducciones que dan lugar a la sensación o a un término definido se aproximan mucho a esta clase degenerada.

3. Si el grado de innovación de la conclusión abductiva depende del tenor de la premisa mayor, es obvio que el potencial de invención o de descubrimiento o de creatividad del razonamiento abductivo no reside en la inferencia, sino en la *interpretación* del dato o «resultado», que es considerado como una ocurrencia particular de la consecuencia típica de una ley o principio general. En otras palabras, el proceso heurístico que da lugar a la abducción tiene el dato como punto



de partida. Para justificar o explicar este dato debo considerarlo consecuencia de un principio general. Una vez identificado este principio general, la conclusión, como asección del antecedente aplicado al sujeto de la investigación, sigue de forma mecánica. Lo que debo buscar y hallar es, por lo tanto, el principio general o premisa mayor. En la selección de la premisa mayor, o más precisamente, de su prótasis o antecedente, se ejercita toda la imaginación creativa del investigador, y ahí es donde se encuentran las raíces de la mayor o menor innovación de la conclusión abductiva. En líneas generales, podría decirse que cuanto más insólito es el emparejamiento entre consecuente y antecedente, o cuanto más distantes son sus respectivos campos semánticos, tanto más innovadora resultará la abducción. Es evidente que no llegaremos muy lejos con la observación (que sirve de premisa mayor) de que «todas las judías del saco son blancas» para explicar la existencia de unas judías blancas en la despensa y sacar después la conclusión de que las judías blancas provienen de aquel saco. Aquí, de hecho, realmente nos encontramos en el dominio de las observaciones más próximas al dato.

En cambio, la premisa mayor introducida por Kepler tiene cierta audacia: refleja la valentía de emprender un camino no del todo trillado, puesto que, ante los resultados observados, Kepler rompe con un modo tradicional de pensar, que pretendía que el movimiento de los planetas era circular, y busca una curva que pueda comprender como propios todos los puntos registrados. Sin embargo, no debe sobreestimarse la originalidad de la hipótesis de Kepler, porque la ley expresada en su premisa mayor no es una invención creativa, sino más bien el hallazgo ingenioso y oportuno de un principio perfectamente conocido. La originalidad de Kepler reside en la selección del principio adecuado (entre los muchos abstractamente posibles y *conocidos*) para explicar una consecuencia como la expresada en el hallazgo del «resultado». En realidad, el principio estaba bastante a mano, en el sentido de que no implicaba un salto semántico del consecuente al antecedente. La innovación de la abducción es más marcada cuando la premisa mayor conecta el resultado con una causa posible remota e «improbable». Y la innovación de la abducción es todavía más clara y más acusada cuando el principio

expresado en la premisa mayor es una ley teórica *nueva* y no una ley científica aceptada universalmente. En tal caso la conclusión abductiva es «una idea nueva» en términos absolutos: no sólo es nueva la aplicación del principio general al sujeto de la investigación, sino que también lo es el principio mismo; por lo tanto, la conclusión no estaba incluida ni siquiera potencialmente en el patrimonio de conocimiento *existente*. Un ejemplo de este tipo de abducción, que es el más fecundo en la investigación científica, es el proceso de razonamiento con el que Bohr interpretó el misterio de la discontinuidad en las líneas del espectro del hidrógeno (cf. Bonfantini y Macciò 1977:88-102).

##### 5. Peirce más allá de Peirce: dos conclusiones

1. Resumiendo y simplificando el resultado de esta discusión, cabe decir que es necesario distinguir tres tipos principales de abducción, con tres grandes ascendentes de originalidad y creatividad:

*Primer tipo de abducción:* la ley mediadora a emplear para inferir el caso del resultado viene dada de una manera obliqua y automática o semiautomática;

*Segundo tipo de abducción:* la ley mediadora a emplear para inferir el caso del resultado se encuentra por selección en la enciclopedia disponible;

*Tercer tipo de abducción:* la ley mediadora a emplear para inferir el caso del resultado es enunciada *ex novo*, inventada. En este tipo de abducción hay auténtica adivinación.

2. ¿Cuál es la base de la adivinación? ¿Y cómo se explica que las conjeturas acierten con tanta frecuencia?

Peirce responde a estas preguntas con su teoría de la inclinación natural, arraigada y acumulada biológicamente en el hombre en el curso de la evolución: *lume naturale*, modelado de continuo y cada vez más por la influencia de las leyes de la naturaleza y por lo tanto cada vez más capaz espontáneamente de reflejar, por una secreta afinidad, los esquemas de la realidad. Esta teoría de Peirce es casi imposible de defender científicamente, en cuanto implica la herencia biológica de caracteres culturales adquiridos culturalmente, cuan-

do incluso la herencia de los caracteres físicos adquiridos físicamente no es aceptable desde el punto de vista científico (por lo menos en el estado actual del conocimiento, y con el permiso de Lysenko). En realidad, Peirce roza aquí la tesis de la *filosofía influyente*. A nuestro parecer, es necesario transformar la teoría de Peirce poniendo la expresión *lume culturale* en lugar de *lume naturale*, que, además de estar impregnada de mala metafísica, es demasiado genérica en el sentido de que lo explica todo y no explica nada.

Cuando los hombres tienen que intentar adivinar, están guiados por visiones sistemáticas y complejas de la realidad, *concepciones filosóficas*, de las que son conscientes de una manera más o menos clara pero que, de todos modos, configuran sus *hábitos profundos*, que determinan el rumbo de los juicios. Estas filosofías sintetizan y organizan, mediante procesos de generalización, de analogía y jerarquización, el conocimiento y las adquisiciones culturales, sedimentados en el transcurso de los siglos, procedentes de prácticas sociales extendidas. No hay, por lo tanto, que sorprenderse de que estas filosofías posean (en grado diverso, naturalmente) una cierta fuerza de verdad, incluyendo la capacidad de inspirar hipótesis científicas nuevas y válidas.<sup>1</sup>

#### NOTA

1. Los textos consultados para este artículo comprenden: Copi (1953), Eco (1975, 1980), Feibleman (1946), Hammett (1930, 1934), Haycraft (1941, 1946), Hoffman (1973), Millar (1969), Peirce (Mss. 475, 682, 689, 690, 1146, 1539), Poe (1927), Robin (1967), Scheglov (1975), Stout (1938), y los Capítulos II, III y X del presente libro.

## CAPITULO VI

*Gian Paolo Caprettini*

PEIRCE, HOLMES, POPPER

### *1. El relato policíaco como universo de indicios*

No hay narración sin síntomas o indicios. El texto como espacio semánticamente homogéneo no existe, por una serie de razones: el modo gradual con que se accede al sentido de un relato, la reformulación continua de este sentido en la sucesión de los hechos y en el desvelamiento progresivo de los personajes, la parcialidad del punto de vista del narrador y sus reticencias. Junto a las partes definidas y mostradas claramente, existen en el texto otros elementos en el trasfondo, desde donde su presencia vibra de manera imperceptible. Según el tipo de textos, la relación entre síntomas «fuertes» y «débiles» estará sujeta a cambio; por eso, en una narración épica, el porte aristocrático de un personaje define su posición social hasta el punto de anticipar incluso su identidad de modo indudable (identidad que después será definida con más precisión por otros detalles). Esto podría ser cierto en el caso de una descripción armoniosa, donde todos los elementos se combinaran (aunque con diferentes grados de importancia) en una representación sin ambigüedades de un personaje determinado.

Las cosas son, sin embargo, muy diferentes cuando se trata de las descripciones de un relato policíaco; en este caso, la heterogeneidad de los diversos elementos tiene que ser examinada selectiva y críticamente. Es necesario escoger unos recorridos interpretativos que pongan de relieve determinadas características de la realidad en detrimento de otras, que quedarán como entre paréntesis y se considerarán desorientado-

ras, engañosas o simplemente inútiles. Es muy simple, incluso para un lector poco competente, identificar los detalles superfluos, que se utilizan para embellecer la narración: por ejemplo, la descripción minuciosa de un personaje que posiblemente está implicado en la historia como víctima o como figura de importancia secundaria; o bien ciertas descripciones paisajísticas, que tratan de crear una atmósfera en consonancia con la tragedia que ha tenido lugar o que va a tenerlo. También es relativamente fácil distinguir, en una descripción dada, un detalle quizás importante de una observación secundaria. Analicemos la siguiente descripción:

Mi villa está situada en la ladera meridional de los Downs, con una extensa vista sobre el Canal. En este punto, la costa está enteramente formada por escarpes de creta, por los que sólo se puede descender siguiendo un único sendero largo y tortuoso, empinado y resbaladizo. Al pie del sendero se encuentra un trecho de unas cien yardas de guijarros y grava, que no cubre el agua ni aun en la pleamar. Aquí y allá, sin embargo, se encuentran concavidades y depresiones que forman espléndidas piscinas llenas de agua renovada a cada subida de la marea (LION).

Es indudable que la atención del lector es atraída por el detalle del *sendero*, que crea una inesperada restricción espacial, en contraste con la perspectiva de los acantilados. Se reconoce aquí un mecanismo descriptivo típico, relacionado también con artificios estilísticos. De una porción indefinida de espacio, que el ojo del narrador recorre con ese movimiento que en términos cinematográficos se llama «panorámica», pasamos de pronto a un «primer plano»; y los elementos que hasta entonces habían quedado disimulados en el trasfondo pasan ahora a ser «pertinentes», es decir, se revelan significativos y relevantes. Sin embargo, este privilegio sintáctico o morfológico resulta inmotivado, en una primera fase de la narración, desde el punto de vista semántico; intuimos la importancia de las propiedades del sendero, «empinado y resbaladizo», pero permanecemos a oscuras en cuanto a su uso y destino. Con referencia a otros detalles descriptivos, como «aquí y allá, sin embargo, se encuentran concavidades y depresiones que forman espléndidas piscinas ...», es obvio que tienen una mera función ornamental.

El lector, por lo tanto, se ve obligado a jugar un papel activo, aunque puede graduar su participación, interrumpiendo la lectura para reflexionar sobre los datos de que ya dispone, u optando por dejarse llevar lo más lejos posible por la corriente de los acontecimientos. A la luz de la fecunda teoría de Eco sobre la cooperación textual, expuesta en *Lector in Fabula* (1979), la «pasividad» del lector aparece como un caso límite. Es más, los mecanismos del relato policíaco funcionan según determinadas hipótesis (más o menos espontáneas, evaluadas más o menos críticamente) cuya asunción por parte del lector depende de la manera en que se le presentan los sucesos. Si el relato policíaco puede definirse como una narración que consiste en la *producción de síntomas*, resulta obvio que el lector, invitado a descifrarlos, no puede escapar nunca del todo a tal presión. Al contrario, la lectura implica continuas decisiones con el fin de controlar la presión de los indicios o pistas. A sabiendas de que no todo es relevante en la exposición (ya filtrada) del narrador, el problema está en separar el discurso enigmático y discreto de los síntomas del discurso (a menudo ensordecedor) de la evidencia.

Hemos visto ya una primera serie de ejemplos respecto de los cuales tal selección no parece demasiado problemática. Una segunda serie podría estar constituida por las huellas que el detective encuentra en el lugar del crimen. Lo ideal sería que formaran un *corpus* claramente definido y que pudiera enriquecerse por acumulación durante la investigación, sin dar lugar, por ello, a conflictos entre los diversos detectives. En realidad, incluso en el caso de las huellas (es decir, de los elementos caracterizados por su contigüidad con el crimen) observamos discrepancias, a menudo conflictivas, entre los diversos puntos de vista que las inspeccionan. Sherlock Holmes reprocha con frecuencia a Watson ser incapaz de ver lo que tiene delante de los ojos. Pero este defecto no depende totalmente de la superioridad intelectual de Sherlock Holmes. Es obvio que no esperamos que Watson pueda emular a su compañero en establecer la talla de un individuo a partir de la longitud de sus pasos o en clasificar minuciosamente unas cenizas. De todos modos, este tipo de información, incluso la más inaccesible al lector, está siempre al al-

cance del narrador [Watson], quien, sin embargo, no sabe cómo beneficiarse de ella, pues sigue «viendo sin observar» (SCAN). «Usted ha visto, pero no se ha fijado» (SCAN). En otra ocasión, Holmes le dice: «Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto todo lo importante» (IDEN).

En otro lugar profundizaremos más en el método de Holmes, pero podemos anticipar la dificultad de Watson, la misma de los detectives de la policía, para concentrarse en detalles, en trivialidades, es decir, para separar los elementos sintomáticos del marco con que parecen haberse fundido. Recordemos las pesas de gimnasia en VALL. Sherlock Holmes es quien decide considerar su falta como síntoma; decisión que dará pie a otra interpretación.

Por lo tanto, las hipótesis determinan el estatuto semiótico de un hecho observado: el valor sintomático de un determinado elemento de la realidad, su valor referencial, se deriva de la decisión —tomada como conjetura— de considerarlo pertinente. Por esta razón observamos una incesante redefinición de los marcos que estructuran y engloban un acontecimiento. Lo que primero se tomó como un indicio de culpabilidad (como, en LION, la reticencia del profesor Murdoch para explicar la razón de su visita a los Bellamy) resulta ser un gesto de delicadeza y humanitarismo; en este caso, la percepción de su rango semiótico no estaba equivocada (se trataba efectivamente de un síntoma), pero el proceso inferencial a que da lugar es precipitado. Y, al revés, un hecho que parecía carecer de valor como indicio (como la tempestad al comienzo de LION) justifica más tarde la hipótesis de que han sido transportados a las aguas de Sussex animales insólitos.

La distinción tradicional entre *signo* y *síntoma*, basada en caracteres de artificialidad, arbitrariedad y convencionalismo en el caso del primero, y en caracteres de naturalidad, no-arbitrariedad y motivación en el del segundo, no es totalmente satisfactoria con respecto a los textos examinados aquí, por lo menos si consideramos que la distinción es rigurosa. Las dificultades inherentes a este enfoque aparecen sobre todo cuando se trata de casos de simulación, es decir, de producción voluntaria de síntomas. Considérese, por ejemplo, la huella de una pisada en la playa. Aunque pueda aparecer como

un caso evidente de «signo natural», cabe la posibilidad de que, en determinadas circunstancias, haya sido producida intencionadamente con el fin de desorientar las pesquisas. Dependerá de la hipótesis interpretativa, de la elección (motivada) del investigador de tomarla como un signo o como un síntoma. Por ejemplo, una pisada en el alféizar de una ventana (en VALL) ha sido producida para hacer creer que el asesino ha escapado por allí. Por supuesto, la simulación, al ser la creación de una realidad fraudulenta pero no infundada, se basa en la coherencia y en la probabilidad del cuadro indiciario que produce. En el caso mencionado arriba, la incongruencia amenaza con volverse contra la persona que ha producido la falsa pista.

En cambio, la simulación de Holmes para desenmascarar a un viejo enemigo funciona perfectamente (DYIN). Este es un relato muy peculiar por varias razones: en primer lugar, el simulador es la persona que habitualmente tiene funciones interpretativas (Holmes se disfraza con frecuencia, pero sólo en ese caso particular su disfraz constituye el fulcro de la narración); en segundo lugar, la simulación implica al propio narrador —Holmes— mucho más que cualquier otra aventura. Watson, no sólo ignora el intento de Holmes, sino que su ignorancia es condición necesaria para el éxito final; *last but not least*, el cliente es el culpable.

En este caso falta uno de los rasgos típicos de los relatos detectivescos de Conan Doyle, el de la narración basada en una diferencia de puntos de vista: la diferencia entre la percepción de Holmes y la de Watson es ampliada al máximo, tanto cualitativa como cronológicamente. La habitual confrontación entre sus distintas maneras de observar se retrasa hasta el *coup de théâtre* final, cuando Watson cae en la cuenta de que ha sido víctima del mismo engaño en que ha caído Culverton Smith, la presa de Holmes. Incluso la habitual jerarquía de personajes, en relación con las modalidades del saber, aparece realizada con notable originalidad cuando se la compara con el relato «clásico» de Conan Doyle. De acuerdo con esa jerarquía, Holmes supera siempre a Watson, mientras que éste no supera necesariamente al lector. En los casos en que el lector tiene a su disposición los datos perceptivos del narrador y las observaciones de Holmes, es capaz por lo



menos de intuir en qué dirección tiene que ir el proceso inferencial. Sin embargo, la identificación entre Watson y el lector, en el relato mencionado, podría ponerse en tela de juicio. De hecho sospechamos —debemos sospechar—, por su comportamiento algo incoherente, que Sherlock Holmes está simulando una enfermedad mortal. Podemos decir que, dado el *frame*, «enfermo en cama que requiere cuidados», el hecho de que Holmes prohíba a su amigo que se acerque a su lecho rompe el montaje tan astutamente dispuesto por el simulador.

En la novela policíaca, la transmisión de la verdad se produce a través de detalles, de fragmentos aparentemente triviales, de cosas raras en las que nuestra atención tiene dificultades en detenerse pues está distraída por otros detalles y, sobre todo, por los aspectos generales del relato. Los detalles más reveladores son verdaderamente aquellos que rompen, que infringen el *frame*, mostrando su incoherencia, aquellos que son «actos fallidos».

Se puede extender, por lo tanto, el concepto de *frame* a la *solución falsa*, que suele ser elaborada por el policía oficial, o por Watson, o a veces por el propio Sherlock Holmes en una primera fase. Es obvio que en los relatos donde Holmes narra en primera persona, la función de elaborar la solución falsa tiende a ser desempeñada por él (véase Sklovskij 1925 para el modelo de «relato de misterio»).

Encontramos un ejemplo eficaz del problema de la coherencia en una serie de indicios dispuestos con fines de simulación en el universo de los cuentos infantiles. Con este propósito, escogemos el cuento titulado *El lobo y los siete cabritillos* de la colección de los hermanos Grimm. El lobo intenta por dos veces entrar en la casa donde están encerrados los siete cabritillos, en espera del regreso de su madre. Y fracasa las dos veces debido a una simulación incompleta e incoherente. La primera vez le delata su voz ronca; la segunda (después de suavizar su voz masticando un pedazo de arcilla), le delata la pata negra apoyada en la ventana. En el tercer intento va con más cuidado; se ha enharinado la pata y consigue engañar a los cabritillos, que abren la puerta. Sólo uno de ellos se salva, escondiéndose en la caja del reloj de péndulo, como si hubiera sospechado la trampa, a pesar de la astu-

cia del lobo. Por lo tanto, ni siquiera la *coherencia* de una serie de indicios permite una actitud confiada o descuidada por parte del investigador. En este cuento, los seis cabritillos «representan» el lector distraído y propenso a dar crédito con facilidad a las apariencias; descuidadamente consideran como *signo* lo que de hecho debía entenderse también como un *síntoma* posible de otra realidad. Por lo tanto, si es cierto que el proceso de lectura de un relato policíaco consiste en la transformación de síntomas en signos, es importante que esta operación de desciframiento se demuestre válida para una porción suficientemente extensa de datos. En otras palabras, debe superar un examen de falsificación suficientemente severo. Karl Popper ha observado, en efecto, que una predicción puede usarse para confirmar una teoría sólo si su confrontación con las observaciones puede ser considerada un intento serio de refutación. De la misma manera no se puede dar un juicio sobre la preparación de un alumno al superar un examen que incluso el estudiante menos preparado podría superar fácilmente.

Como ya hemos dicho, la simulación puede ser no sólo resultado de un acto de ocultación realizado por el criminal o por el policía que desea desenmascararlo, sino que puede ser también el resultado de nuestras hipótesis. Depende de nuestra percepción considerar suficientemente válido un indicio, transformándolo de síntoma en signo. El séptimo cabritillo es el que no queda satisfecho de la coherencia de los síntomas porque teme no haber recogido un número suficiente de ellos, es decir, teme no contar con un *receptáculo* bastante grande. Este es el papel que usualmente desempeña Holmes. El universo del relato policíaco presenta tanto *discontinuidades* incomprensibles (una realidad desgarrada, inconexa, donde brillan aisladamente elementos misteriosos), como *continuidades* ficticias (evidencias engañosas, nexos falsos, hipótesis inadecuadas, ficciones seductoras, errores persuasivos). Por un lado, este universo presenta obstáculos o lagunas que lleguen a considerarse ridículos; por otro, parece facilitar nuestro trabajo interpretativo y clasificatorio, aunque con hechos sólo aparentemente unívocos. Por estas razones, el detective tiene que combatir la tendencia a *disimular* datos importantes, reconociéndolos en la uniformidad del fondo o en la pro-

liferación de elementos no pertinentes; pero también tiene que combatir la tendencia, propia o ajena, de *simular* respuestas que pasan por alto o encubren las preguntas, preguntas que no llaman excesivamente la atención, pero que son decisivas para el buen resultado de la investigación.

## 2. *El paradigma, el receptáculo y el faro*

El ideal de Holmes es que la investigación sea o se convierta en una ciencia: la mente positivista sueña con extender los procedimientos racionales y controlables al dominio de las huellas, de los síntomas, de los indicios o pistas, es decir, al dominio de los *hechos individuales*. Con esta definición nos referimos a todas las entidades (o mejor, microentidades) cuyo significado no parece depender de una relación con una ley general, sino del nexo con cierta porción de la realidad. La labor del detective es trazar una línea que conecte dos puntos —el indicio y el culpable— pero nunca según un principio de regularidades y conexiones constantes. El arte del detective pertenecería a la esfera de las *disciplinas indiciarias* que, según dice Carlo Ginzburg (en el Cap. IV), todavía perduran en la cultura occidental (aunque sea con el rango de saber «menor»), hasta el punto de constituir un *paradigma* real, cuyos orígenes estarían relacionados con la caza y la adivinación; lo curioso es que recientemente —y de modo independiente— esta teoría ha sido reformulada por René Thom (1972), quien ha establecido como modelo fundamental de la génesis del cuento la *depredación*. (El sentido básico de esto es que en el fondo yacen unos «universales» antropológicos difícilmente aseQUIBLES por refinados que sean los instrumentos.)

¿Nos encontramos entonces ante un caso de emergencia de una forma específica de racionalidad? A primera vista, este paradigma parece contraponerse radicalmente al que podríamos llamar «paradigma galileano», que podría considerarse como la idea de razón universalizadora, abstractiva y cuantificadora. Mientras que el método científico, desarrollado desde Galileo (en lo que respecta a la época moderna), ha tendido a eliminar lo individual, identificándolo con una accidenta-

lidad extrínseca, con un aspecto superfluo y accesorio, el método indiciario hace hincapié en los detalles más modestos debido precisamente a su actitud individualizadora. El fin de estas dos formas de conocimiento es, en el primer caso, la universalidad, en el segundo, la singularidad. En el primer caso una ley, en el segundo un hecho empírico.

Sin embargo, surgieron sospechas sobre la legitimidad de una oposición tan absoluta de los dos paradigmas: M. Vegetti (1978), por ejemplo, llamó la atención sobre la posible permanencia de un estilo de racionalidad en métodos aparentemente diferentes; el propio Ginzburg (aunque en otro sentido) habla de la necesidad de desarticular el paradigma durante su creación.

De hecho —para volver a Sherlock Holmes—, hay que aclarar algunos puntos, además de explicar algunos malentendidos que no son sólo de naturaleza terminológica. Veamos, por ejemplo, la imprecisión de Holmes cuando dice que las «facultades de deducción y de síntesis lógica» son sus «dominios especiales» (COPP). El término «deducción» vuelve a aparecer en otro pasaje de gran importancia para la definición de la epistemología de Holmes: entre las cualidades esenciales del policía ideal, Sherlock Holmes menciona la «capacidad de deducción» y los «conocimientos» (SIGN). Sin embargo, como ha sido ya señalado por otros, el procedimiento inferencial de que se sirve un detective para sus reconstrucciones hipotéticas no puede llamarse con propiedad «deducción». Régis Messac (1929) nos recuerda que la deducción consiste en llegar a conclusiones particulares a partir de premisas generales, mientras que la inducción es el proceso contrario y que los razonamientos de Holmes están basados en un hecho particular y llevan a otro hecho particular por caminos más o menos largos. M. Truzzi (Cap. III) ha señalado la similitud entre la «deducción» de Conan Doyle y la «abducción» de Peirce, anticipando una tesis formulada recientemente por Sebeok en su «Una confrontación entre Charles S. Peirce y Sherlock Holmes» (Cap. II).

Es por lo tanto obvio que la racionalidad de Holmes tiene su centro en una forma inferencial que es de índole común, pero que fue descrita por primera vez por Charles S. Peirce. Según el filósofo norteamericano, una de las confu-

siones más nocivas consiste «en considerar la abducción y la inducción conjuntamente (a menudo mezcladas también con la deducción) como un argumento simple» (7.218). Dado que el detective comienza siempre sus reflexiones a partir de hechos, una confrontación entre abducción e inducción es probablemente más provechosa (siendo el término «deducción» obviamente impropio). La inducción se basa en un proceso comparativo. Es una comparación entre hechos homogéneos, muestras de una clase determinada; a partir de esa comparación, enuncia propiedades generales. La abducción se basa, en cambio, en un hecho singular, que a veces se presenta como un enigma, como algo inexplicable: el observador postula entonces una hipótesis, es decir, da realidad a una idea preguntándose si es demostrable. Frente a un caso misterioso, la abducción puede describirse así: «*x* es extraordinario; sin embargo, si *y* fuera cierto, *x* ya no sería extraordinario; por tanto *x* es posiblemente cierto». En palabras del propio Sherlock Holmes: «Es una vieja máxima mía que una vez excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que resulte, tiene que ser la verdad» (BERY).

Peirce insistió en la falta de originalidad de la inducción contraponiendo a ésta el carácter creativo de las hipótesis generadas por abducción. Lo cual recuerda el tema de la *imaginación* en Holmes, de la que desdichadamente carecen incluso policías de talento: «El inspector Gregory, a quien se ha encomendado el caso, es un funcionario extremadamente competente. Si estuviera dotado de imaginación, llegaría a grandes alturas en su profesión» (SILV). El carácter heurístico de esa facultad, carácter en modo alguno vago, es confirmado de nuevo en el siguiente pasaje: «Vea usted qué valor tiene la imaginación —dijo Holmes—. Es la única cualidad que le falta a Gregory. Nosotros hemos imaginado lo que pudo haber sucedido, hemos actuado basándonos en esa suposición y resultó que estábamos en lo cierto. Prosigamos» (*ibid.*).

Por otra parte, todo detective se ve obligado necesariamente a formular hipótesis, es decir, a añadir «algo» a los hechos observados; por eso descubrimos que el fallo principal de un policía puede ser más el exceso de imaginación que la falta de ella. En este caso, Holmes opone la *naturalidad* de su razonamiento a los aspectos *artificiosos* y *retorcidos* de la mente

del policía: «Ha sido un caso muy interesante —observó Holmes—. ... porque sirve para demostrar muy claramente lo simple que puede ser la explicación de un asunto que a primera vista parece casi inexplicable. Nada podía ser entonces más natural que la secuencia de hechos que nos ha narrado esta señora, y nada más raro que el desenlace considerado, por ejemplo, desde el punto de vista del señor Lestrade, de Scotland Yard» (NOBL).

Otro ejemplo interesante es el que encontramos en LION. Un hombre resulta muerto de una manera horrorosa e inexplicable: «Su espalda estaba cubierta de líneas amoratadas, como si hubiera sido terriblemente azotado con un látigo de alambre fino.» Hay muchas dudas acerca de cómo se cometió el crimen, incluso después de que Sherlock Holmes inspeccionara el cadáver con una lupa. La hipótesis del policía —en este caso, el inspector Bardle— es una suerte de *inferencia sencilla*, imaginativa pero inverosímil. De la diferencia de intensidad de las marcas, llega a concluir que «si se le hubiese aplicado una tela de alambre al rojo vivo sobre la espalda, esos puntos mejor marcados representarían los lugares donde se entrecruzan las mallas» (*ibid.*). El defecto de este razonamiento es bastante obvio. Tiene la forma de una inferencia que es estrictamente funcional para la explicación de un solo detalle; pierde toda la verosimilitud tan pronto como se relaciona con el contexto (es estrictamente «local»). En cambio, la abducción de Holmes representa un intento de encontrar una explicación natural y a la vez coherente, es decir, «natural» en cuanto que permite satisfacer sin ninguna contradicción, omisión o forzamiento de las cosas la serie de elementos que constituyen el conjunto de pruebas circunstanciales. La abducción no puede dejarse seducir por una mera semejanza «*como si* [cursivas mías] se le hubiese aplicado una tela de alambre al rojo vivo sobre la espalda ...» Esta hipótesis es poco creativa (porque es demasiado «contigua» al indicio) y al mismo tiempo es excesivamente imaginativa (porque no se ha sometido a los vínculos contextuales).

Comenzamos, pues, a comprender que el problema de una inferencia correcta no puede separarse del de un método adecuado para la recogida y evaluación de datos. Formular una buena hipótesis equivale a escoger un punto de partida firme

(mejor todavía: un punto de apoyo). Holmes se jacta muchas veces ante Watson de que él jamás hace conjeturas: «Jamás pretendo adivinar» (SIGN). Cuando en realidad, tal como ha señalado Sebeok, la brillante cadena de razonamientos con que Holmes asombra a su amigo (y a los otros personajes de sus relatos) no deja de tener cierto margen de intuición afortunada. Pero básicamente sus reconstrucciones tienen buen resultado y soslayan lo arbitrario gracias a estos dos procedimientos: ante todo, porque elige un punto de apoyo lo bastante sólido, y en segundo lugar, porque elimina progresivamente las hipótesis (todavía bastante numerosas) que son legitimadas por la elección de ese determinado punto de apoyo. La verificación y exclusión de tales hipótesis implica a menudo investigaciones ulteriores, que a su vez generan nuevas posibilidades narrativas: «He concebido siete explicaciones distintas, cada una de las cuales podría corresponder a los hechos tal como los conocemos. Pero sólo podrá determinarse cuál es la correcta mediante los nuevos datos que, sin duda, estarán esperándonos» (COPP).

Respecto al círculo «hipótesis/hechos/hipótesis», cabe preguntarse dónde se encuentra el comienzo. Este problema, que no es secundario, constituye uno de los temas fundamentales de la epistemología de Karl Popper (1972) en su crítica del neopositivismo del Círculo de Viena. Popper es conocido por haber sustituido el criterio de la *verificación* por el de la *falsación* como patrón de juicio de la científicidad de una teoría dada. Ninguna teoría puede ser verificada de una vez por todas. Por otra parte, una teoría puede declararse insatisfactoria o falsa cuando una de las proposiciones que derivan de sus premisas generales es contradicha en el curso de un experimento. Esta información radical del problema de un control científico implica varias consecuencias epistemológicas, entre otras, una nueva manera de considerar la relación entre los *hechos* y las *hipótesis*. Al hacer hincapié en la falsación, es decir, en la necesidad del científico de construir teorías siempre mejores, capaces de someterse a controles cada vez más rigurosos, se debilita mucho la idea de que existan hechos que puedan hablar un lenguaje unívoco. Si así fuera, el problema de una verificación absoluta y completa de una teoría no parecería tan insoluble. Pero los «hechos», aunque constituyan

unos núcleos de resistencia capaces de oponerse a una formulación arbitraria de hipótesis, no constituyen aquellas entidades atómicas y unívocas en que confiaba la tradición positivista con el fin de apoyar de modo irrevocable sus descubrimientos científicos. En la interpretación que Popper hace del trabajo científico, el acento recae *a parte subiecti*. Por lo tanto, Popper afirma que la hipótesis (o expectativa, o teoría, o como quiera llamársele) precede a la observación, incluso si una observación que refuta una determinada hipótesis puede estimular una nueva hipótesis (y por lo tanto posterior en el tiempo).

En una conferencia publicada en *Objective Knowledge* (Popper 1972), encontramos la contraposición entre la teoría del *faro* y la del *receptáculo*. Esta última, que corresponde a la tradición empírica criticada por Popper, considera la mente humana como una especie de receptáculo en el que pueden reunirse los datos de la experiencia perceptiva. La primera, por el contrario, se basa en la teoría de que toda observación es precedida por un problema, una hipótesis. Nuestras observaciones, por lo tanto, son siempre selectivas y presuponen algo así como un principio selectivo. El pensamiento de Holmes, como ya sugerí en otro lugar y continuaré subrayando, tiene lugar, en LION, en términos de una complementariedad entre el *desván* (el receptáculo) y la *lupa* (el faro).

### 3. *Entre el enigma y el misterio*

En determinados momentos, Sherlock Holmes parece presentarse como apologista de los hechos, contra toda clase de anticipación y prioridad de las hipótesis. Le vemos recomendando un control estricto sobre la imaginación: «La tentación de formar teorías prematuras sobre datos insuficientes es la maldición de nuestra profesión. De momento sólo puedo dar por ciertas dos cosas: un gran cerebro en Londres y un hombre muerto en Sussex» (VALL). En otras ocasiones, Holmes parece perfectamente integrable en el marco epistemológico de Popper: «—No entiendo cómo se me pasó por alto —dijo el inspector con expresión irritada [se refiere a una



cerilla]. —Era invisible, porque estaba enterrada en el barro. Si yo la he descubierto es porque la andaba buscando» (SILV). Sería difícil encontrar una afirmación más explícita sobre la primacía de la hipótesis o, en otras palabras, del hecho de que «una observación es una percepción planeada y preparada» (Popper 1948). El problema ahora es comprobar si existe una contradicción real entre las dos actitudes que acabamos de describir.

Después de todo, la obstinada resistencia de Holmes contra la tendencia a anticipar soluciones no equivale a decir que los propios hechos, con su lenguaje unívoco, imponen la única interpretación plausible. En un universo donde siempre hay que sospechar un principio de simulación, no existen hechos unívocos o pruebas irrefutables: «Las pruebas circunstanciales son algo muy engañoso —contestó Holmes pensativo—. Pueden dar la impresión de apuntar directamente a una cosa, pero si se cambia ligeramente el punto de vista, puede encontrarse que apuntan de la misma manera inequívoca hacia algo por completo diferente» (BOSC). De hecho, no debemos olvidar que, en el campo del relato policíaco, *calificar un dato determinado como «un hecho» significa decir que un síntoma ya ha sido transformado definitivamente en un signo*. Cosa que sólo es posible en la fase final de la investigación, cuando todos o algunos de los indicios encuentran una colocación coherente y exhaustiva. Dos limitaciones impiden que un síntoma se considere como un hecho: los vínculos contextuales, que proyectan diferentes luces sobre él, y la posibilidad de una simulación, es decir, de la fabricación intencional de una «evidencia». Por eso incluso el dato aparentemente más seguro es «algo muy engañoso».

El valor de un acontecimiento depende, por lo tanto, del *faro* que lo ilumina; la hipótesis es lo que permite descubrir un elemento *disimulado* en el escenario (como en el caso de la cerilla). Dado que el diagnóstico de los datos ya visibles depende de su relación con los datos todavía invisibles, y que sólo la hipótesis permitirá descubrir, parece correcto concluir que la epistemología de Conan Doyle está muy lejos de la que propone la filosofía positivista.

En cambio, la antropología de Holmes parece positivista, por lo menos en parte: su asunción general es la unifor-

midad de la especie. Tal uniformidad garantiza a Holmes la certidumbre de sus reconstrucciones; es decir, la posibilidad de dar una explicación gracias al «conocimiento de casos precedentes» (NOBL). Este tipo de postulado tiende a trasladar el método de Holmes de un nivel *local*, dominado por variables, a un nivel *global*. Debemos recordar que la supremacía de lo local, que parece característica de un paradigma indiciario, no implica la exclusión absoluta de regularidad. Al contrario, las regularidades constituyen el término medio del proceso abductivo, al permitir una conexión entre dos hechos particulares. Por ejemplo, gracias a la regularidad —«Es raro que una persona, a menos que sea de temperamento muy sanguíneo, sufra ese estallido de sangre por efecto de una emoción» (STUD)— Holmes puede decir al incrédulo policía que el asesino en ese relato es un hombre robusto, de cara rubicunda.

Sin embargo, no todas las uniformidades que Holmes utiliza en sus interpretaciones pueden pretender el mismo grado de generalidad: según Holmes, la actitud vacilante de una mujer antes de tocar la campanilla de la puerta «significa siempre que se trata de un *affaire de coeur*» (IDEN). Unas generalizaciones tan osadas como ésta sólo pueden darse en un universo con una antropología estable y una caracterología bien definida.

Es interesante considerar una vez más el par local/global con el fin de comparar las estrategias cognoscitivas de Holmes y de Watson. El hecho de que la del segundo sea siempre aventajada por la del primero no debe oscurecer el hecho de que el ojo de Watson (tan similar, desde muchos aspectos, al del policía) obedece a determinadas reglas y principios. Para el compañero de Holmes, la realidad se caracteriza por una clara alternancia entre zonas de verosimilitud y zonas de misterio. Cuando la realidad indiciaria sugiere por sí misma una explicación, «cuando las cuentas cuadran» porque la reconstrucción es verosímil, Watson considera que se ha llegado al final de la investigación, sin preocuparse por indagar y explicar ciertos *detalles* todavía no resueltos. Con un razonamiento de este tipo, el inspector Bardle cree que es una buena idea arrestar al profesor Murdoch, a pesar de las grandes lagunas que quedan por llenar (como le señala Holmes en LION), como las misteriosas palabras pronunciadas por McPherson

antes de morir. El razonamiento del inspector podría esquematizarse así: puesto que debe existir un asesino, y puesto que el único sospechoso es Murdoch, se impone su arresto ... con objeto de evitar las críticas del público.

En alternativa a las zonas de verosimilitud, Watson se revela impotente en la zona donde comienza el misterio, tanto más denso e insondable cuanto que no logra concentrarse en esas trivialidades que le permiten a Holmes solucionar el enigma. Parece haber una correlación entre estos dos aspectos: el misterio no es más que un cambio repentino de una situación local a una situación global. Las diferentes estrategias de Holmes y Watson corresponden a dos actitudes diferentes del lector de relatos policíacos. Inevitablemente el lector-Watson acaba haciéndose demasiadas preguntas globales, como «¿Quién será el asesino?», mientras que para el lector-Holmes es más importante comprender (por lo menos en los relatos donde la solución no se descubre de pronto, como en RESI) a qué pruebas hay que otorgar un valor, pruebas que probablemente el héroe de Conan Doyle ya habrá valorado.

Con Holmes, la relación entre lo local y lo global es siempre una función de razonamiento abductivo: se buscan regularidades que resuelvan el enigma. Para Watson, o bien lo local tiene ya su propia explicación —pruebas irrefutables— o bien nos perdemos en una entropía indiciaria; en sus tinieblas, las únicas acciones posibles son inferencias sencillas, es decir, hipótesis inverosímiles y contradictorias. Por lo tanto, «los hechos pequeños» son la clave para la relación local/global en la estrategia de Sherlock Holmes.

Su función no es sólo heurística, sino también correctiva: es inevitable que el propio Sherlock Holmes elabore soluciones erróneas. En tales casos, su ventaja sobre el otro método consiste en no rechazar la falsación de una hipótesis por parte de una trivialidad inexplicada. Si la policía puede alardear de un éxito, Holmes mantiene siempre una honestidad profesional que es asimismo una especie de rigor científico. Según las teorías de Popper, Holmes no rechaza someter a exámenes rigurosos sus propias teorías y desconfía de las primeras confirmaciones positivas de las hipótesis.

Una vez examinada la capacidad de «deducción» (es decir, de abducción), y «la capacidad de observación» (es de-

cir, de observar lo que resulta invisible para muchos), pasemos ahora a analizar la tercera cualidad del policía ideal, como se expresa en SIGN: los conocimientos. Para Watson, en la primera novela de Conan Doyle, una de las cosas más curiosas y asombrosas de Sherlock Holmes es la vastedad, heterogeneidad y discontinuidad de sus conocimientos. Llega al extremo de hacer una lista de sus clases de conocimiento, pero no logra encontrar un punto unificador ni descubrir su objetivo último. Excepcionalmente preparado en ciertos campos, Holmes no trata de ocultar su ignorancia de nociones que se suponen del dominio común. Un día, Watson descubre que su amigo ignora la teoría de Copérnico y la estructura del sistema solar (STUD). Pero todavía se sorprende más cuando Holmes se justifica achacándolo a la extrema especialización de sus conocimientos:

... originariamente, el cerebro humano es como un pequeño desván vacío, que tenemos que llenar con muebles de nuestra elección. Un necio meterá en él todos los trastos con que se encuentre, de modo que no queda espacio para los conocimientos que podrían serle útiles, o, en el mejor de los casos, esos conocimientos se encuentran revueltos con otros muchos bártulos, lo que hace difícil dar con ellos. Ahora bien, el artesano hábil tiene mucho cuidado con lo que mete en su cerebro-desván. Se limitará a las herramientas que pueden ayudarle en su trabajo, pero de éstas sí que tiene un amplio surtido, y perfectamente ordenadas (STUD).

Este ideal, sin embargo, no se alcanza con facilidad; más adelante, Holmes reconoce la imposibilidad de sistematizar científicamente sus teorías: «Mi mente es como un almacén abarrotado de paquetes de toda clase, amontonados de cualquier manera; tantos, que no es extraño que sólo tenga una vaga percepción de todo lo que hay allí» (LION). A veces observamos que, con respecto a su mente, Holmes actúa de la misma manera que frente a la realidad exterior. En el relato que acabamos de citar, Holmes se mete en una estancia atiborrada de libros, en su casa, sin saber bien qué está buscando: «Sabía que había algo que podía servir en este asunto. Era todavía una cosa vaga, pero por lo menos sabía cómo podría convertirla en una cosa clara» (*ibid.*).

El crimen trae desorden. Las huellas de un crimen cau-

san confusión en la esfera transparente (hasta entonces) de la realidad; Holmes contrapone a todo esto otro tipo de desorden, que refleja parcialmente al primero. De hecho, el detective tiene que adaptarse a su adversario, a las ambigüedades que éste ha creado para embarullar las cosas y crear confusión. Veamos el siguiente pasaje, de Détienne y Vernant (1974), y sustituyamos mentalmente la palabra «médico» por la de detective: «Para orientarse en este mundo de síntomas inciertos, el médico necesita disponer de todos los recursos de una inteligencia tan polimorfa como proteico es su adversario.» Recordemos la importancia del disfraz en los relatos de Conan Doyle. Además, es casi un *topos* que el culpable se presente disfrazado en casa de Sherlock Holmes, a consecuencia de una incitación del detective. Así, muchas investigaciones terminan en el propio despacho de Holmes, una habitación cuyo desorden exterior indica tanto el caos al que devolverá el orden, como este desván lleno de objetos de toda clase que es la mente de Sherlock Holmes.

#### 4. *Etica, lógica y la máscara*

El espacio interior de Holmes puede compararse con una enciclopedia, no sólo por la variedad y vastedad de conocimientos, sino también por la imposibilidad de tenerlos todos bajo control en la misma medida, desde el punto de vista mnemónico. «... No es extraño que sólo tenga una vaga percepción de lo que hay all » (LION). Por otra parte, sabemos que Holmes hace un gran esfuerzo para mantener orden en esos conocimientos, un orden que le permita limitar el número de cadenas asociativas posibles y llegar a una conclusión; por ejemplo, remontarse a la *Cyanea capillata* para explicar la horrible muerte de McPherson (*ibid.*). En este caso, la memoria también funciona como un mecanismo indiciario: el detective sabe que ha leído «algo sobre ello, en un libro» (*ibid.*) cuyo título no recuerda. Esto es suficiente para hacerle revolver el cuarto hasta dar con el libro de vago recuerdo. Como siempre, Holmes encuentra lo que busca porque sabe dónde buscarlo.

Volvamos al concepto de «enciclopedia» en un sentido más

semiótico, en su relación con el «diccionario» (tal como se postula en Eco 1979). Mientras que la enciclopedia presenta la realidad mediante la enumeración de las variables culturales a través de las cuales se piensan sus objetos, un diccionario utiliza filtros categoriales mucho más poderosos y pone de relieve las conexiones más abstractas del conocimiento. Esta es la diferencia entre una competencia «histórica» y una competencia «ideal» del conocimiento. Aunque los textos de Conan Doyle no dan detalles al respecto, se tiene la impresión de que Holmes domina la vastedad notoria y proliferante de su pensamiento por medio de filtros y divisiones semejantes a las de un diccionario.

La exclusión de conocimientos no funcionales para las finalidades de la investigación no es, sin embargo, la sola preocupación de Holmes para conservar su mente en plena eficacia. Debe levantarse una segunda barrera, tan rígida e insuperable como la primera, contra el riesgo de las pasiones y en particular de «las pasiones más tiernas». Por supuesto, esto sólo es válido en el caso de una implicación personal. «Eran cosas admirables para el observador, excelentes para descubrir el velo de los móviles y de los actos de los hombres» (SCAN). La pasión es, por lo tanto, un atajo hacia el conocimiento, un posible medio de llegar a la verdad sin el obstáculo de la simulación. Es una utopía de signos transparentes que garantizan el conocimiento y el control efectivos de un universo indiciario. Pero lo que tanto valor tiene para el observador, es peligroso para el que se dedica a razonar:

Para el razonador entrenado, admitir intrusiones de este tipo en su temperamento delicado y sutilmente ajustado era introducir un factor perturbador que sembraría la duda en todos los resultados de su actividad mental. Ni echar arenilla en un instrumento de precisión, ni una fisura en una de sus potentes lupas, sería más perturbador que una emoción fuerte en un temperamento como el suyo (*ibid.*).

Cabría suponer que la participación emocional en los sentimientos de otra persona podría aumentar nuestros conocimientos (como sostiene cierta corriente filosófica), pero Holmes rechaza por completo esta posibilidad. Sentimientos y pasiones son sólo objetos de conocimiento, jamás su sujeto. Su «determinismo», que favorece la interpretación al elimi-

nar las máscaras, ofusca la capacidad estratégica del investigador. La misoginia de Holmes —a veces interpretada como homosexual— tiene su base en una necesidad teórica: si el detective quiere que su mente sea el espejo de esa concatenación de causas y efectos que desembocaron en un crimen, tiene que liberarse de todo elemento perturbador de índole subjetiva. La pureza lógica de su razonamiento no debe ser turbada por el *pathos* de los sentimientos. La mujer, que tiene el poder de poner en marcha mecanismos ilógicos (es decir, pasionales) en la mente del varón, debe ser excluida rigurosamente de la esfera del razonamiento analítico y abductivo.

Lo cual queda probado *ex negativo* en la única ocasión en que Sherlock Holmes pierde: es una mujer —destinada a seguir siendo para él «la mujer» (*ibid.*)— quien le inflige la derrota. A decir verdad, el relato no atribuye explícitamente el fracaso a la intrusión de un elemento pasional. Los sentimientos que la mujer puede haber despertado en Holmes quedan ocultos tras una formulación impersonal: «No hice sino verla un instante, pero me di cuenta de que era una mujer adorable, con un rostro como para que un hombre se dejase matar por él» (*ibid.*). ¿Cabe suponer que quien enuncia estas palabras está inconscientemente implicado en su enunciado? Cuando Holmes habla de las constantes del comportamiento colectivo, suele hacerlo desde una posición de distanciamiento: «Cuando una mujer cree que se ha declarado un incendio en su casa, su instinto la lleva a precipitarse a salvar lo que ella más aprecia» (*ibid.*). El enunciador es la excepción que confirma la verdad de sus enunciados. Y esta excepción es posible por cuanto, a diferencia del hombre común, Holmes ha sabido trazar dentro de sí una barrera entre *pathos* y *logos*, gracias a la cual el primero nunca se mezcla con el segundo. Lo cual es parte del ideal de la investigación detectivesca como ciencia; es decir, una forma de conocimiento cuya validez no depende de las características empíricas de los investigadores.

Vale la pena subrayar que en SCAN Sherlock Holmes no está enamorado, pero hay por lo menos un indicio que podría hacernos sospechar una debilitación de sus facultades intelectuales. La noche antes del *coup de théâtre* final, una persona —«un joven delgado, que vestía un largo gabán» (*ibid.*)—

saluda a Holmes cerca de su casa. Holmes reacciona de forma bastante extraña: «Vaya, ¿quién diablos ha podido ser?» (*ibid.*).

Hay que señalar que Holmes acababa de decir a Watson que el caso de Irene Adler estaba resuelto, de manera que no iniciaría ninguna pesquisa más al respecto. Pero esta vez se olvida de sus propias reglas: pasa por alto una trivialidad, la misteriosa identidad de la persona que le ha saludado, porque no la considera pertinente al caso de que se ocupa. Lo cual es una auténtica transgresión de la metodología que con tan buenos resultados había utilizado hasta ahora: Holmes cree que su receptáculo ya tiene todos los datos necesarios. En otra ocasión, se hubiera preocupado de confrontar la hipótesis ya formulada con el *nuevo* (e inexplicado) *hecho* surgido posteriormente. En esta ocasión se comporta pues de un modo no muy diferente del de Watson o de la policía: una conclusión prematura de la investigación, el rechazo a tomar en consideración un detalle que rompe la armonía de la explicación, la subestimación de los «hechos pequeños». De haber dirigido la luz del faro a ese enigmático saludo, es decir, de haberlo aceptado como pertinente, Holmes podía haber modificado todavía el desenlace del caso. ¿Por qué no lo hace, por qué esta vez se deja vencer por la pereza? ¿Debido a una mujer? ¿Porque la imagen de Irene Adler penetra dentro de unos mecanismos que se niegan a reconocer su presencia y la hacen invisible a los ojos de Sherlock Holmes?

La mujer, sin embargo, lucha con Holmes empleando sus mismos medios: al disfraz de Holmes opone otro disfraz. ¡Aunque cuántas veces Holmes, incluso al principio de este relato, ha sido capaz de reconocer la verdadera identidad de una persona debajo del disfraz! En este caso es Irene quien actúa según todas las reglas de Holmes; desconfiando vagamente del clérigo que entra en su casa, vence la pereza que tiende a hacer olvidar los detalles, decide comprobar sus sospechas y sigue a Holmes disfrazada de hombre. Se han invertido completamente los papeles. Para Holmes el camuflaje y la metamorfosis son una auténtica necesidad: como un héroe mitológico que tiene que ponerse en el lugar de otra persona para desenmascarar sus acciones, Holmes tiene que fingir una identidad falsa para moverse eficazmente en un mundo



de indicios, simulaciones y enigmas. La máscara le permite poner en acción (o poner en acción con mayor rapidez) canales de comunicación que, de otro modo, no funcionarían. En este caso, se desdobra entre la función de recopilador de datos, mediante la simulación, y la de procesador de datos, que tiene lugar *en su casa*. Sólo en ella Holmes puede permitirse conservar su identidad inalterada y transparente.

Irene Adler utiliza los mismos métodos que Sherlock Holmes y, al hacerlo, lo desenmascara. Sin embargo, si triunfa es porque Holmes descuida la aplicación de sus propios métodos epistemológicos. En la carta que ella le deja, lo señala, no sin una pizca de malicia: «Pero, como usted sabrá, yo también he practicado el oficio de actriz. La ropa varonil no resulta una novedad para mí» (*ibid.*). El hecho es que Holmes olvidó poner en práctica su procedimiento habitual. Recordemos de nuevo la formulación de Peirce: «Se observa un hecho sorprendente C; pero si A fuera verdadero, C sería obvio y natural; por lo tanto, hay razón para sospechar que A es verdadero» (5.189). En este caso, A es conocido; es suficiente recordar este hecho. Por lo tanto Holmes hubiera podido hacer la inferencia siguiente: «Una persona desconocida me saluda; Irene Adler es actriz, por consiguiente sabe cómo parecer una persona desconocida; la persona que me ha saludado es posiblemente Irene Adler.»

El hecho de que Holmes sólo pueda ser derrotado por una mujer, y sólo una vez, forma parte del status Holmes-héroe; ambas características convierten a Irene Adler en «la mujer». Por lo tanto, la mujer representa una especie de tabú, un espacio prohibido, excluido. En cambio, el doctor Watson representa el espacio transparente y confiable de una complementariedad; pero de una complementariedad necesaria. Nos hallamos aquí ante un *topos* literario muy difundido, desde el mito de Don Juan hasta los cuentos de Maupassant, pasando por Fausto. La pareja amo/sirviente se funda en un nexo inextricable, donde convergen oposiciones y diferencias, divisiones funcionales y alianzas. Por lo tanto, la necesidad de un Watson cabe interpretarla de varias maneras: ante todo hace posible una articulación jerárquica del saber, en la que él obviamente ocupa la posición más humilde. Por otra parte, no habría soluciones correctas de Holmes sin las erróneas

de Watson: ningún buen maestro parece tal sin la comparación con un mal discípulo. Muchas de las conversaciones entre Holmes y Watson recuerdan el diálogo socrático en el que el discípulo no sabe proseguir correctamente sin la ayuda y las sugerencias continuas del maestro, y tiende a formarse opiniones erróneas cuando se le deja por su cuenta. Nos enteramos, aunque sólo sea parcialmente, de los principios correctos aplicados por Holmes gracias a los errores de Watson. Incluso la ciega tozudez de éste, su persistencia en las mismas equivocaciones son funcionales en cuanto a la búsqueda de la verdad, porque permiten una nueva verificación de la eficacia del método.

Watson, a pesar de su tendencia a reincidir y de su tozudez, se muestra siempre sumiso y dispuesto a aceptar las correcciones de su amigo. Esto crea, en cierta manera, una oscilación de avance y retroceso del espacio entre ambos personajes. La distancia entre los dos puede ir de un máximo, cuando cada uno razona por su cuenta o cuando Holmes toma iniciativas sin notificárselas a su amigo (que se ve forzado a permanecer inmóvil, pasivo, en espera de la acción del otro), a un mínimo, en momentos de plena cooperación y acuerdo (en que actúan, escuchan, esperan juntos). En este último caso, la identidad y el acuerdo son tan completos que es del todo superflua una distinción física entre los dos. Así, Holmes le dice al príncipe que desea hablar en privado con él: «Puede usted decir delante de este caballero todo cuanto quiera decirme a mí» (SCAN).

Frase que no carece de ambigüedad. Se advierte en ella una expresión de muy alto aprecio, pero, a la vez, un acento malicioso; ninguna de las virtudes de Watson logra eliminar la sospecha de su insignificancia. Holmes conoce a Watson tan bien como se conoce a sí mismo; no corre peligro de sorprenderse o decepcionarse. La relación jerárquica entre los dos es tan firme como para permitir al amo cualquier clase de manipulación del sirviente. En *DYIN*, además de la angustia que le produce la enfermedad de Holmes, tiene que soportar la amargura de sus insultos: «Después de todo, usted no es más que un médico general con una experiencia muy limitada y calificaciones mediocres» (*ibid.*). A pesar de que Watson se muestra ofendido, el presunto enfermo no cesa de

poner en evidencia su ignorancia. De hecho, en el *topos* sirviente/amo se encuentra con frecuencia cierta forma de sadismo, aunque sea vago y suave. Pero es posible distinguir entre dos formas de ese *topos*. En la primera, cabe la posibilidad de un vuelco de la relación de poder (como en el caso de Don Quijote y Sancho Panza, cuando éste logra emanciparse y aprovecharse de la locura del amo). En la segunda, la relación jerárquica no cambia nunca, pero está subordinada a toda una serie de matices distintos, que van de la cordialidad e intimidad a la explotación abrumadora y total.

Visto desde otra perspectiva, Holmes y Watson no aparecen en una relación de subordinación y aparente complementaridad, sino en una relación de alternancia y compensación. Watson aspira a crear un tranquilo *ménage* familiar; cuando decide casarse, sólo se preocupa de su felicidad y de la vida hogareña. Holmes no busca integrarse en las costumbres de la sociedad que protege del crimen:

Holmes, que odiaba con toda su alma de bohemio las formas sociales, permanecía en nuestro apartamento de Baker Street, enterrado entre sus libracos, alternando las semanas entre la cocaína y la ambición, la modorra de la droga y la fiera energía de su ardiente naturaleza. Continuaba, como siempre, hondamente atraído por el estudio del crimen, y dedicaba sus inmensas facultades y extraordinarias dotes de observación a seguir las pistas y aclarar los misterios que la policía oficial había abandonado por insolubles (SCAN).

Los términos de «alma bohemia» y «formas sociales», lejos de oponerse en sentido conflictivo, cabe entenderlos en el sentido de una complementaridad. Ambos personajes representan una reconciliación de contrarios: Holmes alterna fases de energía indomable con períodos de apatía, entregado a la cocaína, y Watson alterna la tranquila vida hogareña y profesional con aventuras a menudo peligrosas y que lo alejan de su mundo cotidiano. Pero gracias a su duplicidad encuentran una relación recíprocamente armoniosa. Cuando Holmes se sume en la apatía, Watson se muestra activo; y cuando Holmes pone en acción sus extraordinarias capacidades, Watson se deja arrastrar a la postura de discípulo lento, incapaz, distraído, aunque siempre fiel. Cada uno es, a su manera, incapaz de iniciativas autónomas: la relación de Holmes con el mundo es promovida siempre con una solici-

tud (una «carencia», según los formalistas rusos). Holmes es llamado siempre a desempeñar un papel de corrector o transformador (como dirían los antropólogos culturales). Es capaz —como los héroes, los semidioses, los sacerdotes y los chamanes— de superar y eliminar las contradicciones de la realidad. Sólo actúa cuando su ambición y su naturaleza perspicaz son estimuladas por algún hecho sobresaliente. Pero también Watson es empujado a la acción por una causalidad que no se encuentra dentro de él, y esta causalidad es Holmes, simbólicamente representada en el comienzo de *SCAN*. Watson camina por Baker Street y experimenta el deseo de volver a ver a su viejo amigo. Cuando ve la silueta de Holmes pasar con energía una y otra vez por delante de la ventana, toda duda se hace imposible: «Para mí, que conocía todos sus estados de ánimo y todas sus costumbres, su actitud y sus maneras lo decían todo. Otra vez estaba dedicado al trabajo» (*ibid.*). He ahí a Watson, metido en una nueva aventura, reclamado otra vez para el papel de narrador, es decir, de testigo pasivo de la actividad de Holmes.

Es notable el conocimiento perfecto que demuestra tener de su socio y amigo. En cuanto a conocimiento de carácter, Watson está al mismo nivel que Holmes, atenuando con ello la rígida subordinación que se establece al pasar al plano del método de investigación. Lo cual probablemente nos lleva a otra de las duplicidades de Sherlock Holmes: su propósito no es *ético*, sino *lógico*. Seguir las huellas, resolver enigmas, explicar misterios: devolver el caos de los indicios a un mundo de signos. Hecho esto, su misión está cumplida, y es asunto de la policía gozar de los beneficios morales del éxito. Holmes se queja de esto sólo hasta cierto punto. Si nunca se abandona a los celos, a la rivalidad, al narcisismo, es porque sabe precisamente que su poder no pasa de la esfera del *logos*. Cabe decir —como en la admirativa frase de Watson: «De haber vivido hace unos cuantos siglos sin duda habría acabado en la hoguera» (*SCAN*)— que Holmes actúa como un brujo o un adivino, encargado de desvelar supuestos misterios. Holmes encarna la función oracular de las sociedades antiguas que muestra la verdad a todo el mundo pero es artífice de decisiones sólo en el campo de lo privado; su poder teórico termina donde comienza el poder práctico, el de la justicia.

## CAPITULO VII

*Jaakko Hintikka y Merrill B. Hintikka*

SHERLOCK HOLMES Y LA LOGICA MODERNA:  
HACIA UNA TEORIA DE LA BUSQUEDA DE INFORMACION A  
TRAVES DE LA FORMULACION DE PREGUNTAS

### *1. Sherlock Holmes frente a los filósofos acerca de la deducción*

Si consideramos las ideas de los profanos inteligentes acerca de conceptos tales como deducción, inferencia y lógica, encontramos un curioso contraste con las que prevalecen entre los filósofos. Existía tradicionalmente —y en cierta medida sigue existiendo— una fuerte corriente de pensamiento popular que atribuía a la lógica y a la inferencia lógica un papel importante en la obtención de información nueva en casi cualquier campo. En contraste con tal opinión, Wittgenstein afirma en su *Tractatus* que todas las verdades lógicas son tautológicas, afirmación con la que está de acuerdo la mayoría de los filósofos. Incluso cuando algún filósofo herético ha expresado después dudas sobre la concepción de Wittgenstein, estos desacuerdos verbales raramente han conducido a intentos serios de expresar con precisión el sentido en que la deducción debía producir información nueva. E incluso los pocos afortunados de nosotros que se han aventurado un poco más y de hecho han definido conceptos de información deductiva, han admitido que la inferencia lógica no incrementa en ningún sentido válido nuestro conocimiento de la realidad empírica. Y lo que es todavía más importante: esas teorías recientes sobre la información deductiva no asignan ni mucho menos a la lógica la importancia que la otra corriente de pensamiento le atribuye como instrumento para obtener

información nueva no trivial. Además, la afirmación de Wittgenstein no era ni siquiera inédita. Se limitaba a profundizar los fundamentos de teorías similares de sus compatriotas Ernst Mach y Moritz Schlick. Y éstos, a su vez, formaban parte de una tradición más antigua que se remonta como mínimo a la crítica cartesiana del razonamiento silogístico. Por lo tanto, es correcto decir que existe una verdadera tradición de filósofos de la lógica que ha negado el valor informativo de ésta y de la inferencia lógica.

En contraste con esta doctrina de la naturaleza tautológica del razonamiento deductivo, existe el otro tipo de opinión mencionada antes y a la que nos referiremos como la opinión de Sherlock Holmes sobre la lógica, la deducción y la inferencia. No es de sorprender que la mejor descripción de las ideas del gran detective proceda, en parte, de ese cronista inimitable de las hazañas de Sherlock Holmes que es el doctor Watson, y, en parte, del propio detective. En realidad, es al doctor Watson a quien debemos un resumen del artículo de Sherlock Holmes sobre su método, en el que se afirma que éste se apoya precisamente en esos procedimientos, inútiles según la opinión común, de la deducción y la inferencia.

... Intentaba demostrar lo mucho que un hombre observador podía aprender mediante un examen preciso y sistemático de todo cuanto le rodeaba. ... El razonamiento era apretado e intenso, pero la deducción daba la impresión ... de haber sido llevada demasiado lejos ... El fraude, según él, era imposible en el caso de alguien entrenado en la observación y el análisis. Sus conclusiones eran tan infalibles como otras tantas proposiciones de Euclides. Sus resultados parecían tan impresionantes a los no iniciados que, hasta no enterarse de los procesos a través de los cuales había llegado a ellos, podían fácilmente considerar al autor como un nigromante. «A partir de una gota de agua», afirmaba el autor [es decir, Sherlock Holmes], «un lógico podría inferir la posibilidad de un Atlántico o de un Niágara sin haber visto u oído hablar ni de uno ni de otro. ... La vida entera es una gran cadena, cuya naturaleza conocemos cuando se nos muestra uno solo de sus eslabones. Como todas las demás artes, la Ciencia de la Deducción y del Análisis sólo puede adquirirse mediante un estudio largo y paciente. ...» (STUD).

Este párrafo ilustra la extendida opinión de que la deducción y la lógica son de la máxima utilidad para obtener un

conocimiento sustancial del mundo y pueden producir, en la mente de un individuo entrenado en la «Ciencia de la Deducción y del Análisis», resultados por completo inesperados. En efecto, un poco más adelante Sherlock Holmes afirma que «las reglas para la deducción que expongo en ese artículo ... me resultan de un valor incalculable en mi labor práctica». Testimonios como éste son fácilmente asimilables a otros parecidos de Hercule Poirot y Nero Wolfe. Esta opinión representa un contraste extremo con la idea de los filósofos sobre el valor de la lógica en la obtención de información.

Somos del parecer que los filósofos se han precipitado al menospreciar las deducciones de los detectives como si no fuera legítimo llamarlas así o como si se tratase de simples entimemas, inferencias a partir de premisas sólo parcialmente formuladas. En realidad, creemos que no hay nada en la «Ciencia de la Deducción y del Análisis» de Holmes que, en último análisis, sea incompatible con la tesis de los filósofos según la cual, en el sentido más legítimo de la palabra, las inferencias lógicas son tautológicas. Sin embargo, afirmar esto deja intacta la tarea de explicar aquellos usos de la lógica —¿o deberíamos escribir «lógica»?— que aparentemente producen información nueva. Collingwood se equivocó al reivindicar los métodos de un hábil detective para su metodología idealista de la historia y de la filosofía. Pero incluso aparte de Collingwood, la concepción de Sherlock Holmes de la deducción y de la lógica representa un reto importante para la lógica filosófica. Junto a la labor de reconciliar de algún modo las sorprendentes inferencias de un detective agudo con la tesis de los filósofos acerca del carácter tautológico de todas las deducciones lógicas, tenemos en los argumentos de Sherlock Holmes y otros de su clase una fuente divertida y pedagógicamente práctica de aplicaciones e ilustraciones. Creemos que la verdadera estructura de «deducción» e «inferencia» en el sentido de Sherlock Holmes representa una tarea nueva e importante para la lógica filosófica. No podemos limitarnos a tomar los instrumentos familiares de la lógica filosófica contemporánea y aplicarlos a un campo nuevo. Para comprender los métodos de Sherlock Holmes y para discutirlos y valorarlos de una manera racional necesitamos conceptualiza-

ciones nuevas. En el presente estudio nos proponemos indicar cuáles son algunos de los nuevos conceptos y resultados relevantes que nos capacitarán para hacerlo. Creemos que la nueva teoría de la lógica filosófica resultante encontrará pronto múltiples aplicaciones, tanto en filosofía como fuera de ella, que tendrán un aspecto más importante que mis referencias, quizás en apariencia un poco frívolas, a Conan Doyle. Más adelante, trataremos de indicar cuáles podrían ser algunas de estas aplicaciones intra e interdisciplinarias.

## 2. *Cómo hacer explícita la información tácita a través de la formulación de preguntas*

La primera observación que se requiere aquí es bastante obvia, aunque después resulte que son necesarias mayores aclaraciones. Lo que hace Sherlock Holmes en sus llamadas deducciones no es tanto sacar inferencias explícitas de premisas explícitas. Con frecuencia extrae de una masa enorme de información de fondo no asimilada las premisas adicionales pertinentes, por encima y al margen de las que se hubieran anunciado como tales, de las que puede sacarse la conclusión aparentemente sorprendente por medio de nuestra familiar lógica deductiva común. La imagen esquemática de la operación no es, por tanto, esa figura familiar del árbol de demostración, donde  $p_1, p_2, \dots, p_k$  son las premisas explícitas requeridas y  $c_1, \dots, c_1$  las sucesivas conclusiones:

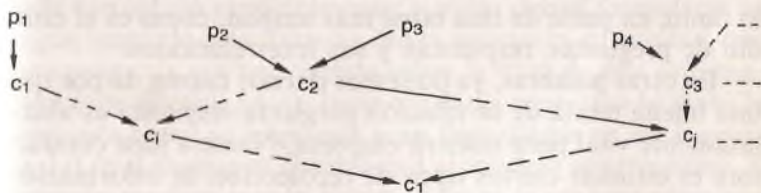


Figura 1

¿Cómo perfeccionar este esquema? A nuestro parecer, la parte crucial de la tarea de un «lógico» holmesiano no es tanto realizar deducciones lógicas como *extraer o hacer explícita*



7

*la información tácita.* Tarea ignorada por casi todas las exposiciones filosóficas del razonamiento lógico, de la heurística deductiva y de la metodología de la lógica y de la matemática. Negligencia que a veces se ha excusado aduciendo que estos procesos de elucidación y explicación no pueden sistematizarse ni someterse a reglas. En efecto, puede que sea cierto que estamos tratando aquí con problemas que pertenecen tanto a la heurística como a la lógica o a la epistemología, y también es cierto que normalmente no es posible dar reglas efectivas para procesos heurísticos. Sin embargo, ello no implica que no se puedan discutir y evaluar racionalmente, una vez obtenida la estructura conceptual adecuada. El propósito principal del presente ensayo es esbozar esta estructura.

La idea clave en la que se basa la estructura es la noción de *pregunta*. Consideraremos las premissas recién explicitadas (no reconocidas anteriormente) como respuestas a preguntas dirigidas al conocedor tácito. El elemento de información anteriormente no reconocido se hace efectivo mediante la pregunta de la que él es la respuesta. En este sentido, *(el proceso de activación del conocimiento tácito es controlado por las preguntas que sirven para hacer efectiva esta información.)* Mediante el estudio de estas preguntas y de la manera en que limitan sus respuestas se puede en efecto estudiar la «Ciencia de la Deducción» holmesiana. Por ejemplo, una pregunta puede ser mejor que otra en el sentido de que las respuestas a la primera serán más informativas que las respuestas a la segunda. Nuestra tarea de examinar el modo en que el conocimiento tácito predeductivo se hace efectivo se convierte, por lo tanto, en parte de una tarea más amplia, como es el estudio de preguntas, respuestas y sus interrelaciones.

En otras palabras, ya podemos darnos cuenta de por qué una buena teoría de la relación pregunta-respuesta es absolutamente vital para nuestra empresa. Nuestra idea conductora es estudiar ciertos tipos de recolección de información suponiendo que la información se obtiene como respuestas a preguntas. Este proceso puede controlarse escogiendo de modo apropiado las preguntas. Sin embargo, no se puede comprender este control sin haber comprendido antes de qué manera una pregunta determina sus respuestas (completas), es decir, sin haber comprendido la relación pregunta-respuesta.

### 3. La estructura de los complejos pregunta-inferencia

Debemos, pues, perfeccionar el esquema de la Figura 1 transformando las premisas  $p_1, p_2$  en respuestas a preguntas, respuestas que pueden considerarse basadas en una información tácita de fondo. Pero esto no es suficiente. No basta considerar cada una de las premisas  $p_m$  como respuesta a alguna pregunta basada en premisas tácitas más profundas  $m_1, m_2, \dots$ , es decir, algo así:

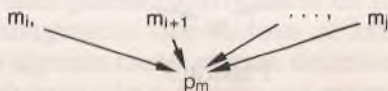


Figura 2

(Por una razón, la información de fondo sobre la base de la cual se responden las preguntas pertinentes puede ser imposible de captar mediante una serie finita (o contable) de frases del lenguaje que utilizamos.) El contenido de la información de un individuo se especifica mediante un conjunto de puntos en un espacio-muestra («mundos posibles»). (No es preciso que ese conjunto sea el conjunto de modelos de una serie finita y contable de frases en un lenguaje dado.) Esto muestra ya una ventaja del modelo interrogativo de recolección de información comparado con un modelo inferencial (deductivo o inductivo). Una inferencia tiene que ser una inferencia que a partir de frases explícitas lleva a una conclusión formulada explícitamente, y todas deben formularse en algún lenguaje determinado. No es necesario, en cambio, que una pregunta sea respondida sobre la base de una información especificable en un lenguaje dado, aun cuando tanto la pregunta como su respuesta sean formuladas en ese lenguaje. Lo cual da mayor flexibilidad al modelo interrogativo. Y también muestra que la Figura 2 no es la manera adecuada de hacer más comprensivo el esquema de la Figura 1 tal como nos proponíamos.

En nuestro esquema, sólo podemos indicar explícitamente las diferentes preguntas que producen las premisas apropiadas como respuestas de ellas. Tales respuestas son, en pri-

mer lugar, las premisas  $p_1, p_2, \dots$ . Por consiguiente, el esquema de la Figura 1 tiene que sustituirse por algo así:

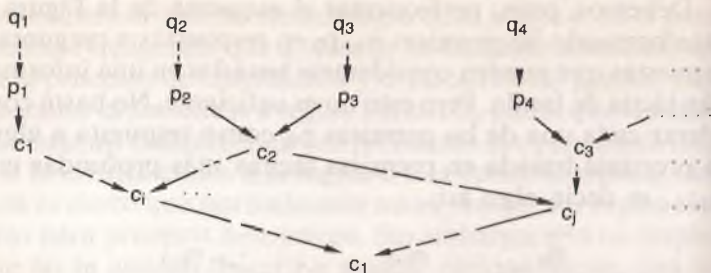


Figura 3

(Aquí, las líneas punteadas indican respuestas y las líneas continuas, inferencias.)

Esta no es todavía una imagen del todo realista. En la Figura 3, se considera que se puede responder a todas las preguntas sobre la sola base de la información tácita de fondo. Lo cual no es realista. Las respuestas pueden estar en parte basadas en las conclusiones inferenciales  $c_i$ . Por lo tanto, cualquier parte de la Figura 3 puede ser reemplazada por algo así:

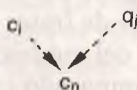


Figura 4

(En otras palabras, las respuestas a preguntas no siempre preceden (temporal o lógicamente) a las inferencias deductivas.) A todas estas observaciones concernientes a la interacción de preguntas e inferencias se les tendrá que dar más adelante una formulación más explícita, así como deben ser formuladas explícitamente las reglas de inferencia que se utilizan.

(Entretanto, cabe hacer varias observaciones con referencia a nuestra estructura esquemática tentativa.) Un interesante enlace conceptual que podemos discutir dentro de nuestra estructura es la conexión entre *memoria e inteligencia*. Extraer información tácita mediante preguntas puede considerarse como un posible procedimiento de rememoración. Al

mismo tiempo, es posible generalizarlo para convertirlo en un modelo común de diferentes tipos de actividades de recolección de información, tanto deductivos como inductivos. Este modelo parcialmente común a la rememoración y a la indagación inteligente, puede quizá servir de explicación del vínculo entre memoria e inteligencia.

Bajo otro aspecto, nuestra idea general no debiera sorprender a ningún fan de Sherlock Holmes. El desenlace de casi todos los relatos y novelas más famosos de la tradición de Sherlock Holmes puede parafrasearse en forma de preguntas reales o imaginarias que Holmes se hace a sí mismo (o al lector). En algunos casos, el gran detective tiene que llevar a cabo una observación o incluso un experimento para responder a la pregunta. Con mayor frecuencia, todo lo que tiene que hacer es realizar una *anamnesis* y recordar determinados elementos de información que ya le han sido dados y que han sido registrados en la novela o en el relato para uso del lector, o que son tan elementales que se supone que cualquier lector inteligente ya los conoce. Consideremos, por ejemplo, el conocido incidente del perro en la noche. *Silver Blaze*, el famoso caballo de carreras, ha sido robado, y su criador ha sido encontrado muerto en el páramo. Se sospecha de varios individuos, y el inestimable doctor Watson se ha ocupado de recopilar toda suerte de información sobre lo acaecido durante la fatídica noche. La importancia del famoso comentario de Sherlock Holmes sobre «el curioso incidente del perro en la noche» puede comprenderse mediante dos preguntas: ¿Ladró el perro guardián del criador cuando entraron en el establo para robar el caballo? Como se sabe, la respuesta es no. («Esa noche el perro no hizo nada.» «*Ese* es el curioso incidente.») ¿Quién es la única persona a la que no ladraría un perro guardián adiestrado? Su amo, naturalmente. De ahí la «deducción» de Sherlock Holmes sobre el papel desempeñado por el criador.

Por lo tanto, el papel que hemos adjudicado a las preguntas en la recolección de información no es innatural en el contexto escogido para discutirlo. No obstante, es posible que los filósofos prefieran utilizar como paradigma suyo el método interrogativo socrático o el proceso de investigación científica, especialmente en un contexto clínico. Creemos que se com-

probará que estos métodos presentan las mismas características estructurales que tratamos de descubrir en la «Ciencia de la Deducción» de Sherlock Holmes.

#### 4. Sobre el principio de la evidencia total: el bayesianismo

Veamos ahora un factor que ha descarriado a los primeros analistas de la búsqueda de información humana, tanto deductiva como inductiva. En la filosofía de las ciencias empíricas, esa suposición engañosa se conoce como el *principio de la evidencia total*. Su papel y su justificación relativa es evidente en teorías que tratan las inferencias científicas en términos probabilistas como una serie de pasos de condicionación. Esas teorías se denominan a veces (con cierta inexactitud) teorías bayesianas de la inferencia científica. Supongamos que se nos da una distribución de probabilidades previa  $P(x)$  y supongamos que tenemos una información de fondo  $e_0$ . Supongamos que obtenemos alguna evidencia nueva  $e_1$ . ¿Cuál es la distribución de probabilidad que representa ahora nuestro estado epistémico? Por supuesto, ya no es  $P(x)$  ni tampoco  $P(x/e_1)$ . Es  $P(x/e_0 \& e_1)$ . Y aquí  $e_1$  debe considerarse literalmente como codificador de *toda* la información pertinente para uno. De lo contrario, nuestro tratamiento probabilístico conduce a paradojas y errores, como puede demostrarse fácilmente.

Esto puede funcionar bien en aplicaciones a pequeña escala, pero en procedimientos científicos a gran escala tiende a convertir las teorías bayesianas en unos modelos poco realistas de esos procedimientos. En la práctica real muy a menudo es literalmente imposible considerar o registrar *toda* la información potencialmente relevante. En general, no hay garantía de que esta información pueda ser codificada en una frase (nuestra «e») ni en un conjunto computable de frases en cualquier lenguaje dado. De ahí que la necesidad de imponer el requisito de la evidencia total se considere casi en general como un punto débil de los enfoques probabilísticos de tipo Bayes sobre la inferencia científica.

Este problema ha sido observado y analizado en cierta medida en el campo de la filosofía de la ciencia. En nuestra opi-

nión, es uno de los problemas más graves de los métodos bayesianos de inferencia científica. No se ha señalado, que sepamos, que existe un problema análogo en la filosofía de las ciencias deductivas. En ese campo se ha dado también por sentado, al estudiar los procesos de inferencia, que toda la información relevante ya ha sido en cierto sentido incorporada y convertida en disponible de inmediato. Esta es una de las simplificaciones exageradas implicada en la conceptualización de la situación descrita en las Figuras 3 y 4 como si se tratara de las Figuras 1 y 2. Se trata de una versión deductivista del problema de la evidencia total. Es tan conveniente que se desarrollen medios para eliminar la versión deductivista del principio de la evidencia total como lo es superar su versión inductivista, que, en último análisis, quizá no se puedan desentrañar la una de la otra. Y nos parece todavía más importante la necesidad de encontrar medios de análisis racional y de teorización de aquellos procesos que sirvan para hacer que nuestra evidencia incompleta (premisas) sea cada vez más total. En nuestra opinión, su estudio ha sido lamentablemente descuidado por los filósofos de la lógica, de la ciencia y del conocimiento.

##### 5. *El papel de las observaciones*

En el espíritu de estos comentarios, podemos ver ya una dirección importante en la que nuestras observaciones pueden extenderse más allá de la lógica filosófica y de la filosofía del lenguaje. (Esta es una de las aplicaciones previstas en nuestros primeros comentarios.) No es necesario considerar que todos los elementos de la información de fondo hayan estado siempre presentes en las profundidades de nuestra mente antes de ser usados. En otras palabras, no es necesario considerar que todas las preguntas que conducen a las premisas  $p_i$  van dirigidas a uno mismo (es decir, al lógico en cuestión). Algunas de las premisas  $p_i$  y algunas de las conclusiones intermedias  $c_n$  tal como aparecen representadas en la Figura 4 pueden descubrirse mediante *observaciones* adecuadas en lugar de haber formado parte del conocimiento de fondo. Lo más interesante, sin embargo, es el hecho de que *esto no mo-*

*difica esencialmente el cuadro.* Porque aún podemos seguir considerando que las premisas  $p_1$  han sido extraídas de una masa de conocimiento puramente potencial mediante preguntas adecuadas. Sólo ahora algunas de estas preguntas han sido dirigidas a la naturaleza en forma de observaciones pertinentes. No es preciso que los diferentes elementos de este conocimiento potencial hayan estado ocultos en algún lugar del inconsciente. Pueden ser simplemente hechos observables que hasta entonces han pasado inobservados. Pero esto no modifica la situación lógica y metodológica de base. Podemos continuar pensando la nueva información (sobre todo las premisas  $p_1$ ) como si se la obtuviera en respuesta a preguntas adecuadas. Las observaciones efectivamente realizadas deben seleccionarse entre una gran cantidad de observaciones posibles, del mismo modo que las premisas usadas efectivamente se seleccionan entre una masa de información colateral. Podemos tratar de comprender esta selección de observaciones, y su papel en el establecimiento de ciertas conclusiones, considerándolas como respuestas a preguntas formuladas a la naturaleza. Entonces, las virtudes relativas de las diferentes preguntas de este tipo pueden estudiarse y valorarse de la misma manera que los méritos y deméritos de las preguntas calculadas para extraer información tácita. De esta manera la teoría de la búsqueda de información mediante preguntas que tratamos de desarrollar se puede aplicar más allá de su primera gama de aplicaciones, es decir, más allá de la explicación del conocimiento tácito. Aunque en el presente artículo no podamos llevar muy lejos las nuevas aplicaciones, son prescriptivos algunos comentarios.

En primer lugar, la metáfora kantiana de «formular preguntas a la naturaleza» recibe de este modo una explicación menos metafórica, por lo menos en una de sus aplicaciones posibles. La aplicación que le estamos dando no es tampoco puramente metafórica por el hecho de que podemos aplicar a las observaciones muchos de los mismos conceptos aplicables a las preguntas y sus respuestas. Estos conceptos incluyen los metodológicos que gobiernan la elección de las preguntas (comprendida la elección entre observaciones y experimentos), las comparaciones informacionales, y otros casos similares.

En segundo lugar, la dependencia de las observaciones de su fondo teórico puede analizarse ahora de una manera más precisa que antes. Por ejemplo, en los últimos años se ha oído hablar mucho de que las observaciones están cargadas de teoría. Ahora podemos ver, sin embargo, que se puede hablar con mayor motivo de la carga de problemas y de la carga de preguntas de las observaciones. En nuestro modelo metodológico o perspectiva, una observación es siempre una respuesta a una pregunta. Esta carga de preguntas implica, por supuesto, una carga de conceptos, puesto que la respuesta a una pregunta tiene normalmente que ser formulada en términos de los mismos conceptos con que la pregunta fue formulada.

Sin embargo, puede decirse más que esto. A menudo la manera correcta de expresar el contenido de una observación es en forma de una conclusión que la mera observación imaginaria nos permite sacar, conclusión que va más allá del simple registro de nuestra impresión sensorial. Este es precisamente el tipo de situación representado en la Figura 4. La mera observación imaginaria la podemos considerar como una de las  $m_i$  de la falaz Figura 2, mientras que la correcta conceptualización de la observación real es la que aparece en el esquema de la Figura 4. Lo que en ésta parece una conclusión intermedia  $c_n$  depende, en realidad, tanto de la pregunta  $q_j$  de la que es respuesta, como en la conclusión provisional  $c_i$  de la que podemos considerar que dependió la pregunta.

La razón principal de ello es que la supuesta cadena de razonamientos que va desde la información de fondo hasta las premisas  $p_i$  y hasta las conclusiones intermedias  $c_j$  puede ser totalmente inconsciente. Encontramos una vez más una ilustración clásica de ello en uno de los ejemplos más famosos de holmesianismo:

— El doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford al presentarnos.

— ¿Cómo está usted? —dijo Holmes con cordialidad... —. Por lo que veo, ha estado usted en Afganistán.

— ¿Cómo diablos lo sabe usted? —pregunté con asombro.

Más tarde, Sherlock Holmes responde a la pregunta:



— Usted pareció sorprenderse cuando le dije, en nuestra primera entrevista, que había venido usted de Afganistán.

— Se lo debieron decir, sin duda.

— De ninguna manera. Yo supe que venía de Afganistán. Por la fuerza de un largo hábito, el curso de mis pensamientos se desarrolla tan rápido en mi mente que llegué a la conclusión sin ser consciente de los pasos intermedios. Sin embargo, hubo tales pasos. El curso del razonamiento se desarrolló así: He aquí a un caballero con tipo de ser médico, pero con el aire de un militar. Es, por consiguiente, un médico del ejército con toda evidencia. Acaba de llegar de los trópicos, porque tiene el rostro atezado y este no es el tono natural de su piel, puesto que en las muñecas la piel es blanca. Ha sufrido privaciones y enfermedades, como lo pregona su rostro macilento. Ha sido herido en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y de una manera forzada. ¿En qué país de los trópicos ha podido un médico del ejército británico pasar por tantas privaciones y resultar herido en el brazo? Evidentemente, en Afganistán. Toda la sucesión de pensamientos duró apenas un segundo. ...

— Tal como usted lo explica resulta bastante sencillo —dije, sonriendo. (STUD)

Se imponen aquí varios comentarios. En primer lugar, uno de los pasos intermedios en la reconstrucción racional que Holmes hace de su línea de pensamiento ha sido obtenido literalmente como respuesta a la pregunta adecuada: ¿En qué país de los trópicos ...?

En segundo lugar, la psicología contemporánea de la percepción corrobora la legitimidad de denominar *observación* a la «conclusión» m<sub>j</sub>. La cuestión está en si los pasos presuntamente inconscientes del razonamiento han sido recorridos con tanta rapidez que han escapado a la atención activa, o si son a veces realmente inaccesibles a la reflexión consciente e incorporados directamente a las propias impresiones sensoriales inéditas. La respuesta que obtuvimos de psicólogos como J.J. Gibson y David Katz confirma esta última posibilidad. Según ellos, la percepción significa captación de información, no captación de impresiones sensoriales sin estructurar, tal como hemos afirmado.

Lo cual por otra parte justifica la costumbre de Sherlock Holmes de formular los enunciados de las conclusiones alcanzadas de modo inconsciente como si fueran *percepciones* de juicios, presentadas a veces como equivalentes a conclu-

siones de deducciones. Por ejemplo, refiriéndose a una deducción que ha realizado, Sherlock Holmes pregunta al fiel doctor Watson: «¿Así que usted realmente no fue capaz de *ver* que ese hombre era sargento de la marina?» (STUD). (Curativas nuestras.)

Estos comentarios ya muestran algo de la sutil interacción entre observación y deducción, característica de nuestro modelo de búsqueda de información a través de la formulación de preguntas. En particular, nos llevan a sospechar que nuestra Figura 2 es una simplificación excesiva aun en otro aspecto importante. Puede que no exista en absoluto ningún estrato fundamental de puntos de partida  $m_i$ . Lo que ocurre en situaciones epistémicas reales es un doble movimiento: hacia abajo a conclusiones cada vez más valiosas y hacia arriba a datos más y más primitivos. No es más razonable esperar que el segundo movimiento vaya a llegar a un fin natural que esperar que haga lo propio el primer proceso.

La misma estructura se encuentra también en contextos científicos. En una situación observacional, se da por sentado gran parte del conocimiento tácito de fondo. Este conocimiento de fondo corresponde a las  $m_i$  de nuestro esquema de la Figura 2. Lo que realmente se registra como proposición observacional es en nuestra estructura una conclusión intermedia  $c_n$  situada en algún lugar entre la información de fondo y la conclusión final, más o menos como en la Figura 4.

A grandes rasgos y en un sentido algo diferente, podemos ahora comprender también el papel de las observaciones en la concepción holmesiana de la lógica y de la deducción. En la cita introductoria de arriba, la característica quizá más interesante y sorprendente para el lector es la extraña coexistencia de nociones de observación, por una parte, y de razonamiento, deducción, análisis, inferencia y lógica, por otra. A veces, el «lógico cabal» de Sherlock Holmes aparece como un observador perfecto, capaz de advertir los aspectos reveladores más minúsculos del mundo que le rodea. Holmes «pretendía sondear los más íntimos pensamientos de un hombre a través de una expresión momentánea, de la contracción de un músculo o de una mirada» (STUD). En otras ocasiones, tenemos la impresión de encontrarnos ante un razonador absoluto, que puede recorrer con tanta velocidad en su mente

una larga serie de pasos intermedios, siguiendo todas las reglas de la deducción, que no necesita ser inmediatamente consciente de ellos.

#### 6. *Secuencias pregunta-respuesta como juegos contra la naturaleza*

Desde la perspectiva que hemos alcanzado, se puede ver ahora cuál es el nexo entre las dos concepciones. El eslabón que faltaba es la formulación de preguntas. Tanto el recurso a premisas anteriormente desatendidas, que es lo que Sherlock Holmes llama deducción, como la observación pueden conceptualizarse como procesos pregunta-respuesta. Más adelante veremos que esta similitud entre observación y deducción puede llevarse todavía más lejos.

¿Con qué precisión tenemos que estudiar los usos de preguntas y respuestas para los fines (holmesianos) que nos interesan aquí? El primer y principal problema con que se enfrenta un lógico es el de expresar la relación pregunta-respuesta. Es bastante sorprendente que no encontremos una solución satisfactoria, en la literatura anterior, sobre la lógica, semántica, gramática o pragmática de las preguntas. (Sorpresa que disminuye si tenemos en cuenta lo que está implicado en una solución del problema de la respuesta, a saber, dar cuenta de la relación lógica y semántica de las expresiones de dos hablantes diferentes con información colateral distinta. Hay que introducir este conocimiento de fondo, cosa que tanto los lógicos, como los lingüistas han rehusado hacer.) Jaakko Hintikka ha analizado la relación pregunta-respuesta en una serie de trabajos anteriores (véase en especial Hintikka 1976). Aquí nos limitaremos a dar por sentados los resultados de esos primeros análisis, incluida la distinción crucial entre respuestas completas y parciales (réplicas) a una pregunta dada. En esos primeros trabajos se explica asimismo la importante noción de presuposición.

¿Cómo hay que conceptualizar el proceso de recolección de información a través de la formulación de preguntas y deducciones? Presentaremos una formalización que tiene un aspecto algo diferente de la esbozada más arriba, pero que sin

embargo incluye las ideas presentadas antes. Podemos considerar el proceso como un juego contra la naturaleza, la cual, a su vez, puede considerarse como el almacén de la propia información tácita. La razón de utilizar los conceptos de la teoría del juego reside en que esta teoría es la mejor estructura existente para estudiar cualquier problema de estrategia. En el caso presente, las estrategias pertinentes implican tanto estratagemas de interrogación como estratagemas de deducción. El juego puede explicarse como sigue:

Hay dos jugadores, la naturaleza y yo. Hablando de modo intuitivo y a título experimental, mi objetivo es demostrar cierta conclusión  $C_0$ . Para comenzar, dispongo de una premisa inicial  $C_1$  (que puede ser vacua). Las diversas proposiciones que aparecen durante el juego pueden considerarse expresadas en un lenguaje establecido y de primer orden que se extiende sólo para que las preguntas puedan hacerse en el lenguaje extendido. (Algunas de las extensiones se explicarán después.) El desarrollo del juego puede describirse por referencia a un dispositivo de puntuación que se parece mucho a las tablas semánticas de Beth (1955). Las diferencias se explicarán después. De momento, sólo nos resta señalar que la hoja en la que se anotan los puntos la llamaremos tabla y que con referencia a ella utilizaremos la misma terminología de las tablas de Beth. En especial, usaremos la noción de cierre, las nociones de columna derecha y columna izquierda, y la noción de subtabla de la misma manera que Beth. Las diferentes subtablas de una tabla dada se relacionan de la misma manera que en Beth, es decir disyuntivamente. Para que la tabla esté cerrada, todas las subtablas deben estarlo a su vez.

Nuestra utilización de las tablas de Beth está en armonía con la mejor tradición de Sherlock Holmes, el cual habla de *análisis* a propósito de su «Ciencia de la Deducción». Como señaló Beth en su primer trabajo sobre el tema, el método de la tabla es una reconstrucción excelente de la vieja idea del método analítico. La reconstrucción de Beth del método tradicional, no obstante, sólo es aplicable al campo de la deducción. Lo que tratamos de hacer aquí puede considerarse como una ampliación de la «Ciencia de la Deducción y del Análisis» de Beth más allá de sus aplicaciones estrechamente deductivas.

Inicialmente, la tabla contiene  $C_0$  en la columna derecha y  $C_1$  en la izquierda. Hay tres clases diferentes de jugadas: (1) jugadas deductivas; (2) jugadas interrogativas; (3) jugadas definitorias.

(1) Las reglas para realizar jugadas deductivas son las mismas que en cualquier formulación usual del método de la tabla. Como ha argumentado Jaakko Hintikka en otro lugar (1979), existen sin embargo razones para modificar las reglas de la tabla del mismo modo en que algunas de ellas se han modificado en la transición de la lógica clásica a la lógica intuicionista y para permitir sólo una proposición a la vez en la columna derecha de cada subtabla.

Las reglas de ejemplificación de la construcción de la tabla pueden ampliar el lenguaje dado inicialmente mediante la introducción de nombres postizos (individuos indefinidos). Asumimos que esto sólo es posible cuando se ejemplifique una proposición existencial en la columna izquierda o cuando se ejemplifique una proposición universalmente cuantificada en la columna derecha de una subtabla.

(2) Una jugada interrogativa es relativa a una subtabla  $\sigma_j$ . Consiste en una pregunta que yo dirijo a la naturaleza. La presuposición de la pregunta debe aparecer en la columna izquierda de la subtabla. La naturaleza debe proporcionar una respuesta completa. Digamos que la respuesta sea  $A_i$ . Entonces  $A_i$  se añade a la columna izquierda de  $\sigma_j$ .

Por razones de simplicidad, asumiremos que siempre puede darse una respuesta completa, en el sentido de una ejemplificación por sustitución de la matriz de la pregunta que, junto con determinada información suplementaria proporcionada por el que responde, constituye una respuesta completa. Esta información suplementaria se introducirá en la columna izquierda de  $\sigma_j$  junto con el resto de la respuesta.

Los términos sustitutivos deben ser constantes individuales (en el caso de preguntas pronominales, es decir, regidas por pronombres interrogativos [*wh-questions*]).

La plenitud de la respuesta de la naturaleza se juzgará según mi conocimiento de fondo más la asunción de que cada individuo sabe que todas las proposiciones de la columna izquierda de  $\sigma_j$  son ciertas. (Esto es lo que hace que la pregunta sea relativa a  $\sigma_j$ .)

(3) Una jugada definitoria es también relativa a una subtabla  $\sigma_j$ . Consiste en la introducción de un nuevo símbolo de predicado, digamos  $P(x)$ . Es introducida por medio de una definición explícita, es decir, añadiendo a la columna izquierda de  $\sigma_j$ :

$$(x) (P(x) \leftrightarrow f(x))$$

o bien

$$(x) (P(x) (x=a_1 \vee x=a_2 \vee \dots \vee x=a_k))$$

donde  $f$  es una expresión del vocabulario que ha sido utilizada en  $\sigma_j$  y tiene una variable libre, y donde  $a_1, a_2, \dots, a_k$  son constantes individuales.

## 7. Resultados finales y estrategias

Como es usual en teoría de juegos, las consideraciones estratégicas de los jugadores vienen determinadas por los resultados finales. No trataremos aquí de especificarlas por completo. Sin embargo, los siguientes principios generales son importantes.

(1) Una jugada interrogativa que comprende una pregunta regida por pronombre interrogativo [*wh-question*] es tanto más costosa cuanto mayor número de estratos de cuantificadores haya en la pregunta, incluidos los cuantificadores disfrazados de pronombres interrogativos [*wh-words*] (con excepción del estrato más externo de tales cuantificadores). De un modo provisional podemos considerar que el «precio» de una pregunta equivale al número de unidades correspondiente al de los estratos de cuantificadores de la pregunta. Aquí los cuantificadores que quedan fuera de la pregunta adecuada no cuentan.

(2) Una jugada definitoria es tanto más costosa cuanto más estratos de cuantificadores haya en el *definiens*  $f$ . De nuevo, cada estrato adicional puede considerarse que cuesta una unidad.

(3) Cada jugada deductiva que introduce nuevos nombres postizos cuesta una unidad.

Lo que significan estos principios, en términos intuitivos, es que una jugada es tanto más cara cuanto más complique las configuraciones de individuos que uno toma en cuenta en la deducción (en el sentido de introducir nuevos individuos en el argumento). Este «costo» de añadir nuevos individuos a nuestro argumento deductivo (sean individuos reales o «individuos arbitrarios» representados por nombres postizos) refleja la importancia de las jugadas para el buen resultado de la deducción. La selección de los nuevos individuos que han de ser introducidos es la consideración estratégica crucial de nuestros juegos.

Una vez más esto se refleja en lo que encontramos en los argumentos reales de tipo holmesiano. Tomemos el ejemplo más a mano: el curioso episodio del perro en la noche. Lo que ocurre en él es que tres individuos son puestos por primera vez en relación entre sí por Holmes: el ladrón desconocido, el perro y el criador. (Tal vez podríamos decir que el perro es introducido en el argumento y que los otros dos son puestos en relación entre sí a través de aquél.) La sorpresa de la «deducción» de Holmes no está en la relación entre los tres individuos (dos de los cuales resultan ser el mismo), sino en preguntarse por primera vez cuál es la relación entre ellos. Y esto se hizo posible por la introducción de uno de ellos.

#### 8. *Deducciones reemplazables a veces por preguntas y respuestas*

Un examen más detenido de la cuestión de los resultados finales y de las diferentes estrategias nos llevaría demasiado lejos. Nos bastará mencionar un hecho interesante. La mayor parte de las jugadas deductivas —inclusive algunas de las más interesantes— pueden ser reemplazadas por una pregunta adecuada, en el supuesto de que a ésta siga una respuesta.

Por ejemplo, supongamos que  $(F_1 \vee F_2)$  aparece en la columna izquierda de una subtabla  $\sigma_j$ . Una jugada deductiva puede consistir en partir  $\sigma_j$  en dos, con  $F_1$  y  $F_2$ , respectivamente, añadidos a sus columnas izquierdas. Sin embargo, en vez de hacer esto uno podría preguntar: «¿Es el caso que  $F_1$  o es el caso que  $F_2$ ?» Esto se puede hacer porque la presu-

posición de esta pregunta es  $(F_1 \vee F_2)$ . Cualquiera que sea la respuesta, nos ahorramos la molestia de continuar la construcción de uno de los dos *subtableaux* en que la jugada deductiva habría dividido  $\sigma_j$ .

Del mismo modo, supongamos que  $(\exists x) F(x)$  aparezca en la columna izquierda de  $\sigma_j$ . En este caso, una jugada deductiva podría implicar la introducción de un nuevo nombre positivo « $\alpha$ », por lo que « $(F(\alpha))$ » es introducido en la columna izquierda de  $\sigma_j$ . En vez de hacer esto, se puede preguntar: «¿Quién o qué (llámase a ese individuo  $x$ ) es tal que  $F(x)$ ?» Puede hacerse esto porque la presuposición de esta pregunta es  $(\exists x) F(x)$ . Si la respuesta es « $b$ », entonces se puede insertar « $F(b)$ » en la columna izquierda de  $\sigma_j$  en lugar de « $F(\alpha)$ ». Puesto que « $b$ » es un nombre real, su uso no puede hacer otra cosa que facilitar la deducción respecto a la jugada deductiva. (Obsérvese que habíamos presupuesto aquí que el *desideratum* de la pregunta se lee cuantificado existencialmente.)

Además, una jugada definitoria puede a menudo reemplazarse del mismo modo por una jugada de pregunta-respuesta. Por ejemplo, una jugada definitoria podría implicar la introducción de la proposición

$$(*) (x) (P(x) \longleftrightarrow \{ (x) \})$$

en la columna izquierda de alguna subtabla  $\sigma_j$ . En lugar de ello, podríamos preguntar: «¿Quién o qué (llámase uno de ellos  $x$ ) es tal que  $\{ (x) \}$ ?», presuponiendo la lectura del *desideratum* en términos del cuantificador universal. La respuesta será entonces una proposición de la misma forma, salvo que el nuevo predicado primitivo « $P$ » es sustituido por algún predicado usado anteriormente. Una vez más, la tarea deductiva se verá facilitada por el cambio.

Esta intercambiabilidad extensiva de las jugadas deductivas e interrogativas (así como de las jugadas definitorias e interrogativas) puede considerarse como una reivindicación de la idea de que el arte de la deducción es esencialmente equivalente al arte de formular preguntas. Idea que es, tal vez, el ingrediente más fundamental en la concepción que Sherlock Holmes tiene de la lógica, de la deducción y de la inferencia.



## CAPITULO VIII

*Jaakko Hintikka*

### SHERLOCK HOLMES FORMALIZADO

#### *1. Preámbulo*

En un artículo anterior (Hintikka 1978), argumenté que la mejor manera de conceptualizar lo que a menudo se consideran deducciones o inferencias en el discurso ordinario es tratarlas como respuestas a preguntas tácitas. El elemento de habilidad e ingenio que hace que esas «deducciones» en sentido lato no sean triviales proviene de la selección de las preguntas. Un caso paradigmático a este propósito son las «deducciones» de un brillante detective, sea real o imaginario. De ahí que aparezca el nombre de uno de ellos en el título de este capítulo.

La idea es ciertamente sugestiva, pero falta desarrollarla con más detalle. El propósito del presente capítulo es dar inicio a un tratamiento explícito y formal de lo que Sherlock Holmes llamaba «la ciencia de la deducción y del análisis» (STUD, especialmente el Cap. 2). Con ello me enfrento a unas cuantas opciones de importancia en cuanto a las estructuras conceptuales que debo utilizar. Me parece, sin embargo, que la elección es bastante obvia.

Según nuestra idea general, está claro que la habilidad de un brillante razonador práctico es ampliamente estratégica. Consiste en formular preguntas estratégicamente correctas, es decir, preguntas cuyas respuestas tengan la mayor probabilidad de ser las más informativas y de dar acceso a ulteriores líneas de interrogación fructífera. Ahora bien, el mejor instrumento de carácter general para consideraciones estra-

tégicas disponible en la actualidad es la rama de estudios conocida con cierta imprecisión como teoría matemática de los juegos. En realidad sería más apropiado llamarla teoría de la estrategia.<sup>1</sup> En consecuencia, es apropiado construir las secuencias pregunta-respuesta que queremos considerar como si fueran juegos (en el sentido preciso de la teoría de los juegos) entre el interrogador y el interrogado. Este último puede considerarse a menudo como la naturaleza, y así lo llamaremos, mientras que en adelante nos referiremos al interrogador como «yo».

La segunda elección principal concierne al método de llevar las cuentas en esos *juegos de preguntas* contra la naturaleza, como los llamaremos. El sistema tiene que permitirme realizar y anotar inferencias lógicas en el estricto sentido técnico en que suelen usar el término los filósofos del siglo veinte. Al mismo tiempo, el sistema de puntuación tiene que permitir a los jugadores anotar las respuestas de la naturaleza de modo apropiado.

En mi opinión, el mejor sistema de contabilidad de esa clase es el conocido método de las llamadas tablas semánticas introducido por E.W. Beth (1955). Las reglas de un juego de preguntas contra la naturaleza pueden formularse con referencia a una de estas tablas, llamada tabla de juego. Utilizaré para la tabla de juego la terminología usual, que supongo conoce el lector.

En los juegos simples considerados en este artículo, se presupone que trato de demostrar cierta conclusión dada  $C$  usando como premisas una suposición inicial  $T$ , más las respuestas a las preguntas que formulo a la naturaleza una por una. De acuerdo con esto, en su estado inicial la tabla de juego contiene  $C$  en la columna derecha y  $T$  en la columna izquierda, y nada más.

Las reglas del juego son muy sencillas. Pueden ser formuladas con referencia a la tabla de juego. Hay tres tipos de jugadas: (i) jugadas deductivas; (ii) jugadas interrogativas; (iii) jugadas definitorias.

(i) En una jugada deductiva, se aplica a la tabla de juego una de las reglas usuales de la construcción de la tabla.

(ii) En una jugada interrogativa, dirijo una pregunta a la naturaleza, la cual dará una respuesta lo más conclusiva (com-

pleta) posible. Esta respuesta se introduce en la columna izquierda de la tabla de juego.

(iii) En una jugada definitoria, introduzco un nuevo concepto por medio de una definición explícita insertada en la columna izquierda de la tabla de juego. Las definiciones explícitas son, en primer lugar, enunciados de una de las dos formas siguientes:

$$(1) (z_1) (z_2 \dots (z_i) (x) [P(x, z_1, z_2, \dots, z_j) \longleftrightarrow S[x, z_2, \dots, z_j]]$$

$$(2) (z_1) (z_2) \dots (z_j) (x) [(f z_1, z_2, \dots, z_j) = x] \longleftrightarrow S[x, z_1, z_2, \dots, z_j]$$

En (1), P es el nuevo símbolo, y en (2) es f.

Estas reglas requieren algunos comentarios y ulteriores explicaciones. En primer lugar, he de especificar el lenguaje que presupongo aquí. Para comenzar, asumiré que utilizo un lenguaje interpretado finito de primer orden L, con identidad y con símbolos de función. Normalmente, trataré con determinadas extensiones de L. Esta selección de lenguaje significa que en las preguntas y en las respuestas no caben nociones intencionales. El único elemento del juego que no es expresable directamente en este lenguaje son las preguntas dirigidas a la naturaleza. Sin embargo, en la tabla no se introducen las preguntas, sino sólo las respuestas. Por lo tanto, esta restricción no tiene importancia aquí.

Por el momento, las extensiones de L permitidas son de dos tipos: (a) extensiones que comprenden nuevas funciones de predicado, o constantes individuales introducidas por una jugada definitoria; (b) extensiones que comprenden constantes especiales llamadas símbolos propios (para las entidades de diferentes tipos lógicos del modelo considerado). Incluyen nombres propios de individuos del dominio considerado, predicados propios y funciones propias.Cuál es la interpretación pretendida de tales símbolos sólo puede explicarse por referencia a la semántica de nuestros juegos de preguntas. Hablando intuitivamente, puede considerarse que se trata de nombres propios (en sentido lógico) de diferentes tipos de entidades en mi dominio del discurso.

(i) Las reglas de la tabla utilizadas en las jugadas deduc-

tivas pueden ser cualesquiera de las usuales. Sin embargo, puede ser apropiado bajo muchos aspectos modificar las reglas usuales de construcción de la tabla de modo que se conviertan en la contrapartida bethiana de las reglas de Craig (1957) de deducción lineal (que Craig explicaba en términos de *sequents* [sequents] más que de tablas.

(ii) Un prerequisite indispensable a nuestra empresa es el análisis de la relación pregunta-respuesta que ofrecí en otro trabajo (Hintikka 1976, especialmente Caps. 2-3). No puedo reproducir el análisis aquí, por lo que daré por descontado que mis lectores ya conocen su resultado. Basta decir que entiendo por respuesta en una jugada interrogativa, en el caso de preguntas proposicionales, una respuesta directa. En el caso de preguntas pronominales [*wh-questions*] una respuesta es un ejemplo de sustitución de la matriz de la pregunta con respecto a algún término. Este término debe pertenecer, por supuesto, a L o a una de las extensiones admisibles de L explicadas más arriba. En lo que se refiere a los símbolos que aparecen en la respuesta, después de haber sido introducidos por jugadas definitorias, deben de haber sido introducidos anteriormente en la misma subtabla.

Es condición previa de una jugada interrogativa que la presuposición de la pregunta aparezca en la columna izquierda de la tabla de juego. En cierto sentido (que también requiere conceptos semánticos para ser formulado) puede exigirse que una respuesta sea lo más completa posible en la situación dada.

Haré que toda jugada interrogativa sea relativa a una subtabla. La presuposición de la pregunta sólo precisa aparecer en la columna izquierda de la misma subtabla. Los requisitos de las respuestas a preguntas pronominales pertenecen sólo a esa subtabla.

Se asumió originalmente en (ii) que el *desideratum* de la pregunta fuera leído como cuantificador existencial. Sin embargo, puedo leerlo a mi arbitrio como cuantificador universal (Hintikka 1976, Cap. 4). Por lo tanto, una respuesta será un enunciado de la forma:

(3) (x) [M[x] ↔ S[x] ]

donde  $M[x]$  es la matriz de la pregunta y  $S[x]$  una expresión que satisface las condiciones siguientes:

(a) El vocabulario no-lógico de  $S[x]$  consiste en el de  $L$  y en el de las extensiones admisibles de  $L$  descritas arriba.

(b)  $S[x]$  contiene  $x$  como su única variable libre;  $x$  no aparece vinculada en  $S[x]$ .

De manera más general, la pregunta formulada en una jugada interrogativa puede ser una pregunta «parametrizada», es decir, una pregunta con variables libres (vinculadas a cuantificadores universales exteriores). La respuesta será entonces, en la interpretación existencial de la pregunta, de la forma:

$$(4) (z_1) (z_2) \dots (z_i) M[t[z_1, z_2, \dots, z_i], z_1, z_2, \dots, z_i]$$

donde  $M[x, z_1, z_2, \dots, z_i]$  es la matriz de la pregunta (con  $z_1, z_2, \dots, z_i$  como sus variables libres) y  $t(z_1, z_2, \dots, z_i)$  es un término que contiene:

(a)  $z_1, z_2, \dots, z_i$  (o algunos de ellos) como sus únicas variables individuales libres;

(b) símbolos de función de  $L$  y/o de sus extensiones admisibles.

Cuando una pregunta de variables libres es interpretada universalmente, en analogía a (4) y como generalización de (3), obtenemos como respuesta:

$$(5) (z_1) (z_2) \dots (z_i) (x) [M[x, z_1, z_2, \dots, z_i] \longleftrightarrow S[x, z_1, z_2, \dots, z_i]]$$

Aquí  $S$  es una expresión que contiene  $x, z_1, z_2, \dots, z_i$  como sus únicas variables individuales libres y contiene, como constantes no-lógicas, símbolos de  $L$  y de las extensiones admisibles de  $L$ . Una vez más, las constantes introducidas mediante definiciones tienen que haber sido introducidas en la misma subtabla.

La presuposición de una pregunta pronominal interpretada existencialmente con variables libres tiene que aparecer en la columna izquierda de la subtabla pertinente antes de que la pregunta se formule. Para la pregunta cuya respuesta puede ser de la forma (4) la presuposición es:

$$(6) (z_1) (z_2) \dots (z_i) (\exists x) M[x, z_1, z_2, \dots, z_i]$$

La presuposición de una pregunta pronominal interpretada universalmente es la misma que la de la correspondiente pregunta interpretada existencialmente.

También se pueden formular preguntas de variables libres relativas a un predicado. Como ejemplo podemos utilizar un predicado monádico  $P(z)$ . Supongamos que la matriz de la pregunta sea  $M[z,x]$ . Entonces en la interpretación existencial de la pregunta pronominal, las análogas a (4) y (6) (es decir, a una respuesta y a una presuposición) son respectivamente:

$$(7) (z) [P(z) \supset M[t[z],x]]$$

y

$$(8) (z) [P(z) \supset (\exists x) M[x,z]]$$

La análoga a la respuesta (5) a preguntas pronominales con variables libres interpretadas universalmente es:

$$(9) (z) [P(z) \supset (x) (M[x,z] \longleftrightarrow [x,z])]$$

(iii) Las jugadas definitorias, como las interrogativas, serán relativas a una subtabla de la tabla de juego. La definición de (1) o (2) sólo entra en la columna izquierda de la subtabla.

Los símbolos introducidos por las jugadas definitorias no deben aparecer antes en la misma subtabla. En otras palabras, en una jugada definitoria, como se ha establecido más arriba,  $P$  es un símbolo de predicado y  $f$  un símbolo de función que no aparece en la subtabla en cuestión ni en  $L$ . Por otra parte,  $S[x, z_1, z_2, \dots, z_i]$  debe contener como su único individuo libre variables de  $x, z_1, z_2, \dots, z_i$ . En (2) los enunciados siguientes deben aparecer en la columna izquierda de la misma subtabla:

$$(10) (z_1) (z_2) \dots (z_i) (\exists x) S[x, z_1, z_2, \dots, z_i]$$

$$(11) (z_1) (z_2) \dots (z_i) (x) (y) [(S[x, z_1, z_2, \dots, z_i] \& S[y, z_1, z_2, \dots, z_i]) \supset (x = y)]$$

Consideraremos casos especiales de (2), (10) y (11) enunciados del tipo siguiente:

(12)  $(x) [(a = x) \longleftrightarrow S[x]]$

(13)  $(\exists x) S[x]$

(14)  $(x) (y) [(S[x] \& S[y]) \supset (x = y)]$

Aquí  $a$  es una constante individual que no aparece previamente en la subtabla. Admitir (12)-(14) como casos especiales de (2) y (10)-(11) significa permitir la introducción definitoria de símbolos individuales a la par con predicados y funciones definidas.

## 2. Ejemplos

Esto es suficiente para explicar el aspecto sintáctico del juego de preguntas contra la naturaleza. Queda todavía por explicar la semántica del juego y su sistema de puntuación final. Este último en particular es de fundamental importancia para mis consideraciones estratégicas del juego. Sin embargo, para afinar nuestra comprensión, puede ser útil en esta fase considerar un par de ejemplos sencillos de juegos de preguntas contra la naturaleza. Estos ejemplos pueden formularse en lenguajes no-naturales o en lenguaje corriente. Mi éxito en la reconstrucción de este tipo de «deducciones» del discurso ordinario en términos de juegos de preguntas son pruebas elocuentes de que estoy en el camino correcto.

Mi primer ejemplo de un diálogo de búsqueda de información es una ampliación de una parte del razonamiento de Sherlock Holmes en *SILV*, referente a sus deducciones sobre el curioso incidente del perro en la noche. («'Esa noche el perro no hizo nada'. 'Ese es el curioso incidente', señaló Holmes.») Se dan en primer lugar las formulaciones verbales de las diferentes jugadas.

(1) ¿Había un perro guardián en el establo? Sí.

(2) ¿Ladró algún perro guardián a alguien en el establo?

No.

(3) Por lo tanto, ningún perro guardián ladró al ladrón en el establo.

- (4) ¿A quién no ladra un perro guardián? A su amo.  
 (5) Considérese uno de los perros guardianes del establo, digamos, d.  
 (6) d no ladró al ladrón.  
 (7) Aquel a quien d no ladra es el amo de d.  
 (8) Por lo tanto, el amo de d es el ladrón.

Se imponen aquí un par de explicaciones. En el relato, las respuestas (1) y (2) se encuentran entre los hechos conocidos del caso presentado antes. Las jugadas deductivas (3), (5)-(8) son todas claras. En (4), la respuesta es trivial una vez formulada la pregunta. La habilidad de Sherlock Holmes consiste así en introducir la premisa suplementaria adecuada formulando la pregunta adecuada, tal como hemos indicado más arriba.

Obsérvese que la pregunta (4) contiene una variable libre. Además, se formula con respecto al predicado «perro guardián».

Una formulación en tabla del razonamiento de Holmes podría disponerse como sigue. Sólo se escribe la columna izquierda de la tabla de juego.

- (1)  $(3x) (W(x) \ \& \ S(x))$   
 (2)  $(y) (x)[(W(x) \ \& \ S(x)) \supset \sim B(x,\gamma)]$   
 (3)  $(x)[(W(x) \ \& \ S(x)) \supset \sim B(x,th)]$   
 (4)  $(x)[(W(x) \supset (y)(\sim B(x,y) \supset (y = m(x))))]$   
 (5)  $W(d) \ \& \ S(d)$   
 (5a)  $W(d)$   
 (6)  $(W(d) \ \& \ S(d)) \supset \sim B(d,th)$   
 (6a)  $\sim B(d,th)$   
 (7)  $W(d) \supset (y) (\sim B(d,y) \supset (y = m(d)))$   
 (7a)  $(y) [\sim B(d,y) \supset (y = m(d))]$   
 (8)  $\sim B(d,th) \supset (th = m(d))$   
 (8a)  $th = m(d)$

Clave:

$W(x)$  = x es un perro guardián

$S(x)$  = x estaba en el establo

$B(x, y)$  = x ladró a y

$m(x)$  = el amo de x

$th$  = el ladrón



En el segundo ejemplo, comienzo con la representación en tabla y sólo después explico las entradas a la tabla y doy un ejemplo verbal que tiene la misma estructura.

### Tabla de juego

- (1)  $(x)(\exists y) R(x,y)$
- (2)  $(\exists u)(z) R(z,u)$
- (3)  $(x)[T(x) \longleftrightarrow ((\exists y) R(x,y) \supset (z)R(z,x))]$
- (4)  $(\exists x) T(x)$
- (5)  $T(c)$
- (6)  $T(c) \longleftrightarrow ((\exists y) R(c,y) \supset (z) R(z,c))$
- (7)  $(\exists y) R(c,y) \supset (z) R(z,c)$
- (8)  $(\exists y) R(c,y)$
- (9)  $(z) R(z,c)$
- (10)  $(z) R(z,c)$

### Explicaciones del diálogo

- (1) es la premisa dada.
- (2) es la conclusión deseada.
- (3) resulta como respuesta a la pregunta: ¿Quiénes son los individuos  $x$  tales que  $((\exists y) R(x,y) \supset (z) R(z,x))$ ?
- (4) resulta como respuesta a la pregunta: ¿Hay individuos  $x$  tales que  $T(x)$ ?
- (5) resulta como respuesta a la pregunta: ¿Quién (digamos  $x$ ) es (entre otros) tal que  $T(x)$ ?
- (6) resulta de (3) mediante ejemplificación [*instantiation*] L-universal con respecto a  $c$ .
- (7) resulta de (5) y (4) mediante la regla, derivada de la tabla, de sustitución por equivalencia.
- (8) resulta de (1) mediante ejemplificación L-universal.
- (9) resulta de (7) y (8) mediante una versión adecuada de tabla del *modus ponens*.
- (10) resulta de (2) mediante ejemplificación R-existencial.

### Formulaciones verbales

(con preguntas incluidas).

Clave:

- $R(x,y)$  =  $x$  traiciona a  $y$   
 $T(x)$  =  $x$  es un terrorista  
 $c$  = Carlos

(1) Todos traicionan a alguien. (Premisa.)

(3) ¿Quiénes son tales que todos les traicionan si ellos traicionan a alguien? (Pregunta pronominal universalmente interpretada.)

Los terroristas (respuesta).

(4) ¿Hay terroristas? (Pregunta de sí o no.)

Sí (respuesta).

(5) ¿Quién es terrorista? (Pregunta pronominal interpretada existencialmente cuya presuposición ha sido establecida en (4).)

(6) Carlos es un terrorista si y sólo si todos le traicionan si él traiciona a alguien. (De (3) por ejemplificación universal.)

(7) Todos traicionan a Carlos si él traiciona a alguien (De (5) y (6).)

(8) Carlos traiciona a alguien. (De (1) por ejemplificación.)

(9) Todos traicionan a Carlos. (De (7) y (8) por *modus ponens*.)

(2) Alguien es traicionado por todos. (La conclusión que debía demostrarse; sigue de (9) por generalización existencial.)

#### Explicaciones alternativas.

Algunas de las jugadas del diálogo de muestra pueden ser reemplazadas por jugadas diferentes pero (en este caso) esencialmente equivalentes. He aquí otra manera de llevar a cabo esencialmente el mismo diálogo. En este ejemplo en concreto, debo cambiar sólo las explicaciones de las diferentes jugadas.

(1)-(2) como antes

(3) jugada definitoria que introduce el nuevo predicado  $T(x)$

(4) como antes

(5) de (4) por ejemplificación L-existencial

(6)-(10) como antes.

Este ejemplo ilustra el hecho de que diferentes tipos de jugadas son a menudo intercambiables. Con frecuencia, una jugada interrogativa puede reemplazar a una jugada deductiva, y viceversa. Esto muestra cuán natural es el sentido lato

de los conceptos de deducción e inferencia que hemos tratado de captar en el presente capítulo: las inferencias lógicas en su estricto sentido técnico pueden cambiarse muy ventajosamente a menudo por respuestas a preguntas adecuadas, que es lo que entiendo que son las «deducciones» en sentido lato («el sentido de Sherlock Holmes»).

## NOTA

1. Por ejemplo, el término «teoría de los juegos» sugiere una teoría de conflictos, aunque haya estrategias de cooperación así como estrategias de conflictos y ambos tipos de estrategias pueden ser tratados —y lo son— en la teoría de los juegos.

## CAPITULO IX

*Nancy Harrowitz*

### EL MODELO POLICIACO: CHARLES S. PEIRCE Y EDGAR ALLAN POE

La mayoría de los historiadores de la literatura policiaca consideran a Edgar Allan Poe como fundador del género, y a su obra «Los crímenes de la calle Morgue» como la primera novela policiaca del mundo. Resulta siempre sospechoso el que cualquier género literario reivindique un inicio tan afortunado, y en este caso los sospechosos son los propios historiadores. Howard Haycraft, probablemente el más renombrado de ellos, divide a los historiadores de la literatura policiaca en dos escuelas: la mayoritaria, de la que forma parte el propio Haycraft, que sostiene que el género policiaco se originó a partir de Poe; y la minoritaria que afirma que se encuentran elementos de la novela policiaca en la literatura desde la Biblia, y que, por lo tanto, estrictamente hablando Poe no fue el inventor del género, sino más bien su divulgador principal.

Haycraft, en su obra *Murder for Pleasure: Life and Times of the Detective Story* (1941:6), debate con amplitud los argumentos de estos dos bandos. El primero se basa en un enfoque fenomenológico según el cual para que haya relatos policiacos —que, por supuesto, hay que distinguir de los de misterio— tiene que haber fuerzas de policía y detectives. Estos no existían *per se* antes de la primera mitad del siglo diecinueve, cuando comenzaron a aparecer los primeros departamentos de investigación criminal en París y Londres. Como corroboración definitiva, Haycraft cita al respecto la opinión del bibliófilo inglés George Bates: «La causa del silencio de Chaucer a propósito de los aviones fue que jamás vio ningu-

no. No se puede escribir sobre policías antes de que existan policías de quienes escribir.» Por lo tanto, estos historiadores consideran el método del detective menos esencial para el género que los elementos de estructura y de trama.

La tendencia minoritaria de la historiografía policíaca pone mayor énfasis en el método que en la presencia de un detective y de un crimen. Julian Symons, en su *Bloody Murder; From the Detective Story to the Crime Novel: A History* (1972), define ambas tendencias y como Haycraft se sitúa en la mayoría. Su crítica de la tendencia minoritaria pone de manifiesto, como veremos, un punto crucial aunque ampliamente ignorado:

Los historiadores del relato policíaco se dividen entre los que sostienen que no podía existir un género policíaco antes de la existencia de fuerzas de policía organizadas y detectives, y los que encuentran muestras de deducción racional en fuentes tan variadas como la Biblia y Voltaire, y mantienen que en ellas aparecen los primeros enigmas de la investigación policíaca ... El punto decisivo es que hay que hablar de literatura criminal, mientras que quienes ven muestras de investigación policíaca en la Biblia y en Herodoto buscan sólo enigmas. El enigma es vital para el relato policíaco, pero no es un relato policíaco en sí, y su lugar en la literatura criminal es por lo general comparativamente pequeño ... [un] ejercicio interesante se encuentra en *Zadig* de Voltaire (1747). Sin haber visto la perra de la reina ni el caballo del rey, ambos desaparecidos, *Zadig* está capacitado para decir que la perra ha tenido cachorros recientemente, que cojea de la pata izquierda y que tiene las orejas largas ... y cuando insiste en que no ha visto jamás a los animales, lo condenan a ser azotado. Su explicación, una vez encontrados los animales, es un ejemplo de auténtica deducción. Es el caso de la perra, las huellas de las ubres colgantes y de las orejas en la arena, así como la de una pata más marcada que las demás, han proporcionado las pistas. (Symons, 1972:24-25)

El hecho de que Symons defina el método de análisis de los indicios o pistas de *Zadig* como «un ejemplo de auténtica deducción» señala un problema subyacente al intento de definir el género policíaco y sus orígenes, un problema que impregna tanto este tipo de crítica histórica del género como la crítica de la obra misma de Poe.<sup>1</sup> Sin especificar con precisión en qué consiste el método detectivesco, y cómo y por qué el método es esencial en el relato policíaco, es difícil justifi-

car en el mejor de los casos tanto un enfoque genealógico de los orígenes del género como un enfoque estrictamente histórico, que corrobore que el género nació en Filadelfia, Pennsylvania, en abril de 1841, con la aparición de «Los crímenes de la calle Morgue» de Poe en el *Graham's Magazine*.

Por una parte, existe una desafortunada tendencia a englobar sin distinción las categorías lógicas bajo la definición de «deducción racional». Por otra parte, hay una reducción miope de la importancia del propio método policial. La tarea del presente estudio no será analizar los inicios literarios del método policiaco de una manera rigurosa, a pesar de que este trabajo hace falta. El objetivo será aquí doble: en primer lugar, un intento empírico de precisar la naturaleza del método policiaco en la obra policiaca de Poe, textos primordiales por cuanto fueron los primeros ejemplos de investigación abductiva en el marco de la fórmula narrativa detective-crímen. En segundo lugar, trataremos de situar el modelo abductivo policiaco, de definir sus parámetros dentro de un contexto semiótico y epistemológico.

*La abducción, a fin de cuentas, no es otra cosa que intentar adivinar\**

C.S. Peirce, en sus *Collected Papers* (1935-1966) y en otros lugares de sus manuscritos, discute un concepto que en ocasiones diferentes denomina «abducción», «retroducción», «hipótesis», «presunción» y «argumento originario». El examen de un *collage* de las observaciones de Peirce sobre la abducción es tal vez la manera más rápida de llegar a una definición operativa.

... una conclusión retroductiva sólo está justificada si explica un hecho observado. Una explicación es un silogismo cuya premisa mayor, o regla, es una ley o regla conocida de la naturaleza u otra verdad general; la premisa menor, o caso, es la hipótesis o conclusión retroductiva, y la conclusión, o resultado, es el hecho observado (o establecido de otra manera). (1:89)

\* Charles Sanders Peirce (7:219):

La *presunción*, o más precisamente la *abducción*, proporciona al razonador la teoría problemática que la inducción verifica. Al encontrarse ante un fenómeno distinto del esperado en las circunstancias dadas, examina sus características y advierte algún carácter o relación especial entre ellas, que de inmediato reconoce como característico de un concepto que ya está almacenado en su mente, de manera que se avanza una teoría que *explique* (es decir, que haga necesario) lo que resulta sorprendente en el fenómeno. (2:776)

Cada paso en el desarrollo de las nociones primitivas hacia la ciencia moderna fue, en primer lugar, mera labor de adivinación, o por lo menos mera conjetura. Pero el estímulo para tratar de adivinar, la invitación a la conjetura, derivó de la experiencia. El sentido del camino de la sugestión en la retroducción va de la experiencia a la hipótesis. (2:755)

La abducción es el proceso de formación de hipótesis explicativas. Es la única operación lógica que introduce una idea nueva; puesto que la inducción no hace otra cosa que determinar un valor, y la deducción se limita a desarrollar las consecuencias necesarias de una pura hipótesis.

La deducción prueba que algo *debe ser*; la inducción muestra que algo *es realmente* operativo; la abducción se limita a sugerir que algo *puede ser*. (5:171)

Un hombre tiene que estar rematadamente loco para negar que la ciencia ha hecho muchos descubrimientos auténticos. Pero todo elemento individual de teoría científica válido hoy se debe a la abducción. (5:172)

La construcción de la abducción en Peirce describe esencialmente un proceso en el cual el sujeto se enfrenta a un hecho observado que requiere explicación y que parece importante. A fin de explicar el hecho observado, el sujeto necesita encontrar «una ley o regla conocida de la naturaleza u otra verdad general», que, por una parte, explique el hecho retroactivamente, y, por otra, revele su importancia. La abducción es el paso entre un hecho y su origen; el salto instintivo, perceptivo, que permite al sujeto adivinar un origen que puede ser verificado después para confirmar o refutar la hipótesis. La abducción es una teoría desarrollada con el fin de explicar un hecho preexistente. Peirce dice: «La deducción mues-

tra que algo *debe ser*» (5:172), y la inducción «determina el valor de una relación» (1:67). La abducción se distingue de estas dos categorías, deducción e inducción, en el esquema de Peirce (2:623-625), como sigue:

#### Deducción

*Regla* Todas las judías de este saco son blancas.  
*Caso* Estas judías son de este saco.  
 ∴ *Resultado* Estas judías son blancas.

#### Inducción

*Caso* Estas judías son de este saco.  
*Resultado* Estas judías son blancas.  
 ∴ *Regla* Todas las judías de este saco son blancas.

#### Abducción

*Regla* Todas las judías de este saco son blancas.  
*Resultado* Estas judías son blancas.  
 ∴ *Caso* Estas judías son de este saco.

Es importante recordar que Peirce utiliza también los términos «ley de la naturaleza», «verdad general» y «experiencia» para indicar lo que en la categoría abductiva de arriba se llama «regla». Por consiguiente, «hecho observado» es lo mismo que «resultado», y «conclusión abductiva» (o abducción, retroducción, presunción, hipótesis, argumento originario) es el equivalente de «caso». En las categorías de deducción e inducción, «regla» y «caso» pueden indicar ambos un hecho observado. Esto nos lleva a otro problema. Es obvio que la cronología de la obtención de información es importante aquí, pero no queda necesariamente indicada en estos diagramas. Si alguien entrara en el lugar donde están los sacos de judías del ejemplo, podría parecer que el proceso por el que llega a la conclusión acerca de las judías y los sacos dependería de lo que mirara en primer lugar. De alguna manera, en estos diagramas, hay una implicación de que toda la información es asequible por un igual. Esta implicación, junto con la confusión de los términos, se debe sin duda a la excesiva simplicidad del modelo del saco de judías utiliza-



do para describir una serie de principios razonablemente complicada.

Un diagrama de la abducción que puede resultar algo más preciso se parecería a éste:

Resultado (hecho observado)	Estas judías son blancas.
el proceso abductivo comienza aquí .....	
Regla	Todas las judías de este saco son blancas.
∴ Caso (resultado de la abducción)	Estas judías son de este saco.

Verbalizando el diagrama, se observa un hecho (estas judías son blancas). Para explicar y comprender esto, se intenta encontrar en la mente algún destello de teoría, una explicación, una chispa, o cosa así. El proceso de abducción tiene lugar entre el resultado y la regla, y concluye con la postulación de una hipótesis que se espera resulte satisfactoria. Ahora, todo lo que queda por hacer, nos dice Peirce, es verificar la nueva hipótesis.

### *El paradigma indiciario*

Carlo Ginzburg, en su «Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico» (1980b; Cap. IV), discute un concepto que denomina «paradigma indiciario», para la construcción del conocimiento. El paradigma indiciario, dice Ginzburg, «surgió silenciosamente, a finales del siglo diecinueve, en el ámbito de las ciencias sociales», y «todavía no ha recibido la atención que merece». Ginzburg sostiene que la idea de utilizar indicios oscuros o remotos de una manera especulativa para construir un modelo epistemológico ha sido un componente esencial —aunque no reconocido— de nuestro patrimonio cultural. Ginzburg pone como ejemplos de este paradigma la labor de tres grandes «detectives»: Giovanni Morelli, Sigmund Freud y Sherlock Holmes.

Giovanni Morelli, historiador de arte del siglo diecinueve, era conocido por catalogar a pintores famosos según la

manera en que éstos caracterizaban habitualmente los pequeños detalles «insignificantes» del cuerpo, como orejas, uñas, dedos de los pies. Basándose en una familiaridad enciclopédica con estos detalles, Morelli estaba en condiciones de identificar sin dificultad las imitaciones y las atribuciones incorrectas, dado que los imitadores se interesaban más por las características más específicas y convencionalmente estilizadas de una escuela o artista en particular. Durante su carrera, Morelli realizó muchas atribuciones nuevas en las pinacotecas más importantes de Europa. Después, su método cayó en descrédito y fue en gran parte olvidado. Más tarde, el historiador del arte Edgar Wind (citado por Ginzburg) resucitó los métodos de Morelli e hizo estos comentarios sobre ellos:

Los libros de Morelli tienen un aspecto diferente de los de cualquier otro historiador del arte. Están llenos de ilustraciones de dedos y de orejas, de meticulosas descripciones de las características triviales que descubren a un artista, del mismo modo que las huellas digitales descubren a un delincuente ... cualquier galería de arte estudiada por Morelli acaba pareciendo una galería de bribones. ...

Ginzburg traza después un paralelo entre los métodos de Morelli, el interés de Freud por los «detalles secundarios» que revelan realidades psicológicas, y la solución de los crímenes por Sherlock Holmes a través de la interpretación de indicios. Estos tres métodos «proporcionan la clave para acceder a una realidad más profunda, una realidad que, como una enfermedad del cuerpo, no puede verse sino a través de sus síntomas». (Ginzburg aduce las actividades del hombre primitivo como origen del modelo conjetural:)

Durante miles de años la humanidad vivió de la caza. En el curso de interminables persecuciones, los cazadores aprendieron a reconstruir el aspecto y los movimientos de una presa invisible a través de sus rastros: huellas en terreno blando, ramitas rotas, excrementos, pelos o plumas arrancados, olores, charcos enturbiados, hilos de saliva. Aprendieron a husmear, a observar, a dar significado y contexto a la más mínima huella. ...

Sucesivas generaciones de cazadores enriquecieron y transmitieron este patrimonio de saber ... cuyo rasgo característico era la capacidad de pasar de hechos aparentemente insignificantes, que podían observarse, a una realidad compleja no observable, por lo menos di-

rectamente. Y estos hechos eran ordenados por el observador en una secuencia narrativa, cuya forma más simple podría ser: «alguien ha pasado por aquí».

La importancia del paradigma indiciario no está en la noción de lectura de signos codificados tales como las huellas, sino más bien en el hecho de que los sistemas comentados por Ginzburg fueron desarrollados y cobraron significado a través de un proceso muy similar a la abducción. Las reglas se postularon para explicar los hechos observados hasta demostrar una causalidad, hasta verificar la hipótesis. Al igual que en la abducción, para codificar un sistema se requiere un conocimiento cultural o resultante de las experiencias. La abducción es literalmente el fundamento necesario para la codificación de un signo. Como nos dice Peirce, la abducción crea una idea nueva.

La categoría de regla en Peirce es enormemente amplia y vaga. Abarca todo tipo de conocimientos, desde los culturales hasta los personales. Peirce define la regla como «una ley o norma de la naturaleza u otra verdad general», es decir, cualquier información común a todos. Sin embargo, la categoría de regla incluye también «experiencia», y la experiencia puede ser pública o privada. La clase de «adivinación» de la abducción —indefinida como podemos ver por la vastedad de la regla— junto con las implicaciones de largo alcance, casi genéricas, del modelo de Ginzburg, es lo que crea la bella y la bestia de este método. Lo cual será discutido con más profundidad cuando hayamos terminado de examinar el texto de la abducción misma, los relatos de Poe.

### *El raciocinio y Poe*

La ficción narrativa de Edgar Allan Poe se caracteriza por las construcciones de lo hiperreal, visiones fugaces o auténticas exploraciones de una realidad interna completamente fantástica, cuyos parámetros son establecidos sólo por los límites de una mente enormemente imaginativa. En su narrativa, Poe se atiene en gran medida a un concepto que denomina «raciocinio» (*ratiocination*), término desafortunadamente am-

biguo. «Ratiocination», según el Oxford English Dictionary, significa «razonar, realizar un proceso de razonamiento, el proceso de razonamiento en sí». Es interesante el énfasis en el término proceso puesto que apunta al «cómo» del razonamiento, que es, por supuesto, lo que aquí nos interesa. Aparte de esta indicación, el término es bastante vago y debemos referirnos directamente a los relatos de Poe para entender qué significado le daba.

En muchos de los relatos de Poe, incluso en algunos que no son *per se* relatos policíacos, el raciocinio es un estado mental del narrador, y las abducciones son actos que han resultado posibles gracias a ese estado mental. Los actos abductivos son el término mediador entre el mundo de la mente del narrador y el mundo físico donde habita. Raciocinio y abducción son parte integrante del mismo fenómeno. Sirven para poner orden —o por lo menos una apariencia— en el caos de lo hiperreal de Poe (que, si no, resultaría abrumador), como podemos ver en «Un descenso al Maelström».

El narrador de este relato, al describir la aterradora aventura de encontrarse preso en un enorme remolino, cuenta cómo se salvó analizando las diversas formas físicas de los objetos que flotaban a su alrededor. El remolino había despedazado esos objetos al succionarlos primero hacia el fondo y después al arrojarlos de nuevo a la superficie del mar. El narrador abduce que un objeto de forma cilíndrica es el último en ser arrastrado hacia el fondo, y se salva así agarrándose a un barril hasta que el Maelström vuelve a la fase de calma:

No era el espanto el que así me afectaba, sino el nacimiento de una nueva y emocionante *esperanza*. Surgía en parte de la memoria y, en parte, de las observaciones que acababa de hacer. Recordé la gran cantidad de restos flotantes que aparecían en la costa de Lofoden y que habían sido tragados y devueltos luego por el Moskoeström. La gran mayoría de estos restos aparecían destrozados de la manera más extraordinaria ... Pero al mismo tiempo recordé que *algunos* de esos objetos no estaban desfigurados en absoluto. ... Al mismo tiempo hice tres observaciones importantes. La primera fue que, por regla general, los objetos de mayor tamaño descendían más rápidamente. La segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y otra de cualquier forma, la mayor velocidad de descenso correspondía a la esfera. La tercera, que entre dos masas de igual tamaño, una de

ellas cilíndrica y la otra de cualquier forma, la primera era absorbida con mayor lentitud. ... Había además un detalle sorprendente, que contribuía en gran medida a reforzar estas observaciones y me llenaba de deseos de verificarlas: a cada revolución de nuestra barca sobrepasábamos algún objeto, como un barril, una verga o un mástil. Ahora bien, muchos de aquellos restos que, al abrir yo por primera vez los ojos para contemplar la maravilla del remolino, se encontraban a nuestro nivel, estaban ahora mucho más arriba y daban la impresión de haberse movido muy poco de su posición inicial. (Poe 1970, vól. 1:155-156)

Las operaciones de raciocinio de la mente del narrador permiten que la voz serena y tranquilizadora de la razón predomine sobre una escena de terror, el mar rugiente, encrespado, en ebullición, los bramidos del viento, el miedo ante la muerte. El narrador posee un conocimiento científico específico, adquirido a través de observaciones precedentes, y una aguda capacidad de observación ante la muerte, que le permiten hacer conjeturas sobre los objetos que le rodean en el mar. Postula, por lo tanto, una regla que explicaría ciertos hechos físicos acerca de esos objetos. Llega a la abducción: «Los objetos cilíndricos y de tamaño pequeño son los últimos, por su forma y tamaño, en ser succionados por el Maels-tröm, si es que llegan a serlo.» Se salva al fin atándose a un barril cilíndrico que, en efecto, el remolino no llega a arrastrar. El narrador escapa ileso (aunque el terror le ha encanecido el cabello) y nosotros hemos aprendido una lección sobre la importancia de la razón, en otras palabras, de la abducción.

Los actos abductivos abundan en relatos como «El gato negro», «La carta robada», «Tú eres el hombre» y «El escarabajo de oro». En algunos casos, el raciocinio y su forma expresa, la abducción, sirven al narrador para defenderse de una locura que no cesa de amenazarle. Pero antes de sepultar aún más profundamente a Poe en esa tumba abductiva, examinemos qué nos dice acerca de lo que él denomina «análisis», en las primeras páginas de «Los crímenes de la calle Morgue»:

La facultad de re-solución se ve posiblemente muy vigorizada por el estudio de las matemáticas, y en especial por su rama más alta, que,

injustamente y tan sólo a causa de sus operaciones retrógradas, se denomina análisis, como si se tratara del análisis *par excellence*. Calcular, sin embargo, no es en sí mismo analizar. (Poe 1970, vol. I:419)

Poe prosigue delineando las diferencias entre el cálculo y el análisis. El cálculo depende de operaciones inductivas y deductivas, como Poe aclara con su ejemplo de la partida de ajedrez. El análisis, en cambio, es una habilidad mucho más compleja.

Pero la habilidad del analista se manifiesta en cuestiones que exceden los límites de las meras reglas. Silencioso, procede a acumular cantidad de observaciones y deducciones. Quizá sus compañeros hacen lo mismo, y la mayor o menor proporción de informaciones así obtenidas no reside tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación. Lo necesario consiste en saber *qué* se debe observar. Nuestro jugador no se encierra en sí mismo; ni tampoco, dado que su objetivo es el juego, rechaza deducciones procedentes de elementos externos a éste. Examina el semblante de su compañero, comparándolo cuidadosamente con el de cada uno de sus oponentes. Considera el modo con que cada uno ordena las cartas en su mano; a menudo cuenta las cartas ganadoras y las adicionales por la manera con que sus tenedores las contemplan. Advierte cada variación de fisonomía a medida que avanza el juego, reuniendo un capital de ideas nacidas de las diferencias de expresión correspondientes a la seguridad, la sorpresa, el triunfo o la contrariedad. Por la manera de levantar una baza juzga si la persona que la recoge será capaz de repetirla en el mismo palo. Reconoce la jugada fingida por la manera con que se arrojan las cartas sobre el tapete. (Poe 1970, vol. I:420-421)

Poe, el semiótico, recorre la gama de posibilidades: inferencias, razonamiento inverso, signos visuales, sensoriales y acústicos, lectura de las expresiones y los gestos. Una partida de cartas con él debía de ser una experiencia interesante. El pasaje citado no es sólo un manifiesto para un éxito absoluto en las cartas, sino también un plan de juego por abducción. Como nos informa el propio Poe, los resultados del análisis, «frutos del método en su forma más esencial y profunda, tienen todo el aire de una intuición» (Poe 1970, vol. I:418-419).

La primera narración de razonamiento abductivo en «Los crímenes de la calle Morgue» aparece a continuación de la

definición de análisis que Poe nos ofrece, y sirve de ilustración del método. El narrador nos describe su vida en París con un tal C. Auguste Dupin. Los dos dan un paseo al anochecer. Se han mantenido en silencio durante por lo menos quince minutos, cuando Dupin lo interrumpe y dice: «Sí, es un hombrecillo muy pequeño, y estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.» El narrador replica: «No cabe duda», pero después, atónito y sin comprender, insiste para saber cómo Dupin se ha dado cuenta de que en ese momento estaba pensando en el actor Chantilly. Dupin reconstruye sus pasos en este pasaje:

Si no me equivoco, habíamos estado hablando de caballos justamente al abandonar la Rue C... Este fue nuestro último tema de conversación. Cuando cruzábamos hacia esta calle, un frutero que traía una gran canasta en la cabeza pasó rápidamente a nuestro lado y le empujó a usted contra una pila de adoquines correspondiente a un pedazo de la calle en reparación. Usted pisó una de las piedras sueltas, resbaló y se torció ligeramente el tobillo; mostró enojo o malhumor, murmuró algunas palabras, se volvió para mirar la pila de adoquines y siguió andando en silencio. Yo no estaba especialmente atento a sus actos, pero en los últimos tiempos la observación se ha convertido para mí en una necesidad.

Mantuvo usted los ojos clavados en el suelo, observando con aire quisquilloso los agujeros y los surcos del pavimento (por lo cual comprendí que seguía pensando en las piedras), hasta que llegamos al pequeño pasaje llamado Lamartine, que con fines experimentales ha sido pavimentado con bloques ensamblados y remachados. Aquí su rostro se animó y, al notar que sus labios se movían, no tuve dudas de que murmuraba la palabra «estereotomía», término que se ha aplicado pretenciosamente a esta clase de pavimento. Sabía que para usted sería imposible decir «estereotomía» sin verse llevado a pensar en átomos y pasar de ahí a las teorías de Epicuro; ahora bien, cuando discutimos no hace mucho este tema, recuerdo haberle hecho notar de qué curiosa manera —por lo demás desconocida— las vagas conjeturas de aquel noble griego se han visto confirmadas en la reciente cosmogonía de las nebulosas; comprendí, por tanto, que usted no dejaría de alzar los ojos hacia la gran nebulosa de Orión, y estaba seguro de que lo haría. Efectivamente, miró usted hacia lo alto y me sentí seguro de haber seguido correctamente sus pasos hasta ese momento. Pero en la amarga crítica a Chantilly que apareció en el *Musée* de ayer, el escritor satírico hace algunas penosas alusiones al cambio de nombre del remendón antes de calzar los coturnos, y cita un

verso latino sobre el cual hemos hablado muchas veces. Me refiero al verso: *Perdidit antiquum litera prima sonum*. Le dije a usted que se refería a Orión, que en un tiempo se escribió Urión; y dada cierta acritud que se mezcló en aquella discusión, estaba seguro de que usted no la había olvidado. Era claro, pues, que no dejaría de combinar las dos ideas de Orión y Chantilly. Que así lo hizo, lo supe por la sonrisa que pasó por sus labios. Pensaba usted en la inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento había caminado algo encorvado, pero de pronto le vi erguirse en toda su estatura. Me sentí seguro de que estaba pensando en la diminuta figura de Chantilly. Y en ese punto interrumpí sus meditaciones para hacerle notar que, en efecto, el tal Chantilly era muy pequeño y que estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*. (Poe 1970, vol. 1:425-427)

El primer párrafo de este pasaje describe los acontecimientos físicos reales de la escena, es decir, el choque con el frutero, que genera la secuencia de acontecimientos que sigue, las reacciones del narrador al choque. El segundo párrafo, sin embargo, introduce un cambio en la narración, en cuanto que es una descripción de los acontecimientos subsiguientes según la lectura que Dupin hace de ellos. El diagrama siguiente es un intento de adaptar las categorías de Peirce de hecho observado, regla y caso a la lectura de Dupin, al objeto de ver si la noción de abducción es operante en el análisis de Dupin y cómo.

<i>Hecho observado</i>	<i>Regla</i>	<i>Caso</i>
1. N. mantuvo los ojos clavados en el suelo	Si se mira algo es que se piensa en ello.	N. piensa en el suelo.
2. N. mira los huecos y los surcos.	Los huecos y surcos son frecuentes cuando se repara una calle.	N. tropezó con unas piedras destinadas a la reparación de la calle, así que se establece la relación huecos/surcos/piedras; por lo tanto, si mira a los huecos y surcos piensa en piedras (regla 1).



- |   |   |  |
|---|---|--|
| 3. a. Movimiento de labios.<br>b. Animación del rostro. | a. El movimiento de los labios indica que habla consigo mismo;<br>b. La expresión del rostro refleja pensamiento o emoción.<br>c. Hay la palabra «estereotomía» que se aplica pretenciosamente a la clase de piedras que N. mira. | Caso 2 + reglas<br>3a + b + c = Caso 3: N. piensa en estereotomía. |
| 4. Casos 2+3.   | Si se piensa en estereotomía se debe pensar en átomos.  | N. debe pensar en la teoría de Epicuro.                            |
| 5.  | Discusión anterior de N. y Dupin sobre Epicuro y la nebulosa de Orión.  | N. debe realizar la conexión Epicuro-nebulosa.                     |
| 6. N. miró hacia lo alto.                               | (Confirmación de los casos 3 y 4).  |  |
| 7.  | En la alusión contra Chantilly, el autor satírico citaba un verso latino. En una conversación anterior entre N. y Dupin, se estableció la conexión verso-Orión.   | Orión lleva a Chantilly; el narrador debe pensar en Chantilly.     |
| 8. Sonrisa significativa de N.                          | (Confirmación del caso 7) basada en la suposición de que el caso 7 provocaría una sonrisa.  |  |

- |   |  |   |
|---|--|---|
| 9.  | Chantilly es ridí-<br>culamente famoso<br>por su baja estatura;<br>si N. piensa en<br>Chantilly, piensa<br>también en su<br>estatura.          | N. piensa en la<br>estatura de Chantilly. |
| 10. N. se yergue<br>en toda su<br>estatura. | (Confirmación del<br>caso 9) basada en<br>que la expresión<br>física refleja el<br>pensamiento; si uno<br>se yergue, piensa en<br>la estatura. | N. piensa en la<br>estatura de Chantilly. |

En el aspecto cronológico, el proceso de abducción y la relación de este proceso con el hecho observado y con el caso son problemáticos. El proceso opera no sólo «hacia atrás» (como indica el término de Peirce retroducción), sino también «hacia adelante». Advertir el hecho observado es el primer paso. Después, viene a la mente una regla para explicar el origen del hecho observado. Por consiguiente, el hecho observado es interpretado mediante una regla postulada hipotéticamente y el caso es abducido. La regla, por lo tanto, genera la inteligibilidad del hecho observado, y el hecho observado es interpretado por medio de la regla. Hay ahí un juego recíproco que es importante para la naturaleza del modelo:

1. H.O..... > regla
2. H.O.<..... regla
3. ...!..... > caso

Los hechos observados, y después los casos, en especial si las hipótesis se ponen a prueba, sirven para demostrar la veracidad y la eficacia de las reglas en algunas situaciones.

Algunas reglas son más hipotéticas y problemáticas que otras, como podemos ver por el primer diagrama. Como ya hemos señalado, sin embargo, la conceptualización que Peirce hace de la regla es vasta y abarca con facilidad la clase de información con la que Dupin llega a sus conclusiones.

Si observamos el primer diagrama, podemos ver que las dos primeras abducciones son bastante claras: hay un hecho observado, una regla que lo explica y una conclusión. Sin embargo, de la abducción número tres en adelante, el juego cambia. En el número tres, los dos hechos observados se consideran conjuntamente debido a su aparición simultánea en la narración y a su naturaleza aparentemente contigua. La clase de hecho observado sigue siendo la misma por ahora; lo que cambia es la clase de regla en operación. Las reglas 3a y 3b son similares a las reglas 1 y 2, reglas que están basadas en un conocimiento muy general del comportamiento humano, de los procesos del pensamiento y de la información ambiental. La regla 3c comienza a introducirnos en un ámbito y en una categoría de reglas diferentes, dado que se basa en una familiaridad, específica y localizada, con un tipo determinado de pavimento y una terminología particular de ese pavimento, quizás usada sólo en aquel barrio o ciudad. Cabría suponer que la información contenida en la regla sólo es comprensible para un lector local y un detective local. Esto sería por supuesto importante si Dupin no hubiera reconstruido sus pasos para nosotros, y si estuviera en juego la solución de un crimen en lugar de una ilustración del método abductivo fuera de un contexto de investigación criminal.

La regla 3c inicia un proceso en el que los casos 2 y 3 toman el lugar de un hecho observado en el número 4. También en la abducción número 5 falta un hecho observado. Aquí, la cronología de la narración es crucial. Dupin nos informa de que ha llegado a los casos 4 y 5 antes de que el narrador mirara hacia lo alto. El hecho de mirar hacia lo alto es una confirmación hipotética de estos casos. No es una verificación de los casos 4 y 5 porque no es una confirmación concluyente basada en deducción o en inducción, como Peirce exige que debe ser la verificación de una hipótesis. Cuando se verifica una abducción con otra abducción, se sigue teniendo una abducción.

La ausencia de hechos observados verdaderamente exteriores después de la abducción número 3 es indicativa de que se ha pasado del mundo público de los fenómenos observables e identificables al mundo interior y personal de la mente, que sólo Dupin y el narrador comparten: «... la melanco-

lía un tanto fantástica de nuestro carácter ... nuestro aislamiento era perfecto. No admitíamos visitantes ... sólo vivíamos para nosotros» (Poe 1970, Vol. 1:422-423).

La regla 5 es particularmente indicativa del paso mencionado, en cuanto se basa por completo en conversaciones precedentes habidas entre Dupin y el narrador acerca de Epicuro y de la nebulosa de Orión. La regla 4, por otra parte, muestra una argucia particular de la filosofía lingüística de Dupin que éste trata de atribuir al narrador: «Sabía que para usted sería imposible decir estereotomía sin verse llevado a pensar en átomos ...» La suposición que subyace en la regla 4 es que el lenguaje es tanto metonímico como paranomástico. Estereotomía contiene el sufijo -tomía. Dupin afirma que -tomía hace pensar en átomo. Es interesante que la palabra estereotomía, que significa el arte de cortar la piedra, se recorte a sí misma y deje su parte más despojada, -tomía, que resulta ser la parte de la palabra que significa cortar. Al mismo tiempo, esta palabra que se corta a sí misma y se reduce a la parte que significa cortar, adquiere un prefijo que le permite significar átomo, la parte más pequeña del todo. Y todo esto es un proceso que Dupin da por supuesto en el narrador como cosa corriente.

Ya tendría que hacerse evidente en ese punto que Dupin utiliza aquí una buena dosis de proyección, y toma en consideración las asociaciones que él habría realizado en una situación semejante atribuyéndolas al narrador. En este pasaje, los hechos observados son escasos y dispersos y las suposiciones copiosas. Sin embargo, se trata todavía de abducción y la explicación de Dupin es en cierto modo viable, aunque traída por los pelos en algunos respectos, a causa de la naturaleza de las reglas. Es importante no olvidar que el propósito de esta abducción es leer el pensamiento del narrador, no resolver un crimen cometido por un extraño. Hay obviamente una enorme diferencia de fines entre estas dos clases de propósitos, y los medios muestran esta diferencia.

En conjunto, este pasaje abductivo se caracteriza por una carencia general de codificación de los indicios (aunque las reglas traten de proporcionar códigos), por una definida interferencia de lenguaje, evidente en el ejemplo de la estereotomía así como en el verso latino que se cita, y por el hecho

de que muchas de las reglas están tomadas de un bagaje de experiencia personal. No es todavía un método completamente logrado para la resolución de los problemas policíacos, dado que no hay crimen. Este pasaje proporciona un prólogo metodológico ante el cual comienza, inmediatamente después, la auténtica historia. Como nos informa Poe: «El relato siguiente representará para el lector algo así como un comentario de las afirmaciones que anteceden» (Poe 1970, Vol. 1: 442). La exposición de Poe del método analítico consta de tres fases: la primera es una definición del análisis; la segunda, un ejemplo de análisis en un contexto no policíaco; la tercera, la resolución de los crímenes de la calle Morgue.

Una mujer y su hija son encontradas muertas, brutalmente asesinadas, en su vivienda. Hay diversos elementos en el caso que desconciertan por completo a la policía. Ambas mujeres han sufrido mutilaciones, una de ellas ha sido metida por el tubo de la chimenea, hecho que requiere una fuerza extraordinaria. No se veía por dónde podía haber entrado o salido el asesino, puesto que las puertas y las ventanas se encontraron bien cerradas y aseguradas por dentro después de cometido el crimen. Todos los testigos auditivos habían afirmado que la voz que habían oído procedente del apartamento justo antes de los asesinatos era la voz de un extranjero.

Dupin, al resolver este su primer crimen, establece una metodología y una filosofía precisa de la investigación criminal que se hizo famosa y que todavía es utilizada hoy en el género policíaco. De hecho, la mayoría de los principios del método de Dupin fueron utilizados por Conan Doyle e inmortalizados en el personaje de Sherlock Holmes.

La base de estos principios es, por supuesto, el método abductivo. El resto de los principios son en cierto sentido una refinación de la abducción, un plan magistral para el uso más fructífero de la noción. He aquí los comentarios de Dupin acerca de su método, observaciones que revelan su *modus operandi*:

La policía parisiense, tan alabada por su penetración, es muy astuta pero nada más. No procede con método, salvo el del momento. Toma muchas disposiciones ostentosas, pero con bastante frecuencia éstas se hallan tan mal adaptadas a su objetivo que recuerdan a Monsieur

Jourdain, que pedía su *robe de chambre, pour mieux entendre la musique*. (Poe 1970, Vol. I:435)

Vidocq, por ejemplo, era un hombre de excelentes conjeturas y perseverante. Pero como su pensamiento carecía de suficiente educación, erraba continuamente por el excesivo ardor de sus investigaciones. Dañaba su visión por mirar el objeto desde demasiado cerca. Quizás alcanzaba a ver uno o dos puntos con singular acuidad, pero procediendo así perdía el conjunto de la cuestión. (Poe 1970, Vol. I:435)

Lo único que cabe hacer es probar que esas aparentes imposibilidades no son tales en realidad. (Poe 1970, Vol. I:441)

En resumen, los principios de Dupin son éstos: no dar nunca nada por sentado, la índole del objeto en examen debe dictar la índole de las pesquisas, es necesario ver el asunto en su conjunto, hay que demostrar que las «aparentes imposibilidades» cruciales son posibles (si, en verdad, lo son).

Al poner en práctica estos principios, Dupin puede resolver el crimen mientras que la policía no obtiene ningún resultado. Su visión miope y su insistencia en nociones y suposiciones preconcebidas la limitan en este caso, como la limitan en «La carta robada», donde el campo de su investigación no es lo suficiente amplio para ver el objeto que tiene ante los ojos. El problema de las suposiciones se revela con claridad en esta adivinanza: Entrás en un apartamento. Harry y Joan yacen en el suelo, muertos. A su lado, en el suelo, hay un vaso de vidrio roto. En el sofá hay un gato que los mira fijamente con el lomo arqueado. Las puertas y las ventanas están cerradas. No hay nadie más en el apartamento. Pregunta: ¿Cómo ha escapado el asesino? Respuesta: El asesino aún no ha escapado. Harry y Joan son peces de colores.

En «Los crímenes de la calle Morgue», la policía no logró ir más allá de la suposición de que el asesino fuera un ser humano. Por esta razón no logró interpretar ninguna de las pistas, ni tan sólo darse cuenta de cuáles eran éstas. Qué buscar, cómo orientar la investigación, qué pistas e indicios son importantes y cuáles son irrelevantes, cuál es la «verdad» que se busca, todos éstos son problemas que interesaban tanto a Poe como a Peirce. La pertinencia de este tipo de preguntas —y la hipotética descripción de la clase de mente do-

tada, capaz de abordarlas— es parte importante de la abducción.

*La mente racionadora/abductiva: Poe y Peirce*

Como nos indican Dupin y el narrador, para resolver este tipo de enigmas se requiere una clase especial de mente. Además de denominarla con el término general de «raciocinio», Poe define esta aptitud mental con las expresiones «alma bipartida» y «poeta-matemático». El sujeto, al reflexionar sobre un enigma que requiere «pensar a posteriori», como dice Dupin, se sume en un ensueño: «En aquellos momentos su actitud era fría y abstraída; sus ojos miraban como sin ver, mientras su voz, habitualmente de un rico registro de tenor, subía a un falsete que hubiera parecido petulante de no mediar lo deliberado y lo preciso de sus palabras» (Poe 1927: 81).<sup>2</sup>

Daniel Hoffman, un interesante e imaginativo crítico contemporáneo de la obra de Poe, discute las implicaciones generales del raciocinio en su libro *Poe Poe Poe Poe Poe Poe Poe*:

... La mente de Dupin opera mediante asociaciones. Su método es más refinado, un mecanismo aparentemente más suprasensible que los procesos habituales de cálculo racional. Participa de lo irracional, y por consiguiente es la clase más alta de raciocinio, puesto que no es esclavo de sus propias premisas. Eso a lo que Dupin es tan aficionado me parece muy similar a lo que los «analistas» de nuestros días llaman la *mente preconsciente*. Dupin puede recurrir y entregarse a las cadenas asociativas del pensamiento preconsciente, esa red milagrosa de símiles que el resto de nosotros hemos recubierto con el macilento vendaje enyesado del pensamiento consciente y racional. Por eso Dupin es mucho más sofisticado que nosotros, en la resolución de cuestiones intrincadas, precisamente porque está mucho más próximo que nosotros a los orígenes de nuestro ser. Su mente, al operar mediante analogías metafóricas, combina la intuición poética con la exactitud matemática. (Hoffman 1973:107-108)

Lo interesante de estas líneas no es tanto el tono místico que Hoffman presta al raciocinio, tono que en este caso podría conducir a la negación de su naturaleza sistemática. Lo

que es crucial es la idea de que el raciocinio es una operación que puede cortar, a través de diversos niveles de realidad, un ensueño creativo que trasciende la razón positivista y sus presupuestos. Lo cual nos lleva de nuevo a Peirce, al concepto que él denomina «Play of Musement» [véase Cap. II del presente volumen]:

Así, es razonable suponer que cualquier problema puede ser solucionado correctamente por el hombre, siempre que se le dediquen el tiempo y la atención suficientes. Además, los problemas que a primera vista parecen insolubles llevan, por esa misma circunstancia, como señala Edgar Poe en «Los crímenes de la calle Morgue», las claves de su solución. Lo que los hace especialmente aptos para el Juego del «Musement». [Observación de Poe: «Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* de sus características.»]

Cuarenta o cincuenta minutos de reflexión analítica intensa y sostenida sobre uno de esos problemas suelen ser suficiente para extraer de él todo lo que hay que extraer, su solución general. ... Embarca en tu esquife de Musement, adéntrate en el lago de la reflexión y deja que el soplo del cielo hinche tu vela. Con los ojos abiertos, despierta a lo que está en tu interior y mantén una conversación contigo mismo: ya que en esto consiste toda meditación. (6.460-461)

Los paralelos entre la abducción y el juego del «Musement» de Peirce y el raciocinio de Poe son evidentes. Lo que no está tan claro es en qué grado Poe influyó en Peirce, y sin embargo es una pregunta que hay que formular. Que Peirce era lector de Poe —incluso lector atento y entusiasta— es indudable. En los *Collected Papers* y en los manuscritos de Peirce, se menciona a Poe varias veces. De hecho, uno de los manuscritos lleva por título «Art Chirography» y es un intento de obtener información sobre los primeros versos de «El cuervo» de Poe a través del tipo de escritura del manuscrito. Es obvio que una cosa así no podía ser producto de un lector casual o indiferente (Peirce s.f.: Ms. 1539).

El problema del «grado de influencia» nunca tiene una respuesta sencilla, y se puede caer fácilmente en el reduccionismo. Nos parece suficiente mencionar aquí la lectura atenta, y señalar las preocupaciones similares que Poe y Peirce compartían. Como ejemplo final de ello, el manuscrito 475



de Peirce es el texto de una conferencia Lowell pronunciada en Cambridge, Massachusetts, en 1903, titulada «Abducción». En ella, Peirce discute los orígenes de la abducción, que atribuye al capítulo veinticinco de *Análíticos primeros* de Aristóteles. Peirce defiende la hipótesis de que una mala transcripción causó la pérdida de la palabra que significaba «abducción», y que después se suplió ésta con una palabra que significaba reducción. Peirce retraduce el pasaje, sustituyendo reducción por abducción. Con esta sustitución, el sentido del pasaje cambia considerablemente y el concepto de que trata Aristóteles se aproxima mucho a la abducción de Peirce. El resto de la conferencia está dedicado a una especulación epistemológica sobre las implicaciones de abducción:

¿Cómo explicar que el hombre llegara nunca a teorizar correctamente sobre la naturaleza? Sabemos por inducción que el hombre posee teorías correctas, puesto que producen predicciones que se cumplen. ¿Pero a través de qué proceso o reflexión llegaron a su mente? (Peirce s.f.: Ms. 475).

Peirce señala que en la acumulación de conocimiento solían tomarse en cuenta factores muy diversos tales como los sueños proféticos. Estima que hay «billones» de teorías en existencia, y añade: «¿Todo polluelo que sale del cascarón tiene que rebuscar entre todas las teorías posibles hasta dar con la buena idea de picotear algo y comerlo?» (*ibid.*) El razonamiento contrario sería afirmar que el polluelo tiene ideas innatas o instinto acerca de lo que hay que hacer. Peirce replica: «¿Todo mísero polluelo dotado de una tendencia innata a la verdad positiva? ¿Puede pensarse que sólo al hombre se le niega ese don?» (*ibid.*)

Peirce limita el alcance de la abducción afirmando que creer en una vida después de la muerte es ir demasiado lejos. Termina la conferencia con especulaciones de naturaleza más tautológica: «La pregunta es qué teorías y concepciones *deberíamos* admitir.» (*ibid.*)

*Conclusión: ¿una sistematización de lo hiperreal?*

En resumen, hay una serie de preocupaciones similares en el pensamiento de Poe y de Peirce. Expuestas a grandes lí-

neas, son investigaciones acerca del método de la mente, de la definición de razón, de qué hay más allá de la razón, de la topología de los confines del instinto, de cómo se adquieren nuevos conocimientos, de la relación entre intuición y razón.

Poe y Peirce comparten asimismo una doble actitud interesante ante estas cuestiones y el método abductivo, estructurado para confrontarlas. Por un lado, hay un planteamiento sistemático, fundado empíricamente, del modelo. Esto es particularmente evidente en Peirce, y un poco menos en Poe. El modelo detectivesco es un buen ejemplo de esta doble actitud, en cuanto que sólo es operante a partir de las leyes y la experiencia de este mundo. Sin embargo, como nos muestran Poe y Peirce, depende mucho de la intuición.

Esto nos lleva al otro lado de la cuestión. En el tipo de preguntas que se plantean Poe y Peirce hay implícita una tendencia muy directa hacia el misticismo. Cuando los sueños proféticos y la intuición se incluyen en el reino de la experiencia a partir de la cual se genera el nuevo conocimiento, significa que se están tomando en consideración unas posibilidades epistemológicas que tienen un alcance mucho más amplio que el usual. Ginzburg diría que es un punto de encuentro de lo racional y lo irracional. El asunto es que esta doble naturaleza, a la luz de esta discusión, es reversible.

Las implicaciones de la abducción y las cuestiones que genera el método abductivo parecen carecer de parámetros. Ginzburg, Hoffman, Poe y Peirce lo dan a entender. Ponen sobre el tapete preocupaciones tan importantes como la índole del conocimiento científico y cultural que poseemos, a través de qué procesos ha sido adquirido ese conocimiento, cómo sabemos lo que queremos y lo que necesitamos saber.

¿Qué tiene que ver todo esto con la novelística policíaca?, puede preguntarse con impaciencia el lector en este punto. La respuesta sería la siguiente. La novela policíaca ha sido y todavía es hoy la forma literaria dedicada a la expresión de la abducción. El legado de Poe, un detective especial con un método especial (y tal vez un compinche), ha sido transmitido de generación en generación de cultivadores del género a lo largo de más de un siglo, desde Conan Doyle a Dashiell Hammett, Raymond Chandler y Ross MacDonal. El hecho de que

el método abductivo de Poe ha sido preservado casi al pie de la letra se hace evidente al leer las obras de cualquiera de estos grandes autores del género. La novelística policíaca se ha convertido en un género muy popular y de amplia difusión. El gran atractivo del método policíaco quizá resida en su naturaleza poética y científica, en su esencia doble.

## NOTAS

1. Para un análisis semiótico de este capítulo de *Zadig*, que revela distinciones de tipo en los indicios y discute el papel de la abducción; véase Eco, en el Cap. X.
2. Obsérvese que el personaje de Conan Doyle, Sherlock Holmes, se sume en un ensueño parecido cuando reflexiona sobre un caso; véase Cap. II.

## CAPITULO X

*Umberto Eco*

### CUERNOS, CASCOS, ZAPATOS: ALGUNAS HIPOTESIS SOBRE TRES TIPOS DE ABDUCCION

#### I. *Cuernos*

##### I. 1. *Aristóteles y los rumiantes*

Aristóteles, en *Analíticos segundos* (II, 98a 15ss.), al tratar el problema del tipo de división que se requiere para formular una definición correcta, da un ejemplo curioso:

Utilizamos ahora los nombres de clase tradicionales, pero no hemos de limitarnos a ellos en nuestra investigación; debemos reunir cualquier otra característica común observada, y considerar entonces con qué especies está vinculada, y qué propiedades implica. Por ejemplo, en el caso de los animales con cuernos, la posesión de un tercer estómago y una sola hilera de dientes. Dado que es evidente que estos animales poseen tales atributos porque tienen cuernos, la pregunta es: «¿Qué especies de animales poseen la propiedad de tener cuernos?»

Para Aristóteles, definir algo significa proporcionar un género (*genus*) y una diferencia (*differentia*) específica, género más diferencia circunscriben la especie. Una definición es diferente de un silogismo: quienes definen no prueban la existencia del *definiendum* (*Analíticos segundos* II, 92b 20), puesto que una definición dice sólo *lo que* es una cosa y no *que* una cosa existe. Sin embargo, decir lo que es una cosa significa también decir *por qué* lo es, es decir, conocer la *causa* de que sea lo que es (*ibid.*, 93a 5ss.). Esta causa operará como término medio en una deducción posterior, capaz de inferir la existencia de la cosa definida (*ibid.*, 93a 4-5ss.).

Supongamos que una especie dada S se define como M (género más diferencia específica): M debería ser la razón por la que S también posee las características de ser P. No está claro si Aristóteles piensa en términos de clasificación (es decir, de una inclusión de especies en géneros superiores), o bien en términos de grupo de muchas propiedades, más o menos accidentales. En el primer caso, diría que S, al ser definido como M, pertenece al género superior P; en el segundo caso, diría que S, en tanto que es M, implica de alguna manera la propiedad P (por ejemplo, un hombre, en tanto que es un animal racional y mortal, también es capaz de reír). Es discutible si Aristóteles creía que los animales podían ser clasificados según un Arbol de Porfirio único y «global», o si estaba dispuesto a aceptar muchas divisiones complementarias y «locales». En *Analíticos segundos* da la impresión de ser partidario de la primera suposición, mientras que en *Sobre las Partes de los Animales* (y también en *Historia de los Animales*) Aristóteles (a) critica la división dicotómica como ineficaz (lo cual no excluye la posibilidad de otro tipo de división no dicotómica), y (b) de manera flagrante no logra perfilar una clasificación completa y coherente.

Como ha demostrado persuasivamente Balme (1975), la mayor parte de los nombres de grupo propuestos no denotan géneros, sino caracteres diagnósticos. «Selecciona sólo aquellas diferencias que se manifiestan relevantes en ese momento, que ofrecen un indicio para solucionar el problema de que se trata ... No importa que hable de 'ovíparos entre cuadrúpedos'... o de 'cuadrúpedos entre ovíparos'. ... No cesa de agrupar y reagrupar (las diferencias) para enfocar problemas concretos», y hace esto porque comprende que las diferencias no pueden formar un sistema jerárquico, debido a que se entrecruzan y «hay numerosas superposiciones parciales entre las clases».

Pero todo ello no pone en entredicho lo que da por sentado en *Analíticos segundos* (II, 93a 4ss.), a saber, que una buena definición (sin que importe si se ha obtenido por división dicotómica o no), al decir *lo que* es una cosa, explica también *por qué* la cosa es así. De modo que a partir de la definición de S como M puede formularse un buen silogismo demostrativo, a saber:

- (1) todos los M son P  
todos los S son M  
todos los S son P

que representa un modelo correcto de Barbara y un ejemplo capital de deducción. Al utilizar el esquema deductivo como instrumento de previsión, se está en situación de averiguar si las consecuencias deducidas ocurren de hecho.

Por lo tanto, definición y silogismo, aunque radicalmente diferentes, están en cierto modo conectados. La definición no puede ser demostrada como conclusión de un silogismo (puesto que sólo es postulada), no obstante, un silogismo posterior puede permitirnos ver si hay una relación correspondiente entre los *hechos*.

Aristóteles, por consiguiente, tiene que proporcionar una buena definición de animales con cuernos. Conoce bien este problema, al que dedica dos largas exposiciones en *Sobre las Partes de los Animales*. Las pruebas que reúne son las siguientes:

(2) Todos los animales con cuernos tienen una sola hilera de dientes, es decir, carecen de incisivos superiores (663b-664a).

(3) Los animales sin cuernos poseen otros medios de defensa (663a-664a). Esto es válido para los animales con dientes o colmillos, pero también para el camello (el cual, como veremos, tiene muchas características en común con los animales con cuernos), protegido por su gran cuerpo.

(4) Todos los animales con cuernos tienen cuatro estómagos (674a,b).

(5) No todos los animales con cuatro estómagos tienen cuernos, por ejemplo el camello y la cierva (*ibid.*).

(6) Todos los animales con cuatro estómagos carecen de incisivos superiores (674a).

Estos hechos son sin duda «sorprendentes» y Aristóteles quiere establecer si existe o no una causa que pueda desempeñar el papel de término medio en un posible silogismo, que, además, corresponda a la definición de animales con cuernos. Busca, por lo tanto, una hipótesis que pueda «sustituir

una amplia serie de predicados, que no forman una unidad en sí mismos, por un predicado único que los abarque todos» (Peirce 1965-1966:5.276).

En *Sobre las Partes de los Animales*, Aristóteles avanza algunas explicaciones: en los animales necesitados de protección, la cantidad extra de material terreno (duro) para los cuernos se obtiene a expensas de los incisivos superiores. Aristóteles sugiere que, en la evolución biológica, entre las famosas cuatro causas (formal, material, eficiente y final), la final desempeña un papel privilegiado, y los cuernos son el objetivo a que apunta la naturaleza; de modo que la naturaleza desvía hacia la parte superior de la cabeza la materia dura de la mandíbula superior para formar los cuernos. Los cuernos son, por lo tanto, la causa final de la carencia de incisivos superiores. Así, podemos decir que los cuernos son la causa de la falta de dientes (663b, 31ss.).

Aristóteles parece más ambiguo a propósito de la relación causa/efecto entre la falta de incisivos superiores y la posesión de un tercer estómago. Podría haber dicho que la ausencia de incisivos superiores había producido la formación de un tercer estómago, a fin de que los animales pudieran rumiar lo que no masticaban bastante; o bien, que la aparición de un tercer estómago había liberado a los incisivos superiores de toda función, lo que produjo su desaparición.

Una respuesta posible es la sugerida al tratar de las aves (674ass.), donde Aristóteles dice que la naturaleza compensa las deficiencias del pico con mayor actividad y calor en el estómago. Parece, por lo tanto, que debido a las deficiencias bucales el estómago de las aves experimenta un desarrollo.

Hasta aquí, podemos decir que para Aristóteles la necesidad de protección es la causa de los cuernos, los cuernos la causa del desvío de materia dura de la boca hacia la cabeza, este desvío la causa de la falta de dientes, y esta última deficiencia la causa de la aparición de más estómagos. Aristóteles dice también que los camellos, que no tienen cuernos porque están protegidos por su tamaño, ahorran la materia dura y la transforman en un cartílago duro en la mandíbula superior, dado que tienen que comer vegetales espinosos.

Con estas ideas, Aristóteles debería ser capaz de intentar una definición de los animales con cuernos (definición que

en *Analíticos segundos* sólo propone, pero no elabora). Pero definir significa aislar el término medio (la causa), y elegir el término medio significa decidir qué hay que explicar.

Supongamos que Aristóteles deba explicar ante todo por qué los animales con cuernos carecen de incisivos superiores. Esto requiere imaginar una Regla tal que, si el Resultado que quiere explicar fuera un Caso de esta Regla, ese Resultado ya no sería sorprendente. Por lo tanto, Aristóteles conjetura que probablemente la materia dura ha sido desviada de la boca para formar los cuernos. Supongamos que:

(7) M = animales desviantes (es decir, animales que han desviado la materia dura de la boca hacia la cabeza)

P = animales que carecen de incisivos superiores

S = animales con cuernos

Si «existe hipótesis por el hecho de hallar unas circunstancias muy curiosas, que se explican mediante la suposición de que se trata del caso de una determinada regla general y por ello se adopta esa suposición» (Peirce 1965-1966:2.624), entonces Aristóteles puede intentar el silogismo siguiente:

(8) *Regla* Todos los animales desviantes carecen de incisivos superiores.

*Caso* Todos los animales con cuernos han desviado.

∴ *Resultado* Todos los animales con cuernos carecen de incisivos superiores.

Este silogismo satisface los requisitos del modelo (1).

El resultado se explica como caso de una regla, y la causa del resultado es el término medio del silogismo que resulta de una definición hipotética: «los animales con cuernos son aquellos animales (género) que han desviado la materia dura de la boca a la cabeza (diferencia)»; esta naturaleza esencial hace que pertenezcan al género más amplio de animales que carecen de incisivos superiores, un género que también incluye (o una propiedad que también pertenece) a animales sin cuernos, como los camellos. Si por casualidad, en el curso de ob-



servaciones ulteriores, sucede que se encuentra un S que no es un P (es decir, un animal con cuernos y con incisivos superiores), la hipótesis representada por la definición resultará desmentida. En cuanto al fenómeno de los cuatro estómagos, es un carácter que parece estar vinculado a la ausencia de los incisivos superiores, como ya se sugirió, de modo que, probablemente, dada una clase de animales que han desarrollado un aparato digestivo especial (que comprende no sólo los rumiantes, sino también las aves), en algunos de ellos sucedió a causa de la falta de incisivos superiores. La definición será entonces: los rumiantes son aquellos animales que poseen un aparato digestivo especial porque carecen de incisivos superiores. Sobre tal base, cabe elaborar el siguiente silogismo:

- (9)     *Regla*    Todos los animales que carecen de incisivos superiores poseen un aparato digestivo especial.  
          *Caso*     Todos los rumiantes carecen de incisivos superiores.  
∴ *Resultado*    Todos los rumiantes poseen un aparato digestivo especial.

Hay que decir que Aristóteles se muestra bastante desconcertado cuando trata de explicar la peculiar situación de los camellos, lo que demuestra cuán difícil es trazar una «buena» división que sirva de fundamento a un sistema global de definiciones correlativas (como queda muy claro en *Sobre las Partes de los Animales* 642b 20-644a 10). Pero a los fines de la discusión que nos ocupa podemos pasar por alto este punto.

## I. 2. Peirce y las judías

Es evidente que las inferencias (8) y (9) expuestas arriba, reguladas ambas por el modelo (1), son similares al conocido problema de las judías blancas que propuso Peirce (2.623). Al enfrentarse al sorprendente hecho representado por unas judías blancas, Peirce las define como «las judías blancas que proceden de este saco». *Que proceden de este saco* es el tér-

mino medio, el mismo que opera en la ley propuesta y en el silogismo siguiente:

- (10) *Regla* Todas las judías que proceden de este saco son blancas.  
*Caso* Estas judías proceden de este saco.  
*∴ Resultado* Estas judías son blancas.

No hay diferencia entre lo que Peirce llamaba hipótesis o abducción y el esfuerzo con que, según Aristóteles, se formula una definición, que expresa *lo que* es una cosa, explicando tentativamente *por qué* la cosa es lo que es; desplegando así todos los elementos capaces de establecer una deducción según la cual, si la Regla es correcta, todo Resultado demostrará *que* esa cosa es.

Es interesante preguntarse por qué Aristóteles dedica algunas observaciones a la *apagōgē*, que considera la inferencia que se hace «cuando es cierto que el primer término conviene al término medio, pero no es cierto que éste convenga al último término, aunque sí es más probable, o no menos probable que la conclusión» (*Analíticos primeros* II, 69a 20), pero por lo que parece no identifica la *apagōgē* con la actividad definitoria.

Es cierto que Aristóteles consideraba la definición como un procedimiento científico cuyo fin era expresar una verdad irrefutable, donde el *definiens* fuera intercambiable por completo con el *definiendum*; no obstante, también era consciente del hecho de que pueden darse muchas definiciones del mismo fenómeno según diferentes causas (*Analíticos segundos* II, 99b), que dependen del tipo de pregunta que se plantea, es decir, según la identificación (o elección) del hecho *más sorprendente*. Si Aristóteles hubiera reconocido de manera explícita las consecuencias de esta admisión, el carácter tentativo y abductivo de *todas* las definiciones científicas le hubiera resultado absolutamente claro.

Peirce, en cambio, no tenía ninguna duda. No sólo identificaba la abducción con la *apagōgē*, sino que incluso sostuvo que la abducción rige todo tipo de conocimiento, incluida la percepción (5.181) y la memoria (2.625).

Es evidente, sin embargo, que para Aristóteles definir he-

chos sorprendentes (véanse los casos del eclipse o del trueno) significa establecer una jerarquía de enlaces causales a través de una especie de hipótesis que sólo puede ratificarse cuando da lugar a un silogismo deductivo que actúa como previsión de ulteriores verificaciones.

A la luz de las observaciones precedentes, es preciso reconsiderar la definición que Peirce da de la abducción. Peirce dice (2.623) que, mientras que la inducción es la inferencia de la Regla a partir de un Caso y un Resultado, la hipótesis es la inferencia del Caso a partir de una Regla y un Resultado. Según Thagard (1978), existe una diferencia entre la hipótesis como *inferencia a un Caso*, y la abducción como inferencia a una Regla. Veremos mejor este aspecto más adelante, en I.4., pero de momento es importante subrayar que el auténtico problema no reside en encontrar primero el Caso o la Regla, sino en cómo obtener la Regla y el Caso *al mismo tiempo*, puesto que están inversamente relacionados, ligados entre sí por una especie de quiasmo, donde el término medio es la piedra angular de todo el movimiento inferencial.

El término medio es el dispositivo activador de todo el proceso. En el ejemplo de las judías, Peirce podría haber decidido que el elemento crucial no era *de dónde* procedían aquellas judías, sino —digamos— *quién* las había traído; o bien que el lugar de procedencia de las judías era un cajón o un bote cercano al saco. Del mismo modo, Aristóteles podría haber decidido que los elementos relevantes, en su problema, no eran el desvío de la materia dura (una explicación verdaderamente muy sofisticada) o la necesidad de protección, sino alguna otra causa. En la invención de un buen término medio consiste la idea genial.

Es obvio que existen reglas tan evidentes que de inmediato sugieren la manera de buscar el término medio. Supongamos que en una habitación haya sólo una mesa, un puñado de judías blancas y un saco. La identificación de «procedentes de aquel saco» como elemento crucial sería más bien fácil. Si encuentro encima de una mesa un plato con un poco de atún en conserva y a una distancia razonable una lata de atún, la hipótesis consecuente es *casi* automática: pero es este *casi* lo que hace que este razonamiento automático sea aún una hipótesis.

Por lo tanto, incluso en casos en los que la regla es evidente, y la inferencia sólo concierne al caso, una hipótesis no constituye jamás una certeza. Peirce (2.265) sugiere que cuando se encuentran restos fósiles de peces en el interior de un país, cabe suponer que en otro tiempo el mar cubrió aquella tierra. Toda una tradición paleontológica previa parece apoyar tal abducción. Pero, ¿por qué no privilegiar otra explicación, por ejemplo, que son los restos de una merienda celebrada allí por unos monstruos extraterrestres, o que un director de cine ha preparado esta *mise-en-scène* para rodar *El hombre de Neanderthal ataca de nuevo*?

*Coeteris paribus* (si no hay actores u otra gente del cine por el lugar, si los periódicos no han informado recientemente de misteriosos fenómenos debidos a la probable acción de invasores extraterrestres, etc.), la explicación paleontológica será la más económica. Pero ha habido muchas explicaciones científicas falsas, que parecían muy económicas (por ejemplo, el paradigma geocéntrico, el flogisto y otras), que, sin embargo, tuvieron que ser sustituidas por algo aparentemente menos «regular» o menos «normal».

### I. 3. *Leyes y hechos*

Por paradójico que parezca, esa última serie de cuestiones nos sugiere que existen dos tipos de abducción distintos: el primero parte de uno o más hechos particulares sorprendentes y termina en la hipótesis de una ley general (como parece ser el caso de todos los descubrimientos científicos), mientras que el segundo parte de uno o más hechos particulares sorprendentes y termina en la hipótesis de otro hecho particular que se supone es la causa del primero (como es, al parecer, el caso de la investigación criminal). En el ejemplo precedente, ¿los fósiles son el caso de una ley general o el efecto de una extraña causa particular (que, de hecho, podría definirse como una violación de las normas vigentes)?

Puede decirse que el primer tipo de abducción se ocupa de la naturaleza de los *universos*, mientras que el segundo se ocupa de la naturaleza de los *textos*. Por «universos» entiendo, intuitivamente, mundos como el que los científicos utili-

zan para explicar las leyes, por «texto» una serie coherente de proposiciones, ligadas entre sí por un tópico o tema común (véase Eco 1979). En este sentido, incluso la secuencia de acontecimientos investigada por un detective puede ser definida como texto. No sólo porque puede ser reducida a una secuencia de proposiciones (una novela policíaca o el informe oficial de una investigación criminal auténtica no son otra cosa), sino también porque los textos verbales o pictóricos, al igual que los casos criminales, requieren, a fin de ser reconocidos como un todo coherente y autoexplicativo, una regla idiolectal, un código propio, una explicación que pueda funcionar para ellos y dentro de ellos y que no puede ser trasplantada a otros textos.

Esa distinción, no obstante, es poco convincente. Si la abducción es un principio general que rige todo el conocimiento humano, no debería haber diferencias sustanciales entre esos dos tipos de abducción. A fin de explicar un texto, utilizamos frecuentemente reglas intertextuales: no sólo reglas de género en los textos literarios, sino también normas comunes, *endoxa* retóricas (como la regla *cherchez la femme*, cuando se trata de un caso criminal). De modo similar, a fin de explicar los universos recurrimos a menudo a leyes que sólo funcionan para una porción específica de tal universo, sin que sean *ad hoc*, como en el caso del principio de complementaridad en física.

Creo que el mecanismo general de la abducción sólo puede esclarecerse si asumimos que tratamos con universos como si fueran textos, y con textos como si fueran universos. Desde esta perspectiva, la diferencia entre los dos tipos de abducción desaparece. Cuando se toma un hecho concreto como la hipótesis explicativa de otro hecho concreto, el primero funciona (dentro de un universo textual dado) como ley general que explica el segundo. Las leyes generales, en la medida en que están expuestas a la falsación y a conflictos potenciales con leyes alternativas que podrían explicar igualmente bien los mismos hechos, deberían tomarse como hechos de una naturaleza particular, o como modelos generales de ciertos hechos que causan la explicación de los hechos. Es más, en los descubrimientos científicos se formulan leyes a través del descubrimiento intermedio de otros muchos hechos; y en la

interpretación de un texto, se identifican nuevos hechos pertinentes mediante la presuposición de determinadas leyes generales (intertextuales).

En muchos estudios contemporáneos se ha identificado la abducción con los procedimientos conjeturales de los médicos y los historiadores (véase el artículo de Ginzburg en el Cap. IV de este libro). Ahora bien, el médico busca tanto leyes generales como causas específicas e idiosincrásicas, y el historiador trabaja con el fin de identificar tanto leyes históricas como causas particulares de acontecimientos particulares. En ambos casos, historiadores y médicos conjeturan sobre la cualidad textual de una serie de elementos aparentemente inconexos. Hacen una *reductio ad unum* de una pluralidad. Los descubrimientos científicos, las investigaciones médicas y criminales, las reconstrucciones históricas, las interpretaciones filológicas de textos literarios (atribución a un autor determinado fundada en claves estilísticas, *fair guesses* sobre frases o palabras perdidas) son todos casos de *pensamiento conjetural*.

Esa es la razón por la que, creo yo, el análisis de los procedimientos conjeturales en la investigación criminal puede arrojar una nueva luz sobre los procedimientos conjeturales en la ciencia, y la descripción de los procedimientos conjeturales en el campo de la filología puede arrojar nueva luz sobre la diagnosis médica. Y esa es la razón por la que los trabajos del presente libro, aunque traten de la relación Peirce-Poe-Conan Doyle, constituyen una aportación de carácter más general a la epistemología.

#### I. 4. *Hipótesis, abducción, meta-abducción*

Como se sugirió en I.2. (cf. las importantes observaciones de Thagard 1978), es probable que Peirce pensara en dos tipos de razonamiento inferencial: la *hipótesis*, que consiste en aislar una ley ya codificada, a la que se correlaciona un caso por inferencia; y la *abducción*, que es la adopción provisional de una inferencia explicativa, con el objetivo de someterla a verificaciones ulteriores, y que se propone hallar, conjuntamente con el caso, también la regla. Tal vez sea mejor

(prescindiendo de los términos que Peirce usó para denominarlos) distinguir tres tipos de abducción. Seguiré algunas sugerencias de Bonfantini y Proni (Cap. V del presente libro), muchas de las propuestas de Thagard, y añadiré a la lista el nuevo concepto de meta-abducción.

(a) *Hipótesis o abducción hipercodificada*. La ley viene dada de manera automática o semiautomática. Demos a este tipo de ley el nombre de ley *codificada*. Es muy importante dar por sentado que incluso la interpretación a través de códigos presupone un esfuerzo abductivo, aunque sea mínimo. Supongamos que yo sepa que en castellano /hombre/ significa «individuo adulto del sexo masculino de la especie humana» (un caso perfecto de codificación lingüística), y supongamos que *creo* oír la expresión /hombre/, para comprender la palabra en su significado, tengo que asumir en primer lugar que se trata del espécimen (*token*) de palabra castellana (*type*). Parece que habitualmente realizamos esta labor interpretativa de manera automática, pero si por casualidad vivimos en un ambiente internacional, en el que la gente habla diversas lenguas, nos damos cuenta de que la elección no es radicalmente automática. El reconocimiento de un fenómeno dado como el espécimen de un tipo determinado presupone alguna hipótesis acerca del contexto expresivo y acerca del co-texto discursivo. Thagard sugiere que este tipo (que para él corresponde a la hipótesis) es cercano a mi noción de *hipercodificación* (véase Eco 1975:2.14) como caso-inferencia hacia la mejor explicación.

(b) *Abducción hipocodificada*. La regla debe seleccionarse entre una serie de reglas equiprobables puestas a nuestra disposición por el conocimiento corriente del mundo (o enciclopedia semiótica, véase Eco 1979). En este sentido, no cabe duda que nos encontramos ante una inferencia de una regla, que Thagard llama «abducción» *stricto sensu* (obsérvese que la noción de abducción de Thagard abarca también mi tercer tipo de abducción). Dado que la regla se selecciona como la más plausible entre muchas, pero no es seguro que sea o no la «correcta», la explicación sólo se *toma en consideración* en espera de ser puesta a prueba. Cuando Kepler descubrió la forma elíptica de la órbita de Marte, se encontró ante un hecho sorprendente (las posiciones iniciales del planeta) y des-

pués tuvo que elegir entre varios tipos de curvas geométricas, cuyo número no era sin embargo infinito. Algunas presuposiciones sobre la regularidad del universo le sugirieron que tenía que buscar sólo curvas cerradas no trascendentes (los planetas no dan saltos casuales y no se mueven en espiral ni en sinusoides). Lo mismo le había sucedido a Aristóteles: no sólo su mentalidad finalista, sino también una serie de opiniones establecidas le persuadieron de que la cuestión de la autoprotección era una de las causas finales más plausibles de la evolución biológica.

(c) *Abducción creativa*. La ley tiene que ser *inventada ex novo*. Inventar una ley no es tan difícil, siempre que nuestra mente sea lo bastante creativa. Como veremos en III.1, esta creatividad implica también aspectos estéticos. En todo caso, este tipo de invención nos obliga a realizar (más que en los casos de abducción hipercodificada e hipocodificada) una meta-abducción. Se encuentran ejemplos de abducción creativa en los descubrimientos «revolucionarios» que cambian un paradigma científico establecido (Kuhn 1962).

(d) *Meta-abducción*. Consiste en decidir si el universo posible delineado por nuestras abducciones de primer nivel es el mismo que el universo de nuestra experiencia. En las abducciones hipercodificadas e hipocodificadas, este metanivel de inferencia no es indispensable, puesto que obtenemos la ley de un acopio de experiencia del mundo real ya comprobada. En otras palabras, el conocimiento del mundo corriente nos permite pensar que la ley ya ha sido reconocida como válida, y se trata sólo de decidir si la ley es adecuada para explicar los resultados. En la abducción creativa carecemos de este tipo de certidumbre. Tratamos de adivinar no sólo acerca de la naturaleza del resultado (su causa), sino también acerca de la naturaleza de la enciclopedia (de manera que si la nueva ley se verifica, nuestro descubrimiento lleva a un cambio de paradigma). Como veremos, la meta-abducción no sólo es crucial en los descubrimientos científicos «revolucionarios», sino también (y usualmente) en la investigación criminal.

Las anteriores hipótesis serán ahora verificadas sobre un texto que, según una extensa bibliografía, ofrece muchas analogías con los métodos de Sherlock Holmes y que, al mismo tiempo, representa un ejemplo perfecto (o un modelo alegó-



rico) de investigación científica. Me refiero al tercer capítulo de *Zadig* de Voltaire.

## II. *Cascos*

### II. 1. *El texto de Voltaire*

Zadig comprobó que el primer mes de matrimonio, como está escrito en el libro de Zend, es la luna de miel, y que el segundo es la luna de ajeno. Poco después tuvo que repudiar a Azora, demasiado intratable ya, y buscó la felicidad en el estudio de la naturaleza. «No hay mayor ventura, decía, que la de un filósofo que lee en ese gran libro que Dios ha puesto ante nuestros ojos. Las verdades que descubre son suyas: alimenta y eleva su alma, vive tranquilo; nada teme de los hombres, y su tierna esposa no viene a cortarle la nariz.»

Convencido de ello, se retiró a una casa de campo a orillas del Eufrates. Allí no se entretenía en calcular cuántas pulgadas de agua corrían en un segundo bajo los arcos de un puente, o en si caía una fracción cúbica más de agua en el mes del ratón que en el del cordeiro. No ideaba hacer seda con telarañas, ni porcelana con botellas rotas, sino que estudió sobre todo las propiedades de animales y plantas, y adquirió pronto una sagacidad que le descubría mil diferencias allí donde los otros hombres no ven más que uniformidad.

Un día, paseando cerca de un bosquecillo, vio acudir corriendo hasta él a un eunuco de la reina, seguido por varios oficiales que parecían extremadamente preocupados, y que corrían de acá para allá como hombres fuera de sí que buscan algo muy precioso perdido. «Joven», le dice el primer eunuco, «¿no habéis visto el perro de la reina?» Zadig contesta con modestia: «Es una perra, y no un perro.» «Tenéis razón», replica el primer eunuco. «Es una perra spaniel muy pequeña», añadió Zadig. «Ha parido hace poco, cojea de la pata izquierda y tiene unas orejas muy largas.» «¿La habéis visto, claro?», dice el primer eunuco jadeante. «No», contesta Zadig, «nunca la vi, ni supe nunca que la reina tuviera una perra.»

Precisamente en aquella misma época, por una rareza ordinaria de la fortuna, el mejor caballo de la cuadra del rey se le había escapado de las manos a un palafrenero en las llanuras de Babilonia. El montero mayor y los demás oficiales corrían tras él tan preocupados como el primer eunuco tras la perra. El montero mayor se dirigió a Zadig, y le preguntó si no había visto pasar el caballo del rey. «Es», contestó Zadig, «el caballo que mejor galopa; tiene cinco pies de altura y el casco muy pequeño; lleva una cola de tres y medio de largo;

los adornos del bocado de su freno son de oro de veintitrés quilates; sus herraduras de plata de once denarios.» «¿Qué dirección tomó? ¿Dónde está?» preguntó el montero mayor. «No lo he visto, contestó Zadig, y nunca oí hablar de él.»

El montero mayor y el primer eunuco no dudaron ni por un momento de que Zadig hubiera robado el caballo del rey y la perra de la reina; lo mandaron llevar ante la asamblea del gran Desterham, que lo condenó al knut y a pasar el resto de sus días en Siberia. Apenas fallado el juicio aparecieron el caballo y la perra. Los jueces se vieron en la dolorosa necesidad de rectificar su sentencia, pero condenaron a Zadig a pagar cuatrocientas onzas de oro por haber dicho que no había visto lo que había visto. Primero hubo que pagar la multa; luego se le permitió a Zadig defender su causa en el consejo del gran Desterham; habló en estos términos:

«Estrellas de justicia, abismos de ciencia, espejos de verdad, que tenéis el peso del plomo, la dureza del hierro, el destello del diamante y mucha afinidad con el oro, puesto que se permite hablar ante esta augusta asamblea, os juro por Orosmade que nunca vi la respetable perra de la reina, ni el caballo sagrado del rey de reyes. Esto es lo que me ha pasado. Me paseaba hacia el bosquecillo donde luego encontré al venerable eunuco y al muy ilustre montero mayor. Vi en la arena las huellas de un animal, y fácilmente deduje que eran las de un perrito. Surcos ligeros y largos, impresos en las pequeñas eminencias de arena entre las huellas de las patas me han dado a entender que era una perra cuyas ubres colgaban y que por lo tanto había tenido cachorros hacía pocos días. Otras huellas en distinta dirección que parecían haber rozado la superficie de la arena al lado de las patas delanteras, me mostraron que tenía orejas muy largas; y como me fijé en que la arena había sido menos hollada por una pata que por las otras tres, entendí que la perra de nuestra augusta reina era un poco coja, con perdón.

»En cuanto al caballo del rey de reyes, sabréis que, paseándome por los caminos de este bosque, vi señales de herraduras; estaban todas a igual distancia. Este caballo, dije, tiene un galope perfecto. El polvo de los árboles, en un camino estrecho que no tiene más de siete pies de anchura, estaba un poco quitado a derecha y a izquierda, a tres pies y medio del centro del camino. Este caballo, dije, tiene una cola de tres pies y medio, la cual, al moverse a derecha e izquierda, ha barrido el polvo. He visto bajo los árboles, que formaban una bóveda de cinco pies de altura, las hojas recién caídas de las ramas; y he sabido que este caballo las había tocado y por ende que tenía cinco pies de altura. En cuanto al bocado del freno, debe ser de oro de veintitrés quilates; pues se ha restregado contra una piedra a la que he reconocido como piedra de toque y que he probado. Por fin

juzgué, por las marcas que sus herraduras dejaron en piedras de otra clase, que llevaba herraduras de plata fina de once denarios.»

Todos los jueces admiraron el profundo y sutil discernimiento de Zadig; la noticia llegó hasta el rey y la reina. No se hablaba más que de Zadig en las antecámaras, en la cámara, en el gabinete; y aunque varios magos opinasen que se le debía llevar a la hoguera por brujo, el rey mandó que se le devolviera la multa de cuatrocientas onzas de oro a la que había sido condenado. El escribano, los ujieres, los procuradores fueron a su casa con gran pompa a devolverle sus cuatrocientas onzas; sólo retuvieron trescientas noventa y ocho por las costas del juicio y sus criados pidieron honorarios.

Zadig vio lo peligroso que es a veces ser demasiado sabio y se propuso, cuando se presentara la ocasión, no decir nada de lo que había visto.

La ocasión se presentó pronto. Un prisionero de Estado se escapó; pasó bajo las ventanas de su casa. Se interrogó a Zadig, no contestó nada, pero se le demostró que había mirado por la ventana. Se le condenó por ese crimen a quinientas onzas de oro y dio gracias a los jueces por su indulgencia, como es costumbre en Babilonia.

«¡Vive Dios!, se dijo para sus adentros ¡Qué digno de lástima es uno cuando se pasea por un bosque por el que han pasado la perra de la reina y el caballo del rey! ¡Qué peligroso es asomarse a la ventana! ¡Y qué difícil es ser feliz en esta vida!» (Voltaire 1985).

## II. 2. *Abducciones hipercodificadas*

No es por casualidad que Zadig llame a la naturaleza «gran libro»: está interesado en ella como sistema de signos codificados. No pierde el tiempo calculando cuántas pulgadas de agua pasan por debajo de un puente (actividad que hubiera encantado a Peirce y a Holmes), ni trata de elaborar porcelana con botellas rotas (actividad en la que Peirce habría tratado de adquirir el hábito preciso). Zadig estudia «las propiedades de los animales y las plantas»; busca relaciones generales de significación (quiere saber si todo S es P) y no parece demasiado interesado en la verificación extensional de sus conocimientos. Cuando Zadig ve huellas de un animal en la arena, sabe si son de perro o de caballo. Ambos casos (perro o caballo) presentan el mismo mecanismo semiótico, pero el caso del caballo es más complejo, y será más provechoso analizar detenidamente la forma en que Zadig reconoce las marcas de-

jadas por este animal. Tener la capacidad de identificar huellas como especímenes (*token*) de una huella-tipo, reconociéndolas así como indicativas de una clase determinada de animales, significa compartir una competencia precisa (codificada) con relación a las improntas en general (cf. Eco 1975:3.6).

Las improntas representan el caso más elemental de producción de signos, puesto que la expresión, en correlación con un contenido dado, no se produce habitualmente como signo (puede haber marcas de fenómenos naturales, como los rastros de un alud, y en el caso del caballo del rey, el animal no tenía intención alguna de producir un signo) hasta el momento en que se la reconoce y se decide suponer que es un signo. Interpretar una impronta significa ponerla en correlación con una posible causa física. Esa causa física no es imprescindible que sea real: puede ser simplemente *posible*, dado que se puede reconocer una marca incluso en las páginas de un manual de *boy-scouts*: una experiencia previa ha creado un hábito por el que una determinada forma-tipo nos remite a la clase de sus causas posibles. En esta relación semiótica tipo a tipo, todavía no se encuentran implicados los individuos concretos.

Puede instruirse a un ordenador para que reconozca la marca de un vaso de vino tinto sobre una mesa dándole las instrucciones precisas, a saber, que la marca tiene que ser circular, que el diámetro del círculo tiene que estar comprendido entre cinco y siete centímetros, y que el círculo está formado por una sustancia roja líquida cuya fórmula química puede proporcionarse junto con los datos espectrales del tono de rojo requerido. Una expresión-tipo no es otra cosa que una serie de instrucciones como éstas. Obsérvese que este modo de definir las expresiones-tipo corresponde a la clase de definición proporcionada como norma por Peirce a propósito del /litio/ (2.330). Una vez provisto de esta definición de la expresión-tipo, el ordenador debe abastecerse con las instrucciones acerca del contenido-tipo correlativo, y en ese punto estará en situación de reconocer todas las marcas de este tipo.

Sin embargo, un código de improntas comprende una serie de inferencias en sinécdoque, puesto que la marca de un vaso no reproduce visualmente la forma del vaso, sino como

máximo la forma de su base; del mismo modo que la huella de un casco reproduce la forma de la parte inferior del casco y sólo puede ponerse en correlación con la clase de los caballos mediante un enlace ulterior. Además, el código puede catalogar improntas a diferentes niveles de pertinencia, es decir, una impronta puede estar en correlación bien con un género, bien con una especie. Zadig, no sólo reconoce «un perro», sino también «un spaniel», y no sólo «un caballo», sino su «mejor galope» (gracias a una inferencia basada en la distancia entre las huellas de los cascos).

Pero Zadig descubre también otros modos de producción de signos, a saber, *síntomas* e *indicios* (cf. Eco 1976:3.6.2.). En los síntomas, la expresión-tipo es una clase de eventos físicos que se remiten a la clase de sus causas posibles (manchas rojas en la cara significan sarampión): pero se distinguen de las improntas por cuanto la forma de una impronta es una proyección de las características pertinentes de la forma-tipo de los posibles productores, mientras que entre un síntoma y su causa no existe una correspondencia punto por punto. La causa de un síntoma no es un rasgo de la forma de su expresión-tipo, sino un rasgo de su contenido-tipo (la causa es un rasgo o componente del semema correlativo a una expresión-síntoma dada). Zadig reconoce síntomas cuando advierte que el polvo de los árboles estaba un poco quitado a derecha y a izquierda, a tres pies y medio del centro del camino. La posición del polvo es el síntoma de que algo ha causado su disposición. Lo mismo sucede con las hojas caídas de las ramas. Conforme al código, Zadig sabe que ambos fenómenos son síntomas de una fuerza exterior que ha actuado sobre una materia resistente, pero el código no le proporciona ninguna información relativa a la naturaleza de la causa.

Los indicios, por otra parte, son objetos dejados por un agente exterior en el lugar donde sucedió algo, y de alguna manera se reconocen como vinculados físicamente a ese agente, de modo que a partir de su presencia real o posible puede advertirse la presencia pasada, real o posible, del agente.

La diferencia entre síntomas e indicios se debe al hecho de que para los síntomas la enciclopedia registra una contigüidad, presente o pasada, *necesaria* entre el efecto y la causa, y la presencia del efecto nos remite a la presencia neces-

ria de la causa; mientras que para los indicios la enciclopedia sólo registra una *posible* contigüidad pasada entre el poseedor y lo poseído, y la presencia de lo poseído nos remite a la posible presencia del poseedor. En cierto modo, los indicios son síntomas complejos, puesto que es necesario ante todo advertir la presencia necesaria de un agente causal indeterminado, y después tomar ese síntoma como el indicio que remite a un posible agente más determinado, reconocido convencionalmente como el poseedor más probable del objeto dejado en el lugar. Por eso una novela policíaca suele ser más fascinante que el diagnóstico de una pulmonía.

Zadig reconoce indicios cuando advierte, por el oro en la piedra y la plata en los guijarros, que el bocado del freno del caballo era de oro de veintitrés quilates y las herraduras de plata de once denarios. Sin embargo, el código sólo dice a Zadig que si había oro y plata en las piedras debía haberlos dejado algún poseedor de oro y plata, pero ninguna información enciclopédica puede asegurarle que el poseedor fuera un caballo, y en particular el caballo significado por las improntas. Por lo tanto, a primera vista, el oro y la plata actúan todavía como síntomas y no como indicios: a lo más la enciclopedia puede decirle que también los caballos, entre otros muchos agentes posibles, pueden ser portadores de accesorios de oro y plata. Hasta aquí, sin embargo, Zadig sabe sólo las reglas que ya conocía, es decir, que ciertas improntas, síntomas e indicios remiten a cierta clase de causas. Depende todavía de abducciones hipercodificadas.

No obstante, una vez descubiertas esas huellas en *aquel* bosque y en *aquel* preciso momento, puede considerarlas como la ocurrencia concreta de la enunciación indicial «un caballo estuvo aquí». Al pasar de nuevo de tipo a espécimen, Zadig se desplaza del universo de intensiones al universo de extensiones. Incluso en este caso, nos encontramos todavía ante un esfuerzo abductivo hipercodificado: decidir, cuando se ha producido una enunciación indicial, que ésta se ha producido con el fin de mencionar estados del mundo de nuestra experiencia es todavía una cuestión de convención pragmática.

Una vez realizadas con éxito todas estas abducciones de descodificación, Zadig sólo conoce, sin embargo, una serie de hechos sorprendentes sin conexión entre sí:

- un x que es un caballo ha pasado por aquel lugar;
- un y (no identificado) ha roto las ramas;
- un k (no identificado) ha frotado algo de oro contra una piedra;
- un j (no identificado) ha dejado rastros de plata en ciertos guijarros;
- un z (no identificado) ha barrido el polvo de los árboles.

### II. 3. *Abducciones hipocodificadas*

Las diversas enunciaciones visuales con que se enfrenta Zadig pueden representar una *serie* inconexa o bien una *secuencia* coherente, es decir, un texto. Reconocer una serie como secuencia textual significa encontrar un *topic* textual, o ese «acerca de» del texto que establece una relación coherente entre diferentes datos textuales aún inconexos. La identificación de un *topic* textual es un caso de esfuerzo abductivo hipocodificado.

A menudo no se sabe si el *topic* descubierto es el «bueno» o no, y la actividad de interpretación textual puede terminar en actualizaciones semánticas diferentes y contradictorias. Lo cual demuestra que todo intérprete de un texto realiza abducciones para elegir entre las muchas lecturas posibles del texto. Y esto es lo que hace Zadig.

Una vez que se ha presupuesto una serie de convenciones intertextuales generales codificadas o *frames*, según los cuales (a) los caballos suelen barrer el polvo con la cola, (b) los caballos llevan bocados de oro y herraduras de plata, (c) las piedras retienen por lo general pequeños fragmentos de los cuerpos de metal maleable que chocan violentamente contra ellas, etcétera, etcétera, entonces (aunque otros diversos fenómenos hubieran podido producir los mismos efectos) Zadig está en condiciones de intentar su reconstrucción textual.

Toma forma un cuadro coherente general: se delinea de manera precisa una historia con un solo sujeto, punto de referencia de diferentes síntomas e indicios. Zadig hubiera podido intentar una reconstrucción completamente diferente. Por ejemplo, que un caballero, con armadura de oro y espuelas

de plata, derribado por su caballo, había roto las ramas y había ido a dar contra las piedras... Es indudable que Zadig no ha elegido la interpretación correcta debido a un misterioso «instinto adivinatorio». En primer lugar, había razones de economía: un caballo solo era más económico que un caballo más un caballero. Además Zadig conocía muchos *frames* intertextuales análogos (historias tradicionales de caballos escapados de la cuadra), y por ello, mediante una abducción hipocodificada, decide elegir, entre muchas leyes intertextuales posibles, la más verosímil.

Pero esto no bastaba. Voltaire no es explícito sobre este punto, pero cabe suponer que Zadig consideró mentalmente muchas hipótesis alternativas y sólo eligió la final después de encontrarse con los individuos de la corte que buscaban un caballo. Sólo entonces Zadig se atrevió a intentar su meta-abducción final, como veremos más adelante. Huelga señalar que todo lo que se ha dicho a propósito del caballo es válido también para la perra.

Un comentario final: da la impresión de que todo el cuadro se ha realizado mediante esfuerzos abductivos hipocodificados, sin recurrir a abducciones creativas. Zadig, a fin de cuentas, se imagina una historia «normal».

#### II. 4. *En el umbral de la meta-abducción*

Zadig no posee la certidumbre científica de que su hipótesis textual sea *cierta*: es sólo *verosímil textualmente*. Zadig pronuncia, por así decir, un juicio *teleológico*. Decide interpretar los datos que ha reunido como si estuvieran interrelacionados armoniosamente.

*Sabía* de antemano que había un caballo y que había otros cuatro agentes no identificados. *Sabía* que esos cinco agentes eran individuos del mundo real de su experiencia. Ahora *cree*, además, que había un caballo de larga cola y de una altura de cinco pies, con freno de oro y herraduras de plata. Pero un caballo así no pertenece necesariamente al mundo real de la experiencia de Zadig. Pertenece al mundo textual posible construido por Zadig, al mundo de las creencias firmemente motivadas de Zadig, al mundo de las actitudes pro-



posicionales de Zadig. Las abducciones hipocodificadas —para no hablar de las creativas— son mecanismos creadores de mundos. Es importante reconocer la naturaleza *modal* de la abducción textual de Zadig para comprender lo que sucede después.

El montero mayor y el primer eunuco no poseen mucha sutileza semiótica. Sólo se interesan por los individuos que conocen y que ellos *mencionan* mediante descripciones pseudodefinidas (o «nombres propios degenerados») como «el perro de la reina» y «el caballo del rey». Dado que buscan a dos individuos en concreto, usan de modo correcto artículos determinados: *el* perro, *el* caballo.

Para responder a sus preguntas, Zadig tiene dos opciones. Puede aceptar el juego extensional: dado que trata con gente interesada en identificar a unos individuos determinados, puede intentar una meta-abducción, es decir, está en situación de «adivinar» (o hipotetizar) que tanto el caballo como el perro de *su propio* mundo textual sean los mismos que los conocidos por los dos dignatarios. Este tipo de abducción es el que suele hacer un detective: «El individuo posible que he delineado como morador del mundo de *mis creencias* es el mismo que el individuo del *mundo real* que alguien está buscando.» Es el procedimiento usual que pone en práctica Sherlock Holmes. Pero Holmes y sus colegas están interesados precisamente en lo que no interesa a Zadig: saber cuántas pulgadas de agua pasan por debajo de un puente, y cómo hacer porcelana con botellas rotas.

Dedicado sólo al estudio del libro de la naturaleza, Zadig debería elegir la segunda opción. Podría responder: «Según el mundo de *mis hipótesis creo* firmemente que *un* caballo y *un* perro estuvieron aquí; pero no sé si son los mismos individuos a que *ustedes* se refieren.»

Zadig comienza con la primera opción. Como un buen Sherlock Holmes, fanfarronea: «*Su* perro es una perra y *su* caballo es el que mejor galopa...» Y, en el papel de doctor Watson, los dignatarios quedan estupefactos: «¡Es verdad!»

La investigación se ha visto coronada por el éxito. Zadig tiene motivos para estar orgulloso de su triunfo. Pero cuando los dignatarios dan por sentado que Zadig conoce los animales y le preguntan, hartos razonablemente, dónde están, Za-

dig responde que jamás los ha visto ni ha oído hablar de ellos. Abandona su meta-abducción en el preciso momento en que tiene la certidumbre de que es correcta.

Probablemente está tan orgulloso de su habilidad para construir mundos textuales que no quiere comprometerse en un juego meramente extensional. Se siente dividido entre su inmenso poder de crear mundos posibles y su resultado práctico. Desea verse honrado en calidad de maestro de la abducción, no como portador de verdades empíricas. En otras palabras, le interesa más la *teoría* de la abducción que el *descubrimiento* científico. Como es natural, ni los dignatarios ni los jueces pueden comprender este interesante caso de esquizofrenia epistemológica. Por lo tanto, condenan a Zadig «por haber dicho que no había visto lo que [indudablemente] había visto». Espléndido modelo de diálogo entre un hombre de buenas intenciones y unos hombres de limitadas extensiones.

Sin embargo, Zadig no comprende que ha entrado en el juego de sus contrincantes al aceptar el juego lingüístico de los artículos determinados y de los pronombres como operadores de identidad: durante su conversación con los dignatarios se refiere constantemente a los animales por medio de términos con funciones determinativas, mucho más explícitas en el texto francés: «[Ella] es una perra ... [ella] tiene las orejas muy largas ... su cola ... El caballo ...» Indices que se referían [para él] a su mundo posible, pero que para los dignatarios se referían a su mundo «real». Zadig, presa de su esquizofrenia, no es lo bastante diestro para maniobrar con el lenguaje. Incapaz de aceptar su destino de Sherlock Holmes, Zadig se asusta de la meta-abducción.

### III. Zapatos

#### III. 1. Abducciones creativas

Muchas de las llamadas «deducciones» de Sherlock Holmes son casos de abducción creativa. Holmes, en *CARD*, descubre lo que Watson murmura entre dientes, y lee el curso de su pensamiento en su rostro, especialmente en sus ojos. El hecho de que el curso del pensamiento imaginado por Hol-

mes coincidiera perfectamente con el real de Watson es una prueba de que Holmes inventaba «bien» (o en armonía con cierto curso «natural»). Sea como sea, la verdad es que *inventaba*.

Etimológicamente, «invención» es el acto de descubrir alguna cosa que ya existía en alguna parte, y Holmes inventaba en el sentido que le da Miguel Angel cuando dice que el escultor descubre en la piedra la estatua que está ya circunscrita por la materia y oculta bajo el mármol sobrante (*soverchio*).

En CARD, Watson tiró el periódico y fijó la mirada en el retrato del general Gordon. Esto es sin duda *un hecho*. Que luego mirara otro retrato (sin enmarcar) es otro *hecho*. Que pudiera haber pensado en la relación entre los dos retratos puede ser un caso de abducción hipocodificada, basada en el conocimiento que Holmes tenía del interés de Watson por la decoración de interiores. Pero que, a partir de ese punto, Watson pensara en los avatares de la carrera de Beecher es sin duda una abducción creativa. Watson hubiera podido partir de un episodio de la Guerra Civil norteamericana para comparar la gallardía de esa guerra con los horrores de la esclavitud. O hubiera podido pensar en las atrocidades de la guerra de Afganistán, y después sonreír al darse cuenta de que su herida era, a fin de cuentas, un precio aceptable por haber sobrevivido.

Obsérvese que, en el universo de ese relato —regido por una suerte de complicidad entre el autor y sus personajes—, Watson no podría haber pensado otra cosa de lo que efectivamente pensó, por lo que tenemos la impresión de que Holmes aisló los únicos rasgos posibles del *stream of consciousness* de Watson. Pero si el mundo del relato fuera el mundo «real», el *stream of consciousness* de Watson hubiera podido tomar muchas otras direcciones. No cabe duda de que Holmes trata de imitar el modo en que Watson habría pensado (*ars imitatur naturam in sua operatione!*) pero se ve obligado a elegir, entre los muchos posibles derroteros mentales de Watson (que probablemente imaginó todos juntos al mismo tiempo), el que presenta más coherencia estética, o más «elegancia». Holmes inventa una historia. Sucede simplemente que esa historia posible es análoga a la real.

Los mismos criterios estéticos rigieron la intuición copernicana del heliocentrismo en *De revolutionibus orbium coelestium*. Copérnico percibía que el sistema tolemaico carecía de elegancia, de armonía, como una pintura en la que el pintor hubiera reproducido todos los miembros sin formar con ellos un único cuerpo. Para Copérnico era obvio que el Sol tenía que estar en el centro del Universo, dado que sólo de esta manera podía manifestarse la admirable simetría del mundo creado. Copérnico no se dedicó a observar las posiciones de los planetas como Galileo o Kepler. Imaginó un mundo posible cuya garantía era estar bien estructurado, elegante «gestálticamente».

Sigamos ahora el curso de pensamiento que lleva a Holmes (en SIGN) a inferir que Watson había ido a la oficina de Correos de Wigmore Street a poner un telegrama. El único hecho sorprendente era que Watson llevaba un poco de tierra rojiza adherida a la suela de sus zapatos. En realidad, en el Londres decimonónico, de calles sin pavimentar, el hecho no era sorprendente. Holmes centró su atención en los zapatos de Watson porque ya tenía alguna idea en su mente. Sin embargo, confiemos en Conan Doyle y admitamos que el hecho fuera en sí mismo suficientemente sorprendente.

La primera abducción es hipercodificada: la gente con tierra adherida en la suela de sus zapatos ha estado en algún lugar no adoquinado, etcétera. La segunda abducción es hipocodificada: ¿por qué Wigmore Street? Porque allí la tierra tiene ese color particular. ¿Pero, por qué no suponer que Watson pudo haber tomado un coche que lo llevara a un lugar lejos del vecindario? Porque la selección de la calle más cercana satisface unos razonables criterios de economía. Elemental. Pero estas dos abducciones (que en la jerga de Doyle-Holmes se llaman «observaciones») no dicen todavía que Watson haya estado en la oficina de Correos.

Obsérvese que, si bien es verdad que Holmes estaba capacitado, en razón de su conocimiento del mundo, para considerar la oficina de Correos como la meta más probable de Watson, todas las evidencias eran *contrarias* a esta suposición: Holmes sabía que Watson no necesitaba ni sellos ni postales. Para considerar la última probabilidad (telegrama), ¡Holmes tenía que haber decidido de antemano que Watson quería en-

viar un telegrama! Holmes nos recuerda a un juez que, una vez obtenida la certeza de que un acusado no se encontraba en el lugar del crimen a la hora precisa, concluye que, *por lo tanto*, esa persona estaba, en aquel momento, cometiendo otro crimen en otro sitio. Dado que Watson carecía del 93 por ciento de los motivos para ir a Correos, Holmes (en vez de concluir que la hipótesis no era plausible) decidió que, por lo tanto, Watson fue a la oficina postal por el restante 7 por ciento de motivos. Una solución curiosa y alucinante al 7 por ciento. Para creer plausible una probabilidad tan débil, Holmes tiene que haber dado por sentado que Watson era de todos modos un cliente asiduo de la oficina de Correos. Sólo con esta condición, la presencia de sellos y postales puede considerarse como prueba de que Watson enviara un telegrama. Holmes, por lo tanto, no elige entre probabilidades razonables la que representaría un caso de abducción hipocodificada. Al contrario, apuesta contra todo pronóstico, inventa sólo en aras de la elegancia.

### III. 2. *Meta-abducciones*

Pasar de una abducción creativa a la meta-abducción es típico de una mente racionalista, en el estilo del racionalismo de los siglos diecisiete y dieciocho. Para razonar como lo hace Holmes, es necesario estar muy convencido de que *ordo et connexio idearum idem est ac ordo et connexio rerum* (Spinoza, *Ethica* II,7) y de que la validez de un concepto complejo consiste en la posibilidad de analizarlo en sus partes más simples, cada una de las cuales debe aparecer racionalmente *posible*; una tarea de libre configuración de conceptos que Leibniz denominó «intuición» (*Nouveaux essais sur l'entendement humain* IV, 1,1; cf. Gerhardt 1875-1890: V,347). Para Leibniz la expresión puede ser *similar* a la cosa expresada si se respeta cierta analogía entre sus respectivas estructuras, puesto que Dios, creador tanto de las cosas como de las mentes, ha grabado en nuestra alma una facultad de pensamiento que puede operar según las leyes de la naturaleza (*Quid sit idea*, Gerhardt 1875-1890:VII, 263): «Definitio realis est ex qua constat definitum esse possibile nec implicare contradictio-

nem. ... Ideas quoque rerum non cogitamus, nisi quatenus earum possibilitatem intuemur» (*Specimen inventorum de admirandis naturae generalis arcanis*, Gerhardt 1875-1890:VII, 310).

Holmes sólo puede intentar su meta-abducción porque cree que sus abducciones creativas están justificadas por un fuerte vínculo entre mente y mundo exterior. Su formación racionalista explica probablemente la insistencia en denominar «deducción» a su tipo de razonamiento. En un universo regido por un paralelismo innato entre *res extensa* y *res cogitans* (o por una armonía preestablecida) el concepto completo de una sustancia individual implica todos sus predicados pasados y futuros (Leibniz, *Primae veritates*, Couturat 1903:518-523).

Peirce habla de los símbolos como una ley o una regularidad de futuro indefinido (2.293) y dice que toda proposición es un argumento rudimentario (2.344); en muchos casos muestra cierta confianza en la existencia de una «*lume naturale*» como una afinidad entre mente y naturaleza (1.630; 2.753ss.; 5.604; 5.591; 6.604). Pero incluso cuando afirma que «los principios generales son realmente operantes en la naturaleza» (5.501), su intención es hacer una declaración «realista» (en el sentido de Escoto) y a menudo se muestra crítico con el racionalismo de Leibniz (véase, por ejemplo 2.370).

Peirce sostiene que las conjeturas son formas válidas de inferencia en la medida en que se hayan nutrido de observaciones previas, incluso aunque *puedan* anticiparse todas sus remotas consecuencias ilativas. La confianza de Peirce en un tal acuerdo entre la mente y el curso de los acontecimientos es más evolucionista que racionalista (Fann 1970:2.3). La certidumbre que ofrece la abducción no excluye el *falibilismo* que domina toda investigación científica (1.9), «porque el falibilismo es la doctrina según la cual nuestro conocimiento nunca es absoluto, sino que flota siempre, por así decir, en un *continuum* de incertidumbre e indeterminación» (1.171).

Holmes, en cambio, nunca yerra. A diferencia de Zadig, Holmes nunca duda en meta-apostar que el mundo posible que ha trazado es el mismo que el mundo «real». Dado que goza del privilegio de vivir en un mundo construido por Conan Doyle a la medida de sus necesidades egocéntricas, no

carece de pruebas inmediatas de su perspicacia. Watson (narrativamente) existe sólo para verificar sus hipótesis: «¿Cómo es posible, Holmes? ¡Esto rebasa totalmente mi imaginación!» (CARD). «¡Exacto! Pero le confieso que no me explico de qué manera ha llegado usted a ello ...» (SIGN). Watson representa la garantía incuestionable de que las hipótesis de Holmes ya no pueden ser falseadas.

Un privilegio que no tiene Karl Popper, aunque la falta de tal privilegio le haya proporcionado la ocasión de elaborar una lógica del descubrimiento científico. Mientras que en los relatos policíacos hay un Dios omnipotente que verifica eternamente las hipótesis de manera definitiva, en las investigaciones científicas «reales» (así como en las criminales, médicas o filológicas de verdad) las meta-abducciones son una cuestión preocupante. *Zadig* no es un relato policíaco sino un relato filosófico porque su tema auténtico es precisamente el vértigo de la meta-abducción. Para eludir este vértigo, Peirce vinculó de manera estricta la fase de la abducción con la fase de la deducción:

La retroducción no da seguridad. La hipótesis tiene que ser verificada. Esta verificación, para ser válida desde el punto de vista lógico, debe emprenderse con honradez, no como se emprende la retroducción, con el escrutinio de los fenómenos, sino con el examen de las hipótesis y una revisión de todos los tipos de consecuencias experimentales condicionales que se seguirían de su verdad. Esto constituye la segunda fase de la investigación. (6.470)

Esta clara conciencia de lo que una investigación científica sería debería ser no excluye que en muchas circunstancias el propio Peirce practique el juego de la meta-abducción. Nos vemos obligados a hacer abducciones en la vida cotidiana, en todo momento, y con frecuencia no podemos aguardar las pruebas o verificaciones ulteriores. Consideraremos, por ejemplo, el caso del hombre bajo un baldaquín:

Una vez desembarqué en un puerto de una provincia turca; y, de camino hacia la casa que iba a visitar, me encontré con un hombre a caballo, rodeado de cuatro jinetes que sostenían un baldaquín sobre su cabeza. Como quiera que el gobernador de la provincia era el único personaje que podía suponer que gozaba de semejante honor, inferí que se trataba de él. Esto fue una hipótesis. (2.625)

De hecho, Peirce hizo dos inferencias. La primera fue una hipótesis o una abducción hipercodificada: conocía la regla general según la cual un hombre con un baldaquín sobre su cabeza, en Turquía, sólo podía ser una autoridad, y se imaginó que el hombre que había visto representaba un caso de esta regla incuestionable. La segunda fue una abducción hipocodificada: entre las diversas autoridades que podía haber en el lugar (¿por qué no un ministro de Estambul de visita?), el gobernador de la provincia era la más plausible. Creo que a partir de aquí Peirce sustentó la segunda abducción como si fuera el caso, y se condujo en consecuencia.

En el relato analizado en el presente libro (Cap. II) por Sebeok y Umiker-Sebeok (acerca del reloj robado) hay una serie de osadas abducciones creativas que Peirce da por ciertas sin posterior verificación, actuando en consecuencia hasta el final. La meta-abducción de Peirce consistió en apostar por el resultado final sin aguardar las verificaciones intermedias.

Es probable que la verdadera diferencia entre las abducciones de hechos a leyes y las abducciones de hechos a hechos resida en la flexibilidad meta-abductiva, es decir, en la osadía de desafiar sin verificaciones ulteriores el falibilismo fundamental que rige el conocimiento humano. Por esa razón, en la vida «real» los detectives cometen errores más frecuentes (o más frecuentemente visibles) que los científicos. La sociedad recompensa a los detectives por el descaro con que apuestan por sus meta-abducciones, mientras que a los científicos se les recompensa socialmente por la paciencia con que verifican sus abducciones. Por supuesto, para tener la fuerza moral e intelectual de realizar verificaciones, para exigir nuevas verificaciones, y para mantener obstinadamente una abducción antes de su verificación definitiva, los científicos también necesitan recurrir a la meta-abducción. La diferencia entre ellos y los detectives reside en que los científicos se niegan a imponer sus creencias como dogmas, en su firmeza de no repudiar sus conjeturas motivadas. *Galileo Galilei* de Bertolt Brecht es la historia de la dificultad de mantener una conjetura de este tipo frente a las abducciones de los demás (así como la historia de la continua tentación de renunciar a una tal «unfair» guess).



En los mundos posibles de la ficción, las cosas van mejor. Nero Wolfe inventa soluciones elegantes para situaciones inextricables, después reúne a todos los personajes en su estudio y cuenta su historia *como si* las cosas hubieran ocurrido así. Rex Stout es tan amable con él como para hacer reaccionar al culpable «real», que admite así su culpa y reconoce la superioridad intelectual de Wolfe. Ni Galileo ni Peirce tuvieron tanto éxito en su vida, y seguramente existe una razón epistemológica para tales desventuras. Así, mientras que la historia de los zapatos era un relato de infalibilidad y la historia de los cascos era un relato de angustia ante el vértigo de la infalibilidad, la historia de los cuernos y de las judías era y todavía es el relato de la falibilidad humana. Hay por lo menos un punto en el que Peirce y Conan Doyle (a través de Voltaire) no cuentan la misma historia.

## CAPITULO XI

*Wulf Rehder*

### SHERLOCK HOLMES, DETECTIVE FILOSOFO\*

*Populus me sibilat, at mihi plaudo  
Ipse domi simul ac nummos  
contemplor in arca.<sup>1</sup>*

#### El fiel John Watson admitía:

Su ignorancia era tan notable como sus conocimientos de cultura. En realidad, Holmes parecía saber poco o nada en temas de literatura contemporánea, de filosofía y de política ... Pero mi asombro llegó al colmo cuando descubrí por casualidad que ignoraba la teoría de Copérnico acerca de la composición del sistema solar. (STUD)

#### Sherlock Holmes teme que:

... un surtido de hechos inútiles puede desbancar a los útiles ... Si girásemos en torno a la Luna, nada cambiaría para mí y mi trabajo sería el mismo (STUD).

Las conclusiones que extrae Watson de esta breve conversación son anotadas en una larga lista que lleva por título «Conocimientos de Sherlock Holmes», y en la que leemos:

Filosofía: cero. (STUD)

Nosotros no aceptaremos esta apresurada valoración de la amplitud de las capacidades intelectuales del gran detective. No obstante, dado que el buen Watson conocía a su coinquilino del 221B de Baker Street mejor que nadie, debemos

\* Aparecido originariamente en *Inquiry* 22, 1979:441-57, con el título «Sherlock Holmes, Philosopher-Detective».

profundizar más en las ideas filosóficas de Holmes si queremos desmentir a Boswell Watson, de quien Holmes, por su parte, dijo:

Es posible que no sea usted luminoso, pero es usted un portador de luz (HOUN).

Si ha sido la precipitación de Watson lo que ha motivado nuestra investigación, hay que admitir que la ha impulsado de un modo que Holmes apreciaba:

Cuando he dicho que me servía usted de estímulo quería decir, para serle franco, que al observar sus errores a veces me he visto orientado hacia la verdad (HOUN).

Para ser justo con la memoria del probo Watson, hay que reconocer que, a continuación, en el prefacio a BOW, llega a comprender los intereses del Holmes maduro:

Pasa su tiempo entre la filosofía y la agricultura.

Agricultura, para el lector asiduo de la literatura sherlockiana, puede querer decir sólo apicultura y, si se me permite un inciso, ciertos indicios muestran que Holmes anticipó el descubrimiento del lenguaje-danza de las abejas hecho por el profesor Karl von Frisch, premio Nobel. No nos detendremos en este argumento, pero todo esto coincide con los óptimos resultados obtenidos por Holmes en el desciframiento de símbolos secretos y criptogramas (como en la aventura DANC).

El presente ensayo se propone, modestamente, verificar una opinión diferente, la de que Sherlock Holmes fue un eminente filósofo de la ciencia, muy por delante de la edad victoriana y eduardina, casi un auténtico precursor del cáustico anarquismo de Paul Feyerabend.

### *1. Filosofía y problemas*

Una investigación parte de un problema. Esta es una verdad evidente, ya sea para el Karl Popper del prefacio de 1934 a la *Lógica de la Investigación Científica*, o para David Hilbert:

Escuchemos dentro de nosotros mismos una llamada constante: éste es el problema. Busca la solución.<sup>2</sup>

Esto vale también para Holmes. El problema de Holmes es, naturalmente, el delito, un problema que es sometido a su atención, en la mayoría de los casos, por encargo de sus clientes. Por otro lado está su problema personal: el ajuste de cuentas con su archienemigo, el profesor Moriarty, el Napoleón del crimen.

En clara analogía con esta situación, un filósofo de la ciencia ha de habérselas con los problemas que le presentan los físicos que, por ejemplo, quieren conciliar su filosofía favorita con la microfísica. Por otro lado, y no menos importante, está la lucha del filósofo contra los divergentes y los incrédulos, contra el historicismo o contra el método.

Nos atreveríamos a decir que estos problemas plantean ya la relación de Holmes con la filosofía; sin embargo, según nuestra modesta opinión, el propio Holmes es quien llega al corazón del filosofar, al θαυμάζειν, esto es, a maravillarse por el significado de las cosas:

¿Qué significa eso, Watson? ... ¿Cuál es el objeto de ese círculo de miseria, violencia y miedo? Debe de tender a un fin, de lo contrario nuestro universo estaría gobernado por el azar, lo que es impensable. ¿Pero con qué fin? He aquí el gran, el eterno problema de cuya solución la razón humana se halla tan lejos como siempre (CARD).

¡Cuán presuntuosa parece, en comparación con ésta, la afirmación de Karl Popper de haber refutado para siempre el historicismo, o la de David Hilbert, de tener la solución definitiva de los fundamentos de la matemática!<sup>3</sup>

En los apuntes de Watson hay una amplia documentación que nos autoriza a reconocer a Holmes como «philosophòs». Nos limitaremos, sin embargo, a presentar la célebre metodología investigativa de Holmes, con sus reglas heurísticas, tan precisas y en gran medida aplicables que abarcan una lógica de la investigación y del descubrimiento de la verdad de gran envergadura.

## 2. Patrones de descubrimiento: observación y explicación

De acuerdo con el reciente y fascinante volumen de N.R. Hanson, del cual hemos tomado el título, las observaciones, los hechos, las hipótesis y las teorías son las fases de los «patrones del descubrimiento» o de la solución de un crimen. En el informe de Holmes, el camino del hecho a la solución es el siguiente (visto a través de la lente de WIST, tal como Hanson lo observa a través de la lente de la física de las partículas):

¿Por qué han huido? He aquí un hecho notable. Otro hecho notable es la extraña experiencia de nuestro cliente, Scott Eccles. Ahora bien, mi querido Watson, ¿acaso es pecar de excesiva ingenuidad tratar de dar una explicación que abarque a ambos hechos? Si hubiese una que también tuviese en cuenta incluso la nota misteriosa con su extraña fraseología, entonces, caramba, valdría la pena aceptarla como hipótesis provisional. Si los nuevos hechos que llegamos a conocer encajan en el esquema, entonces nuestra hipótesis puede convertirse gradualmente en una solución (BOW).

Este resumen traza un tipo de explicación que muy pronto (por ejemplo en *Aspects of Scientific Explanation*, de Hempel) será llamada «ley de cobertura», pero que no tiene nada que ver con una explicación DN. Los hechos A de Hempel, los *besondere Sätze* de Popper en el cap. 12 de la *Lógica* y las observaciones de Dewey mientras lava los platos, son todos ellos casos especiales de leyes generales G, que producen conjuntamente el «explanans» y «explican» el «explanandum».

Para Holmes, los «hechos notables» son indicios, si no verdaderos «explanans», del esquema oculto S, o «explanandum», que aún está por descubrir. Al mismo tiempo, los «hechos notables» deben ser explicados («explananda»), cosa que sólo se obtiene después de que S haya sido descubierto y siempre que los hechos estén en línea con S, que de esta manera se convierte en «explanans». Según lo que enuncia Keynes en su *Treatise on Probability*, tenemos un ejemplo de «simetría de relación positiva» entre hipótesis y fenómenos:

Esto constituye una demostración formal del principio generalmente aceptado, según el cual si una hipótesis ayuda a explicar un fenómeno, el hecho del fenómeno sostiene la realidad de la hipótesis<sup>4</sup>.

¿No merecería la pena preguntarse si también los hechos y las leyes ocultas de la ciencia poseen esta estructura bifronte de explanans y explanandum, contaminando así todo problema de pura inducción?

Examinemos ahora lo que Sherlock Holmes dice acerca de la observación, los hechos y los datos, la hipótesis, la teoría y la verdad, el modo de la deducción, el proceso de exclusión y el método del análisis y de la síntesis.

### 3. Observación y deducción

Holmes requiere:

... tres cualidades necesarias para el detective ideal ... capacidad de observación, deducción y conocimiento (SIGN).

La observación comprende todas las actividades de los cinco sentidos, cuya agudeza es incrementada por una potente lente de aumento, por prismáticos o por el microscopio. En algunas ocasiones, en los casos más difíciles, las pruebas proceden de experimentos químicos.

Una observación realizada se transforma en hecho. Si bien esto puede parecer simple, Holmes está muy lejos de considerar ingenuamente los hechos:

No hay nada más engañoso que un hecho obvio (BOSC).

Los hechos y los datos preceden a la teoría:

Es un error capital teorizar antes de poseer datos. Insensiblemente se comienza a distorsionar los hechos para que encajen con las teorías, en vez de hacer que las teorías encajen con los hechos (SCAN).

Es un error razonar ante tus datos. Sin advertirlo, te encuentras distorsionándolos para que encajen con tus teorías (WIST).

Esto arroja ya un poco de luz sobre la construcción de las teorías, pero es importante comprender bien la relación entre hechos y deducción.

La dificultad está en cómo separar la estructura del hecho —del hecho absoluto e innegable— de los adornos de teóricos y periodistas.

Además, una vez establecida de esta manera una base sólida, debemos tratar de ver qué inferencias se pueden extraer, y cuáles son los puntos particulares en torno a los cuales gira todo el misterio (MEMOIRS).

Aparte de la alusión, con la cópula «y» que une a los teóricos con los periodistas, a la aversión de Holmes por la teorización prematura, el fragmento citado interpreta el término técnico «deducción» como inferencia.

Nos habíamos enfrentado al caso, como recordaréis, con la mente absolutamente vacía, lo cual es siempre positivo. No habíamos construido teorías. Simplemente, estábamos allí para observar y para extraer inferencias de nuestras observaciones (BOW).

La deducción es, pues, inferencia de hechos observados a hechos no observables, ocultos, pero acaecidos o que acaecerán, sugeridos por las observaciones. Incluso el más pequeño detalle puede ser significativo: «Tiene usted un genio extraordinario para los particulares», dice Watson con admiración; a lo que Holmes replica lacónicamente: «Aprecio su importancia» (SIGN).

Y, sin duda, es verdad. Es bien sabido que Holmes había escrito bastantes monografías sobre «argumentos técnicos», por ejemplo «Sobre la distinción entre las cenizas de varios tipos de tabaco». El mismo explica:

En ella enumero ciento cuarenta clases de cigarros, cigarrillos y tabacos de pipa, con tablas de colores que ilustran la diferencia entre las cenizas. ... Si usted puede afirmar con seguridad, por ejemplo, que un delito ha sido cometido por un hombre que fumaba un lunkah indio, esto, obviamente, limita su campo de investigación (SIGN).

Esta observación domina la metodología y la lógica de la investigación de Holmes: mientras la primera frase recuerda la inducción por enumeración de Aristóteles,<sup>5</sup> la segunda,

... esto, obviamente, limita su campo de investigación,

resulta similar a la inducción por eliminación de Francis Ba-

con en el *Novum Organum*,<sup>6</sup> y se aproxima más adelante a la ley fundamental de Holmes.

#### 4. El método de exclusión

Si reconsideramos las dos primeras «cualidades necesarias para el detective ideal», observación y deducción, parece haber una estrecha relación entre las observaciones y las inferencias extraídas de ellas (deducciones).

El propio Watson afirma:

— Claro que, hasta cierto punto, la una implica la otra.

— De ninguna manera —replica Holmes—, por ejemplo, la observación me revela que usted estuvo esta mañana en la oficina de Correos de Wigmore Street, pero la deducción me dice que, una vez allí, usted puso un telegrama [...] adherida a la suela de su calzado un poco de tierra roja [...] que no se encuentra [...] en ningún otro sitio de los alrededores [...] es difícil dejar de pisarla al entrar [...] Hasta ahí es observación. Lo demás es deducción [...]. Sabía que usted no había escrito ninguna carta, puesto que he pasado toda la mañana sentado enfrente de usted. Observo también ahí, en su escritorio abierto, que tiene usted una hoja de sellos y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué, pues, podía usted haber ido a Correos sino a enviar un telegrama? *Elimine todos los demás factores y el único que queda tiene que ser el verdadero* (SIGN, cursivas del autor).

La potente prescripción heurística, ya anticipada por la observación «esto, obviamente, limita su campo de investigación», está especificada, ahora, por la enunciación de más arriba, llamada «método de exclusión».

Está claro que nos encontramos frente a un gran resultado metodológico, y Holmes, bien consciente de la importancia de este resultado, puntualiza en varias ocasiones esta «ley». En la última serie de aventuras recopiladas por Watson, BOW, cuando él le expresa sus dudas diciendo: «Parece muy improbable», Holmes, coherentemente, afirma:

Debemos atenernos al viejo axioma de que cuando fallan todas las demás eventualidades, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad (BRUC).



Esta versión mejorada de la «ley» podría parafrasearse de la siguiente manera:

Eliminados todos los factores que, a la luz de los hechos accesibles, son imposibles, lo que resta, aunque sea improbable, debe ser la verdad.

O si no, condensando:

Lo improbable posible es la verdad.

Holmes considera además que:

Bien puede ocurrir que queden varias explicaciones; en ese caso, se van poniendo a prueba hasta dar con la que tiene un valor convincente de validez (CASE-BOOK).

Una vez que se obtiene una confirmación para una de tales explicaciones, se la acepta, y el detective debe «actuar como si hubiese sido realmente probada» (*ibid.*).

## 5. Posible y probable

La famosa ley de Holmes ha sido objeto de grandes debates, entre los que merece notarse la propuesta (registrada por Dorothy L. Sayers) de Lord Peter Wimsey, con relación a una máxima, nada menos que de Aristóteles:

Lo más probable, aunque imposible, debe de ser la verdad.

Aristóteles ha difundido la teoría de «lo imposible probable» expuesta en el tratado sobre Poética, pero, si sustituimos «poesía» por «ciencia», nos encontramos con grandes sorpresas:

Además de los hechos, los científicos deberían tener en consideración aquello que es posible que ocurra: 'ἀλλ'οἷα ἂν γένοιτο καὶ τὰ δυνατὰ κατὰ τὸ εἰκὸς ἢ τὸ ἀναγκαῖον.<sup>7</sup>

En el caso de que encuentren que su actual comprensión de las cosas es absurda y aparentemente imposible, deben, por regla, prefe-

rir lo probable imposible a lo posible increíble: προαιρεῖσθαι τε δεῖ ἀδύνατα εἶκοτα μᾶλλον ἢ δυνατὰ ἀπίθανα;<sup>8</sup> [...] αἰρετώτερον πιθανόν ἀδύνατον ἢ ἀπίθανον καὶ <ἀ>δύνατον.<sup>9</sup>

En cuanto no hay nada contrario a lo imposible en ciencia, o, para ser más exactos, imposible y falso no son idénticos:

Οὐ γὰρ δὴ ἐστὶ ταῦτὸ τὸ ψεῦδος καὶ τὸ ἀδύνατον.<sup>10</sup>

Por otro lado, lo increíble debe tener cierta atracción para la comunidad científica, y si es atrayente, no parece pues tan increíble. Por eso es posible que las cosas ocurran contra la probabilidad:

εἰκὸς γὰρ καὶ παρὰ τὸ εἰκὸς γίγνεσθαι.<sup>11</sup>

Quien tenga conocimiento de la lógica modal es invitado a consultar el segundo capítulo del libro de Jaakko Hintikka *Time and Necessity*,<sup>12</sup> si se desean más informaciones acerca de las diferentes «posibilidades» en el *De Interpretatione* de Aristóteles.

## 6. Conocimiento

En los párrafos precedentes hemos considerado la observación, los hechos y la deducción, hemos aludido a la formación de la teoría y a la discusión sobre la oposición entre posible y probable. Ahora diremos algo acerca del conocimiento. Es bien sabido por los estudiosos serios de la investigación y de la filosofía de Sherlock Holmes que, además de su insuperada experiencia en la solución de crímenes, Holmes era un sistemático coleccionista de estudios de casos históricos, así como de episodios famosos de insólita astucia o ingeniosidad. La colección era estudiada por él como paradigma, en búsqueda de elementos que, por contraste y por analogía, le sirvieran como ayuda para resolver el caso que lo ocupaba en ese preciso momento.

Por lo general, estoy en condiciones, gracias a mi conocimiento de la historia del crimen, de orientarlos bien [a los policías]. Hay una

fuerte analogía entre los diversos crímenes [...] como un aire de familia [...] si se conocen al dedillo los detalles de novecientos noventa y nueve crímenes, es muy difícil no tener éxito en la solución del crimen número mil (STUD).

¡Razonamiento por analogía admirablemente combinado con la extrapolación basada en el conocimiento perfecto de estudios de historia del crimen! Nos viene a la mente la versión que da Lakatos del viejo dicho kantiano: «La filosofía de la ciencia sin la historia de la ciencia es vacua; la historia de la ciencia sin la filosofía de la ciencia es ciega.»

## 7. Teoría

Volvamos a un tema que ya habíamos mencionado y que es tratado por Holmes con ambigüedad y vacilación: la teorización.

Como detective que se somete a la ley británica, Holmes se da cuenta del efecto que puede tener sobre el tribunal una teoría convincente y aparentemente inatacable, y cómo puede impresionar a la opinión pública.

Si no conseguimos establecer una teoría alternativa, este hombre está perdido [...] temo que los jurados ingleses no hayan alcanzado aún el nivel de inteligencia necesario para preferir mis teorías a los hechos de Lestrade (RETURN).

Si para Karl Popper una teoría es una red con la que se puede capturar el mundo, para Holmes se trata de una red en la que se capturan los votos de los miembros del jurado. Como filósofo está convencido de que las teorías deben seguir a los hechos, y no a la inversa.

Sin embargo, hay que precisar que Holmes emplea el término «teoría» en una acepción relativamente «débil», en el sentido de una buena hipótesis de trabajo que abarca todos los hechos conocidos. El siguiente diálogo aclara muy bien este aspecto:

(Holmes): «¿Qué pensáis de mi teoría?»

(Watson): «Son todas conjeturas.»

(Holmes): «Pero al menos contempla todos los hechos. Cuando consigamos saber todos los hechos no contemplados, será el momento de reconsiderarla.» (MEMOIRS)

Como es evidente por este diálogo, sólo los hechos conocidos han de ser contemplados. Una teoría en el sentido de Holmes no necesita proveer un instrumento apto para extraer inferencias de acontecimientos futuros; las inferencias (esto es, las deducciones) parten sólo de los hechos, y una teoría nunca es «derivada» de los hechos por la vía de la lógica inductiva. Esto lo sabía Holmes sin haber leído a Hume.

Incluso merece la pena apuntar que definía «una explicación que contemple a cada uno de estos hechos» como una «solución» y no como una «teoría», «si los hechos nuevos que llegamos a conocer encajan en el esquema» de la hipótesis provisional o —como sostenemos nosotros— de la teoría.

Así, en nuestra lectura de la terminología de Holmes, una «solución» no es otra cosa que una abreviatura nominalista para una explicación del tipo de la «ley de cobertura», y las teorías (esto es, las hipótesis bien confirmadas) pueden ser refutadas por los hechos futuros.

## 8. *Análisis y síntesis*

Holmes resuelve no pocos casos por medio de un proceso de «razonamiento hacia atrás», o «analítico»: STUD, SING, CARD, por mencionar sólo tres.

En el primero de éstos aparece la explicación más completa de este particular modo de pensar.

En la resolución de un problema de este tipo, lo principal es la capacidad para razonar hacia atrás. Es una habilidad muy útil, y muy fácil, pero que la gente no practica mucho. En los asuntos de la vida cotidiana, es más útil razonar hacia adelante, y por eso la otra manera se descuida. Existen cincuenta personas que pueden razonar sintéticamente por cada una que puede razonar analíticamente. ... Veamos si se lo puedo aclarar. La mayoría de las personas, si se les describe una sucesión de hechos, le anunciarán cuál va ser el resultado. Son capaces de coordinar mentalmente los hechos, y deducir que han de tener una consecuencia determinada. Sin embargo, son pocas las

personas que, si se les cuenta el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia consciencia los pasos que condujeron a ese resultado. A esta facultad es a la que me refiero cuando hablo de razonar hacia atrás, es decir, analíticamente (STUD).

Este fragmento merece un comentario. En primer lugar, todo estudiante de historia de las ideas reconocerá inmediatamente el antiguo método del análisis y de la síntesis, conocido por Platón y Aristóteles, método al que dio forma definitiva Pappo en las *Collectiones*. El análisis ha sido siempre, desde entonces, un argumento de actualidad,<sup>13</sup> razón por la cual sus aspectos eran obviamente familiares para Holmes. En segundo lugar, apuntemos que Holmes adopta una posición original con referencia al problema ampliamente discutido de si el análisis debe ser considerado un recorrido hacia abajo (extrayendo consecuencias lógicas de un resultado dado o supuesto), o hacia arriba (buscando a tientas unos principios básicos que impliquen el resultado).<sup>14</sup>

Cuando Holmes habla de los pasos «que conducen a aquel resultado», parece abrazar el segundo punto de vista, el del razonamiento hacia arriba. Su investigación intuitiva, no obstante, no es tanto búsqueda de principios, sino de «pasos», es decir, de una cadena de argumentos que no son necesariamente consecuencias lógicas, los unos respecto de los otros, pero que son lo bastante fuertes como para suministrar razones suficientes que garanticen el resultado.<sup>15</sup> Por esta razón, el análisis, en teoría, es una investigación de las condiciones suficientes de un resultado dado o supuesto, no sólo para Holmes, sino también para los antiguos filósofos matemáticos. Este concepto de análisis ha sido defendido por el autor en un modesto artículo sobre la heurística griega (no destinado a ser publicado).

## 9. Lógica y análisis

Establecido esto, podemos distinguir dos técnicas completamente diferentes en el razonamiento de Holmes.

Por una parte tenemos sus deducciones (inferencias) *lógicas*, o conclusiones, llamadas también «pensamiento sinté-

tico» o «razonamiento hacia adelante», un método «infalible como las proposiciones de Euclides» (STUD).

Para mostrar las diferencias, veamos ahora otro ejemplo breve de este modo de pensar:

— Pues bien, no ha sido difícil para mí, examinando la piel entre el índice y el pulgar de su mano izquierda, asegurarme de que usted *no* había decidido invertir su pequeño capital en el sector aurífero.

— No veo la conexión.

— Naturalmente, pero puedo mostrarle rápidamente una conexión muy estrecha. He aquí los eslabones que faltaban a esta simple cadena: 1. Anoche, cuando usted volvió del club, traía usted señales de yeso entre el pulgar y el índice. 2. Usted suele ponerse yeso en esa parte de la mano cuando juega al billar, para ajustar el taco. 3. Usted no juega al billar sino con Thurston. 4. Me había dicho hace cuatro semanas que Thurston tiene una opción sobre una propiedad en Sudáfrica que se vencería en el curso del mes, y que él quería compartirla con usted. 5. Su talonario de cheques está guardado en mi escritorio y no me ha pedido la llave. 6. No ha decidido usted invertir de ese modo su dinero.

Holmes ha construido así «una serie de inferencias, cada una dependiente de la precedente» (RETURN).

Por otra parte, está el andar a tientas a-lógico, instintivo e intuitivo, en busca de los pasos que parten sólo de la «autoconsciencia interior», acción decididamente *psicológica*. Esto nos trae a la memoria la distinción de Reichenbach (o del propio Kant) entre «contexto de descubrimiento» y «contexto de justificación», una bisección adoptada por muchos, y «dada por descontada» incluso por Lakatos: «Las tentativas de confundirla sólo han producido una retórica vacía.»<sup>16</sup>

Para concluir este parágrafo sobre el análisis, citaremos las palabras de menosprecio que Holmes dedica a uno de sus más ilustres predecesores en el razonamiento analítico, A. Dupin, y a su método de raciocinio. Holmes se expresa utilizando términos fuertes:

En mi opinión, Dupin era un tipo verdaderamente mediocre. Su truco de interrumpir los pensamientos del amigo con una observación exacta al cabo de un cuarto de hora de silencio es verdaderamente pretencioso y superficial. Tenía ciertamente genio analítico, pero no era en absoluto aquel fenómeno que Poe parecía creer que era (STUD).

Teniendo en cuenta el talento y la predisposición de Holmes para la espectacularidad, como bien se puede ver, por ejemplo, en NORW, el lector puede asombrarse al leer una crítica tan injusta; pero puede pasarla por alto, con una sonrisa condescendiente, considerándola como una de las pocas explosiones de aquella envidia tan común entre los sabios cuando la vanidad triunfa sobre su racionalidad.

## 10. Sherlock Holmes y la estadística

Una mirada sobre otro campo de la investigación filosófica, los fundamentos de la probabilidad y de la estadística, muestra una vez más las significativas contribuciones de Holmes.

Sólo recientemente la revista *Synthese* ha publicado una recopilación de artículos sobre los fundamentos de la estadística en honor del filósofo y estadístico Alan Birnbaum. Gran parte de los artículos están dedicados a analizar el problema de la oposición entre la teoría «subjetivista» bayesiana y la interpretación «objetivista» de la frecuencia de Jerzy Neyman. Holmes toma claramente posición favorable a Neyman contra la tesis del *a priori* bayesiano (igual que otros estadísticos «operativos» como Kiefer, incluido en la misma recopilación).<sup>17</sup>

No hay una probabilidad *a priori*. El hombre es un extraño enigma [...] mientras que el individuo aislado es un rompecabezas insoluble, colectivamente se convierte en una certidumbre matemática. Por ejemplo, no es posible predecir lo que un hombre hará, pero puede decirse con precisión qué se dispone a hacer una muestra promedio. Los individuos varían, pero los porcentajes permanecen constantes. Así lo asegura el experto en estadística (SIGN).

Kiefer se expresa anagramáticamente:

Puedo decir que la probabilidad personal afirma que el mundo de la inferencia científica no es mucho más egocéntrico que geocéntrico.

Los estadísticos Freedman-Pisani-Purves, en su manual *Sta-*

tistics,<sup>18</sup> citan la afirmación de Holmes e invitan a los estudiantes a reflexionar sobre ella.

Holmes, sin embargo, no se limita a la cultura de manual, sino que experimenta con reglas de decisión implícita, cuando se lanza a la caza del profesor Moriarty. Desgraciadamente, en los informes de Watson no aparece ninguna regla de aplicación que sea auténtica y razonablemente explícita, por lo que debemos sugerir al lector interesado que se dirija al clásico de Neumann y Morgenstern *Spieltheorie und wirtschaftliches Verhalten*, obra en la que uno de los juegos más peligrosos de Holmes es analizado según los términos de estrategia, matrices y probabilidad.<sup>19</sup> Naturalmente la decisión de Holmes —desde el punto de vista puramente estratégico— es óptima.

## II. De nuevo sobre Holmes

Espero que nuestro estudio de Sherlock Holmes como detective filósofo haya llevado al debido reconocimiento de su genio como pensador creativo en la metodología del descubrimiento. Estaríamos, no obstante, lejos de una comprensión completa de su excepcional personalidad si lo etiquetáramos como un monstruo científico monolítico y unidimensional, frío, compuesto y eficiente. Holmes, por el contrario, presenta muchos aspectos, como cuando, en una de sus raras comunicaciones personales a Watson, admite:

Pienso, en particular, en aquellos dos versos de Goethe:  
*Schade, dass die Natur nur einen Menschen aus dir schuf,  
Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff.* (SIGN)

Tomaba cocaína para huir del tedio, y tuvo que recurrir a un psicoterapeuta, el doctor Sigmund Freud de Viena, episodio referido por Meyer (1974). Esto por lo que respecta a la compostura inmutable.

Holmes, una vez, le hizo a Watson la siguiente confesión:

Yo nunca he amado, Watson, pero si hubiese ocurrido lo contrario y si la mujer amada por mí hubiese ido al encuentro de un fin seme-



jante a éste (como en DEVI) yo podía haber actuado como nuestro cazador de leones, fuera de la ley. ¿Quién puede saberlo? (DEVI)

Esto por lo que toca a la frialdad. Y nos preguntamos si no hay un matiz de verdad trágica en las palabras de Watson: «Como amante, se habría colocado usted en una posición falsa» (ADVENTURES).

¿Se trata de amor en SCAN? Todo lo que sabemos es que fue «derrotado por el ingenio de una mujer», el ingenio de Irene Adler a la que Holmes siempre menciona como «la Mujer». Cayó en la trampa como un tonto pero no se lo tomó a mal: he aquí una grieta en la impecable eficiencia, una placentera «debilidad humana», como la habría definido el sargento Cuff. Incluso su metodología aparentemente escurridiza y sin defectos, como la hemos delineado en las páginas precedentes, resulta atemperada y enriquecida con refrescante anarquismo y conrainducción a la manera de Feyerabend. Al respecto, valga la siguiente observación:

Ya he explicado que lo que está fuera de lo común suele ser más una guía que un obstáculo (STUD).

porque:

... una vez cambiado tu punto de vista, lo mismo que causaba tanta desazón se convierte en un indicio de la verdad (CASE-BOOK).

Nuevas teorías se pueden usar como esquemas provisionales alternativos, que pueden ser contradichos por algunos hechos presentes, pero que esperan la confirmación sobre la base de futuros descubrimientos.

Se forman teorías provisionales y se espera al momento en que sabremos más para poder explorarlas. Una mala costumbre ... pero la naturaleza humana es débil (CASE-BOOK).

Para Feyerabend no se trata de una debilidad sino del auténtico método conrainductivo:

*... es gibt auch Tatsachen, die überhaupt nur mit Hilfe von Alternativen zu der zu prüfenden Theorie zutage gefördert werden können.<sup>20</sup>*

*Theorien sollen nicht abgeändert werden, ohne daß es zwingende Gründe dafür gibt.*<sup>21</sup>

Lo mismo dice Holmes:

Debemos buscar la coherencia. Allí donde falta la coherencia, hemos de sospechar que hay engaño (CASE-BOOK)

O sea, alteración de los hechos, y sólo «cuando lleguemos a conocer hechos no contemplados (por la vieja teoría) será el momento de reconsiderarla» (MEMOIRS).

A propósito de la alteración de los hechos, **emergen** trazos casi galileanos en frases como ésta:

Algunos hechos deberían ser suprimidos, o por lo menos habría que tener, al tratarlos, el sentido de las proporciones (SIGN).

Una auténtica moralidad galileo-feyerabendiana resulta de esta trastornante confesión:

Seguramente nuestra profesión, Mr. Mac, sería monótona y sórdida si no fuera que, de vez en cuando, usando modos un poco teatrales, no exageráramos nuestros resultados ... la inferencia veloz, la trampa sutil, la astuta predicción de los acontecimientos, la reivindicación triunfante de una teoría audaz, ¿no reside quizás en todo esto nuestro orgullo y la justificación de nuestro trabajo? En este instante tiembla usted por la situación y por la expectativa de la caza. ¿Dónde estaría este temblor si yo fuese preciso como el horario de un tren? (VALL)

¡En efecto, doctor Watson, temblor y gloria, Sherlock Holmes es también esto! Filosofía cero, dijo usted, y su error nos impulsó a buscar la verdad y, ay de mí, debemos darle las gracias por sus errores. Doctor Watson, nos ha hecho pensar dos veces.

— Me inclino a pensar... —dije yo.

— Eso es asunto mío—, observó impaciente Sherlock Holmes (VALL).

## NOTAS

1. Los dos versos de Horacio son citados por Holmes al final de *STUD*.
2. *Bull. Amer. Math. Soc.* vol. 8, 1902, p. 445.
3. *Das Elend des Historizismus*. «Vorwort zur engl. Ausgabe», J.C.B. Mohr, Tübinga, 4.<sup>a</sup> ed. 1974; cfr. Peter Urbach, «Is any of Popper's arguments against historicism valid?», *Brit. J. Phil. Sci.*, vol. 29, 1978, pp. 117-30.
4. J.M. Keynes, *Treatise on Probability*, Macmillan, Londres/Nueva York 1921. Reimpreso en 1952, p. 147.
5. *An. Pr.*, 11, 23, 68<sup>b</sup> 28-29: ... τὸ ἐξ ἀπάντων τῶν καθ' ἕκαστον συγ-κεῖμενον ἢ γὰρ ἐπαγωγὴ διὰ οὐδ' ἀπάντων. Cfr. también *Top. A* 12, 105<sup>a</sup> 13-14: ἐπαγωγὴ δὲ ἢ ἀπὸ τῶν καθ' ἕκαστον ἐπὶ τὸ καθόλου ἔφοδος.
6. *New Organon*, Pt. II, Sect. 18, pp. 258-260 en *The Works of Francis Bacon*, recopiladas y editadas por Spedding, Ellis y Heath, Longman & Co., Londres 1857-74.
7. *Poética*, 1461<sup>b</sup> 15.
8. *Ibid.*, 1460<sup>a</sup> 26-27.
9. *Ibid.*, 1461<sup>b</sup> 11-12.
10. *Met.*, 1047<sup>b</sup> 12-13.
11. *Poética*, 1461<sup>b</sup> 15.
12. El libro de Hintikka (Clarendon Press, Oxford 1973) contiene una selección de artículos sobre Aristóteles, en particular, sobre las modalidades. Téngase presente que el término *dýnamis*, *dýnaton* significa más que posibilidad y posible, comprendiendo también el sentido de «potencialidad» (*potentia*, en alemán antiguo: *Vermögen*, en contraste con *energeia*: *Verwirklichung* o *Akt*).
13. Lo trató Leibniz, e incluso Goethe tiene tres páginas dedicadas al análisis y la síntesis; otros nombres ilustres de pensadores que han tratado el tema son los de Descartes, Newton, Galileo y Kant. De próxima aparición es el libro del doctor Engfer sobre el análisis como método en filosofía.
14. Cfr. R. Robinson: *Plato's Earlier Dialectics*, Clarendon Press, Oxford, 1953; F.M. Cornford: «Mathematics and Dialectic in the *Republic* VI-VII (I)», *Mind*, NS, vol. XLI, 1932; R. Robinson, «Analysis in Greek Geometry», *Mind*, NS, vol. XLV, 1936.
15. Cfr. los hallazgos etimológicos de Hintikka, *op. cit.*, cap. III sobre el significado del verbo ἀκολουθεῖν; esta interpretación ha sido cuestionada por E.P. Brandon en *Phronesis*, vol. 23, 1978, pp. 173-8.
16. I. Lakatos y E. Zahar, «Why did Copernicus's Programme Supersede Ptolemy's?» en I. Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, al cuidado de J. Wornall y G. Curry, Cambridge University Press, Cambridge 1978, p. 169.
17. *Synthese*, vol. 36, 1977, pp. 161-76.
18. *Statistics*, W.W. Norton, Nueva York 1976.
19. *Spieltheorie und wirtschaftliches Verhalten*, Physika Verlag, Würzburg 1961, pp. 179-80.
20. En p. 58 de la edición alemana (*Wider den Methodenzwang*, Suhrkamp, Frankfurt 1976).
21. *Ibid.*, p. 57.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AGAMBEN, G.  
1975 «Aby Warburg e la scienza senza nome.» *Prospettive Settanta* (Julio-Septiembre).
- ALPHER, Ralph A., Hans Bethe, y George Gamow  
1948 «The Origin of Chemical Elements.» *Physical Review* 73 (7): 803-804.
- ANDERSON, Sir Robert  
1903 «Sherlock Holmes, Detective, as Seen by Scotland Yard.» *T.P.'s Weekly* 2 (Octubre 2): 557-558.
- ANÓNIMO  
1959 *Sir Arthur Conan Doyle Centenary 1859-1959*. Londres: John Murray.
- ARGAN, Giulio C., y Maurizio Fagiolo  
1974 *Guida alla storia dell'arte*. Florencia: Sansoni.
- ASHTON-WOLFE, H.  
1932 «The Debt of the Police to Detective Fiction.» *The Illustrated London News*, Febrero 27: 320-328.
- AVERLINO, A. (pseud. Filarete)  
1972 *Trattato di architettura*, ed. por A.M. Finoli y L. Grassi. Vol. I. Milán.
- AYIM, Maryann  
1974 «Retroduction: The Rational Instinct.» *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 10: 34-43.
- BALDI, Camillo  
1625 *Trattato*. Milán: G.B. Bidelli.
- BALDINUCCI, Filippo  
1681 *Lettera ... nella quale risponde ad alcuni quesiti in materie di pittura*. Roma: Tinassi.
- BALL, John  
1958 «The Twenty-Three Deductions.» *The Baker Street Journal*, n.s., 8 (Octubre): 234-237.
- BARING-GOULD, William S.  
1955 *The Chronological Holmes*. Nueva York: Impresión privada.  
1962 *Sherlock Holmes of Baker Street: A Life of the World's First Consulting Detective*. Nueva York: Clarkson N. Potter.  
1967 (ed.) *The Annotated Sherlock Holmes*. 2 vols. Nueva York: Clarkson N. Potter.

- BELL, Harold W.  
 1932 *Sherlock Holmes and Dr. Watson: The Chronology of Their Adventures*. Londres: Constable.  
 1934 *Baker Street Studies*. Londres: Constable.
- BELL, Joseph  
 1893 «Mr. Sherlock Holmes.» Introducción a la Cuarta Edición de *A Study in Scarlet*. Londres: Ward, Lock & Bowden. (Publicado con anterioridad en el *Bookman* [Londres].)
- BELL, Whitfield J., Jr.  
 1947 «Holmes and History.» *The Baker Street Journal*, o.s., 2 (Octubre): 447-456.
- BENJAMIN, Walter  
 1955a *Angelus novus: ausegwählte Schriften*, 2. Frankfurt: Suhrkamp. Trad. esp.: *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971.  
 1955b *Das Kunstwerke im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, Frankfurt: Suhrkamp. Trad. esp.: *Discursos interrumpidos, I*, Madrid, Taurus, 1987.
- BERG, Stanton O.  
 1970 «Sherlock Holmes: Father of Scientific Crime Detection.» *Journal of Criminal Law, Criminology, and Police Science* 61: 446-452.
- BERNOULLI, Jacques  
 1713 *Ars Conjectandi*. Basil: Impensis Thurnisiorum.
- BERNSTEIN, Richard J.  
 1964 (ed.) *Perspectives on Peirce*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- BERTILLON, Alphonse  
 1883 *L'indentité des récidivistes et la loi de relégation*. París: G. Masson.  
 1893a *Album*. Melun.  
 1893b *Identification anthropométrique; instructions signalétiques*. Melun.
- BETH, E.W.  
 1955 «Semantic Entailment and Formal Derivability.» *Mededelingen van de Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, Afd. Letterkunde*, N.R., 18 (13): 309-342.
- BIGELOW, S. Tupper  
 1959 *An Irregular Anglo-American Glossary of More or Less Familiar Words, Terms and Phrases in the Sherlock Holmes Saga*. Toronto: Castalotte and Zamba.
- BIGNAMI-ODIER, Jeanne  
 1973 *La Bibliothèque vaticane de Sixte IV à Pie XI*. Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana.
- BLACK, Max  
 1967 «Induction.» En *The Encyclopedia of Philosophy*, ed. por Paul Edwards et al., 4: 169-181. Nueva York: Macmillan and Free Press.

- BLAKENEY, Thomas S.  
1932 *Sherlock Holmes: Fact or Fiction?* Londres: John Murray.
- BLOCH, Marc L.B.  
1924 *Les rois thaumaturges*. Estrasburgo: Bibliothèque de la Faculté des Lettres.  
1945 *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. París.
- BONFANTINI, Massimo A., y Marco Macciò  
1977 *La neutralità impossibile*. Milán: Mazzotta.
- BOTTÉRO, Jean.  
1974 «Symptômes, signes, écritures.» En *Divination et Rationalité*, ed. por J.P. Vernant et al. París: Seuil.
- BOZZA, Tommaso  
1949 *Scrittori politici italiani dal 1550 al 1650*. Roma.
- BREMER, R.  
1976 «Freud and Michelangelo's Moses.» *American Image* 33.
- BREND, Gavin  
1951 *My Dear Holmes, A Study in Sherlock*. Londres: Allen and Unwin.
- BROWN, Francis C.  
1969 «The Case of the Man Who Was Wanted.» *The Vermissa Herald: A Journal of Sherlockian Affairs* 3 (Abril): 12. (Publicado por The Scowrers, San Francisco, Calif.)
- BUCHLER, Justus  
1955 (ed.) *Philosophical Writings of Peirce*. Nueva York: Dover. (Primera publicación en 1940 como *The Philosophy of Peirce: Selected Writings*.)
- BUTLER, Christopher  
1970 *Number Symbolism*. Nueva York: Barnes & Noble.
- CABANIS, Pierre Jean Georges  
1823 *Oeuvres Complètes*. París: Thurot. *An Essay of the Certainty of Medicine*, trad. de R. LaRoche. Filadelfia: R. Desilver. (Título original: *Du degré de certitude en médecine*.)
- CALDERA, A.  
1924 *L'indicazione dei connotati nei documenti papiracei dell'Egitto greco-romano*. Milán.
- CAMPANA, A.  
1967 «Paleografía oggi. Rapporti, problemi e prospettive di una 'coraggiosa' disciplina.» En *Studi urbinati* 41, n.s. B, Studi in onore de Arturo Massolo. Vol. II.
- CAMPBELL, Maurice  
1935 *Sherlock Holmes and Dr. Watson: A Medical Digression*. Londres: Ash.
- CANINI, G.  
1625 *Aforismi politici cavati dall'Historia d'Italia di Francesco Guicciardini*. Venecia.

- CAPRETTINI, Gian Paolo.  
1981 «Modelli centrati e modelli acentrati nel mondo dei simboli e dei segni. Dall' agorà a Sherlock Holmes», en Caprettini, G.P. y Corno, D., *Forme narrative e modelli spaziali*. Turín: Giappiccheli, 1981.
- CARR, John Dickson  
1949 *The Life of Sir Arthur Conan Doyle*. Nueva York: Harper & Bros.
- CASAMASSIMA, Emanuele  
1964 «Per una storia delle dottrine paleografiche dall'Umanesimo a Jean Mabillon.» En *Studi medievali* s. III, n.º 9.
- CASTAÑEDA CALDERÓN, Héctor Neri  
1978 «Philosophical Method and the Theory of Predication and Identity.» *Nous* 12: 189-210.
- CASTELNUOVO, Enrico  
1968 «Attribution.» En *Encyclopaedia Universalis* II.
- CAWELT, John G.  
1976 *Adventure, Mystery and Romance: Formula Stories as Art and Popular Culture*. Chicago, Ill.: University of Chicago Press.
- CAZADE, E., y Ch. Thomas  
1977 «Alfabeto.» En *Enciclopedia* I. Turín: Einaudi.
- CERULLI, E.  
1975 «Una raccolta persiana di novelle tradotte a Venezia nel 1557.» En *Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei* 372. Memoria della classe di scienze morali ..., s. VIII, Vol. XVIII, n.º 4.
- CHOMSKY, Noam  
1979 *Language and Responsibility*. Nueva York: Pantheon Books.
- CHRIST, Jay Finley  
1947a *An Irregular Chronology of Sherlock Holmes of Baker Street*. Ann Arbor, Mich.: Fanlight House.  
1947b *An Irregular Guide to Sherlock Holmes of Baker Street*. Nueva York: The Pamphlet House and Argus Books.
- CHRISTIE, Winifred M.  
1955 «Sherlock Holmes and Graphology.» *The Sherlock Holmes Journal* 2: 28-31.
- COHEN, Morris R.  
1949 (ed.) *Chance, Love and Logic by Charles Sanders Peirce*. Magnolia, Mass.: Peter Smith. (Primera publicación en 1923.)
- CONTINI, Gianfranco  
1972 «Longhi prosatore.» En *Altri esercizi (1942-1971)*. Turín: Einaudi.
- COOPER, Peter  
1976 «Holmesian Chemistry.» En *Beyond Baker Street: A Sherlockian Anthology*, ed. por Michael Harrison, 67-73. Indianápolis, Ind.: Bobbs-Merrill.
- COPI, Irving M.  
1953 *Introduction to Logic*. Nueva York: Macmillan.

- COUTURAT, Louis  
1903 *Opuscles et fragments inédits de Leibniz*. París: Alcan.
- CRAIG, William  
1957 «Linear Reasoning: A New Form of the Herbrand-Gentzen Theorem.» *Journal of Symbolic Logic* 22: 250-285.  
1964 «Craig's Rules of Historical Evidence 1966.» *History and Theory-Beiheft* 4.
- CRESCI, G.F.  
1622 *L'idea*. Milán: Naua.
- CROCE, Benedetto  
1946 *La critica e la storia delle arti figurative; questioni di metodo*. Bari: Laterza.
- CROCKER, Stephen F.  
1964 «Sherlock Holmes Recommends Winwood Reade.» *The Baker Street Journal*, n.s., 14 (Septiembre): 142-144.
- DAMISCH, Hubert  
1970 «La partie et le tout.» *Revue d'esthétique* 2.  
1977 «Le gardien de l'interprétation.» *Tel Quel* 44 (Invierno).
- DE GIUSTINO, David  
1975 *Conquest of Mind: Phrenology and Victorian Social Thought*. Londres: Croom Helm.
- DERRIDA, Jacques  
1975 «Le facteur de la vérité.» *Poétique* 21: 96-147.
- DE SANCTIS, Francesco  
1938 *Lettere dall'esilio 1853-1860*, ed. por Benedetto Croce. Bari: Laterza.
- DÉTIENNE, Marcel, y Jean Pierre Vernant  
1974 *Les ruses de l'intelligence. La mètis des grecs*. París: Flammarion.
- DIACONIS, Persi  
1978 «Statistical Problems in ESP Research.» *Science* 201: 131-136.
- DICKENS, Charles  
1843 *A Christmas Carol*. Londres: Chapman & Hall.
- DILLER, H.  
1932, *Hermes* 67: 14-42.
- DOYLE, Adrian M. Conan  
1945 *The True Conan Doyle*. Londres: John Murray.
- DOYLE, Adrian M. Conan, y John Dickson Carr  
1954 *The Exploits of Sherlock Holmes*. Nueva York: Random House.
- DOYLE, Sir Arthur Conan  
1924 *Memories and Adventures*. Boston: Little, Brown. (Doubleday, Doran, Crowborough edition, 1930.)  
1948 «The Case of the Man Who Was Wanted.» *Cosmopolitan* 125 (Agosto): 48-51. 92-99.  
1952 *The Complete Sherlock Holmes*, Edición en 1-vol. (edición 2-vols.



- 1953.) Garden City, N.Y.: Doubleday.
- 1968 *The Sherlockian Doyle*. Culver City, Calif.: Luther Norris.
- DUBOS, Jean Baptiste  
1733 *Reflexions critiques sur la poésie et sur le peinture*. Vol. II. Paris: Mariette.
- ECO, Umberto  
1975 *Trattato di Semiotica Generale*, Milán: Bompiani. Trad. esp.: *Tratado de Semiótica General*, Barcelona, Lumen, 1977.  
1979 *Lector in Fabula*, Milán: Bompiani. Trad. esp.: Barcelona, Lumen, 1981.  
1980 «Il cane e il cavallo: un testo visivo e alcuni equivoci verbali.» *Versus* 25.
- EISELE, Carolyn  
1976 (ed.) *The New Elements of Mathematics by Charles S. Peirce*. 4 vols. La Haya: Mouton.
- ERITREO, J.N. (Gian Vittorio Rossi)  
1692 *Pinacotheca imaginum illustrium*. Vol. II. Lipsiae: Gleditschi.
- ESPOSITO, Joseph L.  
1980 *Evolutionary Metaphysics*. Athens, Ohio: Ohio University Press.
- ÉTIEMBLE, René  
1973 *L'écriture*. Paris: Gallimard. Trad. esp.: *La escritura*, Barcelona, Labor, 1975.
- FANN, K.T.  
1970 *Peirce's Theory of Abduction*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- FEIBLEMAN, James  
1946 *An Introduction to Peirce's Philosophy, Interpreted as a System*. Nueva York: Harper & Bros.
- FERRIANI, M.  
1978 «Storia e 'priestoria' del concetto di probabilita nell'età moderna.» *Rivista di filosofia* 10 (Febrero).
- FEYERABEND, Paul K.  
1971 *I problemi dell'empirismo*. Milán.  
1975 *Against Method*. Londres: NLB. Trad. esp.: *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1981.
- FISCH, Max H.  
1964 «Was There a Metaphysical Club in Cambridge?» En *Studies in the Philosophy of Charles Sanders Peirce*, 2ª serie, ed. por Edward C. Moore y Richard S. Robin, 3-32. Amherst: University of Massachusetts Press.  
1982 «The Range of Peirce's Relevance.» *The Monist* 65(2): 124-141.
- FOLSOM, Henry T.  
1964 *Through the Years at Baker Street: A Chronology of Sherlock Holmes*. Washington, N.J.: Impresión privada.
- FOUCAULT, Michel  
1963 *Naissance de la clinique*. Paris: PUF.

- 1975 *Surveiller et punir*. París: Gallimard. Trad. esp.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- 1977 *Microfísica del potere. Interventi politici*. Turín: Einaudi. Trad. esp.: *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1979.
- FREUD, Sigmund  
 1940-1968 *Gesammelte Werke*. Vols. 1-17, Londres: Imago. Vol. 18, Frankfurt: Fischer.  
 1953-1974 *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 24 vols. Londres: Hogarth Press and The Institute of Psycho-Analysis.  
 1948-1956 *Obras Completas*, 22 vols., Madrid: Biblioteca Nueva.
- GABORIAU, Émile  
 1869 *Monsieur Lecoq*. Vol. I, *L'Enquête*. París: Fayard.
- GALILEI, Galileo  
 1935 *Opere*. Vol. XIII. Florencia.  
 1965 *Il Saggiatore*, editado por Libero Sosio. Milán: Feltrinelli. Trad. esp.: *El ensayador*, Buenos Aires, Aguilar Argentina, 1980.
- GALTON, Sir Francis  
 1892 *Finger Prints*. Londres y Nueva York: Macmillan.
- GAMOW, George  
 1947 *One, Two, Three... Infinity: Facts & Speculations of Science*. Nueva York: The New American Library. Trad. esp.: *Uno, dos, tres, infinito: Realidades y especulaciones de la ciencia*, Madrid, Espasa-Calpe.
- GARDINER, Muriel  
 1971 (ed.) *The Wolf-Man*. Nueva York: Basic Books.
- GARDNER, Martin  
 1957 *Fads and Fallacies in the Name of Science*. Nueva York: Dover. (Título original: *In the Name of Science*.)  
 1976 «The Irrelevance of Conan Doyle.» En *Beyond Baker Street: A Sherlockian Anthology*, ed. por Michael Harrison, 123-135. Indianápolis, Ind: Bobbs-Merrill.  
 1978 *Encyclopedia of Impromptu Magic*. Chicago, Ill: Magic, Inc.  
 1981 *Science: Good, Bad, and Bogus*. Buffalo, N.Y.: Prometheus Books.
- GARIN, Eugenio  
 1961 «La nuova scienze e il simbolismo del 'libro'.» En *La Cultura filosofica del Rinascimento italiano: ricerche e documenti*. Florencia: Sansoni.
- GERHARDT, Karl Immanuel  
 1875-1890 *Die philosophischen Schriften von G.W. Leibniz*. 7 vols. Berlín.
- GERNET, Jacques  
 1963 «La Chine: aspects et fonctions psychologiques de l'écriture.» En *L'Écriture et la psychologie des peuples*. París.  
 1974 «Petits écarts et grands écarts.» En *Divination et Rationalité*, editado por J.P. Vernant et al. París: Seuil.

- GILSON, Étienne  
1958 *Peinture et réalité*. París: Vrin. Trad. esp.: *Pintura y realidad*, Madrid, Aguilar, 1961.
- GINOULHIAC, M.  
1940 «Giovanni Morelli. La Vita.» *Bergomum* 34.
- GINZBURG, Carlo  
1976 *Il formaggio e i vermi*. Turín: Einaudi. Trad. esp.: *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnick, 1981.  
1979 «Spie. Radici di un paradigma indiziario.» En *Crisi della ragione*, ed. por Aldo Gargani, 57-106. Turín: Einaudi.  
1980 «Morelli, Freud and Sherlock Holmes: Clues and Scientific Method.» *History Workshop* 9: 7-36.
- GIUNTINI, Francesco  
1573 *Speculum astrologiae*. Lugduni: Tinghi.
- GOMBRICH, E.H.  
1966 «Freud's Aesthetics.» *Encounter* 26.  
1969 «The Evidence of Images.» En *Interpretation: Theory and Practice*, ed. por Charles S. Singleton. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press.
- GOODY, Jack  
1977 *The Domestication of the Savage Mind*. Cambridge: Cambridge University Press. Trad. esp.: *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985.
- GOODY, J., e I. Watt  
1962-1963 «*The Consequences of Literacy*.» En *Comparative Studies in Society and History* 5.
- GOUDGE, Thomas A.  
1950 *The Thought of C.S. Peirce*. Toronto: University of Toronto Press.
- GOULD, Stephen Jay  
1978 «Morton's Ranking of Races by Cranial Capacity.» *Science* 200: 503-509.
- GRANGER, Gilles G.  
1960 *Pensée formelle et sciences de l'homme*. París: Montaigne. Trad. esp.: *Formalismo y Ciencias Humanas*, Barcelona, Ariel, 1965.
- HACKING, Ian  
1975 *The Emergence of Probability: A Philosophical Study of Early Ideas about Probability, Induction and Statistical Inference*. Londres y Nueva York: Cambridge University Press.
- HALL, Trevor H.  
1978 *Sherlock Holmes and His Creator*. Londres: Duckworth.
- HAMMETT, Dashiell  
1930 *The Maltese Falcon*. Nueva York: Knopf. Trad. esp.: *El halcón maltés*, Madrid, Alianza, 1987.  
1934 *The Thin Man*. Nueva York: Knopf. Trad. esp.: *El hombre delgado*, Madrid, Alianza, 1988.

- HARDWICK, Charles S.  
 1977 (ed.) *Semiotic and Significs: The Correspondence between Charles S. Peirce and Victoria Lady Welby*. Bloomington: Indiana University Press.
- HARDWICK, Michael, y Mollie Hardwick  
 1962 *The Sherlock Holmes Companion*. Londres: John Murray.  
 1964 *The Man Who Was Sherlock Holmes*. Londres: John Murray.
- HARRISON, Michael  
 1958 *In the Footsteps of Sherlock Holmes*. Londres: Cassell.  
 1971 «A Study in Surmise.» *Ellery Queen's Mystery Magazine* 57 (Febrero): 60-79.
- HART, Archibald  
 1948 «The Effects of Trades Upon Hands.» *The Baker Street Journal*, o.s., 3 (Octubre): 418-420.
- HASKELL, Francis  
 1963 *Patrons and Painters: A Study in the Relations between Italian Art and Society in the Age of the Baroque*. Nueva York: Knopf. Trad. esp.: *Patronos y pintores. Arte y sociedad en la Italia del Barroco*, Madrid, Cátedra, 1984.
- HAUSER, Arnold  
 1958 *Philosophie der Kunstgeschichte*. Munich.
- HAVELOCK, Eric A.  
 1973 *Cultura orale e civiltà della scrittura. Da Omero a Platone*. Bari: Laterza.
- HAYCRAFT, Howard  
 1941 *Murder for Pleasure: The Life and Times of the Detective Story*. Nueva York: D. Appleton-Century.  
 1946 (ed.) *The Art of the Mystery Story: A Collection of Critical Essays*. Nueva York: Simon and Schuster.
- HECKSCHER, William S.  
 1967 «Genesis of Iconology.» En *Stil und Überlieferung in der Kunst des Abendlandes* Vol. III. Berlín. (Akten des XXI Internationale Kongresses für Kulturgeschichte, Bonn 1964.)  
 1974 «Petites Perceptions: An Account of Sortes Warburgianae.» *The Journal of Mediaeval and Renaissance Studies* 4.
- HESS, J.  
 1968 «Note Manciniane.» En *Münchener Jahrbuch der bildenden Kunst*, 3ª serie. Vol. XIX.
- HILTON, George W.  
 1968 *The Night Boat*. Berkeley, Calif.: Howell-North Books.
- HINTIKKA, Jaakko  
 1976 «The Semantics of Questions and the Questions of Semantics.» *Acta Philosophica Fennica*. Vol. 28(4). Amsterdam: North-Holland.  
 1979 «Information-Seeking Dialogue: Some of Their Logical Properties.» *Studia Logica* 32: 355-363.

- En preparación. «Sherlock Holmes Meets Modern Logic: Toward a Theory of Information-Seeking through Questioning.» En *Proceedings of the 1978 Groningen Colloquium*.
- HITCHINGS, J.L.  
1946 «Sherlock Holmes the Logician.» *The Baker Street Journal*, o.s., I(2): 113-117.
- HOFFMAN, Daniel  
1972 *Poe Poe Poe Poe Poe Poe Poe Poe*. Nueva York: Doubleday.
- HOGAN, John C., y Mortimer D. Schwartz  
1964 «The Manly Art of Observation and Deduction.» *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science* 55: 157-164.
- HOLROYD, James Edward  
1967 *Seventeen Steps to 221B*. Londres: George Allen and Unwin.
- HORAN, James D.  
1967 *The Pinkertons: The Detective Dynasty that Made History*. Nueva York: Crown. Trad. esp.: *Los Pinkerton*, Barcelona, Bruguera, 1973.
- HOW, Harry  
1892 «A Day with Dr. Conan Doyle.» *Strand Magazine* (Agosto).
- HUXLEY, Thomas  
1881 «On the Method of Zadig: Retrospective Prophecy as a Function of Science.» En *Science and Culture*. Londres: Macmillan.
- INGRAM, David  
1978 «Typology and Universals of Personal Pronouns.» En *Universals of Human Language*, ed. por Joseph H. Greenberg, 3: 213-247. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- JAKOBSON, Roman, y Morris Halle  
1956 *Fundamentals of Language*. La Haya: Mouton. Trad. esp.: *Fundamentos del lenguaje*., Madrid, Ayuso, 1974.
- JAKOBSON, Roman, y Linda R. Waugh  
1979 *The Sound Shape of Language*. Bloomington: Indiana University Press.
- JAMES, William  
1907 *Pragmatism*. Nueva York: Longmans, Green. Trad. esp.: *Pragmatismo*, Madrid, Aguilar, 1959.
- JOHNSON, Barbara  
1980 *The Critical Difference: Essays in the Contemporary Rhetoric of Reading*. Baltimore, Md.: The Johns Hopkins University Press.
- JONES, Ernest  
1953-1960 *The Life and Work of Sigmund Freud*. Nueva York: Basic Books. Trad. esp. *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 1981.
- KEJCI-GRAF, Karl  
1967 «Sherlock Holmes, Scientist, Including Some Unpopular Opinions.» *The Sherlock Holmes Journal* 8(3): 72-78.

- KENNEY, E.J.  
1974 *The Classical Text: Aspects of Editing in the Age of Printed Books*. Berkeley: University of California Press.
- KETNER, Kenneth L., y James E. Cook  
1975 (eds.) *Charles Sanders Peirce: Contributions to The Nation. Part One: 1869-1893*. (Graduate Studies, Texas Tech University, n.º 10.) Lubbock: Texas Tech Press.
- KLOESEL, Christian J.W.  
1979 «Charles Peirce and the Secret of the Harvard O.K.» *The New England Quarterly* 52(1).
- KOFMAN, Sarah  
1975 *L'enfance de l'art. Une interpretation de l'esthétique freudienne*. París: Payot.
- KOSELLECK, Reinhart  
1969 *Kritik und Krise; ein Beitrag zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*. Freiberg: K. Alber. Trad. esp.: *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965.
- KUHN, Thomas S.  
1962 *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, Ill: University of Chicago Press.  
1974 «Postscript 1969.» En *The Structure of Scientific Revolutions*. (2.<sup>a</sup> edición ampliada.) Chicago, Ill: University of Chicago Press. Trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977.  
1975 «Tradition mathématique et tradition expérimentale dans le développement de la physique.» *Annales ESC* 30: 975-998.
- LACAN, Jacques  
1966 *Écrits*. París: Seuil. Trad. esp.: *Lectura estructuralista de Freud*, 1972.
- LACASSAGNE, Alexandre  
1914 *Alphonse Bertillon: L'homme, le savant, la pensée philosophique*. Lyon: A. Rey.
- LACASSIN, Francis  
1974 *Mythologie du roman policier*. Vol. I. París: Union Générale d'éditions.
- LAMOND, John  
1931 *Arthur Conan Doyle: A Memoir*. Londres: John Murray.
- LANZI, Luigi A.  
1968 *Storia pittorica dell'Italia*, ed. por Martino Capucci. Vol. I. Florencia: Sansoni.
- LARSEN, Svend Erik  
1980 «La structure productrice du mot d'esprit et de la semiosis. Essai sur Freud et Peirce.» *Degrés* 8(21): d1-18.
- LEAVITT, R.K.  
1940 «Nummi in Arca or The Fiscal Holmes.» En *221B: Studies in Sher-*

- lock Holmes*, ed. por Vincent Starrett, 16-36. Nueva York: Macmillan.
- LERMOLIEFF, Ivan (pseud. de Giovanni Morelli)  
1880 *Die Werke italienischer Meister in den Galerien von München, Dresden und Berlin. Ein kritischer Versuch.* Leipzig: Seemann.
- LEVINSON, Boris M.  
1966 «Some Observations on the Use of Pets in Psychodiagnosis.» *Pediatrics Digest* 8: 81-85.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, et al.  
1977 *L'Identité, Séminaire interdisciplinaire dirigé par Claude Lévi-Strauss.* París. Trad. esp.: *La identidad*, Barcelona, Petrel, 1981.
- LOCARD, Edmond  
1909 *L'identification des récidivistes.* París: A. Maloine.  
1914 «L'Oeuvre» *Alphonse Bertillon.* Lyon: A. Rey.
- LOCKE, Harold  
1928 *A Bibliographical Catalogue of the Writings of Sir Arthur Conan Doyle, M.D., LL.D., 1879-1928.* Tunbridge Wells: D. Webster.
- LOCKE, John  
1975 *An Essay Concerning Human Understanding*, ed. por Peter H. Niddich. Oxford: Clarendon Press. Trad. esp.: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Madrid, Ed. Nacional, 1980.
- LONGHI, Roberto  
1967 *Saggi e ricerche: 1925-1928.* Florencia: Sansoni.
- LOTZ, János  
1976 «A személy, szám, viszonyítás és tárgyhatározottság kategóriái a magyarban.» En *Szonettkoszorú a nyelvről.* Budapest: Gondolat.
- LOTZ, John  
1962 «Thoughts on Phonology as Applied to the Turkish Vowels.» En *American Studies on Altaic Linguistics*, ed. por Nicholas Poppe, 13: 343-351. Bloomington: Indiana University Press.
- LYNCEO, Ioanne Terrentio (Francisco Hernández)  
1651 *Rerum medicarum Novae Hispaniae Thesaurus.* Roma: Vitalis Mascardi.
- MACKENZIE, J.B.  
1956 «Sherlock Holmes' Plots and Strategies.» En *Baker Street Journal Christmas Annual*, 56-61.
- MAHON, Denis  
1947 *Studies in Seicento Art and Theory.* Londres: London University-Warburg Institute.
- MANCINI, Giulio  
1956-1957 *Considerazioni sulla pittura*, ed. por A. Marucchi. 2 vols. Roma: Accademia Nazionale dei Lincei.
- MARCUS, Steven  
1976 «Introduction.» *The Adventures of Sherlock Holmes.* Nueva York: Schocken Books.

- MARTÍNEZ, J.A.  
1974 «Galileo on Primary and Secondary Qualities.» *Journal of the History of Behavioral Sciences* 10: 160-169.
- MARX, Karl  
1872 *Das Kapital: Kritik der politischen oekonomie*. Hamburgo: O. Meisner. Trad. esp.: *El capital. Crítica de la Economía Política*. Madrid, Siglo XXI, 1975.
- MAY, Luke S.  
1936 *Crime's Nemesis*. Nueva York: Macmillan.
- MEYER, Nicholas  
1974 *The Seven Percent Solution: Being a Reprint from the Reminiscences of John Watson, M.D.* Nueva York: Dutton. Trad. esp.: *Elemental, Dr. Freud*, Barcelona, Salvat, 1987.
- MELANDRI, Enzo  
1968 *La linea e il circolo. Studio logico-filosòfico sull'analogia*. Bologna: Mulino.
- MERCATI, Giovanni  
1952 *Note per la storia di alcune biblioteche romane nei secoli*. xvi-xix. Vaticano.
- MERTON, Robert K.  
1957 *Social Theory and Social Structure*. Glencoe, Ill.: Free Press. (Primera publicación en 1949.) Trad. esp.: *Sociología de la ciencia (Obras completas)*, Madrid, Alianza, 1977.
- MESSAC, Régis  
1929 *La «Déetective Novel» et l'influence de la pensée scientifique*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion.
- MILLAR, Kenneth (pseud. Ross MacDonald)  
1969 *The Goodbye Look*. Nueva York: Knopf. Trad. esp.: *La mirada del adiós*, Barcelona, Bruguera, 1985.
- MOMIGLIANO, Arnaldo  
1975 «Storiographica greca.» *Rivista storica italiana* 87.
- MORELLI, Giovanni  
1897 *Della pittura italiana: Studii storico critici-Le gallerie Borghese e Doria Pamphili in Roma*. Milán: Treves.
- MORRIS, Charles W.  
1971 *Writings on the General Theory of Signs*. La Haya: Mouton.
- MOURAD, Youssef  
1939 (ed. y trad.) *La physionomie arabe et le Kitāb alf-Firāsa de Fakhr al-Din al-Rāzī*. París: P. Geuthner.
- MURCH, Alma Elizabeth  
1958 *The Development of the Detective Novel*. Londres: Peter Owen.
- NELSON, Benjamin N.  
1958 (ed.) *Freud and the Twentieth Century*. Gloucester, Mass.: Peter Smith.



- NOLEN, William A.  
 1974 *Healing: A Doctor in Search of a Miracle*. Nueva York: Random House. (Greenwich, Conn.: Fawcett, 1975.)
- NORDON, Pierre  
 1964: *Sir Arthur Conan Doyle. L'homme et l'oeuvre*. París.  
 1966 *Conan Doyle*. Londres: John Murray.  
 1967 *Conan Doyle: A Biography*, trad. de Frances Partridge. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- OTTANI CAVINA, Anna  
 1976 «On the theme of landscape II: Elsheimer and Galileo.» *The Burlington Magazine*.
- PAGELS, Heinz R.  
 1982 *The Cosmic Code: Quantum Physics as the Language of Nature*. Nueva York: Simon and Schuster.
- PARK, Orlando  
 1962 *Sherlock Holmes, Esq., and John H. Watson, M.D.: An Encyclopedia of Their Affairs*. Evanston, Ill: Northwestern University Press.
- PEARSON, Hesketh  
 1943 *Conan Doyle, His Life and Art*. Londres: Methuen.
- PEIRCE, Charles Sanders  
 1923 *Chance, Love, and Logic*. Nueva York: Harcourt, Brace.  
 1929 «Guessing.» *The Hound and Horn* 2:267-282.  
 1955 «Abduction and Induction.» En *Philosophical Writings of Peirce*, ed. por Justus Buchler. Nueva York: Dover.  
 1956 «Deduction, Induction, and Hypothesis.» En *Chance, Love, and Logic*. Nueva York: Braziller. Trad. esp.: *Deducción, inducción e hipótesis*, Madrid, Aguilar, 1970.  
 1935-1966 *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, ed. por Charles Hartshorne, Paul Weiss y Arthur W. Burks. 8 vols. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.  
 1982 *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition. Vol. 1: 1857-1866*, ed. por Max H. Fisch, et al. Bloomington: Indiana University Press.
- PELC, Jerzy  
 1977 «On the Prospects of Research in the History of Semiotics.» *Semiotic Scene* 1(3): 1-12.
- PERROT, M.  
 1975 «Délinquance et système pénitenciar en France au XIX<sup>e</sup> siècle.» *Annales ESC* 30: 67-91.
- PETERSON, Svend  
 1956 *A Sherlock Holmes Almanac*. Washington, D.C.: Impresión privada.
- PINTARD, René  
 1943 *Le libertinage-érudit dans la première moitié du XVII<sup>e</sup> siècle*. Vol. I. París: Boivin.

- POE, Edgar Allan  
 1927 «A Descent into a Maelström.» En *Collected Works*. Nueva York: Walter J. Black.  
 1970 *Cuentos*, ed. de Julio Cortázar, Madrid, Alianza.
- POMIAN, Krzysztof  
 1975 «L'histoire des sciences et l'histoire de l'histoire.» *Annales ESC* 30: 935-952.
- POPPER, Karl R.  
 1948 «Naturgesetze und theoretische Systeme.» (Forum Europeo del Colegio Austríaco, Alpbach) Ahora en Popper, 1979.  
 1962 *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. Nueva York: Basic Books. Trad. esp.: *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1982.  
 1979 *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*. Oxford: Clarendon Press. Trad. esp.: *Conocimiento objetivo*, Madrid, Tecnos, 1988.
- POTTER, Vincent G.  
 1967 *Charles S. Peirce on Norms & Ideals*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- PRATT, Fletcher  
 1955 «Very Little Murder.» *The Baker Street Journal*, n.s., 2 (Abril): 69-76.
- PREVITALI, Giovanni  
 1978 «À propos de Morelli.» *Revue de l'Art* 42.
- PROPP, Vladimir I.  
 1946 *Istoričeskie Kornj Volšebnoi Skazki*. Leningrado: Universidad Estatal. Trad. esp.: *Las raíces históricas del cuento*, Madrid, Fundamentos, 1986.
- PURKYNÉ, Jan E.  
 1948 *Opera Selecta*. Praga: Spolek Českých Lékařů.
- QUEEN, Ellery  
 1944 (ed.) *Misadventures of Sherlock Holmes*. Boston, Mass.: Little, Brown.
- RAIMONDI, E.  
 1974 *Il romanzo senza idillio. Saggio sui Promessi Sposi*. Turín: Einaudi.
- RANSELL, Joseph  
 1977 «Some Leading Ideas of Peirce's Semiotic.» *Semiotica* 19: 157-158.
- REED, John Shelton  
 1970 «The Other Side.» Ms. inédito, Department of Sociology, University of North Carolina at Chapel Hill.
- REIK, Theodor  
 1931 *Ritual; Psychoanalytic Studies*. Londres: Hogarth Press.
- REMER, Theodore G.  
 1965 (ed.) *Serendipity and the Three Princes: From the Peregrinaggio of 1557*. Norman: University of Oklahoma Press.
- REVZIN, Isaak I.  
 1964 «K semiotičiskomu analizu detektivov (na primere romanov Agaty

- Kristi).» *Programma i tezisy dokladov v letnej škole po vtoričnym modelirujušcim sistemam*. 16-26 avg., 38-40. Tartu.
- RICHTER, Jean Paul  
1960 *Italianische Malerei der Renaissance in Briefwechsel von Giovanni Morelli und Jean Paul Richter—1876-1891*. Baden-Baden: Grimm.
- ROBERT, Marthe  
1966 *The Psychoanalytic Revolution: Sigmund Freud's Life and Achievement*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- ROBERTS, Sir Sydney C.  
1931 *Doctor Watson: Prolegomena to the Study of a Biographical Problem*. Londres: Faber and Faber.
- ROBIN, Richard S.  
1967 *Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- ROSSI, Paolo  
1977 *Immagini della scienza*. Roma: Editori Riuniti.
- SCALZINI, Marcello  
1585 *Il segretario*. Venecia: D. Nicolini.
- SCHEGLOV, Yuri K.  
1975 [1968] «Toward a Description of Detective Story Structure.» *Russian Poetics in Translation* 1: 51-77.
- SCHEIBE, Karl E.  
1978 «The Psychologist's Advantage and Its Nullification: Limits of Human Predictability.» *American Psychologist* 33: 869-881.  
1979 *Mirrors, Masks, Lies, and Secrets: The Limits of Human Predictability*. Nueva York: Praeger.
- SCHENCK, Remsen Ten Eyck  
1948 *Occupation Marks*. Nueva York: Grune and Stratton.  
1953 «The Effect of Trades upon the Body.» *The Baker Street Journal*, n.s., 3 (Enero): 31-36.
- SCHLOSSER MAGNINO, Julius  
1924 *Die Kunstliteratur*. Viena: Schroll. Trad. esp.: *La Literatura Artística*, Madrid, Cátedra, 1986.
- SCHOENAU, Walter  
1968 *Sigmund Freuds Prosa. Literarische Elemente seines Stils*. Stuttgart: Metzler.
- SCHORSKE, Carl E.  
1973 «Politique et parricide dans 'L'interprétation des rêves' de Freud», en *Annales ESC*, 28, pp. 309-328.
- SEBEOK, Thomas A.  
1951 «Aymara 'Little Riding Hood' with Morphological Analysis.» *Archivum Linguisticum* 3: 53-69.  
1976 *Contributions to the Doctrine of Signs*. Lisse: Peter de Ridder Press.  
1977 (ed.) *A Perfusion of Signs*. Bloomington: Indiana University Press.

- 1979 *The Sign & Its Masters*. Austin: University of Texas Press.
- 1981 *The Play of Musement*. Bloomington: Indiana University Press.
- 1984 «The Role of the Observer.» En *I Think I Am A Verb*, cap. 10. Nueva York: Plenum.
- En preparación: «Symptom.» *Zeitschrift für Semiotik 5 (Semiotik und Medizin)*.
- SEBEOK, Thomas A., y Jean Umiker-Sebeok
- 1979 «You Know My Method: A Juxtaposition of Charles S. Peirce and Sherlock Holmes.» *Semiotica 26 (2/3)*: 203-250.
- SEGRE, E.
- 1975 «La gerarchia dei segni.» En *Psicanàlisi e semiotica*, ed. por A. Verdiglione. Milán: Feltrinelli.
- SEPPILLI, Anita
- 1971 *Poesia e magia*. Turín: Einaudi.
- SHKLOVSKII, Viktor B.
- 1925 *O Teorii prozy*. Moscú: Federacija. Trad. esp.: *Sobre la prosa literaria*, Barcelona, Planeta, 1971.
- SMITH, Edgar W.
- 1940 *Baker Street and Beyond: A Sherlockian Gazeteer*. Nueva York: Pamphlet House.
- 1944 *Profile by Gaslight: An Irregular Reader about the Private Life of Sherlock Holmes*. Nueva York: Simon and Schuster.
- SPECTOR, J.J.
- 1969 «Les méthodes de la critique de l'art et la psychanalyse freudienne.» *Diogenes 66*.
- SPINI, Giorgio
- 1956 *Risorgimento e protestanti*. Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane.
- SPINOZA, Benedictus de [Baruch]
- 1924-1925 «Ethica ordine geometrico demonstrata.» En *Opera*, ed. por C. Gebhardt. 4 vols. Auftrag der Heidelberger Akademie der Wissenschaften. Heidelberg: Universitätsbuchhandlung.
- SPITZER, Leo
- 1910 *Die Wortbildung als stilistisches Mittel exemplifiziert an Rabelais*. Halle: Neimeyer.
- STARRETT, Vincent
- 1940 *221B: Studies in Sherlock Holmes*. Nueva York: Macmillan.
- 1971 [1934] *The Private Life of Sherlock Holmes*. Nueva York: Haskell House.
- STENDHAL
- 1948 *Souvenirs d'égotisme*, ed. por H. Martineau. París. Trad. esp.: *Recuerdos de egotismo* ed. de Consuelo Bergés, Madrid, Alianza, 1975.
- STEWART-GORDON, James
- 1961 «Real-Life Sherlock Holmes.» *Reader's Digest 79* (Noviembre): 281-288.

- STONE, Gregory P., y Harvey A. Farberman  
1970 (eds.) *Social Psychology through Symbolic Interaction*. Waltham, Mass.: Ginn-Blaisdell.
- STOUT, Rex  
1938 *Too Many Cooks*. Londres: Collins. Trad. esp.: *Demasiados cocineros y otros*, Barcelona, Orbis, 1975.
- SWANSON, Martin J.  
1962 «Graphologists in the Canon.» *The Baker Street Journal*, n.s., 12 (Junio): 73-80.
- SYMONS, Julian  
1972 *Bloody Murder; From the Detective Story to the Crime Novel: A History*. Londres: Faber & Faber. Trad. esp.: *Historia del relato policial*. Barcelona, Bruquera, 1982.  
1978 *The Tell-Tale Heart: The Life and Works of Edgar Allan Poe*. Iva York: Harper & Row.
- THAGARD, Paul R.  
1978 «Semiosis and Hypothetic Inference in Ch. S. Peirce.» *Versus* 19-20.
- THOM, René  
1972 *Stabilité structurelle et morphogénèse*. Reading, Mass.: W.A. Benjamin. Trad. esp.: *Estabilidad estructural y morfogénesis*, Barcelona, Gedisa, 1987.  
1980 *Modèles mathématiques de la morphogénèse*. París: Christian Bourgois.
- THOMAS, Lewis  
1983 *The Youngest Science: Notes of a Medicine-Watcher*. Nueva York: The Viking Press. Trad. esp.: *La ciencia más joven*, Madrid, Blume, 1985.
- THOMPSON, E.P.  
1975 *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*. Londres: Allen Lane.
- TIMPANARO, Sebastiano  
1963 *La genesi del metodo Lachmann*. Florencia: F. Le Monnier.  
1974 *Il lapsus freudiano*. Florencia: Le Monnier Trad. esp.: *El lapsus freudiano*, Barcelona, Crítica, 1977.
- TIMPANARO CARDINI, Maria  
1958 (ed.) *Pitagorici: Testimonianze e frammenti*. Vol. I. Florencia: «La Nuova Italia.»
- TODOROV, Tzvetan  
1966 «Typologie du roman policier», en *Paragone*, 202.
- TRACY, Jack  
1977 (ed.) *The Encyclopedia Sherlockiana, or A Universal Dictionary of the State of Knowledge of Sherlock Holmes and His Biographer, John H. Watson, M.D.* Garden City, N.Y.: Doubleday.
- TRAUBE, L.  
1965 «Geschichte der Palaeographie.» En *Zur Palaeographie und Handschriftenkunde*, ed. por P. Lehmann. Munich.

- TRONTI, M.  
1963 «Baldi.» En *Dizionario biografico degli italiani*. Vol. 5, 465-467. Roma.
- TROSMAN, H., R.D. SIMMONS  
1973 «The Freud Library», en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 21, p. 672.
- TRUZZI, Marcello  
1973 «Sherlock Holmes: Applied Social Psychologist.» En *The Humanities as Sociology, An Introductory Reader*, ed. por Marcello Truzzi, 93-126. Columbus, Ohio: Charles E. Merrill.
- VANDERMEERSCH, L.  
1974 «De la tortue à l'Achillée.» *Divination et Rationalité*, ed. por J.P. Vernant et al. París: Seuil.
- VEGETTI, Mario  
1965 (ed.) Introducción a: *Opere di Ippocrate*. Turín: U.T.E.T.  
1978 *Il coltello e lo stilo*. Milán: Il Saggiatore. Trad. esp.: *Orígenes de la racionalidad científica*. Barcelona, Edicions 62, 1981.
- VERNANT, Jean Pierre  
1974 «Paroles et signes muets.» En *Divination et Rationalité*, ed. por J.P. Vernant et al. París: Seuil.
- VESSELOFSKY, A.  
1886 «Eine Märchengruppe.» En *Archiv für slavische Philologie* 9.
- VICTORIUS, K.  
1956 «Der 'Moses des Michelangelo' von Sigmund Freud.» En *Entfaltung der Psychoanalyse*, ed. por Alexander Mitscherlich. Stuttgart: E. Klett.
- VOLTAIRE  
1926 *Zadig and Other Romances*, trad. de H.I. Woolf y W.S. Jackson. Nueva York: Dodd, Mead.  
1961 «Zadig ou la destinée.» En *Contes et Romans*, ed. por R. Pomeau. Florencia: Sansoni.  
1985 *Cándido, Micromegas, Zadig*, ed. por Elena Diego, Madrid: Cátedra.
- ALSH, F. Michael  
1972 «Review of Fann (1970).» *Philosophy* 47: 377-379.
- ARBURG, Aby  
1932 *Gesammelte Schriften*. Leipzig: Teubner.
- VEBB, Eugene J.  
1966 (et al.) *Unobtrusive Measures: Non-Reactive Research in the Social Sciences*. Chicago: Rand McNally.
- WINCH, R.F.  
1955 «The Theory of Complementary Needs in Mate Selection: Final Results on the Test of the General Hypothesis.» *American Sociological Review* 20: 552-555.

WINCKELMANN, J.J.

1952-1954. *Briefe*, ed. por H. Diepolder y W. Rehm. 2 vols. Berlin: W. de Gruyter.

WIND, Edgar

1964 *Art and Anarchy*. Nueva York: Knopf. Trad. esp.: *Arte y Anarquía*, Madrid, Taurus, 1986.

WOLFF, Julian

1952 *The Sherlockian Atlas*. Nueva York: Impresión privada.

1955 *Practical Handbook of Sherlockian Heraldry*. Nueva York: Impresión privada.

WOLLHEIM, Richard

1973a «Freud and the Understanding of Art.» En *On Art and the Mind*. Londres: Allen Lane.

1973b «Giovanni Morelli and the origins of Scientific connoisseurship», en *On Art and the Mind*, Londres: Allen Lane.

YELLEN, Sherman

1965 «Sir Arthur Conan Doyle: Sherlock Holmes in Spiritland.» *International Journal of Parapsychology* 7: 33-57.

ZEISLER, Ernest B.

1953 *Baker Street Chronology: Commentaries on the Sacred Writings of Dr. John H. Watson*. Chicago, 111: Alexander J. Isaacs.

ZERNER, H.

1978 «Giovanni Morelli et la science de l'art.» *Revue de l'Art*, 40-41.